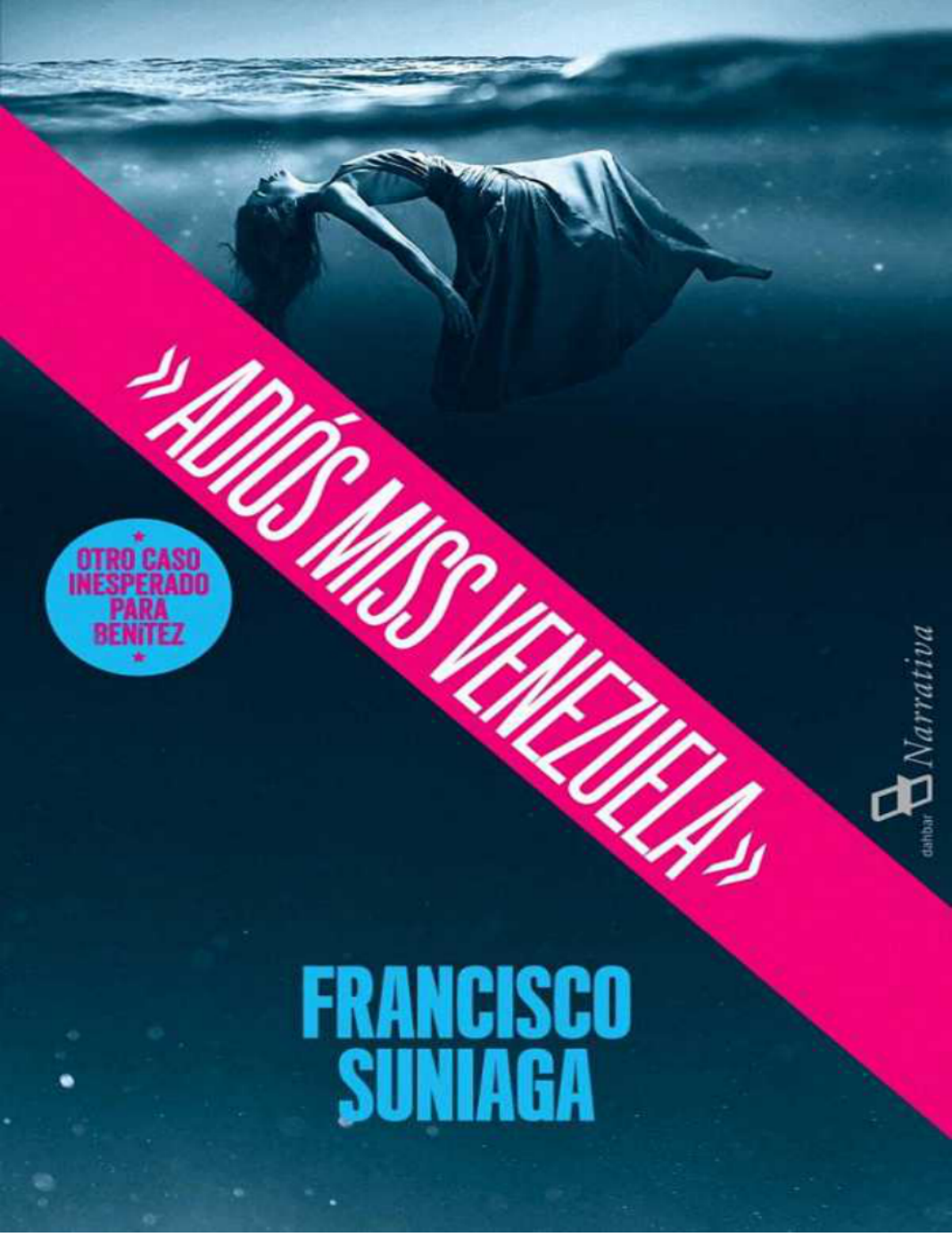
ADIÓS MISS VENEZUELA
OTRO CASO INESPERADO PARA BENITEZ
FRANCISCO SUNIAGA
dahbar
Narrativa

ADIÓS MISS VENEZUELA

FRANCISCO SUNIAGA

dahbar

Adiós Miss Venezuela
1ª. Edición

© De la presente edición, Cyngular Asesoría 357, C.A. 2016

Depósito legal: DC2016001368

ISBN: 978-425-002-6

Diseño de la portada: Jaime Cruz
Corrección de pruebas: Carlos González Nieto

Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

I

En Margarita hay un camino antiguo y casi abandonado que lleva a la península de Macanao; una lengua blanca de arena y sal tendida a lo largo de una restinga que emergió de las aguas en tiempos remotos y convirtió en una sola lo que habían sido dos islas. La de barlovento, bendecida por la lluvia, y la de sotavento, castigada por la sequía, árida y menos habitada. Fue la única vía terrestre entre ambas porciones insulares desde la colonia hasta los años sesenta del siglo pasado, cuando, más al sur, se construyó un puente que las unió. Es una ruta desolada, infestada de baches y trampas de fango, que el mar inunda y rompe en tiempos de tormenta y el sol reseca y cuartea en verano. Pocos se atreven a recorrerla, quienes se arriesgan lo hacen para disfrutar de un paisaje de espacios únicos, poderosos. Del lado derecho, según se va al poniente, está la bahía; un arco interminable labrado por las olas y vientos de un Caribe que allí aparece indomable. Del otro, en un raro contraste, hay una laguna de aguas apacibles, bordeada de manglares en cuyos follajes densos y primitivos se queda atrapada la luz del sol. Un paraje por el que María Genoveva Herrera Becher sintió una irrevocable fascinación desde el día en que lo vio por primera vez y al que solía acudir, próxima la hora del ocaso; quería creer que algún día allí se encontraría a Dios admirado de su propia obra.

Esa tarde, hasta donde alcanzaba su vista, no había otros vehículos ni presencia humana alguna, solo unos pocos pájaros marinos la acompañaban en aquella vacía inmensidad que nunca antes sintió más suya. Cuando llegó a lo que sería la mitad del camino, aparcó su vehículo debajo de un mangle solitario que se había atrevido a crecer en el lado equivocado de la restinga, frente al mar, en abierto desafío a la furia de los alisios. Extrajo del auto su bolso y una toalla y deambuló un minuto buscando un sitio seco,

lejos del alcance de las olas de mayor aliento, desde donde abarcar con su vista la concavidad plena de la costa.

Se decidió por una pequeña duna de conchas marinas y guijarros blancos, la que le pareció más alta de las muchas aglomeradas a lo largo de la playa sin otro orden que el dictado por la arbitrariedad de las marejadas. Extendió la toalla y se tumbó sobre ella con las piernas estiradas, una sobre la otra, apoyándose en los codos a cada lado del cuerpo. Así permaneció por un rato, inmóvil, de cara al cielo y con los ojos cerrados, sin pensar en nada, limitándose a sentir en su rostro la tibieza suave del sol de la tarde y el aire salino que el mar le soplaba en bocanadas poderosas.

Aquel era su santuario personal, el sitio donde venía a mirar el crepúsculo y, como era su deseo en esa oportunidad, estaba desierto, sin turistas. Solo la figura de un pescador, que faenaba con su atarraya, a su izquierda, no muy lejos, se recortaba contra el fondo del cielo, que dejaba de ser azul y se teñía de dorado. El recolector, con movimientos llenos de plasticidad, lanzaba la red, que se desenrollaba en el aire en una circunferencia perfecta y permanecía suspendida sobre el agua unos segundos antes de caer, para recogerla y lanzarla de nuevo, en una rutina inalterable. La fluidez de su accionar se interrumpía solo para retirar algún pez atrapado, caminar hasta la orilla y colocarlo en una cesta. Volvía al mar, hasta que el agua llegaba casi a su cintura, y continuaba con la pesca, sin prisa alguna, en armonía con el ritmo pausado que el tiempo tiene en la isla.

Pasados unos minutos, no supo cuántos, cambió de postura, se enderezó y cruzó las piernas delante de ella, como los indios, pensó, y por unos segundos se fue detrás de una nostalgia infantil, la de los juegos de vaqueros y pieles rojas en Caracas, con los primos en los jardines de la casa grande de la abuela Herrera, en Los Chorros. Mas abandonó esa ensoñación con rapidez ante el hecho cierto de que sus nostalgias de niña carecían desde hacía mucho de los espacios donde recrearse. Su vieja ciudad era ahora para ella un mazacote urbano irreconocible y distante. La casona de la abuela había sido demolida para dar lugar a un condominio caro con un muro muy alto coronado con un cerco eléctrico, y sus primos, aquel apretado conglomerado de afectos lúdicos de su niñez, habían tomado los caminos divergentes que impone la mayoridad.

Abrió el bolso y buscó en su interior hasta dar con el paquete de cigarrillos y el encendedor, extrajo uno y lo apretó entre los labios para que la brisa no se lo arrancara. Usó la mano izquierda como pantalla y, tras varios intentos, logró encenderlo. Aspiró el humo

con intensidad, luego lo exhaló con fuerza para poder vencer la oposición del viento; no había en el Caribe, pensó, otro lugar donde su presencia fuese más avasallante. La tarde era clara, el cielo nunca le había parecido tan profundo ni tan anchuroso el mar que tenía enfrente, aun cuando la calina que venía con el oleaje difuminaba la nitidez de la orilla a uno y otro lado de la bahía.

En su mano izquierda tenía el encendedor, uno de sus objetos más preciados, un regalo de su padre, un Zippo clásico; levantaba y dejaba caer la tapa para escuchar su sonido metálico y romper de esa manera el monopolio del fragor del mar. Sentía que no había razones para echar de menos lo que fuera que no estuviera allí con ella en ese momento y nada extrañaba. Quiso, por un impulso, saber con exactitud la hora, pero había dejado su reloj sobre la cómoda en su cuarto. Justo antes de salir había pensado que no tenía sentido llevarlo consigo. En el bolso tenía su teléfono celular, pero estaba apagado y no quiso encenderlo; aunque era muy poco probable que alguien fuese a llamarla, evitó correr el riesgo de que lo hiciera justo cuando quería y podía creer que en su universo no quedaba sino ella. Ni siquiera lo compartía con aquel pescador de atarraya; él estaba en el suyo, paralelo en el espacio y en otra era atrás en el tiempo.

Se resignó a no saber con exactitud la hora, faltaba poco para que el sol se ocultara y las olas le parecieron más calmadas, como si esperaran ya rendidas la llegada de las sombras. De pronto, asaltada por una prisa absurda, ajena a la belleza del lugar, a los colores de la tarde y al lento latir del corazón de la isla, decidió que no había motivos para aguardar que el astro desapareciera del todo en el horizonte. Tomó una última bocanada de su cigarrillo, aplastó la colilla en la concha de almeja casi traslúcida que había escogido como cenicero y, con movimientos serenos, determinados, cual si estuviese gobernada por una voluntad extraña y superior a la suya, extrajo del bolso un revólver que parecía muy grande para su mano femenina y apoyó la boca del cañón en su sien derecha. Transcurridos unos segundos cambió de parecer, retiró el revólver de su cabeza para apuntarlo contra su pecho y apretó el gatillo. Acababa de cumplir cincuenta y cinco años y si hubiese llevado consigo el reloj, o encendido el celular antes de dispararse, habría sabido que faltaban diez minutos para las seis de la tarde.

II

Aunque llevaba meses preguntándose si en el universo quedaba todavía algún espacio para su existencia, María Genoveva, “Beba”, como la llamaba la familia, ex Miss Venezuela de finales de los setenta, caraqueña desde hacía siglos, rica de cuna, casada con un hombre más rico que ella y prima hermana de media Caracas, había tomado la decisión de quitarse la vida en la tarde temprana, en su casa, justo cuando acomodaba en su clóset la ropa planchada que le dejó sobre la cama la muchacha que iba a trabajarle durante las mañanas. No supo ni se tomó el trabajo de preguntarse por qué ese pensamiento había aparecido de manera tan abrupta en medio de la tranquilidad de su rutina casera de mujer sola. Fue como si otra ella, desconocida hasta entonces, más severa consigo misma, le hubiese dado una orden categórica e inapelable, una orden que solo cabía cumplir.

No tuvo siquiera que elucubrar sobre dónde hacerlo, guardaba en su mente ese lugar desde la primera vez, hacía unos diez años, en que fue a contemplar el crepúsculo en la hermosa restinga donde solo unos pocos metros separan el mar de la laguna. Si tuviera que escoger un sitio para morir sería este, se había dicho. Fue una idea fugaz, absolutamente inesperada, que en aquella oportunidad despachó de su mente calificándola de tontería y que no volvió a evocar sino hasta ese instante, pasadas las dos de la tarde en la habitación de su apartamento. Llegó a admirarse de la claridad y fuerza de la imagen de su propia muerte que, sin haber tenido la menor conciencia de ella, parecía haber hibernado en algún recóndito lugar de su cerebro. Se miró a sí misma tirada en la playa solitaria, inerte, sobre un promontorio de conchas marinas y guijarros, como si fuese una pintura hiperrealista y se tratase de una mujer desconocida, con el vestido blanco sacramental de las

sacrificadas a una deidad espantosa que quizás había gobernado su vida sin ella saberlo.

Llevada por un automatismo, terminó de acomodar la ropa planchada con el esmero y cuidado de siempre —ordenándola por colores en una gradación que iba del claro al oscuro, de izquierda a derecha, hábito que adquirió durante su internado en el colegio suizo al que la habían enviado a hacer la secundaria—. Al concluir, se desnudó para tomar una ducha, entró al clóset, puso la ropa usada en una cesta medio oculta en una esquina y se detuvo frente al espejo que ocupaba la cara interior de la puerta. Contempló su figura por un par de minutos, algo que no había hecho desde que un amante desconsiderado le hizo un comentario sobre la caída de sus nalgas, un "escaloncito" fue la palabra que usó el muy cretino. Crítica que soltó en medio de una de esas discusiones previas a las rupturas y había calado hondo en su ánimo. Hasta ese episodio, relativamente reciente, se había *sentido* muy segura del impacto que su desnudez producía en el género masculino. No había vuelto a tener intimidad con pareja alguna desde aquel día y se preguntó cómo se habría sentido si le hubiese tocado desnudarse de nuevo ante una. No lo sabría, pero lo cierto era que ya no se sentía invulnerable ante los ojos de los hombres. Se miró con curiosidad, cual si fuese un bebé que quiere reconocer su propio cuerpo, buscando otros "escaloncitos". El espejo, con absoluta neutralidad, le devolvió una imagen de la que cualquier otra mujer se habría sentido orgullosa, ella no.

Se apartó y entró en la sala de baño con el alivio que significaría para cualquier mortal saber que el futuro no contenía misterio alguno, adiós incertidumbre, adiós temores. Justo cuando se disponía a abrir la regadera para darse una ducha, cambió de parecer y optó por darse un baño más largo y profundo. Llenó la tina de agua tibia y le añadió unas sales francesas de la Provenza para, cual sacerdotisa en la liturgia de su propio sacrificio, darse una última ablución purificadora.

Sumergida en el agua se dejó llevar por la idea de tocar su cuerpo, como se toca a alguien a quien se quiere en el momento de las despedidas largas. Completó el ritual cruzando los brazos sobre el pecho, dándose un abrazo apretado a sí misma, el último, y así se quedó, con los ojos cerrados y sin pensar en nada por un par de minutos. Volvió a *relajarse y puso sus manos entre* las piernas encogidas. Si hubiese estado en su cama habría, de manera intencionada, adoptado una posición fetal; sintió que la necesitaba. Su mano derecha buscó su pubis, y, como solía hacer, jugueteó

distraída con la incipiente pelambre que lo cubría; hacía varios días que se había rasurado y los cortos vellos le hacían una suave resistencia.

Descendió hasta su vulva y convirtió sus dedos en un tridente que deslizó entre sus labios y la tierna concavidad que guardaban. *Beba, tú tienes la totona más bonita del planeta, mucho más que tu cara. Si el Miss Universo al que fuiste hubiese sido solo de totonas, lo hubieras ganado de calle*, recordó de pronto que le había dicho Roberto Aumaitre, su amante, mientras acariciaba su sexo una tarde en la que compartían esa misma bañera. En otro día y circunstancias, el recuerdo de ese encuentro con Roberto la habría llevado a tocarse con lubricidad y persistir en la caricia hasta alcanzar el clímax liberador, pero ya se había despedido de la vida y esos pensamientos cruzaron por su mente sin carga erótica alguna.

Salió del baño envuelta en una bata blanca liviana, con una toalla cubriéndole la cabeza y fue a sentarse ante el pequeño escritorio que tenía en una esquina de su habitación. De la gaveta extrajo una hoja de papel, supuso que tendría que escribir algo, pero no sabía qué. Para pensar en ello encendió un cigarrillo, corrió una de las hojas de la ventana y se asomó para mirar el océano. Desde que vivía allí se había impuesto la norma de no fumar en el interior de su apartamento —odiaba el olor a tabaco mezclado con salitre húmedo que en Margarita toman las habitaciones de los fumadores—; sin embargo, eso ya no alcanzaría a molestarla. Apagó el cigarrillo contra el marco de la ventana. Por un segundo no supo qué hacer con la colilla, hasta que optó por arrojarla al vacío y volvió al escritorio para intentar de nuevo escribir un adiós. Pasados unos minutos sin haber asentado siquiera una palabra sobre el papel, llegó a la conclusión de que no tenía nada que decir ni, peor aún, a quién decírselo.

Sin proponérselo de manera expresa, en el curso de los diez años de su separación, había dejado a Alfonso, su marido, cualquier iniciativa de comunicación entre los dos: no hablaba con él a menos que la llamara y no le escribía correos electrónicos o mensajes de texto salvo para responder algunos de los muchos que él le enviaba. No era una decisión que hubiera tomado para castigarlo, o por algún resentimiento contra él, era otra cosa. Obedecía más bien a cierta desidia fundada en la intuición más pura de que su matrimonio con Alfonso se había vaciado por completo, tanto de afectos como de rencores, y no tenía por tanto más palabras que intercambiar con él, ni siquiera ese último adiós.

Alfonso, en cambio, hasta hacía poco tiempo, sí la llamaba con frecuencia y buscaba cualquier pretexto dentro de la conversación para sugerir la idea de que volviera a Caracas con él e insistir en la posibilidad de rehacer su matrimonio. Consideraba, le decía, que el alejamiento de ella era una especie de cansancio, una expresión de la crisis de su mediana edad, algo que entendía perfectamente, que estaba dispuesto a pasar la página y tratar de reconstruir la relación entre ambos. Qué lejos estaba él de imaginar siquiera cuán irreversible, ahora más que nunca irreversible, era su decisión, pensó.

Una década atrás había querido divorciarse, porque quería vivir. Esa era la explicación que le daba a Alfonso, y el argumento que se daba ella, para fundamentar su decisión. Mas él se negó a aceptarlo de la manera más rotunda. Lo presionó con todo lo que pudo, pero nada funcionó para vencer su tozudez. A la cuarentena sexual de meses a la que lo sometió —ni borracha permitía que él la tocara—, sumó un silencio de ostra que generó una atmósfera venusiana en el hogar; no obstante, él parecía conforme con solo tenerla allí. Prisionera como era de la discreción —nunca iba a ir a un tribunal a airear sus intimidades de pareja—, cansada de batallar, consciente del poder del que disponía Alfonso y de su voluntad de mantenerla unida a él aunque solo fuese por pura formalidad, no tuvo más remedio que abandonar la idea. Fue entonces cuando, para darle una solución a la incomodidad de la convivencia en la casa que compartían en Caracas, y llevarse consigo a otra parte la frustración de no poder recuperar su libre arbitrio, tomó la decisión de mudarse al *penthouse* que tenían en Punta Ballena, isla de Margarita.

En los primeros tiempos de la separación, Alfonso se las había ingeniado para inventarse viajes y por lo menos un fin de semana al mes se instalaba en el apartamento como si nada hubiese sucedido entre los dos. Con un entusiasmo de turista primerizo, sin importarle que ella lo mantuviese en el destierro de la habitación de huéspedes, proponía idas a la playa, paseos en yate, salidas a cenar a los restaurantes de moda o tan solo compartir en casa la mejor champaña y el mejor caviar. Propuestas que ella rechazaba con inquebrantable resistencia. Él aparentaba no darse por enterado de su rechazo y volvía a la carga aferrado al asedio como estrategia. A pesar de su perseverancia, terminó por entender su deseo de estar sola y el prolongado forcejeo terminó en una especie de armisticio conyugal que, ayudado por la distancia, había devenido en un divorcio de facto, del que ninguno de los dos hablaba y con el que hasta ella se sentía cómoda. Una nota póstuma para Alfonso, pensó

sentada en su escritorio, no vendría al caso, la muerte nada cambiaba entre ella y él, hacía mucho que nada quedaba por decirle ni explicarle.

Su padre, Eduardo Herrera, la única persona a quien le habría gustado contarle tantas cosas, había muerto hacía mucho, poco después de su matrimonio. La tristeza de esa muerte presurosa —papi apenas superaba la edad que ella ahora tenía— no la abandonó nunca. Quizás por su ausencia irremediable era la persona a quien de veras echaba de menos, también el único que quizás habría podido impedir lo que pretendía hacer. *¡Ay, papi, qué falta me haces!*

Su madre, Odilia Becher, también había muerto. Vivió en París buena parte de sus últimos años dedicada a la pasión de su vida, lo único que en verdad había amado, el teatro; quizás la mejor manera que encontró para amarse a sí misma, que era su meta auténtica. Fue una actriz aficionada, de muy escaso talento histriónico, tanto que ni ella misma podía haberlo ignorado, pero esa clara carencia no la había perturbado nunca; compensaba su evidente falla sustantiva con una vocación adjetiva inmarchitable. Las relaciones familiares de mami debieron pasar por el tamiz de esa inclinación congénita a las tablas y allí se quedaron, atrapadas en la urdimbre de su inagotable resentimiento de artista trunca: a sus padres los hostigó desde la adolescencia porque se opusieron a su deseo de ingresar a una compañía de teatro, a su marido —con quien casó muy joven buscando un escape al cerco paterno— lo hizo destinatario recurrente de sus agresiones por haberle impedido iniciar la carrera con la que siempre soñó.

Había sido por la fijación que mami tenía por el escenario y las luces que el concurso de Miss Venezuela había devenido en una parada obligatoria en su vida. Mientras sus amigas eran formadas y estimuladas para estudiar una carrera universitaria y ser distinguidas profesionales o para casarse bien y ser buenas matronas reproductoras de la estirpe mantuana, a ella mami la empujaba al mundo del espectáculo. De niña, la estimulaba a participar en los concursos de reinas de los carnavales escolares o de torneos deportivos y en las obras teatrales del colegio. No la dejó nunca montar bicicletas o hacer cualquier actividad deportiva que pudiera dejarle alguna cicatriz. “Tú no puedes tener cicatrices en las piernitas, mi amor, porque tú vas a ser Miss Venezuela, y Miss Universo, y una gran artista, muy famosa. El teatro, la televisión, el cine, ese será tu destino. Juntas vamos a triunfar, lo verás”.

Cuando Beba ganó el Miss Venezuela, le tocó durante un año, por contrato, cumplir con una serie interminable de compromisos

promocionales del concurso y del canal de televisión que le servía de soporte. Ella prefería realizar las relacionadas con obras sociales en los barrios de las ciudades más grandes del país, visitar escuelas, hospitales y ayudar a cuanta gente pobre pudiera; sentía que esa era su obligación. Mami, en contraste, deseaba, y a ella no le quedaba más remedio que tratar de complacerla, que nadaran juntas en las aguas perfumadas del *show business* criollo; mientras más frívolas, mejor. Sacando cuentas, había considerado excepcional aquel año porque fue la única etapa de su existencia en la que sintió que su mami de veras la quería.

Poco antes de terminar su reinado, mami se le había presentado con una propuesta que no podía ser más ridícula: una transnacional de polvos para lavar quería que Miss Venezuela y su agraciada madre grabaran juntas una serie de comerciales televisivos, cantaditos como las películas de Bollywood, para promocionar el lanzamiento de una de sus marcas con un nuevo y poderoso principio activo. Ella se negó y mami montó en cólera. Igual se rehusó a acompañarla en otro comercial sobre el gran secreto de cocina que la hermosa madre de la mujer más bella del país le trasmitía a la hija: el uso de unos cubitos de carne y pollo que les daban sabor a las comidas. Tampoco aceptó uno sobre unas cremas contra el envejecimiento, que Miss Venezuela, a instancias de su madre, una cuarentona joven y rozagante, había comenzado a untarse antes de irse a la cama. Con sus firmes y continuadas negativas a sus proposiciones, mami comprendió que también ella se había negado a darle la oportunidad de ejercer su vocación artística y, tal vez por ser su última esperanza, la convirtió en blanco de sus frustraciones acumuladas.

Pasado el período de obligaciones legales con el concurso y la planta, Beba quería volver a una relativa normalidad y rechazó una tras otra diversas invitaciones que continuaban llegándole para participar en verbenas, tómbolas, bazares navideños, espectáculos y para hacer cuñas publicitarias de la televisión. Sospechaba, y no estaba equivocada, que la mano de mami era la fuerza invisible que motorizaba los convites, y no se trataba de contradecirla por contradecirla, la verdad más simple era que no quería continuar aquella fiesta. Mami no lo entendió así. La relación entre ambas retomó a la frialdad y distancia previa al Miss Venezuela, y la complicidad y camaradería surgida entre ambas durante el concurso habían quedado develadas como una farsa interesada de mami.

Al morir papi, la brecha que las separaba se hizo irreversible. A Beba, su muerte la había devastado, pero a mami, en cambio, el

dolor no se le notó ni un instante. De hecho, a las pocas semanas de una viudez que se suponía iba a ser muy dura —papi y ella conformaban, según los chismorreos sociales, una de las parejas más hermosas y envidiables del *tout* Caracas—, mami no pudo ocultar más la satisfacción que le ofrecía la libertad de abrazar el teatro y sus misterios. Cuando para Beba el luto era todavía una sensación física, mami la dejó sola con su dolor. Animada por su infinita vanidad de diva, y al calor de su encandilamiento amoroso con un dramaturgo argentino que a mediados de los setenta había llegado a Venezuela —un adonis con algo de talento, escaso de patrimonio, bastante más joven que ella, galante y adulador—, empacó sus maletas y se fue a París, detrás de su vieja obsesión. Esa fuga con el dramaturgo sureño había sido un escándalo en Caracas, pero mami, instalada en su sueño, ni se enteró ni le habría importado.

Papi, gracias a Dios, al enterarse de que sufría "una penosa enfermedad", como todavía le decían en aquellos años al cáncer, había tomado la previsión de amarrar buena parte de la fortuna familiar a un fideicomiso en un banco extranjero que solo podía ser movilizado con la firma de ambas. Gracias a esa decisión paterna, mami contaría con una renta suficiente para vivir con dignidad y cubrir algunas de sus extravagancias. Tras su fuga, había mantenido con ella muy poco contacto, se vieron las veces en que ella pasó por París, en sus viajes de vacaciones a Europa con Alfonso. Solo se enteraba de sus avatares cuando, a los fines de alguna gestión con la herencia compartida, recibía comunicaciones suyas a través de un abogado amigo de la familia a quien, también gracias a Dios, papi había dejado a cargo de la administración del fideicomiso.

A eso se había reducido la relación entre ambas desde la muerte de papi, hasta que mami había reaparecido hacía unos pocos años. El dramaturgo argentino llamó una vez desde París para informarle que mami estaba enferma, que los olvidos y pequeños desvaríos de los primeros tiempos de su afección se habían convertido de pronto en una cosa seria. Que había sufrido un episodio de demencia senil severa; se extravió durante tres días y la policía la encontró en compañía de un grupo de artistas callejeros, afectos al alcohol y las drogas, que improvisaba obras de teatro en los alrededores de la iglesia de San Eustaquio. Y que mami se había vuelto muy agresiva y él no podía hacerse cargo de su cuidado.

Voló a París, trajo de vuelta a Caracas a una mami que no la reconocía y a quien no reconocía, ausente casi por completo de la vida, que alternaba prolongados silencios con planes alucinados de

sus futuros triunfos en los teatros más prestigiosos de Europa. Manejó el asunto con la mayor discreción. La internó en el instituto de cuidados geriátricos más caro de Caracas, donde, supuso, su dignidad estaba garantizada. Mami demoró poco en languidecer y apagarse por completo. A lo largo de su convalecencia, Beba la visitó una sola vez y por muy pocos minutos. Mami, increíblemente anciana, estaba ausente por completo y la situación, amén de dolorosa, le resultó absurda. Aquella señora, ajena y con la mirada extraviada, sin vivacidad alguna, que había olvidado su rostro y su nombre, estaba tan lejos de la idea que tenía de su madre que en efecto había dejado de serlo. No podía sentir afecto alguno por un cuerpo que no se correspondía con su imagen hermosa ni con su alma de teatrera indómita. Cuando salió de la habitación sin poder siquiera decirle una palabra de consuelo, sabía que no volvería a verla. Salvo velar porque recibiera los cuidados necesarios y muriera con decoro, nada más podía hacer. No obstante, esa decisión que tomó de la manera más serena, la hizo sentirse culpable y debió vivir en adelante con el cargo de conciencia de que pudo haber hecho más por su mami.

III

María Genoveva comenzó a sentir que la decisión de poner término a su vida había tropezado con un obstáculo imprevisto: seguía sin encontrar un texto de despedida y alguien a quien dirigírselo, y entendía que ese era un asunto importante. Dejarle a Alfonso Eduardo, su hijo querido, el legado trágico de una nota suicida estaba descartado, no se lo merecía. La suya era un alma buena de artista, pintor por vocación infantil y convicción adulta, que no habría sabido lidiar con el dilema obvio implícito en semejante decisión: ¿por qué si su madre lo tenía tan presente como para dejarle a él una nota, no pensó en el dolor y la orfandad, y hasta en la vergüenza, que le causaba con su muerte autoinfligida?

Alfonsito había estudiado Ingeniería en la Católica y, al terminar sus estudios, se había marchado a la capital de Alemania a hacer un posgrado en Finanzas, que había abandonado, a pesar del disgusto paterno, para inscribirse en uno de arte. Cuando lo concluyó comenzó a transitar la dura senda de los pintores. Hacía años que se negaba a recibir dinero tanto de su padre como de ella. La última vez que habían hablado, le contó de sus últimos proyectos artísticos y de una próxima primera exposición en una galería importante. Su vocación era inequívoca, aunque su trabajo actual era otro. Desde hacía unos meses había tenido que emplearse como fotógrafo de una firma que vendía muebles y utensilios domésticos por internet para contar con unos ingresos mayores.

Se había mudado a vivir con su novia, una muchacha alemana de Colonia, a un pequeño apartamento en Prenzlauer Berg, un barrio berlinés de alma bohemia habitado por artistas e intelectuales. Hablaba con él con frecuencia y, desde que estaba allá, había hecho de la lejana Berlín una parada obligatoria cuando viajaba a Europa. Su compañía era gratísima y la disfrutaba con

gozo, pero los hijos varones eran nómadas por naturaleza y la ausencia era su sino. A ella le bastaba con verlo vivir a su aire, feliz, sin la muleta paterna o materna, aunque la tranquilizaba saber que Alfonsito, mientras viviera, nunca iba a conocer la miseria. Una nota de despedida dirigida a él sería, estaba segura, una perturbación que de ninguna manera quería causarle.

Pasados unos minutos sin poder resolver el inesperado dilema, comenzó a sentir que era otra María Genoveva la que cavilaba, la que, quizás para revertir su irrevocable determinación de terminar sus días sobre la tierra esa misma tarde, se aferraba a la imposibilidad de escribir una nota para impedirlo. En ese desdoblamiento, miraba a esa otra Beba vacilar, negarse a avanzar hacia la muerte con decisión. De pronto no entendía su empeño en registrar el adiós definitivo y decidió actuar. Desechó la hoja de papel en blanco, abrió su agenda y en la fecha correspondiente escribió unas rápidas palabras que firmó con su nombre más íntimo: Beba. La dejó sobre el escritorio, a la vista de cualquiera, con la idea de que no la pasaran por alto. A partir de ese momento, tomó el control absoluto de los eventos. La otra, pesarosa, se limitó a observarla.

Fue hasta su habitación y de una de las gavetas de la cómoda sacó un revólver que Alfonso le había traído hacía tiempo. Un día le había dado por preocuparse por la criminalidad en Margarita, se apareció con el arma y la persuadió de que lo guardara en la casa, por si acaso. Insistió también en que tomara un pequeño curso práctico de manejo de armas de fuego con uno de los miembros de su departamento de seguridad, para que por lo menos aprendiera a perderles el miedo. Verificó que el revólver estuviera cargado y lo guardó en su bolso, sin dedicarle al asunto siquiera un pensamiento. Actuaba, así lo quería, como una autómata; la otra solo miraba. Buscó la llave de su vehículo, fue a la nevera, se tomó un poco de agua y, antes de salir, se aseguró de que todo estuviera cerrado y apagado. En el ascensor se miró de nuevo al espejo con la misma actitud de minutos antes en su cuarto y se reencontró con la Beba temerosa, estupefacta ante la tranquilidad con la que su otra versión había actuado hasta ese punto. Se preguntó si cuando le tocara ejecutar el acto final tendría la misma sangre fría.

Había llegado a Margarita diez años antes y jamás se habría imaginado que iba a morir allí; tenía cuarenta y cinco y a esa edad no pensaba en la muerte, al contrario, estaba ilusionada con las posibilidades de una vida nueva. Encontró siempre muy romántica y sensual la atmósfera margariteña y, a pesar de que no lo hubiera

reconocido en aquellos días, la alimentaba la esperanza de dar con el gran amor que nunca vivió y con el que había soñado a lo largo de su existencia. Estuvo preparada para su llegada y hasta pensó que de veras lo había encontrado, aunque después, deshecha la ilusión, cayó en cuenta de que lo había confundido con una primavera erótica que la había embriagado y entretenido.

Esa primavera se llamó Roberto Aumaitre, un empresario margariteño, de su edad, próspero propietario de un casino. Un hombre apuesto, alegre y con cancha que se la levantó sin muchos regates. En los tiempos iniciales de su romance había traspasado umbrales de placer sexual nunca antes siquiera imaginados. Roberto no tenía prisa en el amor y podía esperar el tiempo que hiciera falta para que ella ascendiera a su orgasmo y se mantuviera en esa elevación cuanto quisiera. Le hizo el amor en posiciones y lugares inverosímiles y, sin que pudiera explicarse por qué se lo había permitido, había incluso tomado otras virginidades suyas que, a pesar de una insistencia permanente a lo largo de su unión, nunca quiso ofrendar a su marido. Hacerlo le había proporcionado un goce profundo y nuevo que, más allá de lo físico, le deparaba además la conciencia de estar violando las pautas morales de su crianza; nunca antes de ese florecimiento erótico había sentido que también podía ser una mujer mala, deliciosamente mala.

Roberto fue un buen compañero en la cama y fuera de ella, pero su carácter de macho caribeño había prevalecido y se hizo evidente en la desfachatez de una borrachera: “Mira, Beba —le dijo a gritos —, vamos a dejamos de pendejadas, chica, tú habrás sido Miss Venezuela y serás muy bella, pero después del polvo número cien todas las mujeres, feas y bonitas, jóvenes y viejas, son la misma vaina, y ya nosotros hace tiempo que pasamos del cien”. No pudo permanecer ni un segundo más a su lado tras haber sido objeto de ese insulto. No por lo hiriente, que lo era, sino por su intolerable vulgaridad. Vinieron otros amantes pasajeros, no muchos, ciertamente, y ahora que ajustaba las cuentas, llegó a la triste conclusión de que a ella el amor la había dejado esperando.

Mantuvo en alto sus expectativas quizás durante los primeros cinco años de residencia en Margarita. Su afán nada tenía que ver con ganar dinero porque disponía de suficiente patrimonio propio y tenía unos honorarios importantes como presidenta de la fundación para las artes y las letras patrocinada por Seguros Populares, el emporio empresarial de su marido. Alfonso nunca tomó represalias económicas contra ella a raíz de su decisión de separarse de él. Sus asignaciones se depositaban con puntualidad en una de sus cuentas

y, además, el presupuesto de la fundación podía manejarlo a su real saber y entender. Una llamada telefónica suya al gerente encargado de la administración era suficiente para que los recursos fluyeran en la cantidad necesaria hacia donde ella decidiera, sin la menor objeción.

Conocía el talento de los artistas de la isla y, apenas se hubo instalado, comenzó un programa para otorgar becas y bolsas de trabajo a los jóvenes que se iniciaban y a organizar y financiar exposiciones para brindarles el escenario que necesitaban para dar a conocer sus obras. Lo hizo con la convicción de que Margarita podía ser, gracias al concurso de su gente, el lugar cuya fuerza de gravedad artística atrajera la atención del país y de buena parte del mundo. No confiaba en las políticas públicas culturales, entendía que el arte y su producción eran un asunto de la sociedad civil y la isla sería una prueba de cuán lejos se podía llegar por esa vía. Estaba persuadida de que un impulso sostenido a la actividad creadora iba a generar una fuerte inversión económica del sector privado que multiplicaría la producción de los artistas y, por tanto, estimularía el surgimiento de galerías y salas de exposición. Contrario a lo sucedido hasta entonces, el turismo tendría el arte como eje. Puso en su plan un gran empeño y se dedicó a él en cuerpo y alma.

Las dificultades no tardaron en aparecer. El ambiente nacional no ayudaba y las ofertas de apoyo financiero e institucional al proyecto por parte de empresarios y entes privados no aparecían en el volumen y ritmo ofrecidos. Pero ese no era el peor frente abierto contra su plan. Salvo unas pocas excepciones, comenzó a notar que había cierta reiteración y falta de creatividad en los trabajos que presentaban los artistas. Nada la sorprendía y casi todo le resultaba mediocre. Los resultados, en cantidad y calidad de las obras, marcaban una tendencia decreciente que la llevó a concluir que su proyecto, tal como lo había imaginado y concebido, no estaba funcionando o estaba haciéndolo de manera imperceptible. Invitó a la isla a un grupo de críticos y conocedores de arte para que realizaran una evaluación de lo hecho y determinaran las razones de ese desempeño por debajo de sus expectativas. El estudio realizado por los expertos concluyó que la razón del estancamiento radicaba en el aislamiento de los creadores margariteños: “Mucho talento natural y poca formación estética, los artistas locales no conocen ni tienen referencias plásticas más allá de las propias y terminan reiterándolas”, concluía el informe. Lejos de amilanarse, Beba se abocó con mayor empeño a su sueño y rediseñó su

proyecto.

Le dio a su plan un nombre que estuviera a la altura de sus propósitos y a la vez indicara la meta que perseguía: Quattrocento. Margarita iba a ser una suerte de Florencia del Renacimiento y ella no tenía inconveniente en ocupar en ese proceso el lugar de Lorenzo de Medici, el Magnífico. Asesorada por los expertos, financió cursos con artistas, críticos y maestros de arte que hizo venir desde Caracas y de países como Alemania, España, Estados Unidos e Italia, para enseñar y mostrar a los noveles creadores margariteños los caminos por donde había transitado, transitaba y, según las perspectivas presentes, transitaría el arte occidental en el futuro próximo.

Beba, quien estaba convencida de que las cosas buenas vienen juntas, comenzó también a promover una ampliación de la oferta cultural en la isla para que los artistas se nutrieran de ella. Trajo a Margarita compañías de teatro desde Caracas, inauguró ciclos de cine europeo y pagó conciertos de música de cámara y bandas de jazz. Financió la compra de videos orientados a sensibilizar a los niños hacia el arte para que fuesen reproducidos y entregados en las escuelas. Los augurios fueron muy buenos; algunos empresarios locales llegaron incluso a interesarse en la posibilidad de producir y montar eventos en las distintas artes, y durante un tiempo vivió con la ilusión de haber encontrado la fórmula para encarrilar su proyecto desde abajo, desde la formación misma de los artistas. Margarita, estaba cada vez más convencida, iba a ser el eje del renacimiento nacional.

Se empeñó además en crear un vínculo entre esos programas y los artesanos de la isla. Su idea era aumentar también la calidad estética y creativa de las hacedoras de hamacas de La Vecindad, las tejedoras de mapires en El Valle de Pedro González, las sombrereras de San Juan Bautista y los miniaturistas de embarcaciones tradicionales de la isla en Boca de Río. Fue además una gran animadora y promotora del movimiento en tomo a la nueva gastronomía de Margarita. Su presencia era norma en las manifestaciones culturales de la isla, y la curiosidad y admiración que despertaba era tan grande que la gente que la rodeaba comenzó a tentarla con la idea de que aspirara a un cargo de elección popular, alcaldesa de Porlamar o gobernadora del estado. Jamás pasó por su mente proponérselo, pero igual se sentía halagada; mejor aún, se sentía amada.

Tiempo después, en las largas horas que pasaba sola confinada por condena propia en su apartamento, pensaba en aquellos

primeros amagos de éxito y no podía precisar con exactitud cuándo había comenzado a desmoronarse su entusiasmo ni por qué. Ocurrió de pronto, y de manera inadvertida. El impulso inicial que la llevó a crear su programa, y darle la fuerza humana necesaria para generar frutos, había desaparecido y, en su lugar, surgió en ella un gran escepticismo y desidia. No podía conectar esa reacción suya con causa eficiente alguna, pero lo cierto era que el afán que antes había estado allí, aquella energía que le brotaba a raudales, y la empujaba a actuar, ya no estaba.

En términos temporales, su enfriamiento había coincidido con su regreso de París, a donde tuvo que acudir con urgencia cuando fue en busca de su madre enferma. Aunque ella misma, cuando buscaba una razón para su súbito desencanto, dudaba de que esa pudiera haber sido la causa real, era verdad que las experiencias vividas en ese viaje a la capital francesa fueron devastadoras para su ánimo. A su modo, su madre había intentado en Francia lo mismo que ella en Margarita, solo que su esfuerzo estaba limitado a ella misma, el centro de su obsesión teatrera; mami no quería ser Lorenzo el Magnífico, sino Marylin Monroe. Financiaba las creaciones de autores noveles con la condición expresa de que en la trama hubiese un personaje que ella pudiera encarnar. Por esa razón, en esos montajes había siempre una madre alemana histérica o una sudamericana festiva y escandalosa, papeles que los autores entendían eran más sencillos para ella porque bastaba con que se actuara un poco a sí misma.

Tuvo oportunidad de verla cuando ese frenesí teatral estaba en su apogeo y, no bien terminaba una obra, comenzaba los ensayos para otra que se iniciaba. Su apartamento en Saint-Germain era frecuentado por figuras nacientes y consagradas de la actuación y estaba rodeada de mucha gente, no tenía ni un minuto para sí misma, ni para pensar en nada, pero parecía feliz. Su vida no existía más allá de ese ámbito cuya fragilidad a Beba le resultaba evidente. Por eso, verla sola y extraviada de manera definitiva había sido un choque duro e inesperado. Mami vivía en una soledad absoluta, nadie la acompañaba en aquellas jornadas que la alejaban cada vez más de la realidad, nadie, ni siquiera su marido argentino, la amaba como para tanto. Fue ante ese cuadro triste que por primera vez pensó que a ella podría ocurrirle lo mismo y ese pensamiento la llenó de terror.

Salió de Punta Ballena y condujo su vehículo por la carretera que serpentea el cerro El Vigía. A su izquierda, el mar le pareció más azul que nunca antes y el aire estaba tan transparente que

podían verse las montañas de costa firme con sus sinuosidades. Atravesó Pampatar y tomó la avenida que empalma con la autopista a Punta de Piedras. A esa hora en la que el calor de la tarde comenzaba a ceder, el tránsito todavía estaba liviano y lo celebró; ahora Margarita también tenía su *rush hour* y el tráfico en esa zona se anudaba alrededor de las cinco. Encendió la radio y se paseó por varias emisoras, mas no le gustó la música que encontró en unas ni mucho menos las discusiones sobre los jeroglíficos políticos de la isla y del país que sintonizó en otras.

Abrió la guantera y seleccionó un viejo disco compacto de la cantante norteamericana Joan Osbome, *Relish*, que tanto la había acompañado. Ajustó el volumen y buscó el tema "One of Us", justo lo que quería escuchar para alejarse de la posibilidad de sentir compasión por sí misma.

> *If God had a name, what would it be*?
> *And would you call it to his face*
> *If you were faced with Him in all his glory*?
> *What would you ask if you had just one question*?

Siempre creyó que, habiendo sido buena su alma, al morir iría al cielo, pero ahora tenía dudas. Sí, ahora que el encuentro con Dios comenzaba a parecerle inminente, estaba segura de que su juicio no sería benévolo. La pregunta de la Osborne venía al caso: ¿qué le diría a Dios si pudiera estar frente a Él en toda su gloria y poder hacerle solo una pregunta? Tal vez le preguntaría por qué, en contra de su prohibición, había tomado la decisión de poner término a su existencia con sus propias manos. ¿Por qué sentía, además, que esa decisión era inapelable si era Él quien decidía la vida y la muerte? El pensamiento la acompañó por varios minutos y su falta de ideas para una respuesta, como cuando trataba de escribir su nota de despedida, le produjo una desazón conocida, de nuevo se sintió vacía, sin lugar en el mundo. Ojalá Dios tuviera la respuesta aunque la condenara al infierno.

En el semáforo del mercado de Conejeros, el tráfico se hacía lento y un niño se acercó a su ventanilla ofreciéndole el periódico vespertino. Lo rechazó con un gesto que quiso ser amable y, sin poder evitarlo, cruzó por su mente el pensamiento de que tal vez en la siguiente edición sería ella la noticia amarilla de ese y otros diarios de Margarita y Caracas —al fin y al cabo no era común que una Miss Venezuela, aunque fuese vieja, se pegara un tiro, se dijo—, pero apartó de sí ese pensamiento porque no quería siquiera imaginarse nada de lo que pudiera pasar más allá de su muerte.

Tomó la autopista a Punta de Piedras y, antes de llegar a la salida para el aeropuerto, se desvió en dirección a La Guardia. Atravesó el pequeño pueblo de pescadores y llegó hasta la salina en las afueras, donde unos muchachos jugaban pelota. Allí, frente al mar, al comienzo de la larga ensenada, había algunos carros estacionados y gente que caminaba por la orilla de la playa recogiendo caracoles y piedras de extraña coloración, como también había hecho ella cuando estaba recién llegada a Margarita. Los dejó atrás y se internó en la restinga, buscando su lugar favorito, unos kilómetros más adelante, donde la laguna y el mar están más cerca uno del otro. Dejó el automóvil en el lugar de siempre y caminó sobre la capa crujiente de conchas marinas que cubría la playa hasta llegar al promontorio que escogió para sentarse, el lugar donde iba a morir. Antes, al salir de casa, había pensado que llegado el momento, decisivo su voluntad podría ceder, o que por lo menos estaría tan nerviosa que no habría podido siquiera caminar. Pero estaba serena, tan serena e imperturbable como el agua entre los manglares de la laguna.

IV

La aparición en una playa del cadáver de María Genoveva Herrera Becher había sacudido al país y devenido en una noticia omnipresente en los programas diarios de radio y televisión. Con una persistencia extraña e inexplicable para el coronel Salvador Sanabria, jefe de la policía judicial en Margarita —acostumbrado a que los casos escandalosos en el país se sucedían unos a otros con mayor rapidez—, la muerte de la exmiss se resistía a abandonar las primeras planas de los diarios locales y nacionales; peor aún, servía de alimento a innumerables reportajes periodísticos y televisivos sobre la ineficacia de los planes de seguridad del Gobierno, para no mencionar la tempestad antigubernamental que había ocasionado en las redes sociales. El policía no era partidario de estar hablándoles a los periodistas en circunstancia alguna y jamás se sentía cómodo ante ellos, pero su asistente de prensa, un caraqueño recién llegado a Margarita que guardaba intactas sus maneras capitalinas, lo había convencido de la necesidad de rendir una declaración que explicara los hechos y pusiera término a las especulaciones.

Entró en la sala acondicionada para la rueda de prensa y miró con aprensión los micrófonos y grabadoras colocados sobre la mesa. Nunca había dado una de esa magnitud, con la asistencia de periodistas locales, de tierra firme y de varias agencias internacionales, y sintió que el impulso de atacar, propio de su condición de animal depredador, se localizaba en la úlcera sangrante de su estómago. A su llegada, los periodistas hicieron un silencio de mármol que no fue suficiente para serenarlo, pero lo entendió como una señal de respeto y bastó para calmar su atavismo de carnívoro agresor.

—Buenos días, apreciados colegas, gracias por asistir. Dejo con

ustedes al coronel Salvador Sanabria, comandante de la policía judicial del estado Nueva Esparta. El coronel hará una exposición inicial del caso de la señora Herrera Becher y del estado de las investigaciones hasta la fecha. Hasta donde sea posible hacerlo, por supuesto, para no arriesgar sus avances. Después procederá a responder, con gusto, las preguntas que ustedes tengan a bien formularle —anunció el asistente de prensa.

El coronel se tomó unos segundos para ordenar sobre la mesa sus papeles, darles un toque innecesario a los micrófonos más cercanos y tomar un trago de agua antes de comenzar a hablar.

—Buenos días, licenciados y licenciadas, margariteños y margariteñas, visitantes y… —en su afán de cumplir en esa oportunidad con la exigencia oficial del uso del género, algo que jamás hacía en privado, por poco se le escapa el *visitantas* que por una fracción de segundo apareció en su libreto mental—. *Qué jodido es esto de ser un Guardia Nacional de uña en el rabo, como yo, y tener que lidiar ahora con esta mierda del género*. Como es del conocimiento de ustedes, hace exactamente ocho días apareció en la playa de La Restinga el cadáver de la ciudadana María Genoveva Herrera Becher, quien fuera Miss Venezuela hace casi cuatro décadas. La señora Herrera era residente en la isla y los margariteños y margariteñas la sentíamos como nuestra. Quiero, antes de entrar en materia, expresar y hacer públicas las condolencias de este cuerpo de policía y de mi persona al viudo, a sus familiares, amigos y al pueblo en general porque sabido es que la señora Herrera fue una Miss Venezuela muy querida y recordada —dijo apegado al guión que le elaboró su asistente de prensa.

Hizo una primera pausa y tomó un par de sorbos de agua del vaso que tenía enfrente.

—El sábado antes pasado, en horas de la mañana, se recibió en nuestra sede una llamada de la estación de policía en La Guardia, municipio Díaz del estado Nueva Esparta. Unos guacuqueros habían encontrado el cadáver de una mujer en la playa de La Restinga, a mitad de camino entre esa población y el balneario. El cuerpo estaba muy cerca de la vía donde había dejado estacionado su vehículo, una camioneta rústica marca Toyota. Una comisión nuestra se trasladó al sitio y se hicieron las experticias de rigor. La occisa presentaba un balazo con orificio de entrada en el pecho, que le interesó el corazón, y orificio de salida en la región dorsal. La herida de entrada, a un lado del seno izquierdo, presentaba un tatuaje de pólvora, por lo que se deduce que el disparo se produjo a muy corta distancia, a quemarropa prácticamente. La hipótesis

sobre la que hemos venido trabajando es que estamos en presencia de un homicidio en la ejecución de un robo. Suponemos que la señora Herrera se encontraba sentada en la orilla de la playa, suponemos también que sola, incluso se había fumado un cigarrillo, cuya colilla fue recogida en el sitio, y fue sorprendida por el o la homicida. Suponemos que actuó una sola persona. No había señas visibles de violencia en su cuerpo y se verificó que la víctima no fue objeto de agresión sexual. Algunas de las pertenencias que le pertenecían —Salvador Sanabria sintió el golpe acústico de la redundancia y no pudo evitar una contracción espasmódica en el cuello y parte de la cara, pero ya estaba dicho— a la señora Herrera no se encontraban en el lugar del crimen ni se hallaron rastros de ellas en la búsqueda que se realizó a lo largo de la carretera y la playa, en ambos sentidos. Las llaves del vehículo tampoco aparecieron. Nuestra hipótesis es que el o la homicida se las llevó consigo o las tiró en algún lugar distante. El cadáver fue trasladado a la morgue del Hospital Luis Ortega para la autopsia de ley, donde se certificó que la muerte se produjo por herida por proyectil percutido por arma de fuego que interesó el corazón. El cadáver de la señora Herrera Becher no presentó ninguna otra lesión. Se dio aviso a su *conyugue*, el conocido empresario de seguros Alfonso Pérez Castillo. Por cierto, el cuerpo de policía judicial y mi persona queremos dejar constancia del agradecimiento a los familiares de la occisa por la colaboración prestada en las investigaciones realizadas hasta ahora. Bueno, para terminar, antes de que ustedes hagan sus preguntas, quiero dejar bien claro además que no daré reposo a mi alma ni descanso a mi brazo hasta que este homicidio sea resuelto y el criminal o la… —no quiso aventurarse con el género y cortó la frase— que lo llevó a cabo sea puesto o puesta a las órdenes de la ley y condenado o condenada.

Salvador Sanabria añadió otros detalles de la investigación y se detuvo para tomar el agua restante en el vaso. Acomodó de nuevo sus papeles y se tomó unos segundos adicionales para leer una nota que en forma muy discreta le había pasado su asistente de prensa: “Mi comisario, por si tiene que repetirlo, la sílaba final de cónyuge se pronuncia como si estuviera escrito je y no gue. Igual habíamos quedado en que no iba a decir ‘mi persona’ y ya ha repetido esa expresión dos veces. Otra cosa, olvídese de la distinción de géneros, que se enreda, deje eso para los creyentes comunistas, hable normal. Y otra cosita, mi comisario, por si acaso otra ocasión, el juramento de Bolívar en el Monte Sacro fue al revés: primero, no daré descanso a mi brazo, y luego, ni reposo a mi alma”.

Al finalizar la lectura, el color amarillo brilló de nuevo en las pupilas del coronel Sanabria. *Quién se cree este pendejo que es para venir a corregirme a mí. Al terminar con esto va a saber cómo es la vaina, quién manda aquí.*

—Apreciados colegas, pueden formular sus preguntas, en orden, por favor, levanten la mano y cuando le conceda el tumo da su nombre, el medio para el que trabaja y formula una, insisto, una, pregunta. Gracias.

—Buenos días, soy Jesús Rafael Cedeño, del diario *El Margariteño*. ¿Puede usted decimos, coronel Sanabria, cuántas personas participaron en el crimen y si tienen alguna pista firme para dar con la identificación del o de los asesinos?

—Como dije, suponemos que actuó una persona, aunque no descartamos totalmente que haya podido ser más de una. En el estado actual de las investigaciones nada se descarta. No hay todavía un sospechoso, pero tenemos algunas pistas que nos llevarán a él, pueden estar seguros. Unos bandidos han operado en esa zona en los últimos meses, cayéndoles a los turistas y visitantes que se encuentran en los sitios más solitarios de La Restinga, ustedes saben que es una playa muy larga. Igual pudo ser uno de esos malandros que en la jerga nuestra llamamos "coco seco", esos delincuentes que actúan bajo el efecto del *crack* y para quienes matar a un ser humano, a la víctima de sus robos, resulta algo natural. Cualquiera que sea el caso, será cuestión de tiempo para que demos con el asesino o los asesinos.

—Buenos días, comisario. Soy Pedro Bellorín, de Radio Nueva Esparta AM. Algunos medios han especulado que este crimen pudo haber sido cometido por alguien conocido de la señora Herrera y que el móvil pudo haber sido otro distinto al robo, que pudo ser pasional. ¿Qué puede decirnos de esa hipótesis?

—Esa hipótesis ha sido evaluada por la policía y rechazada de plano. Interrogamos a gente que vive en La Guardia, en la calle que lleva al istmo, y a algunos muchachos que jugaban pelota en la salina esa tarde, y todos coincidieron en que vieron pasar su camioneta y que nadie la acompañaba ni pasó otro carro después del suyo. Algunos vecinos aseguraron que muchas veces la habían visto hacer antes ese mismo recorrido, más o menos a la misma hora, camino de La Restinga, siempre sola. Alguna vez llegó a detenerse a comprar cigarrillos en una bodega en la vía. Nunca la vieron acompañada. Para nosotros, el encuentro con el asesino, o los asesinos, fue fortuito. Igual investigamos todas las hipótesis posibles.

—Buenos días, Raúl Millán, de Radio Isleña. Por favor, comisario Sanabria, ¿qué puede decimos de la inseguridad en Margarita? Los neoespartanos y los turistas se quejan de la criminalidad imperante y creciente en la isla. El último plan de seguridad de la policía y de la Guardia Nacional, "Calles para el Pueblo", parece no haber sido efectivo.

—Al contrario, los resultados del plan "Calles para el Pueblo" han sido muy positivos, sus efectos se verán más claramente en el mediano plazo. Incidentes como el de la señora Herrera Becher son rezagos inevitables de la ausencia de una política de seguridad a lo largo de los cuarenta años previos a esta administración, no de nuestros gobiernos. Seguiremos empeñados y tendremos éxito en esta lucha por la seguridad, para devolverle al pueblo sus calles y sus espacios. Eso es indiscutible. También, como hago rutinariamente, pido a los margariteños y visitantes que sean prudentes, que eviten las zonas de riesgo.

—Buenos días, mi comisario, soy Yubirí Uzcátegui, corresponsal de Televisión Bolivariana del Sur. Con la ejecución del plan "Calles para el Pueblo" hemos notado que, ciertamente, la criminalidad ha disminuido muchísimo en el estado Nueva Esparta, ¿puede confirmarnos eso?

Salvador Sanabria esbozó una sonrisa que le alargó el bigote.

—El plan "Calles para el Pueblo" se inició hace treinta días y su efecto en la criminalidad en la isla ha sido muy positivo, los delitos en general han disminuido en un setenta por ciento, calculamos nosotros. Por supuesto, ese porcentaje será mayor en la medida en que vayamos ajustando el plan, en la medida en que vayamos afinando sus mecanismos. Vamos a seguir trabajando hasta llegar de nuevo a la Margarita sin cárceles ni delincuentes que muchos margariteños conocimos de niños. Nuestra meta es cero criminalidad y, por lo hecho hasta ahora, no podemos ser más optimistas.

—Buenos días, comisario, soy Luis Ávila Guerra, de ENEvisión, la televisora de Nueva Esparta. Por favor, ¿podría decimos cómo afecta la inseguridad, evidenciada por este crimen, el desarrollo del concurso Miss Venezuela, cuya gala final, como está programado, se celebra aquí dentro de poco más de un mes? ¿Puede el Gobierno garantizar la seguridad para su realización?

Ya su jefe de prensa le había advertido que le iban a formular esa pregunta y tenía una respuesta preparada. No obstante, se sintió incómodo por la tirria que le tenía al periodista que se la hizo. Luis Ávila Guerra era uno de esos profesionales de la prensa que le

reventaba las ternillas tan solo de verlo. Estaba a cargo de los sucesos en el programa de noticias de la mañana y lo consideraba un enemigo encubierto del Gobierno. Le disgustaba el tono irónico con el que formulaba las preguntas y su tendencia a burlarse y mamarle gallo a cuanto funcionario policial o judicial entrevistaba. Había sido muy insidioso y metiche en el caso reciente de un anciano, Gumersindo Salazar, encarcelado por adelantar una acción política para proclamar la independencia de Margarita. El imputado murió en el encierro por una huelga de hambre que se empeñó en realizar y la prensa, con Ávila Guerra a la cabeza, lo convirtió en un mártir. Había responsabilizado al Gobierno, y a él en lo personal, por el hecho y montó un escándalo que duró semanas.

—Gracias por la pregunta —le dijo con la mayor sequedad—. Me permite informar a la ciudadanía sobre las medidas tácticas y estratégicas que estamos tomando para garantizar que el concurso se realice de manera segura. Medidas que, más importante aún, van también a garantizar de manera permanente y continuada seguridad a los ciudadanos, una vez que el concurso haya pasado. Con la celebración del Miss Venezuela aquí, los ojos de los venezolanos y de gente de otros países van a estar sobre Margarita. Sobra decir que estamos muy orgullosos de ser la sede de un concurso que ha sido una gloria para nosotros. Margariteños y visitantes pueden estar tranquilos, estaremos desplegados y listos para asegurar que la celebración sea como corresponde, sin problemas de ninguna índole. Para tal fin, disponemos de cien unidades de patrullaje, de ciento cincuenta motos y más de mil agentes para proveer la seguridad veinticuatro horas por veinticuatro durante la celebración del concurso. Hechos infortunados como el de la señora Herrera Becher, lejos de tener un efecto desmoralizador en nosotros, nos dan más fuerza y nos permiten blindar las medidas que vamos a tomar para que algo como eso no vuelva a ocurrir —recitó la respuesta tantas veces ensayada con su asistente de prensa.

—Mónica Jiménez, de la FM Radionoticias Margarita. Desde hace varias semanas hay incomodidad entre los colectivos bolivarianos femeninos por la celebración del concurso Miss Venezuela en la isla de Margarita. Ayer un grupo, parte del Colectivo de Mujeres Socialistas Bolivarianas Manuela Sáenz, anunció que se oponen a la celebración de la gala de las misses en Margarita y están convocando una asamblea para los próximos días. Cito textualmente su comunicado: “Manifestaremos contra ese evento por tratarse de un circo, creado por el poder mediático del

país, que enarbola antivalores del capitalismo patriarcal como la competencia, el arribismo, el consumismo y, en particular, por promover un estereotipo de belleza que en nada representa a la mujer venezolana". ¿Qué va a hacer la policía de Margarita al respecto; van a permitir que se sabotee el Miss Venezuela?

Salvador Sanabria no esperaba esa pregunta y volteó la cara hacia el asistente de prensa buscando auxilio, pero el funcionario comunicador mantuvo su mirada en un punto perdido entre la audiencia. Pudo sentir cómo la úlcera se le encendía y el espasmo gástrico casi lo obliga a doblarse por el dolor. *Hasta hoy trabaja conmigo este marico.*

—Opino que esta es una democracia y el pueblo organizado tiene derecho a manifestar pacíficamente, eso está garantizado en la Constitución. En la cita que hizo no aparece la palabra "sabotear", de manera que se trata del ejercicio de la libertad de expresión dentro de nuestra democracia participativa y protagónica. Igual reiteramos nuestra decisión de no permitir alteraciones del orden público que puedan interferir con el concurso y otras actividades ciudadanas. Todos los margariteños, Gobierno incluido, estamos empeñados en que se aproveche la celebración del Miss Venezuela aquí para dejar muy en alto el nombre de Margarita —se le ocurrió decir. La periodista volvió a levantar la mano y Sanabria buscó de nuevo la mirada de su asistente de prensa, atento esta vez, quien no quiso permitir que repreguntara al comisario y señaló a otro comunicador.

Las preguntas comenzaron a repetirse y el coronel empezó a dar muestras de impaciencia.

—Última pregunta, por favor —anunció el asistente de prensa, leyendo con acierto el momento.

—Marco Tineo, periodista independiente de Margarita. Buenos días, comisario. Hay algo ilógico en la hipótesis policial: ¿por qué el asesino no se robó también el vehículo? Estamos hablando de un carro muy apetecible, una Toyota Fortunen Nada de lo dicho hasta ahora ha explicado esa circunstancia.

Marco Tineo era otro de los periodistas margariteños que Salvador Sanabria no podía digerir y no se explicaba por qué lo habían dejado siquiera estar presente en la conferencia. No quería ni verlo desde el caso de un alemán que se ahogó en Playa el Agua. Tineo no desaprovechó oportunidad alguna para criticarlos a él y a las autoridades judiciales por una supuesta negligencia en el manejo de las investigaciones. Según el periodista era un homicidio y no un accidente, como la policía aseguró.

—Aquí no hay nada ilógico, señor Tineo —le contestó con la ira amarilla a punto del desborde—. El carro no se lo llevaron por varias razones posibles; le doy un ejemplo: el homicida actuaba solo y llegó a su vez en algún tipo de vehículo, posiblemente una moto. Dejar su vehículo allí, cualquiera que hubiese sido, lo habría incriminado. Y sí, vuelvo y repito, hemos descartado cualquier otra hipótesis distinta al homicidio.

—Comisario, ¿y no pudo haber sido un suicidio? —soltó el periodista sin dar tiempo al asistente de prensa de cortarlo.

—Insinuar eso es faltarle el respeto a la memoria de la víctima y a su familia. Eso está absolutamente descartado —remató el policía y comenzó a recoger los papeles que tenía sobre la mesa, dando de manera clara fin al intercambio.

V

Los diarios en Venezuela nunca traen buenas noticias y nunca dicen la verdad. A esa conclusión había llegado Oscar Llabrés antes de ser director de la Casa Miss Venezuela, y por esa razón hacía veinte años que no leía siquiera las páginas sociales. Por lo demás, ya no se celebraban las fiestas espectaculares que daban tanta tela para cortar, aquellos saraos faraónicos de los setenta y ochenta, y comienzos de los noventa, que convocaban al *tout* Caracas, laguna nostálgica en la que él había sido un cocodrilo imprescindible, con poder absoluto de veto, capaz de excluir a cualquiera con una sola frase dicha en el lugar adecuado y ante la gente que tocaba. Las crónicas sociales caraqueñas, las únicas que en la prensa del país alguna vez valieron la pena, habían degenerado en unas notas fastidiosas sobre celebraciones corporativas, o de gente recién llegada, desprovista de cualquier elegancia.

La aparición del cadáver de María Genoveva Herrera Becher lo había obligado a dejar de lado su vieja determinación de ignorar la prensa escrita. La lectura del diario *El Margariteño* se había convertido para él en una obsesión y lo quería encima de su escritorio a primera hora de la mañana. Mucho antes, en la madrugada, cuando su insomnio pertinaz lo sacaba de la cama, repasaba en su tableta las páginas digitales de los periódicos de Caracas buscando la última información sobre el caso de la miss. Información que no encontraba porque, lo supo entonces, había un desfase en la publicación de las noticias. Las notas de los periodistas caraqueños casi nunca llegaban a sus páginas web en horas tempranas; parecían estar sujetas a horarios de oficina. Los diarios de Margarita, por su parte, digitales e impresos, marchaban en cámara lenta, al ritmo cansado que el tiempo adoptaba al pasar por su geografía. *En esta isla del carajo el único que tiene prisa por*

enterarse de las cosas como que soy yo. La gente, a la usanza antigua, esperaba el viejo y noble papel, con su gap de veinticuatro horas, y leía sus noticias con una tranquilidad que parecía ancestral. No veía la hora de terminar el concurso y volver a Caracas.

Ramón Medialdea, su asistente ejecutivo desde el inicio de su reinado, había sido durante esos días testigo impávido de su encuentro mañanero con *El Margariteño*. Lo miraba repetir los mismos gestos: tomar el periódico y ver las fotos y titulares de la primera plana, copada con el caso de la Beba Herrera. Ir luego a las páginas interiores y concentrar su atención en las notas sobre el terrible episodio, sacudir la cabeza de un lado a otro al terminar de leerlas, como si se negara todavía a aceptar lo sucedido con la más emblemática de las misses, arrojar el ejemplar sobre la mesa y, acto seguido, desplomarse con elegante languidez sobre su silla. Quedarse después absorto ante el ejemplar por unos segundos, cubrirse el rostro con ambas manos y así, inmóvil, casi sin respirar, pasar al menos un minuto. Para terminar su rutina, con una lentitud cargada de un dramatismo de culebrón televisivo, descubrirse la cara hasta que solo sus ojos grises e inexpresivos quedaban expuestos y, en esa postura, permanecer otro rato antes de comenzar una larga perorata.

A lo largo de los años, Ramón Medialdea se había acostumbrado a presenciar los arrebatos teatrales de su jefe por cualquier motivo, pero reconocía que, en el caso de la Beba, su reacción se correspondía con sentimientos genuinos. Por eso, a diferencia de lo que hacía en otros soponcios, en los que de inmediato pasaba a representar su papel de consejero y buen amigo, Medialdea no le decía a su jefe ni una palabra ni fingía alarma ni le ofrecía una infusión de té relajante ni trataba de consolarlo restándole importancia al hecho. Se limitaba a callar y dejar que se deslastrara a su propio ritmo de la rabia y el dolor sentidos por la muerte de la Beba Herrera.

—¡Nueve días! Nueve días han pasado y la policía nada que resuelve el caso, puras hipótesis en el aire, Ramón. No me puedo consolar, chico, cómo pudo ocurrir algo como esto —susurró, todavía lívido y con los ojos fijos en el diario—. Es verdad que este país se ha puesto horrible y ocurren cosas muy feas, Ramón, pero uno nunca supone que puedan llegar hasta algo así, que alguien haya asesinado a un ángel como Beba Herrera. ¿Por qué, Dios mío, por qué? ¡Qué tragedia!

Ramón Medialdea guardó silencio.

—¿Cómo es posible que no haya aparecido todavía un

responsable, a ver si esto termina de una vez? En poco más de un mes va a ser la noche de la gala y el asesinato de la Beba, la Miss Venezuela más querida y recordada por la gente, va a seguir abierto, y cómo pesa, Ramón, cómo pesa. Dios mío, ojalá pudiera olvidarme de esto, inventarme otra vida y dedicarme a otra cosa. Yo me he sentido siempre un héroe, Ramón, que soy capaz de cualquier proeza, pero no puedo más, estoy cansado y no me provoca seguir. ¿Tú sabes a quién encamo yo, Ramón? ¿Tú sabes cuál es el personaje del cine que ha guiado mi existencia y me ha inspirado desde que era un adolescente?

Ramón Medialdea conocía la respuesta desde 1979, pero no quiso dársela.

—Te lo he dicho muchas veces, siento que soy Scarlett O'Hara. De cada golpe, de cada derrota que he sufrido en mi vida, me he levantado, he renacido, me la he pasado reconstruyendo Tara, Ramón. Pero es que un golpe como este es demoledor y siento que ni con la fuerza de Scarlett, ni con la inspiración de Vivían Leigh, me puedo levantar. Ahora me invade la sensación de rendirme, de dejar que el viento haga su trabajo y se lleve este concurso, junto con el resto del país, al infierno. *Al mismísimo cono, Ramoncito, que se lleve a esta Venezuela de mierda al lugar donde ya ha hecho méritos para estar*. Mira, Ramón, si yo me fuera a vivir para Estados Unidos, a ser allá jurado de los cientos de concursos de belleza que se hacen en un año en todos los estados, hasta de carricitas y viejas cacá, o si solo me fuera a asesorar a la gente del Miss Universo, y mira que me lo han pedido, ganaría mil veces más real que aquí y no tendría que pasar por tanta mortificación ni por tanto dolor. Hacer el Miss Venezuela siempre fue complicado, Ramón, tú lo sabes, como cualquier tarea aquí, cuando no es una cosa es otra, pero con el concurso de este año sí es verdad que alcanzamos un punto en el que no sé qué decir, este ha sido el certamen más sucedido de mi vida. *De mi vida de mierda, tendría que decirte, Ramoncito, si por mi boca saliera alguna vez una puta grosería.*

Oscar Llabrés volvió a reclinarse en la silla y a cubrirse el rostro con las manos.

Ramón Medialdea lo miraba con atención y en silencio, sabía que la catarsis discursiva de su jefe estaba lejos de terminar.

—Fue idea mía, lo reconozco, y si hay alguna responsabilidad la asumo, esto de hacer el concurso aquí en Margarita. Pero algo tenía que hacer para tratar de salvar el concurso, Ramón, que se nos muere y no se dan cuenta. Los gerentes con su pichirrez, que cada año nos encogían un poquito y nos encogieron tanto que ya el

estudio gigante de la planta nos quedaba grande. *Esos gerentes de mierda, que son una peste peor que Boves en este país, Ramoncito*. Fue por eso que convencí al Jefe de que metiera dinero y nos viniéramos a Margarita, a hacer un concurso a lo grande, como años atrás. Pero qué se va a imaginar uno, chico, que cosas tan horribles como esta pueden pasar aquí, en nuestra versión del paraíso terrenal, que en una playa de esta isla hayan asesinado a nuestra Miss Venezuela más recordada, a unas semanas de la gala del concurso. Nadie podía prever algo como eso, Ramón, pero igual me lo van a cobrar a mí. Aún creo que fue una buena idea traerse la gala del concurso para acá, pero cómo cuesta en este país de pésimas ideas concretar una buena, Ramón, qué desastre. *Y yo he sido tan arrecho, Ramoncito, que en medio de la tragedia que nos rodea monto una vaina que todavía es bonita, sí, yo, Oscar José Llabrés de la Hoz, el Rey de la Belleza, arrecho como nadie en este país de mamarrachos, hago la noche más linda en medio de esta cagada, pero ya estoy cansado, Ramoncito, cansado, el horror de estos años me ganó la partida.*

Miró de nuevo el periódico sobre la mesa y continuó.

—Te juro que veo esto que está pasando y no hago sino preguntarme qué es lo que Dios me está cobrando. Lo que he hecho desde que llegué a este país siendo una criatura ha sido buscar la belleza de sus mujeres para mostrársela al mundo y que nos sintamos orgullosos de ellas, pero esto se me ha convertido en un mono con el que no puedo, chico. A veces siento como que hubiese una voluntad diabólica que se opone a mis planes, como una cosa de santería, como que algo, o alguien, quisiera que Venezuela, en vez de presentar el rostro bello, ese que yo me empeño en encontrar, mostrara su cara más horrible, la cara del espanto.

Ramón Medialdea se limitó a mirarlo con cara de jugador de póquer.

—María Genoveva Herrera, como sabes, era una de esas misses que el público nunca olvida, una de esas referencias buenas del concurso, de las que le han dado prestigio dentro y fuera del país. Una cara que presentar con orgullo, un icono de la Casa Miss Venezuela, y viene alguien horrible y la asesina, así como así, en una playa del cipote. *Ay, no, Ramoncito, qué cagada, estamos empavados*. Estoy muy viejo para tanta cosa, para tanto problema uno detrás del otro, no me quedan fuerzas para luchar contra tanta adversidad.

Ramón Medialdea mantuvo su silencio.

—Dime una cosa, Ramón, «hablaste con la gente de Relaciones

Públicas? ¿Qué dicen ellos? ¿Damos una declaración pidiéndole celeridad a la policía o no la damos? ¿Qué hacemos?

El asistente aguardó unos segundos hasta cerciorarse de que en verdad Oscar Llabrés esperaba a que él hablara, de que en efecto su largo monólogo había terminado.

—Oscar, déjame decirte primero que comprendo que la muerte de Beba te haya dado ese golpe. Sé que la apreciabas más que a ninguna otra miss, la recuerdo cuando vino a inscribirse, todavía muchachita, y era un bálsamo mirarla, una alegría para mi corazón. Sin embargo, tienes que serenarte y juzgar lo sucedido con más tranquilidad. Vamos por partes. El problema sigue siendo el mismo. El concurso ha venido en caída libre, con producciones muy pobres año tras año. Se mantiene una tendencia muy mala en la audiencia; cada vez menos gente de los niveles A, B y C alto, los consumidores de verdad, mira el concurso. Hay una clara relación inversa entre nivel socioeconómico y audiencia televisiva. El concurso ha perdido brillo y gancho y los responsables son los genios de la gerencia con sus recortes. Ese fue el diagnóstico. Y la cura, con la anuencia del Jefe, fue venirnos a Margarita y hacer una producción con más recursos y mayores atractivos. Esa producción la estamos realizando. Estamos montando un buen espectáculo para la gala final y las instancias previas han sido muy buenas también. El concurso ha generado un impacto en la isla y hemos hecho buenas cosas.

—Ay, Ramón, continúa que vas bien.

—La muerte violenta de María Genoveva Herrera aquí en Margarita es algo que nos duele a todos, pero en contra de lo que piensas, creo que no es catastrófica para este concurso. Por principio, y aunque sea un cliché, recuerda que somos profesionales del entretenimiento y el *show* debe continuar. Al mirar las cosas como tenemos que mirarlas, considerando que las crisis son oportunidades, la tragedia de Beba le añade a esta edición una emotividad que no tenía, le proporciona esa carga sentimental que, por ejemplo, el *reality* que hicimos no logró darle. La Beba era un tiro al piso para lograr sintonía. Hace unos meses, cuando comenzamos la planificación del concurso aquí en Margarita, hablamos con ella para que participara de alguna manera en la gala, que hiciera un micro promocional, que integrara el jurado, lo que quisiera, y aunque ella no aceptó ni por asomo, uno soñaba con eso. Ahora, Beba bien puede echamos una manito desde el cielo y ayudarnos a levantarle el perfil emocional a esta edición del concurso que, a mi entender, es lo único que le falta. Vamos a

dedicarle entonces a ella esta edición del concurso, que sea ella la gran atracción, el eje. Lo primero sería crear un premio que lleve su nombre para dárselo a una de las misses, la de más clase, no sé, elegir algo así como una Miss Glamour, Miss Hija de Beba, como quieran llamarla, es cuestión de pensar qué cualidad de las que Beba tenía va a ser escogida. Eso habría que anunciarlo hoy mismo de ser posible, para que haya un poco de competencia entre las muchachas por ese lauro y comience a generarse alguna expectativa. Luego, la noche de la elección, como hacen en la entrega del Oscar, tener una pantalla gigante atrás en el escenario donde se pueda exhibir un documental bien bonito sobre Beba, con tomas de cuando la eligieron Miss Venezuela y cuando nos representó en el Miss Universo, y sus mejores fotos en la prensa y revistas. Buscamos a un escritor de telenovelas que nos haga el guión, incluimos algo del programa que hicimos durante su matrimonio, ahí tenemos horas de grabación, y las opiniones que sobre ella den las misses que ganaron el Miss Universo. Algo de altura, un micro de calidad.

—¿Tú dices?

—Claro, piénsalo.

—*Cono, te la agarré en el aire, Ramoncito, la verdad es que te botaste con esta idea, eso sería precioso*. Qué bueno es tenerte aquí, Ramón, eres un genio para manejar situaciones delicadas y salir con propuestas salvadoras, si no fuera por ti no sé qué sería de mí y de la Casa. Sí, eso de exaltar la memoria de Beba puede ser el toquecito que le falta a la gala, pero cuida bien los detalles, instruye a los animadores sobre el tono que queremos darle a esto, que no se les pase la mano en la presentación y vaya la gente a pensar que nos estamos aprovechando como zamuros de esta circunstancia. *Lo único que me falta es que los comemierda que me critican y me joden llamándome madama y celestina también me llamen necrófilo.*

—Perfecto, ahora mismo voy a llamar a producción para que pongan un equipo a buscar las grabaciones y fotos, y a editar ese material. Después te consulto a ver.

—¿Qué más se sabe de esta tragedia? —preguntó Oscar Llabrés, menos pesaroso, apuntando al periódico con un gesto de sus labios.

—Lo que ha salido en los periódicos de la rueda de prensa de ayer. Beba apareció muerta en esa playa, con un disparo en el pecho. Unos guacuqueros avisaron a la policía de la presencia de un cadáver en la playa.

—¿Guacuqueros? Qué palabra tan fea.

—La verdad es que no la había escuchado sino aquí. Así les

dicen a los que van de madrugada a la playa a sacar guacucos, o sea almejas. Estos margariteños sí que tienen cosas, imagínate cambiar una palabra tan bonita como almeja por esa otra tan vulgar, guacuco.

—¿Almeja te parece una palabra bonita?

—Bueno, por lo menos es del género femenino —dijo Ramón con una sonrisa picara.

—Ay, Ramón, no caigas tú también en esa manía machista criolla de sexualizar todo, eso me parece de muy mal gusto.

—Por cierto, viste la foto de ella en la playa, nunca vi una muerta tan bonita, arregladita, sin desbaratarse, parece que estuviera dormida, qué clase tenía la Beba.

—Sí, es que ella era otra marca de gente, Ramón, hasta muerta, pobrecita.

—Supone la policía que estaba sola en esa zona de la playa, presenciando el atardecer, que allí, según me han dicho, es una cosa espectacular.

—Qué horror. Ya ni en Margarita se está a salvo de esa peste de la delincuencia.

—Esto de la inseguridad sí que es un problema para el concurso, específicamente sobre su proyección internacional. Relaciones Públicas está trabajando a ver cómo se disminuye ese impacto, pero no va a ser fácil. Por lo pronto, te van a preparar un *release* donde exhortas a las autoridades a resolver pronto el caso.

—Muy bien, Ramón, que no se duerman con eso. Asegúrate, eso sí, de que ese exhorto a las autoridades no vaya a convertirse en una crítica al Gobierno ni en una queja por la inseguridad ni nada que se le parezca. Quiero una declaración neutra, con cero política, como son nuestras instrucciones, y como también me parece a mí que debe ser, esto es un concurso de belleza y está dirigido, en principio, a todos los venezolanos. Solo eso me faltaría, que por imprudente en una declaración vayan a estar llamándome los gerentes o, peor, que me llame el mismísimo Jefe a regañarme. Ojo con eso.

—Seguro, pierde cuidado y no te estreses más, confía en que las cosas tomarán su curso y la gala va a ser un éxito. A propósito, siendo que tú eres tan religioso, ¿por qué no vas a visitar a la Virgen del Valle? Aquí y en el resto del país se le venera mucho. Sería buena publicidad para el concurso, después de algo tan horrible como el asesinato de Beba, una visita tuya con las niñitas al santuario; se vería muy bien. No sé, se me ocurre que lo hagas porque creo que eso te puede dar un poco de sosiego. No te siento

bien desde que viniste a Margarita y, aunque han ocurrido cosas terribles, no te veo igual de seguro que otras veces, me parece que estás como muy negativo, como si pensaras que hay una conspiración galáctica en tu contra. Quién sabe, a lo mejor sí, a lo mejor no, pero en cualquiera de los dos casos, creo que lo conveniente es que vayas a visitar a la Virgen. Muchos caraqueños que se han venido a vivir aquí y han tenido unos comienzos duros, dicen que las cosas comenzaron a salirles mejor una vez que fueron a El Valle a rezarle a la Virgen y pedirle que los protegiese bajo su manto. Ve, te va a encantar. Aprovecha la visita y entras al museo que queda al lado, y ves la colección de vestidos de la patrona. Son una preciosidad, unas joyas. De repente, te inspiras y le regalas uno, eso sería un plus para el concurso. Por último, déjame decirte que a ti, que te importa tanto la belleza, vas a quedarte fascinado con el rostro de la Virgen del Valle, es hermosísimo.

VI

Bajó de la aeronave con la vieja sensación de alivio que lo invadía siempre que completaba un vuelo sano y salvo. Cuando era más joven nunca sintió temor a viajar en avión, pero a lo largo de sus dos últimas décadas había desarrollado un miedo que se aproximaba al terror. Solo por razones muy especiales, José Alberto Benítez era capaz de tomar un vuelo para ir de Margarita a Maiquetía. Los treinta y cinco minutos de viaje entre la isla y el aeropuerto "que sirve a la ciudad de Caracas" le parecían eternos. Esta vez no había sido la excepción. Le había sobrado tiempo para inventariar los desperfectos de la aeronave en su entorno inmediato: su asiento no se reclinaba; la cortina plástica de la ventanilla se obstruía y no bajaba por completo; desde las rejillas del aire acondicionado, con intervalos de unos segundos, caían gotas de agua helada que mojaban el apoyabrazos de su asiento, y su cinturón de seguridad estaba tan gastado y liso que la correa se deslizaba dentro de la hebilla cerrada y, para sentir que de verdad estaba asegurado, tuvo que improvisar un nudo.

Desperfectos a la vista que lo mortificaban en grado superlativo porque no podía dejar de hacer una proyección de esas deficiencias sobre las partes mecánicas y funcionales del aparato que no podía ver. ¿Cuál era el estado de los miles de tomillos, cientos de metros de cables, válvulas hidráulicas y mecanismos de las turbinas del aparato? ¿Por qué habría de ser bueno el mantenimiento de esas partes y malo el de aquellas a la vista? Benítez era un convencido a ultranza de que las cosas malas vienen juntas y se atormentaba con las disquisiciones lógicas de su análisis de pasajero receloso: lo más probable era que el deterioro evidente que circundaba su asiento se extendiera a la aeronave entera, que fuese generalizado, que lo que podía y no podía ver tuvieran igual nivel de daño. Su conclusión era

la misma de siempre: como tantas otras cosas de este país, el avión en el que viajaba se sostenía en el aire más por la ayuda divina que por razones técnicas.

Y un milagro de Dios o de la Virgen del Valle era una necesidad permanente para ese DC9, construido por McDonnell Douglas a comienzos de los ochenta —al subir a cualquier aeronave, por rutina, Benítez leía la chapa negra de metal con los datos de manufactura del aparato que suele estar adosada en el marco interior izquierdo de la puerta—, que formaba parte del lote de naves arrendadas por las aerolíneas locales en el mercado internacional de aviones usados. Sabía dónde y cómo se efectuaban esos arrendamientos y eso aumentaba su temor. Si los otros pasajeros hubieran visto la nota que alguna vez leyó en la revista *Time* sobre el mercado de aviones de pasajeros de segunda mano en Estados Unidos, seguro no estarían tan tranquilos.

Reportaba *Time* que en el desierto de Mojave, en California, expuesto al aire y el sol, hay una suerte de depósito gigantesco de aparatos usados que por alguna razón ya no son rentables para las grandes aerolíneas de los países desarrollados. Ese era uno de los lugares donde los empresarios de transporte aéreo de los países más terceros del planeta obtenían aviones para cubrir sus ratas nacionales. El artículo era un aviso a las autoridades estadounidenses sobre la posibilidad de ocurrencia de accidentes aéreos catastróficos en los países más pobres, o más corruptos. ¿Dónde más sino allí iban los nuevos e improvisados empresarios aeronáuticos venezolanos a conseguir aviones? Benítez, que ya no era optimista en nada, estaba convencido de que ninguna advertencia sería escuchada por autoridades de allá o de acá hasta que no sobreviniera un gran desastre.

Con el anuncio de la aproximación al aeropuerto, se concentró en la realización de sus maniobras personales de aterrizaje: se sentó derecho, más bien envarado, se ajustó una vez más el nudo que había hecho en el cinturón y se aferró a los brazos de su butaca hasta sentir que sus dedos se fundían en ellos. Una vez, un ingeniero mecánico, compañero circunstancial de viaje, le había explicado los procesos mecánicos que debían darse a la perfección para que un avión pudiera posarse sin contratiempos en la pista y, desde entonces, los aterrizajes se le habían convertido en el peor momento de la pesadilla de volar. Minutos más tarde, cuando salió del avión y puso sus pies en el terminal, lo hizo con la alegría de quien siente que el destino lo ha indultado.

Avanzó por el pasillo hacia la salida de pasajeros sin equipaje;

tenía planeado regresar a Margarita en veinticuatro horas y lo que necesitaba para lo que iba a ser una estadía de una noche en Caracas, una camisa, un par de medias y un interior, lo llevaba en su maletín ejecutivo. Tan pronto traspuso las puertas corredizas del salón de llegadas, se le acercó un joven que se identificó como empleado del bufete White, Palacios & Mendoza. Benítez lo reconoció como tal apenas lo vio. Parecía salido de una serie judicial de la televisión norteamericana: atlético, blanquito, con el pelo castaño claro corto y muy bien peinado, como si, en lugar de pasante de un estudio de abogados caraqueño, fuese el asistente de un senador del *Tea Party* republicano. Vestía un traje oscuro, casi negro, de una lana fina tejida en Italia para soportar los rigores del trópico, una camisa azul clara planchada de manera impecable, zapatos nuevos de corte clásico y una corbata de seda cruda de última generación, igual a la que lucían los anclas de los espacios de noticias que Benítez miraba en la televisión española.

El joven, que esperaba a alguien con una apariencia en algo similar a la propia, no pudo esconder su desconcierto. No podía siquiera imaginar que aquel hombre con un *blazer* azul marino cruzado —pasado de moda, con cuatro botones metálicos plateados, solapas enormes y la lana lustrosa de tanta tintorería—, combinado con un pantalón gris de algodón, zapatos con suela de goma, pulidos en exceso, y una corbata del siglo pasado era el gran abogado a quien había venido a recoger. Aquel ñero tostado por décadas al sol, con un maletín ejecutivo negro, de chapa metálica, como los que había usado su abuelo, que en nada se parecía a un próspero jurista sino a un vendedor de enciclopedias con mala suerte, no podía ser el abogado que iba a encargarse del caso que desde hacía unos días tenía preocupado al doctor Álvaro Sosa, el director de WPM, el escritorio jurídico más grande e importante de Caracas.

Benítez ignoró las tribulaciones evidentes en el rostro del muchacho y lo siguió hacia la salida. Se dejó llevar hasta un automóvil grande, azul oscuro, que aguardaba por ellos en el estacionamiento de permanencia corta del aeropuerto. Cuando los vio venir, el chofer se bajó, tomó el maletín del abogado margariteño, abrió las puertas traseras y esperó a que ocuparan sus asientos. Benítez se sentó en el lado opuesto al volante, estiró las piernas como no había podido hacerlo en la aeronave, inhaló con fruición el aire acondicionado del interior y, por primera vez desde que salió de su casa en la madrugada para tomar el vuelo Porlamar-Maiquetía, se sintió cómodo y relajado.

En sus viajes ordinarios a Caracas, financiados por clientes con cuentas bancarias tan modestas como la suya, la rutina era otra. Al salir del avión, más que caminar, corría hasta la parada de busetas que hacen la ruta del aeropuerto a Caracas, hasta la estación Gato Negro del metro, en Caria, donde tomaba un tren para bajarse en Capitolio, en el centro viejo de la ciudad. En un solo respiro iría a los tribunales en la esquina de Pajaritos y tal vez visitaría la oficina de algún colega, o alguna de la administración pública, según el caso que estuviera manejando. Al mediodía comería algo, un sándwich o una arepa rellena con un jugo en cualquier cafetería del centro, compraría algunos libros usados —cada vez era más difícil encontrar algo que valiera la pena— en los puestos de venta entre las esquinas de Bolsa y Padre Sierra y, finalizadas sus diligencias, a media tarde, recorrería el mismo trayecto de vuelta hasta el aeropuerto para tomar el vuelo de regreso. Llegaría a Margarita de noche, hambriento, muerto de cansancio y jurando ante Elvira, su mujer, no volver nunca más a aceptar un caso que lo obligara a trasladarse a Caracas. Juramento que un abogado como él, corto de casos y de bolívares, solía romper cuando la línea descendente de su saldo en la cuenta corriente cruzaba la raya amarilla que encendía las alertas y de pronto aparecía un cliente con “un problemita” en la capital de la República.

El de ahora era otro tipo de viaje, propio de un abogado de bufete caro cuyos clientes son corporaciones transnacionales a las que se les factura en dólares. Con ese pensamiento, se relajó aún más en el asiento tapizado en cuero del lujoso vehículo —en la Margarita de sus tiempos infantes la habrían llamado “limusina”—, decidido a disfrutar a plenitud de aquel oasis en su árida carrera profesional. No obstante ese propósito, su fibra de abogado de alma justiciera, “de izquierda”, vibró de nuevo cuando pasó frente a la parada de busetas a Caracas y miró la fila de pasajeros esperando para pagarle el pasaje al chofer mal encarado de uno de los colectivos. Hubiera querido ser indiferente pero no pudo; se lo impidió cierto rezago irreductible de su antigua militancia que lo obligó a imaginar que allí, confundido entre aquellas personas que trataban de asegurarse un puesto en la buseta, estaba el otro doctor Benítez, el José Alberto de verdad, el pendejo que nada tenía que ver con esta otra versión suya, la del desertor con privilegios burgueses arrellanado en la cabina de un lujoso automóvil corporativo, que lo protegía del aire caliente y pegajoso de La Guaira y lo separaba de la gente como el otro Benítez. Un rezago que, aun cuando sentía no haber cometido traición alguna contra sí

ni sus principios, lo atormentaba con la culpa y lo obligó a acompañar, aunque solo fuese con su pensamiento, a ese otro yo suyo en su penoso ascenso a Caracas. La solidaridad moral era el no pasarán de su antigua militancia, el último de los valores sobrevivientes de su izquierdismo y, aunque hubiera querido dejarlo atrás, no había podido.

No le era difícil recrear paso a paso los trámites de viaje del otro Benítez. Por sus repetidas vivencias sabía que el agrio talante del conductor de la buseta sería solo el comienzo de una jornada que, oh gran paradoja nacional, se había hecho más dura e incómoda con el advenimiento del futuro; otra de las tantas cosas que iban a contramano del paso del tiempo en la Venezuela disparatada y sin rumbo de su madurez, donde el pasado había devenido en esperanza. Después de pagar su pasaje, le tocaría esperar, nunca menos de media hora, en el interior volcánico de la buseta hasta que el chofer completara su cuota de "culones" e iniciara el viaje por la autopista. Luego enfrentaría los túneles Boquerón I y II, interminables, oscuros y asfixiantes, una prueba a sus nervios y pulmones. El final de la travesía era una caótica parada de transporte público justo frente a la estación de Gato Negro, donde el instinto ordenaba aferrarse al maletín y entrar a la boca del metro lo más rápido posible.

En fin, una auténtica prueba a la fortaleza de su carácter a la que se sometía con resignación, tan solo para salvarse de las elevadas tarifas de los taxistas del aeropuerto y ahorrar algo del poco dinero para los gastos de viaje que solicitaba por adelantado a sus clientes de magras chequeras. El contraste de aquel tormento con su jomada en limusina no podía ser mayor y, a pesar de sus rezagos izquierdistas, como cualquier otro humano en la misma circunstancia, José Alberto Benítez se arrellanó en el asiento dispuesto a disfrutar cada segundo de aquel confort que sabía efímero. Se prometió que por el resto del trayecto no volvería a preguntarse por la suerte del otro Benítez, el genuino, el que había dejado atrás, apretujado con su modestia en la cocina de la buseta. Nada podría hacer para ayudarlo porque aquel otro Benítez no tenía remedio, y vaya si él lo sabía.

Tomó de la consola entre los asientos un periódico doblado, *El Nacional* y miró las páginas deportivas. Cuando la limusina alcanzó el segundo Boquerón, el más largo, Benítez había terminado con ellas y las dejó junto con el resto del periódico encima de sus piernas. Al salir del asfixiante túnel, se dedicó un rato a mirar por la ventanilla el desfile de gandolas cargadas de contenedores metálicos

enormes que subían del puerto y evocó la primera vez que había hecho ese mismo recorrido. Venía a comenzar sus estudios universitarios y su padre lo acompañaba en el asiento trasero de un taxi. Su viejo había insistido en traerlo "porque tú estás muy muchachito todavía, José Alberto, y la primera vez que uno va a Caracas es mejor ir con alguien que conozca cómo es el asunto allá. Sé que querías tener la experiencia de viajar solo, y por ferry, pero ya la vida te dará suficientes oportunidades para la aventura, no te adelantes a tu edad ni a tu tiempo". Era la tarde de un viernes y las clases en la Facultad de Derecho de la Universidad Central comenzaban el siguiente lunes.

Caracas era la ciudad más ciudad y más bella que jamás hubiera visitado. La autopista ascendía entre montañas verdes, no entre la ranchería de ahora, y se entraba al valle por una avenida amplia y larga, la misma avenida Sucre que tantas veces había comprado de niño en el juego de Monopolio. Desde allí pudo ver los edificios más grandes que sus ojos hubieran mirado. "Esos son los bloques del 23 de Enero que tanto nombran en *Noti Rumbos*, José Alberto. En uno cualquiera de ellos vive más gente que en toda La Asunción", le informó su padre, locutor en *off* de su arribo. La avenida Sucre terminó en una redoma rodeada por unos edificios hermosos, de baja altura y con amplias arcadas, parecidas a las de unas fotos de La Habana Vieja que había visto en unas manoseadas revistas cubanas *Bohemia* que circulaban entre su grupo de amigos simpatizantes de la Revolución cubana. El centro de la rotonda, que le parecía enorme, lo ocupaba una plazoleta. "Esto es El Silencio, José Alberto, y esta la plaza O'Leary, y esas esculturas son Las Toninas de Francisco Narváez, Premio Nacional de Escultura y Pintura, orgullo de Margarita". El taxi recorrió la mitad de la rotonda y, enfrente, magníficas e imponentes, salidas de la escala urbana que las circundaba, aparecieron las torres del Centro Simón Bolívar, que había visto en tantas fotografías y hasta en la televisión recién llegada a la isla. Entraron entonces al túnel que pasa por debajo de las torres para dar a una avenida de tránsito rápido, "la avenida Bolívar, joven", anunció el chofer, asumiendo a partir de allí el papel de guía de su primer *tour* por la ciudad.

El parque Los Caobos, la Universidad Central y su Jardín Botánico, la Plaza Venezuela, los estadios de la Ciudad Universitaria, Los Ilustres, Las Tres Gracias, los iconos de la modernidad caraqueña se sucedían anunciados por el orgulloso taxista, quien remató su trabajo con un comentario clásico en aquella época: "Esto que ha visto, joven, lo hizo mi general Marcos

Pérez Jiménez durante su gobierno y muchos de nosotros todavía no nos explicamos por qué fue que tumbaron a ese hombre que le hizo estas maravillas a Caracas" Comentario que desbarató la atmósfera cordial que había reinado en el taxi hasta ese momento. Su padre, el apacible pasajero margariteño, se convirtió en el indignado doctor Benítez Tabasca, furibundo opositor a la dictadura de Pérez Jiménez, quien reaccionó como siempre hacía ante el mismo comentario: "Ah, ¿usted no sabe por qué lo derrocamos? Bueno, me voy a permitir informárselo: los venezolanos demócratas le hicimos resistencia y tumbamos a Pérez Jiménez porque era un dictador que usurpó el poder burlándose de la soberanía popular, porque cerró la universidad, porque para mantenerse en el Gobierno coartó las libertades, torturó, persiguió y mató gente, porque a pesar de estas obras de Caracas empobreció al país, les entregó nuevas concesiones petroleras a las compañías norteamericanas y porque era un ladrón de uñas muy largas, que se robó millones de dólares y puso a los venezolanos a pasar hambre, por eso lo tumbamos. Y digo tumbamos porque, sepa usted, formé parte de la resistencia democrática y no hay nada de lo que me haya sentido más orgulloso".

A la Caracas de ahora, medio siglo más vieja, Benítez no la encontraba hermosa, al contrario, la encontraba fea y empobrecida, como el espejo que mostraba la cara fallida de un país que quiso ser y no pudo, o no lo dejaron. La otrora sucursal del cielo era la prueba contundente del fracaso mortal de la que debió haber sido una gran generación de venezolanos, la suya. La generación hija de la democracia que ahora exhibía como mayor trofeo haber devuelto a Venezuela, por acción u omisión, al mundo de las tinieblas. Fealdad y pobreza, desde bastante antes de la entrada a Catia, eran ahora las notas que acompañaban, en directo y en primer plano, al pasajero.

Al pasar la Plaza Venezuela y entrar a una Caracas más grata a la vista, siempre que fuese a distancia, no quiso seguir mirando y volvió al periódico. En la primera plana, tal como había ocurrido en las ediciones de los días previos, había una nota sobre la muerte de María Genoveva Herrera Becher. Debajo del titular principal de esa página, "Policía de Margarita asegura que atrapará a asesino más pronto que tarde", aparecía un *close-up* del hermoso rostro de la miss al recibir la corona décadas atrás. En las páginas interiores había una especie de *dossier* dedicado al caso. Lo abría una foto de Oscar Llabrés, el director del concurso Miss Venezuela, anclado en Margarita desde unas semanas antes para la realización de la final

del concurso. Rodeado de micrófonos, leía un comunicado en el que lamentaba la muerte de la antigua reina de belleza y pedía a las autoridades que fuesen diligentes en la solución del caso.

Benítez deslizó la mirada por las gráficas que iban desde la niñez de la miss hasta el velatorio realizado en Caracas unos días antes. Había varias fotos donde aparecían los familiares, las participantes del Miss Venezuela en curso, directivos, gerentes y artistas de la planta de televisión, las siete Miss Universo acompañadas de algunas misses de los tiempos de María Genoveva y de gente común que se presentó a decirle adiós en el Cementerio del Este, antes de que sus restos ocuparan una tumba al lado de la de su padre y su madre.

Leyó también nuevas declaraciones de Salvador Sanabria sobre el caso. El jefe de la policía judicial margariteña, cuyo mal de rabia Benítez conocía desde la niñez, con una faz grave, propia para la ocasión, afirmaba que, según el forense, María Genoveva había muerto alrededor de las seis de la tarde del día previo al descubrimiento de su cadáver. Las primeras investigaciones también arrojaban que la muerte se había producido en el sitio donde se había localizado el cuerpo. La posibilidad de que hubiese sido abaleada en otro lugar y arrojada allí fue descartada de plano. El asesino, exceptuando la ropa, había despojado a la señora Herrera de sus demás pertenencias, incluido su bolso. Eso hizo temer que, en posesión de las llaves de la casa hubiera ido a robarla, pero los vigilantes del condominio donde la occisa tenía su apartamento no habían reportado la presencia de extraños, y el viudo, llegado a Margarita un par de horas después de ser avisado del homicidio, informó que no había novedad alguna. Quizás el criminal se había inhibido ante la posibilidad de ser filmado por el circuito cerrado de televisión del lujoso edificio o ser identificado por el personal de seguridad. Con la cooperación de la familia de la señora Herrera, se había levantado un inventario de los objetos de su propiedad, relojes, prendas, para tener idea de cuáles había sido despojada por su asesino. Esos objetos robados podían ser eventuales pistas que llevaran a la captura del homicida, por tanto no se podrían dar detalles de ese cotejo a la prensa. La lógica policial le pareció a Benítez obvia, sin embargo, tal vez por su viejo reconcomio con el policía, la última de sus frases, “hemos descartado cualquier otra hipótesis”, le sonó petulante.

VII

La limusina entró al estacionamiento subterráneo de una de las nuevas y lujosas torres de oficinas que circundan la plaza La Castellana. Desde el sótano tomaron un ascensor que se abrió en el piso décimo quinto, en la recepción de White, Palacios & Mendoza, el bufete más grande e influyente de Caracas. Eran las diez de la mañana y, avisado por la llamada que poco antes le hiciera su enviado, Álvaro Sosa lo estaba esperando, con su cordialidad de niño caraqueño bien educado y el mismo saludo que le había caído mal desde la primera vez que se encontraron en la Facultad de Derecho, hacía casi cincuenta años. Una frase que imitaba, mal por lo exagerada, la forma de hablar de los margariteños: "Beníteh, hijo'er diablo, cómo tah tú, 'chacho, tanto tiempo sin verte, chico".

Álvaro Sosa, ahora flamante director de WPM, era la persona más competente y ordenada que hubiera conocido. Era ambicioso y tenaz, jamás perdía el foco de lo que fuese su propósito para completar con éxito un trabajo. Era capaz de tomar cualquier decisión, dentro de los límites de la ley, eso sí, con tal de alcanzar sus objetivos, incluso en aquellas situaciones en las que tomarlas implicaba pasar por encima de sí mismo y de sus sentimientos. Llamarlo a él, tres décadas después de haber salido por la puerta trasera de WPM y pedirle que tomara el primer vuelo a Caracas para que se encargara de un asunto jurídico, debió ser, pensó, una de esas decisiones. Fue un competidor amistoso por las calificaciones en la facultad, pero se había tornado feroz al hacerlo por los reconocimientos de los socios y el ascenso profesional en WPM, cuando comenzaba la carrera de ambos. Recuerdos que no eran gratos para Benítez, el perdedor consuetudinario de esa partida, y seguro tampoco para Álvaro, aun cuando había sido el ganador. Ambos eran la cara y el sello de la moneda en las que el

destino junta la victoria y la derrota. Si Álvaro lo hubiera encerrado en una mazmorra por un delito inexistente y le hubiera quitado al amor de su vida, quizás Benítez, como un Edmundo Dantés cualquiera, tendría razones para odiarlo y buscar venganza. Pero su colega jamás había sido desleal, se había limitado a explotar al máximo sus virtudes y, una vez superada la contienda por ver cuál de los dos brillaba más en WPM, como tocaba hacer, había pasado la página. Era un buen ganador y Benítez, hacía ya mucho, había aceptado su rol de buen perdedor, aquel que recibe la derrota con un gesto amable de resignación.

Fiel a su metódica concepción de la vida, Álvaro, sin embargo, no lo había olvidado. Lo tenía registrado en su mente por si un día necesitaba de él para completar con éxito una tarea. Por eso a Benítez, a pesar del tiempo transcurrido, no le sorprendió la llamada para pedirle su asistencia. Se la había pedido, además, con la misma naturalidad con la que hacía sus solicitudes: dando por descontada la aceptación, sin prestarle oportunidad al otro para dudar ni para preguntar. Cuando Benítez quiso saber el propósito de su llamada, la respuesta fue un "aquí hablamos", dicho casi con fastidio. Cuando le preguntó por los gastos del viaje, le había dicho, más sorprendido que otra cosa: "Tú sabes que nosotros somos gente seria, Benítez. Aquí en Caracas te reembolsamos el pasaje, te pagamos los viáticos y, si aceptas el caso y el cliente lo aprueba, te adelantamos parte de tus honorarios. Ven preparado para pasar una noche aquí, nosotros, como es lógico, nos encargamos de buscarte un hotel bueno y seguro. Eso es lo que te puedo adelantar. Lo que necesitamos es que dejes de lado las dudas y te montes en el primer avión que puedas tomar mañana. Avisa la hora de tu llegada a mi secretaria en este número. Voy a mandar a un pasante con un chofer a buscarte a Maiquetía, para que viajes tranquilo a Caracas. Nos vemos aquí".

Benítez sabía que lo usual para WPM y otros escritorios grandes caraqueños era enviar a sus propios abogados a cualquier parte del país a realizar sus diligencias, sin mezclarse mucho con los abogados de provincia. Menos con uno como él, que había dejado de existir para WPM a mediados de los ochenta —cuando había salido derrotado del bufete, sin coronar su ambición de ser una estrella del foro caraqueño—. ¿Por qué lo buscaban justo ahora? ¿Cuál sería el enredo? ¿Qué querrían de él?

"No te pongas con remilgos, José Alberto, ni a recordar lo que te pasó en ese bufete, que con eso no vamos al mercado. Lo que tú tienes que hacer es irte a Caracas, allá te dirán qué es lo que

quieren de ti. Si lo puedes hacer, bien, y si no lo puedes hacer, pues también está bien. Si, como te pasa a veces cuando te pones bruto, no te da la gana de hacerlo porque va contra ese montón de principios que en este país el único que los tiene eres tú, pues que así sea, igual te pagan tus pasajes y tus gastos de viaje. Así que no veo razones para que no aceptes ir. Lo que sí te voy a pedir, antes de que tomes cualquier decisión, es que te acuerdes de lo vacía que está la nevera de esta casa", había respondido Elvira a sus dudas mientras desayunaban. Él había introducido la conversación más con la idea de desviar la atención de ella de los temas domésticos y frenar su recital rutinario de reclamos de cada mañana, tan fluidos y sólidos que estaba convencido de que ella hacía un guión y lo ensayaba durante las noches mientras él dormía. No le había planteado la solicitud de WPM como una duda, en su fuero interno sabía que era inevitable aceptar el trabajo, sino como un asunto en el que su intuición femenina sirviera, de una manera amable, para reafirmar su decisión, pero la bilis de profesora de secundaria de su esposa no tenía cura.

El despacho de Álvaro Sosa era el más amplio de la firma. Su mobiliario era de lo más moderno y tenía un ventanal insonorizado, del techo al piso y de pared a pared, que lo proyectaba al cerro Ávila por encima de las frondas verdes de los árboles de La Castellana. Benítez admiró por unos segundos la decoración y el paisaje, pero no hizo comentario alguno para no alimentar más el ego de su colega, de suyo obeso. En silencio, se sentó en una mesa redonda con seis sillas, ubicada en uno de los extremos de la vasta oficina. Conociendo sus propias debilidades, lo hizo de espaldas al ventanal para evitar que la montaña se convirtiera en una distracción y se perdiera en ella. Aprovechó que Álvaro Sosa se había detenido en su escritorio a firmar unos papeles y dar instrucciones a alguien por teléfono, para servirse un jugo y tomar uno de los bocadillos minúsculos que estaban previstos para ellos en una bandeja.

—Estamos cortos de tiempo, así que vamos al grano —le dijo apenas se sentó a su lado—. El caso en el que te necesitamos es el de María Genoveva Herrera Becher, la dama que murió en una playa de Margarita hace unos días.

—¿La ex Miss Venezuela que apareció en La Restinga?

—Así es. María Genoveva estaba casada con Alfonso Pérez Castillo, ¿te suena el nombre?, el dueño de Seguros Populares, entre otras cosas.

—Sí, sé quién es, lo he visto en la prensa —se limitó a afirmar

Benítez.

—Alfonso Pérez Castillo es uno de nuestros clientes más importantes y nos ha hecho una petición muy especial, algo muy delicado, que toca la intimidad suya y de su familia. Le hemos sugerido tu nombre para que te encargues del caso allá en Margarita, que es prácticamente encargarte del manejo de todo este asunto, como un abogado más del bufete. En principio, ha aceptado la sugerencia de que fueses tú el abogado, pero quiere por lo menos verte y saludarte antes de que iniciemos de manera formal la relación. Lo visitamos, conversamos con él un rato, volvemos aquí, fijamos los honorarios, firmamos el contrato y te informo en detalle del caso. Así que vamos para su oficina, que nos está esperando allá.

—Uno de esos clientes que no vienen al bufete —comentó Benítez, como el alumno que recuerda una lección.

—Bueno, tú de eso debes saber. ¿Recuerdas cuando te empeñaste en que el viejo Machado, el dueño de la Electricidad de Caracas, se presentara en el escritorio a firmar un piche contrato de arrendamiento por un terreno en El Paraíso? Según tu sentido de justicia, eso era lo que hacían los clientes del bufete y nosotros no podíamos discriminar; había que tener cojones para hacer eso, Benítez. El propio doctor Mendoza tuvo que llamarlo y pedirle excusas por haber dejado que un abogado novato manejara ese asunto, y después se fue él mismo hasta su oficina a llevarle el contrato para que lo firmara a ver si al hombre se le pasaba la arrechera. ¿Te acuerdas del vainón que te armó cuando regresó? Tú con tus cosas, hay clientes y hay clientes, eso ha sido y será así, Benítez, y Alfonso Pérez Castillo es uno de nuestros clientes pesos pesados. Es dueño de la empresa de seguros más grande del país y tiene mucho dinero metido en una docena de bancos y entidades financieras, que también nos contratan. Es uno de nuestros clientes *top* y este caso, aunque en términos económicos no signifique mucho para él ni para nosotros y no es muy jurídico que digamos, es fundamental para nuestra relación. Nos necesita y vamos a ayudarlo, pero a menos que sea cosa suya venir aquí, nosotros vamos hasta su oficina, y si hay que hacerle antesala y esperar a que nos atienda, pues que así sea. Por eso te pedí que vinieras temprano porque no sé cuánto tiempo debemos aguardar para verlo. Por fortuna, ellos tienen la sede aquí mismo, solo tenemos que atravesar la plaza, no hay que caminar mucho ni montarse en un carro, que es lo peor que te puede pasar ahora en Caracas.

La torre de Seguros Populares había sido construida casi en su

totalidad por un banco que fue intervenido por las autoridades monetarias a comienzos de los noventa. Las obras estuvieron años paralizadas y Alfonso Pérez Castillo lo había adquirido a precio de gallina flaca en el remate judicial que puso término a un proceso de liquidación largo y espeso. Luego encargó al estudio de arquitectura más prestigioso y caro de la ciudad la elaboración de un proyecto para terminar la obra inconclusa. El resultado fue una torre un poco más alta que la del diseño original, sobria, elegante, que denotaba prosperidad, pero que estaba condenada a no tener los aires arquitectónicos del nuevo milenio.

La secretaria los hizo entrar a la antesala del despacho del magnate de los seguros y un mesonero trajeado con chaqueta blanca les trajo, sin preguntarles, sendas tazas de café y vasos de agua, lo que Benítez tomó como un mal augurio en cuanto al tiempo de espera. En el lugar, le pareció al abogado margariteño, había una atmósfera grave, cierta rigidez en las formas, el tipo de aire que en las oficinas generan los jefes verticales, los que no tienen pares en la estructura jerárquica y no interactúan con el personal. Había también cierto trajinar apurado entre los asistentes de Pérez Castillo, entraban y salían a su despacho con carpetas y legajos de papeles, lo que le hizo suponer que estaban en medio de una emergencia.

—Doctor Sosa, cómo está, doctor Benítez, mucho gusto, encantado de tenerlos por acá —dijo Alfonso Pérez Castillo con cordialidad al saludarlos una media hora más tarde—. Lamento no poder dedicarles el rato que había previsto para hablar con ustedes, estoy por irme a una reunión en el centro, miren el papelero que debo llevar —añadió, mientras metía unas carpetas con documentos en un maletín—. Les pido me excusen también por hacerles perder el tiempo. Nadie se imagina que en una empresa como esta sea el presidente quien deba salir a hacer gestiones de cobranza, como si fuera un motorizado, pero así mismo es. Debo ir al Ministerio de Educación, a ver si puedo convencer al ministro de que paguen algo. Ese es el mayor problema a la hora de hacer negocios con el Gobierno. Estos señores no entienden que hay que pagar las facturas para que la maquinita del seguro colectivo de los empleados públicos pueda seguir funcionando.

Era un tipo delgado, alto, con una barriga moderada, bien vestido y con pinta de gallego de segunda generación. Estaba de pie detrás de su escritorio y sus palabras las había dicho como si hubiera estado solo, como si no se dirigiera a ellos, distraído, casi sin mirarlos. Benítez supuso que era el talante que se correspondía

con alguien cuya esposa había sido asesinada hacía pocos días.

—Cuénteme, doctor Benítez, ¿cómo estuvo su viaje?

—Muy bien, cómodo y rápido, no me puedo quejar.

—Me ha comentado Álvaro que su padre también fue abogado.

—Así es, fue uno de los primeros abogados graduados que ejerció en la isla, cuando todavía no había tantos y la profesión era más respetable y gentil.

—¿Y no le tocó trabajar con él?

—Poco, porque cuando me fui a Margarita, mi padre ya no litigaba, iba a la oficina más por costumbre que por trabajo. No obstante, fue muy grato compartir con él algunas cosas profesionales. Aprendí mucho de él, aunque enseñarme no hubiese sido su propósito. En ese sentido, tuve mucha suerte.

—Sí, sin duda, a mí me habría encantado tenerla —afirmó Pérez Castillo para poner término a un intercambio movido más por la buena educación que por el interés—. Bueno, como les advertí, debo irme. Posponemos nuestra conversación por unas horas, doctor —le dijo a Benítez, mirándolo a los ojos por unos segundos —. Mi secretaria va a arreglar que lo recojan y lo lleven a mi casa, a las seis, así tenemos tiempo para hablar con tranquilidad y comemos aunque sea un sándwich, y podrá usted regresar temprano a su hotel. Por favor, Álvaro, pon al doctor al tanto de lo que queremos de él y así podemos aprovechar mejor la reunión de esta noche. No hace falta que vengas tú a la casa, debes estar muy ocupado con tantas cosas en el bufete, créeme que no quiero molestarte más de lo necesario.

VIII

La reunión corta con el magnate de los seguros había aliviado la agenda de Álvaro Sosa y quiso disponer de unos minutos para saber más de la vida de Benítez, un tipo que pudo haber sido su mejor amigo y no lo fue. Sentados en un rincón de su oficina en dos butacas de cuero de estilo inglés, un contrastante toque clásico con la decoración moderna, y ante sendas tazas de café comenzaron una conversación que nada tuvo que ver con el caso de la Beba Herrera. El abogado margariteño estaba sorprendido porque no recordaba haber tenido una plática similar con su colega después de salir de la universidad. En el trabajo, Álvaro no se permitía una pausa para socializar. Su sentido de la competencia había sellado cualquier posibilidad de acercamiento entre los dos. Esta vez, sin embargo, era obvio y sincero su deseo de intercambiar impresiones con él sobre la situación catastrófica de la economía del país, la debacle del Puerto Libre de Margarita y en torno a las peripecias de Benítez en el cenagoso e impenetrable foro jurídico de la isla.

Sosa conocía desde la universidad la inteligencia de Benítez, expresada con giros algo poéticos en el hablar, y guardaba viva memoria de sus salidas ingeniosas para no verse atrapado en situaciones indeseables. También recordaba su lealtad con los amigos y su incomprensible compromiso emocional con las causas perdidas. Compromiso que, a su entender, lo fue apartando de manera progresiva de la fría racionalidad que normaba las relaciones de WPM con sus clientes. No sabía cuánto le quedaba de esa pasión redentora, suponía que mucho menos, pero igual percibía en él un toque de humanidad que emanaba de cada una de sus frases. Benítez, concluyó, era un hombre satisfecho consigo mismo y, con los altibajos de todo el mundo, quizás feliz.

En algún punto de la conversación habría querido satisfacer una

curiosidad que se fue haciendo más urgente a medida que lo escuchaba hablar. Le habría gustado saber cómo hizo Benítez para no convertirse en un abogado rico y próspero, con un bufete de varios profesionales trabajando para él. Con su talento, honestidad, formación jurídica, con el entrenamiento adquirido en una firma reconocida, mediante el buen nombre de su padre, y la circunstancia de haber comenzado su carrera en la Venezuela de las vacas gordas, habría sido más fácil hacerse rico con el ejercicio profesional del derecho que convertirse en un abogado como tantos otros en el foro: sabio pero limpio. No quiso preguntárselo para no pecar de indiscreto con un tema que seguro no era grato para su colega. Se limitó a ofrecerle la posibilidad de contratarlo para casos relacionados con Margarita, oferta que el abogado margariteño aceptó complacido.

—Hay algo que quiero preguntarte. ¿Pérez Castillo decide sus cosas así tan rápido? Si acaso me vio unos minutos y optó por contratarme —dijo Benítez, interesado en aterrizar la conversación.

—No, yo creo que quería por lo menos verte en persona antes de que procediéramos a contratarte. A estas alturas, sabe de ti muchas más cosas de las que puedas suponer. Desde que le dije que tú eras la persona ideal para el caso, habrá comenzado a investigar quién eras. Seguro examinaron tu *background*, lo cotejaron con lo que yo les informé de tu desempeño profesional aquí, y algo habrán investigado en Margarita. Seguro ya había decidido confiarte el trabajo; lo de verte antes de sentarse a hablar contigo y revelarte algunas intimidades suyas y de su familia era el paso final. Esa es la parte que Pérez Castillo le deja a su intuición, que en el caso de los empresarios como él es tremendamente poderosa.

—Algo de eso me imaginé.

—Este es el contrato que vamos a hacer contigo —le dijo Álvaro Sosa, poniéndole enfrente un legajo—. Como verás, estimamos tus honorarios en dólares por horas, como un abogado sénior de la firma. El pago se te hará en bolívares al cambio del mercado libre, porque, como es obvio, no te podemos pagar en dólares. Hemos presupuestado, para comenzar, unas ciento veinte horas de trabajo. La forma de relacionarlas y facturarlas es la misma. Te vamos a dar un anticipo correspondiente a la mitad de lo que eso significa en bolívares al cambio de hoy. Adelantar tanto dinero no es algo que hagamos con otros abogados externos, pero en tu caso hicimos una excepción, tómalo como un gesto de un viejo camarada. Dentro del presupuesto de gastos está una provisión para el pago de honorarios de cualquier experticia técnica que necesites, solo infórmame si lo

haces, para verificar el costo. Y, por supuesto, si llegas a contratar a algún experto es imprescindible que te dé una factura formal por sus servicios, que sirva a fines impositivos. Déjame el número de tu cuenta bancaria y demás datos para hacerte una transferencia. Si la cuenta es de uno de los bancos grandes, te la hacemos de una nuestra en el mismo para que puedas disponer de ese dinero de inmediato. Así no pierdes tiempo en eso, no tienes idea de lo que son ahora las colas en los bancos y cajeros automáticos de Caracas. Si por casualidad le dedicas menos horas al caso, pues se hará el ajuste correspondiente al cancelarte el restante. Si necesitaras más tiempo, pues presupuestamos más horas. En ese caso, tienes que hablar conmigo antes, para que te las autorice. Obviamente no podrás relacionar horas que no hayan sido autorizadas por mí. Para terminar, necesito que me hagas una factura por el adelanto de honorarios, me imagino que trajiste el facturero contigo, me dejas el original y te llevas la copia.

Benítez miró con incredulidad la cifra estipulada para sus honorarios. Aun considerando la inflación, no recordaba haber recibido alguna similar por sus servicios.

—Me imagino que estás satisfecho, pero si tienes alguna observación por el monto, adelante —dejó caer Álvaro Sosa con una pizca de jocosidad.

—No, al contrario, me parece muy generosa la estimación —respondió Benítez empeñado en colocar su dignidad por delante.

—José Alberto, cuando discutimos a quién darle este caso pensé en ti porque no conozco a una persona que sea más modesta y discreta que tú. Sin embargo, esta es una materia muy delicada para Pérez Castillo y para nosotros y es necesario que, aparte del contrato de honorarios, firmes el compromiso especial de confidencialidad anexo. Vas a manejar información sensible y es necesario que te comprometas jurídicamente a no divulgar nada, absolutamente nada, sin nuestro permiso por escrito. Si divulgas algo de esto, Pérez Castillo se enterará. Tiene el aparato policial más eficaz del país, cuenta con informantes en todas partes y de lo que digas por ahí, aunque sea en broma, se va a enterar. Déjame advertirte que este hombre es un duro así no lo parezca, un tipo que no está con juegos, y es capaz de gastarse una fortuna para joder a quien le eche una vaina. En cuanto a nosotros, bueno, ya tú sabes, somos gente seria, cumplimos con nuestros clientes. Firma aquí, si estás de acuerdo.

José Alberto Benítez firmó los papeles que contenían el compromiso de no divulgar información del caso, y, aunque

resultara inexplicable por ser algo usual, sintió que le estaba vendiendo su alma al diablo. Cosas del otro doctor Benítez, una de esas maneras de hacerse sentir que tenía el José Alberto ñángara que se quedó varado en el aeropuerto.

—Muy bien, ahora te voy a poner en autos de lo que necesitas saber para que arranques. Esto primero que te voy a decir lo conocemos muy, muy pocas personas: Pérez Castillo, por supuesto; Johnny Soto, un general retirado de la Guardia Nacional que le dirige su departamento de seguridad, y yo. Ahora lo sabrás tú: ocurre que María Genoveva no fue asesinada por un delincuente para robarla, ella se suicidó, esa es la verdad. En cuanto la policía le dio la noticia de su muerte, Alfonso Pérez Castillo se fue rápidamente a Margarita con el general Soto, que es un tremendo policía. Lo primero que hicieron fue ir al apartamento de ellos allá, registraron todo y requisaron lo que consideraron de alguna trascendencia. Entre las cosas que guardaron, escrita en una agenda, está la prueba de que María Genoveva se suicidó, una pequeña nota de su puño y letra. Algo que corroboraba el hecho de que en el apartamento lo único que faltaba era un revólver que su marido le había regalado hacía un tiempo, y que fue el arma que debió utilizar para matarse. El revólver y los objetos de valor que podía tener debió hurtarlos alguien que pasó, o quizás las mismas personas que avisaron a la policía. Ocultamos eso porque en principio Pérez Castillo intuyó que esa información iba a generar un escándalo que consideró inconveniente para la memoria de su esposa y para la tranquilidad de su hijo. No quiso que se enteraran de eso, nadie quiere que se enteren de que un familiar cercano suyo se suicidó. La gente siente cierta vergüenza y queda descolocada por eso, como si le sacaran el piso. En ese caso, como le aconsejamos, es preferible dejar que se atribuya el hecho al hampa común, que es la hipótesis que maneja la policía de Margarita. Es preferible dejar que ese evento tan horrible quede en ese más de noventa por ciento de casos de homicidio que en este país ni siquiera llegan a los tribunales, que es lo más probable que ocurra. Eso es lo que conviene. Con la criminalidad que hay ahora no pasará mucho tiempo para que el caso de María Genoveva quede sepultado bajo toneladas de nuevos homicidios y que la gente se vaya olvidando del asunto. Lograr eso es uno de nuestros objetivos más importantes porque así lo quiere nuestro cliente Pérez Castillo.

—Bueno, ahí hay un detalle en cuanto al ocultamiento de evidencia en un hecho que puede ser punible.

—Cumplo con recordarte que ese punto de derecho puede ser

irrelevante en las actuales condiciones del país.

—Precisamente, esta mañana en el periódico local había unas declaraciones donde el jefe de la policía, Salvador Sanabria, se amarra a la tesis del asesinato por robo.

—Sí, las vi. Por cierto, supongo que conoces a Salvador Sanabria, ¿no?

—Mucho, vivíamos en la misma calle, su casa estaba frente a la mía y fuimos juntos a la escuela y al bachillerato.

—Ah, qué bueno saber que vamos a tener un amigo ahí.

—No, por el contrario. Nunca lo fuimos, desde que éramos niños hubo una antipatía natural entre nosotros que, en los últimos años, desde su regreso a Margarita con el cargo de jefe de la policía y el grado de coronel de la Guardia Nacional, Salvador ha ejercido con una pasión renovada.

—Bien, eso no nos ayuda, pero tampoco nos hará daño, manéjate con prudencia con él mientras este caso esté sobre el tapete y déjanos el resto a nosotros. Lo conocí cuando estuve allá, a raíz de este embrollo, y me pareció un policía de librito, simpático con los jefes y jodido con los subalternos. Con nosotros fue muy amable y dispuesto a cooperar, como cualquier margariteño, por ahí debo tener su tarjeta.

—En nuestra relación, que es muy vieja, nunca ha habido amabilidad ni simpatía. Al revés, puede ser un tipo muy cruel, por lo menos conmigo lo ha sido. Ni siquiera me recibe en su oficina.

—No te preocupes; si hiciera falta, tenemos cómo persuadirlo para que coopere. Si necesitáramos algún favor de su parte tenemos a quien enviarle —le dijo Sosa en tono tranquilo.

—Volviendo al caso, si el asunto está controlado y se sabe que se trató de un suicidio, si cuentan con unos policías propios que son fantásticos, ¿por qué me contrataron a mí?

—Lo que queremos que hagas no es una investigación para un policía, es algo bastante más delicado. El propio Pérez Castillo te lo explicará esta noche cuando se reúnan. Por lo pronto, basta con que sepas que está empeñado en investigar un aspecto muy importante del suicidio de Beba Herrera que nadie más podría investigar. Cuando me pidió que lo ayudara con eso, y tratándose de que el suicidio ocurrió en Margarita, pensé en ti, fue cuando te llamé. Otra cosa: si después de hablar esta noche con Pérez Castillo crees que el trabajo que te va a encargar es algo que no quieres o no puedes hacer por la razón que sea, no vayas a decirle a él nada, se va a desencantar y eso también me gusta evitárselo a mis clientes. Si tienes alguna duda, hablas conmigo mañana a primera hora y

trataremos de resolver cualquier cosa que te incomode, lo que sea, buscamos una forma de ayudarte a llevar adelante este caso. Esa es nuestra filosofía, tú lo sabes, hay un trabajo que tenemos que hacer y hay que encontrar la manera de hacerlo. Te necesitamos porque no contamos con alguien en Margarita con tus características que pueda asumirlo, este caso está mandado a hacer para ti.

—Gracias por la alta estima, pero ustedes tienen aquí a un centenar de abogados, ¿por qué no enviaron a uno del bufete? Esa era la política de aquí, ¿no?

—Esa es la política de WPM para los casos en el interior excepto Margarita, decisión que me tocó tomar a mí, por cierto. Hace tiempo me encargué de un juicio en Margarita y llegué a la conclusión de que solo alguien que sea de allá y esté integrado a ese foro puede concretar algo en sus tribunales. ¿Tú te acuerdas del doctor Saume Carreño, nuestro profesor de Procesal Civil? Una vez me dijo algo que entendí a cabalidad cuando fui a la isla por un caso: "Existen dos derechos en el planeta Tierra, Álvaro, uno es el derecho que se aplica en todas partes y el otro el vigente solo en Margarita, tan entreverado y laberíntico que no lo entienden sino los margariteños". ¡Qué enredo, Dios mío! Desde que Pérez Castillo habló por primera vez conmigo para este caso, pensé que era algo excepcional lo que él quería, si me permites calificarlo diría que es un caso metajurídico. Se necesita a alguien que, amén de abogado, sea un poco filósofo y poeta, un abogado que pueda ver bastante más allá del mero expediente, una persona con condiciones especiales. Me acordé entonces de ti, un abogado "hijo'er diablo" que vive y trabaja en la isla, pero que vivió en Caracas y en el exterior y sabe cómo se mueven las cosas en un escritorio grande como el nuestro. Ordené algunas indagatorias sobre tu desempeño en estos últimos tiempos y no me equivoqué. Sigues siendo el tipo honesto, preocupado por la deontología del derecho, que se identifica con las causas de sus clientes. Además hablas inglés y alemán y te gusta la literatura inglesa, todavía lees literatura inglesa, ¿no? En fin, un abogado más raro que el carajo —concluyó con una risa en la que Benítez, de muy buen humor desde que había visto el monto de sus honorarios, lo acompañó.

—¿Se puede saber cuáles fueron esas indagatorias?

—Te puedo decir cuáles fueron las cosas que me inclinaron a seleccionarte. Confirmamos que sigues siendo un tipo honesto, que no estás interesado en darte publicidad ni en promocionarte, que no eres ni borracho ni jugador, no estás metido en drogas y, muy importante, no estás enredado en política. Lo primero me importa

mucho porque, aunque creo que la honestidad no es una condición inmutable, la gente puede ser honesta y puede dejar de serlo en algunas circunstancias, prefiero tratar con personas consistentes en su honestidad. Lo segundo, que me pareció muy relevante para este caso, es tu modestia y discreción. No quería a un abogado de esos que una vez contratado se fuese a un bar margariteño a beber whisky y llenarse la boca diciendo que era abogado de Alfonso Pérez Castillo y que él sí sabía cómo era la vaina con el caso de la Beba Herrera, que la gente estaba equivocada creyendo que fue un homicidio, pero que a él, que era arrecho, le constaba que había sido un suicidio. Si algo como eso llegara a pasar, en menos de veinticuatro horas el que te conté se entera y WPM estaría metido en un peo del quinto carajo. Te lo repito, Pérez Castillo se entera de todo. Te aconsejo que seas prudente hasta con lo que vas a hablar por el celular, o desde los teléfonos de tu casa y oficina porque de repente a sus policías les da por grabarte. Y, por último, me gustó que no estés metido en política, lo cual fue una sorpresa grata porque recuerdo que perdías el tiempo en esa tontería, que eras un izquierdista irreductible. Para mí, la política es un problema y ni de vaina me comprometo en un caso como este con alguien que hace política, y si es de izquierda, menos.

Minutos después, a las puertas del ascensor, al despedirlo, Álvaro Sosa, que lo había estado pensando desde que Benítez llegó a la oficina, en el tono más fraternal que pudo encontrar, le dijo:

—Esto no lo tomes a mal, José Alberto, pero libera algo de los honorarios o viáticos, que como habrás visto son bastante generosos, y cómprate una corbata más apropiada para esta noche, Alfonso Pérez Castillo aprecia esos detalles.

IX

Oscar Llabrés tomó una larga ducha con agua fría y ordenó que le llevaran el almuerzo, un magro filete de pescado a la plancha —lo habría preferido poché, pero no lo ofrecían en el menú— con vegetales al vapor y agua mineral sin gas, que comió sin el menor apetito, como quien cumple con una obligación. Hacía unas semanas que no le provocaba comer; algo usual en él cuando el concurso llegaba a su fase de mayor intensidad. Eso y la muerte de Beba eran más que suficientes para mantenerlo inapetente.

No dormía siestas, pero le gustaba mirar la televisión acostado en la cama y se tumbó en ella mientras llegaba la hora de volver a la oficina. Estaba aún envuelto en su bata de baño, una prenda muy querida suya, de algodón suizo, liviana, que llevaba consigo en todos sus viajes para salvarse de las batas de hotel que pesaban demasiado y le olían a detergente barato. Tomó el control remoto del televisor y durante un rato deambuló por los canales infinitos del satélite sin detenerse en ninguno y casi sin pestañar. Pensaba en María Genoveva Herrera Becher, en los años transcurridos desde que la conoció y cuánto había significado para su propia vida habérsela encontrado. Ya no era el soñador que confiaba en su fuerza y creatividad para arrancar un concurso de belleza atascado en el barrizal de la mediocridad criolla. Ahora, aunque septuagenario y asediado por el tormento de las arrugas, sentía que era una figura imprescindible en un país donde nadie lo era, alguien a quien, por lo menos, le agradecían los éxitos. También se había convertido en la persona más solitaria del universo.

En ese aspecto de su vida había vuelto al punto de partida, al cero absoluto, al vacío que había conocido cuando su madre lo sacó de Cuba y lo envió a Caracas, en los albores de su adolescencia. Había vivido desde aquel día, el más nefasto de su historia, con la

sensación de que a él ni su madre lo había querido. Cuando supo la verdad, décadas más tarde —gracias a una casualidad que lo había puesto en La Habana como invitado especial del Gobierno cubano —, ya era inútil, fue una liberación que llegó muy tarde. Conocer a los sesenta años de edad las verdaderas razones de su extrañamiento, cuando era apenas un adolescente, si bien lo reconcilió con su madre, en cuanto a que no sería posible para él seguir odiándola, no alcanzaba para que volviera a quererla, ni para recuperar la alegría perdida desde hacía tanto. Ya nada podría hacer para cambiar su condición de hombre solo y triste.

"No me culpes, Oscarcito, por lo que pasó —le dijo con lágrimas en los ojos—, no me culpes por haberte arrancado de mi lado y de tu mundo. Apartarte de mí fue mi muerte y no vacilé en morir por ti, hijo querido. Ocurre que yo ya sabía cómo tú eras. Lo supe desde que estabas en la cuna y miraba cómo te movías, por la forma en que llorabas. Lo sabía cuando la gente que no me conocía te miraba y me decía 'qué linda la niñita', y me preguntaba por qué no te había hecho agujeros en las orejas para los zarcillitos. Sabía de tus juegos a escondidas con muñecas, de tus disfraces de mujer, de tus dibujos de vestidos de princesas. Sabía también lo que les estaban haciendo aquí a los muchachos que eran como tú y, como madre, tenía que salvarte, sacarte de Cuba a como diera lugar. Esa era la única manera posible de librarte del horror al que sometieron a otras criaturas. Salvarte fue mi muerte, Oscarcito". *Ay, mamá, ay mi mamita, ni con la explicación que me diste de tu dolor se me ha pasado a mí el mío, aquí sigue, mamá, partiéndome el pecho.*

Se había quedado solo otra vez. Salvo Ramón Medialdea, la gente con la que había recorrido la parábola que lo llevó de ser un ayudante de misses, un mísero *missero*, como lo llamaban con cierta soma, a su alteza el "Rey de la Belleza", su título oficial, ya no estaba. Sus amigos habían muerto o, por distintas razones, se habían marchado del concurso y salido de la esfera de sus afectos. El Miss Venezuela, en buena parte gracias a él, se había convertido en una actividad muy profesional y lucrativa. Si bien ese desarrollo le había permitido acumular una fortuna que le hacía sentir menos la incertidumbre de su vejez sin hijos y sin familia, echaba de menos la amistad y abnegación de algunos colaboradores y participantes, que se habían acercado a ayudarlo en aquellos primeros lances, sin esperar mucho por ello.

¿Cómo y cuándo ocurrieron los cambios? No podría precisarlo, pero, cualquiera que fuese la explicación, el concurso había dejado de ser un trabajo alimentado de romanticismo donde él y otras

pocas personas lo diseñaban y montaban todo. Ellas a cargo de la producción, de las misses, de resolver los problemas y de la puesta en escena del espectáculo final, y él dedicado a la tarea exclusiva de crear belleza, a sacársela a las muchachas de donde nadie más era capaz siquiera de imaginarla. El concurso Miss Venezuela, un convite anual con mucho trabajo voluntario, se había convertido en la Casa Miss Venezuela, una empresa moderna y sujeta al capricho de los costos y beneficios económicos que estiman los gerentes, esa plaga burocrática que a diario azota a quienes como él habían construido uno de los componentes más importantes de la Organización Empresarial Caracas. Tinglado que incluía estaciones de radio, televisión, periódicos y revistas en varios países del continente, compañías telefónicas, franquicias profesionales en varios deportes y, por supuesto, la Casa Miss Venezuela.

La competencia ahora no era solo entre las misses. Desde hacía unos años, los gerentes y operativos de la Organización, jóvenes con posgrados en *business* en Estados Unidos, que para lo más mínimo sacaban una computadora portátil o un teléfono celular de los más inteligentes y mostraban gráficos y datos estadísticos como verdades inapelables, competían por sus carreras profesionales con mayor intensidad que las muchachas en la pasarela. El problema era que la competencia giraba en tomo a quién era capaz de recortar más dinero al presupuesto. Ahora todo se reducía a números, nada era comparable con sus inicios al frente del concurso, cuando formó equipo con aquellos que llegaron a ser su familia, su única familia, también perdida, y a fuerza de amor y talento hacían el trabajo. Tanto habían cambiado las cosas que, si por un milagro él fuese joven otra vez y llegase a pedir trabajo a la Casa Miss Venezuela, lo habrían rechazado por no tener ni siquiera una licenciatura. A él, que había sido capaz de concebir, parir, criar y desarrollar a la criatura.

Cuando ingresó a trabajar, a finales de los setenta, las misses criollas no habían alcanzado éxitos importantes en los certámenes internacionales ni producido las fabulosas sumas de dinero que iban a generar con él al frente. Venezuela era una cenicienta en el negocio de la belleza mundial y solo una muchacha criolla, Susana Duijm, a mediados de los cincuenta, había alcanzado a ceñirse la corona de Miss Mundo. A finales de los sesenta, otra niñita, Mariela Pérez Branger, había sido primera finalista en el Miss Universo. Nada más.

Cosa extraña en un país donde la belleza femenina ha ocupado un plano privilegiado. Aquí la naturaleza siempre fue hermosa y lo

que el hombre había construido, por lo menos hasta los sesenta, podía pasar por hermoso. Los pueblos de Venezuela eran bonitos, Caracas era bonita. A esa Venezuela bella, el concurso no le había hecho justicia. Pero qué paradoja, en los últimos tiempos había ocurrido justo lo contrario. Venezuela se había vuelto fea y, a medida que eso ocurría, las muchachas del concurso arrasaban en los torneos internacionales de belleza, y tampoco representaban al país, ahora horrible, en el que solo unos pocos se sentían a gusto.

La diferencia entre una época y otra del concurso había sido el producto de una coincidencia que para él tenía nombre y apellido, el suyo: Oscar José Llabrés de la Hoz. Fue él quien rescató el Miss Venezuela del pozo donde se encontraba y lo había convertido en una mina de belleza y dinero, en el concurso más exitoso del circuito mundial de *beauty pageants*, no obstante que, en ese mismo período, el país se había hecho una mierda. A veces, cuando estaba eufórico por sus logros, sentía que la diferencia entre uno y otro país también podía ser él. Sin dárselas de político o sociólogo, tenía claro que si, además de Rey de la Belleza, lo hubiesen dejado ser Presidente de la República, la belleza y el país habrían marchado juntos. El concurso sería igual de chévere y Venezuela sería bella y próspera, como el Miss Venezuela, una tacita de plata. *Cono, eso no se me había ocurrido antes, yo tenía que haber sido el presidente de esta mierda.*

Para rescatar el concurso contó, más que en cualquier otra cosa, con su talento, un regalo de Dios; dicho de la manera más simple, era capaz de sacarle belleza a la mujer menos agraciada. Más allá, podía como nadie saber los secretos del alma femenina, era como leer la suya propia. Por eso sabía algo que, aunque obvio para él, sus predecesores ni siquiera imaginaron. Algo que era también parte del secreto de sus grandes logros: que las mujeres venezolanas con tal de lucir más bellas que sus competidoras, reales o imaginarias, son capaces de privaciones y sacrificios que ni las vestales romanas habrían tolerado. Eso le permitió establecer su método para comenzar a construir un cuerpo bello: una dieta de faquir, con ríos de agua y toneladas de atún enlatado durante meses, combinada con horas y horas de gimnasio. Eso para comenzar. Luego vendrían las clases de dicción, de buenas maneras, modelaje y lecturas dirigidas a contestar las temibles preguntas del jurado. Pero no habría manera de imponerle a nadie semejante ordalía si no estuviera de por medio la compulsión de querer lucir su belleza superior ante hombres y mujeres, en particular ante las últimas. *Dios mío, cómo es que nunca, para suerte mía, gracias a Dios, nadie se*

hubiera percatado de que a las muchachas venezolanas lo que de verdad les gusta es que les miren el culo y les digan que es el más lindo del universo. Y el Miss Venezuela es el medio perfecto para que lo enseñen sin que las llamen bandidas. Solo hay que ayudarlas, ellas hacen el resto.

A finales de los setenta, sin un triunfo en los certámenes internacionales y, por esa misma razón, en medio de un bajón tremendo en la calidad de las concursantes, recurrieron a él. Venezuela vivía el mejor momento económico y político de su historia; sin embargo, el concurso se movía en sentido contrario. Había que revertir esa tendencia tan pronto fuese posible. Cierto que tenía mucha confianza en su capacidad para descubrir y crear belleza, pero estaba persuadido de que solo el éxito inmediato podía asegurarle esa posición con la que había soñado desde que, a escondidas de su madre, dibujaba trajes para sus amiguitas del colegio, les vestía las muñecas y organizaba competencias para ver cuál había quedado más bonita. El problema estaba en que ese éxito solo era posible si lograba incorporar al concurso a una muchacha muy especial, una que resumiera lo mejor de esta tierra. Una venezolana con belleza universal, que tuviera un carisma de ángel, una que pusiera a Venezuela a soñar, que se convirtiera en el ideal de todas las madres, desde el Country Club hasta El Guarataro, que fuese una reina de excelencia y popularidad. Mas esa muchacha parecía solo existir en su mente.

Había tocado todas las puertas de las casas donde era fama que había una joven prospecto para convertirla en la Juana de Arco de la belleza que Venezuela necesitaba, pero sin éxito. Las visitadas no encajaban en el modelo o, como era el caso de la mayoría, no querían participar en un concurso desprestigiado. Había tratado de persuadirlas, y a sus familias, con argumentos que mostraban la importancia y conveniencia de concursar en el Miss Venezuela bajo su dirección, y no había logrado convencerlas. Sentía cómo se levantaban unas barreras invisibles, pero sólidas, a su paso, cómo emergía una suerte de conspiración subterránea que le impedía avanzar en sus propósitos. *Cómo me ladillo a mí no haber nacido en Caracas y no tener por detrás a una familia caraqueña que me abriera las puertas en esta ciudad rejodida*. Hasta echó mano de su reconocido talento y capacidad para crear belleza femenina y lo puso al servicio de las mujeres más poderosas de las páginas sociales. “Ay, mi amor, déjame ver tu clóset y con lo que tengas allí te visto como a una reina”. Cuántas veces se oyó a sí mismo decir esa frase en los tés y cocteles organizados en las casas de los ricos

de Caracas, en su afán por ganarse la confianza de sus matronas y tratar de llevarse a sus hijas al concurso. En vano, lo querían como esclavo de su estética, como parte de *the help*, no como socio en una empresa común.

Vencido, decidió concentrar sus esfuerzos en las concursantes nada especiales con las que contaba en aquel primer certamen. Perdida la esperanza, lamentaba que el destino le hubiese dado una oportunidad de alcanzar su sueño solo para burlarse de él, cuando, en un auténtico giro de la fortuna, se presentó en su pequeña oficina de entonces la señora Odilia Becher de Herrera, acompañada de su hijita María Genoveva. La criatura más preciosa y angelical que había visto en carne y hueso, exacta a la idea de mujer bella que solo había existido en sus delirios estéticos, la que necesitaba para comenzar a cambiar la historia del Miss Venezuela, de la belleza femenina universal y de su propia vida. *Y si me hubieran dejado la historia de este país en mis manos, ni de vaina estaríamos tan jodidos. Oscar Presidente, vota por Oscar, óyeme, qué bueno está esto, asere.*

Por unos días, dudó de su buena suerte pues no veía en Beba Herrera entusiasmo alguno por el concurso. Llegó a temer que desertaría cuando comenzaran las exigencias espartanas que había introducido en el certamen, pero era tal el empeño de su madre que sus dudas se disiparon con prontitud. Odilia Becher, aquella cuarentona espectacular, que de joven, de habérselo propuesto y en manos como las suyas habría sido una Miss Venezuela cantada, más que motivada, estaba obsesionada con la participación de su hija en el concurso. *Nunca vi a otra madre que estuviera más identificada con el certamen ni con más ganas de acompañar a su hija en esa aventura, qué arrecha era esa señora, era como si fuese ella la que concursaba.*

Entusiasmo maternal que, también es verdad, con el transcurrir de los meses previos al certamen se hizo cargoso para sus colaboradores, y hasta para las otras misses, por la omnipresencia, veinticuatro por veinticuatro, de la señora Becher en las instalaciones del Miss Venezuela. Odilia se aparecía incluso en ocasiones cuando Beba y las demás muchachas no estaban y se permitía, con una intensidad de colegiala, hacerle sugerencias a él y al cuerpo técnico, y opinar sobre cualquier tema: el vestuario, el corte de los trajes de baño, la decoración del escenario, la coreografía. Pero, con tal de tener a Beba en el concurso, él habría sido capaz, como en efecto lo fue, de aceptar hasta la imprudencia las intromisiones y necedades de su madre. Se armó de paciencia para recibirla en la oficina cada vez que lo deseaba y atendía con el

mejor talante sus innumerables llamadas. Le pidió al personal que fuese tolerante con sus intervenciones abusivas, que usara mucha mano zurda para lidiar con Odilia. Al final, gracias a Dios, las cosas salieron bien.

La belleza de Beba era algo fuera de lo común. Era un magnífico ejemplar del cruce de genes criollos con los de gente como los Becher, llegados de Hamburgo hacía un siglo. Cepa rubia que revuelta con la criolla *—sí, revuelta es la palabra, porque aquí los genes no se cruzan, mijito, se revuelven. Dios mío, qué singadera la de este país—*, y aliñada con siglos de sol tropical y una cucharadita de sal africana, daba esas niñas con pieles únicas, ese tono de melocotón, que hasta a él, que odiaba el melocotón, le provocaba morder. Después venía la crianza, esa mezcla de disciplina hogareña y complicidad de casta, de grupos de clubes sociales caros de la ciudad y el litoral, y colegios privados, que terminaba de moldear a unas muchachas espectaculares. Por esa razón a Beba no había que hacerla bella ni enseñarle modales en la mesa ni darle clases de inglés ni a pronunciar de manera correcta el español ni hacerla imitar el tono melodioso de las muchachas del valle de Caracas. No había que arreglarle los dientes ni enseñarla a comer sano ni a lucir bien vestida ni a ser educada en el trato con la gente, venía de una gente que tenía siglos haciendo eso y era una representante singular de esa estirpe, poseía todas las claves y encajaba de manera perfecta en su modelo.

La supo su salvadora apenas la vio, su virgen a la que pedir el milagro en aquel duro año de su inicio. Ella no lo defraudó, al contrario, fue mucho más allá de lo esperado. Él que se imaginaba que, por sus diferencias obvias con las otras misses, iban a presentarse algunos roces entre el grupo, vio cómo Beba no tuvo problema alguno para integrarse con las niñitas. Tenía un gran don de gentes, era amable y educada. Trataba con igual cordialidad y educación a todos, sin distingos, pero sin tramar sus sentimientos con nadie, sin involucrarse emocionalmente con persona alguna. Su intimidad era impenetrable y nunca nadie del concurso formó parte de su círculo de afectos, no se hizo amiga de nadie ni se encompinchó con otras misses como es usual que ocurra en los certámenes. No obstante, no era pretenciosa ni arrogante, con naturalidad ocupó su puesto en el grupo, como una muchacha más. Nunca reclamó privilegios ni confrontó a nadie por nada, era como si flotara sobre la tierra, sin rozar nada ni a nadie. La descifró sin mayores dificultades, por eso nunca pretendió imponerle comportamiento alguno ni trató de generar en ella agradecimientos

que la acercaran a él porque tenía el pálpito, y el tiempo le dio la razón, de que a Beba los agradecimientos no la amarraban. Nunca antes, y nunca después, sintió una simpatía similar por ninguna otra muchacha.

Beba se impuso por unanimidad en el concurso nacional y había estado entre las cinco finalistas del Miss Universo, posición que el público y los dueños del Miss Venezuela consideraron un gran triunfo; hacía años que una representante criolla no llegaba tan lejos. En la Organización estaban eufóricos, pero él no, pues sentía que de haber sido más experimentado en esas lides habría hecho de Beba, con justicia, la ganadora. Con ella, él había pagado un costo muy alto por su noviciado, por su ignorancia en el manejo de la prensa extranjera y del aparato publicitario que rodeaba el *pageant* de la belleza universal. Puertas adentro, los directivos, la prensa y los propietarios consideraron que no haberla hecho Miss Universo no solo fue una injusticia, fue una inconveniencia para los intereses económicos del concurso. Con el antecedente de Beba, manejarse en ese circuito fue más fácil, su peso específico aumentó en progresión geométrica y aunque no resultó fácil, y le tomó un tiempo conseguirlo, su influencia llegó a ser tal que había revertido el patrón mismo de lo que en esa instancia se consideraba una mujer bella. Antes de él, las muchachas venezolanas debían tratar de adivinar por dónde iban los tiros, cómo prepararse para encajar en el patrón estético de los jueces y otras autoridades mundiales de la belleza. Ahora, *modestia al carajo, mi amor*, las muchachas venezolanas, aunque no ganaran, eran el patrón, el que debían y querían seguir sus competidores internacionales, y él, Oscar José Llabrés de la Hoz, era quien lo fijaba.

Dios le había regalado el poder insólito de detectar la belleza femenina en quienquiera que la tuviese, la belleza obvia y, más importante, la oculta, esa que casi nadie logra ver y que él, a diferencia del montón, podía capturar con un solo golpe de ojo. Otros se entrenaban en eso y algo aprendían, mientras que él, hasta sin proponérselo, tenía la capacidad de hacer converger en su cerebro la aspiración de belleza del país y del mundo con la de una muchacha cualquiera. Ellas prestaban sus cuerpos, sus caras y sus mentes, pero era él quien ponía la belleza en el lugar conveniente. Tenía claro como una horma la miss ideal y solo tenía que llevar hasta allí, con clases, ejercicios, dietas y uno que otro retoque quirúrgico, a una de esas niñitas que quisiera ser la más bella y estuviera loca por enseñar el culo.

Esa capacidad la fue afinando a lo largo de los años, a medida

que fue sintiéndose más seguro de sus decisiones. Cualidad que le reconocían tirios y troyanos y lo había convertido en una de las personalidades más importantes y de mayor peso de Venezuela. Se sabía parte de la cúpula, querido por muchos, pero estaba consciente de que tenía sus detractores. Un periodista de farándula alguna vez quiso insinuar que era imposible hacer hermosas a las mujeres sin amarlas, que lo de Oscar Llabrés era eso, un amor platónico por sus misses favoritas.

Para él, nada más lejos de la verdad. No se enamoraba de sus creaciones, nunca lo había hecho y, por esa razón, por no amarlas ni querer amarlas, podía hacer de ellas las mujeres más bellas del universo, y las más distinguidas. El amor es lo peor que le puede pasar a alguien que haga un trabajo como el suyo, el amor distorsiona los sentidos. Si se ama a una mujer, y toca juzgarla, de repente pasan cosas muy malas: se le aprecia una belleza que no tiene o no se le aprecia la que es evidente; se pretende cambiar aquello que no debe cambiarse o se le tolera lo que debe cambiar. Eso habría sido mortal para él, para un creador de belleza femenina. Por eso, aunque la prensa dijera lo contrario, no tenía favoritas en los concursos y su relación con las niñitas carecía de contenido emocional. En verdad, pero eso nunca lo diría a nadie, lo suyo era una recreación del juego con sus amiguitas de Marianao, en su Habana querida: ellas ponían las muñecas y él se encargaba de ponerlas bonitas, nada más. Si distinguió a Beba, fue porque era como él, estaba a su altura, ella también había sido distinguida por Dios.

Otro periodista, que usaba el seudónimo “Astromelio Marchito” y se dedicaba a hostigar a las *celebrities* criollas, fue más allá. Había querido incomodarlo exponiendo en una campaña de meses el tema de su homosexualidad. Afirmaba en su columna —muy leída, por ese morbo que el venezolano tiene en rebajar y escarnecer a quienquiera que se destaque en algo— que lo suyo no era un regalo de Dios, que lejos de eso, era un castigo. Que si bien era posible que le hubiese concedido el don de ser un hombre capaz de apreciar, realzar y hasta construir belleza femenina, y le había regalado la posibilidad de tener a su alcance, moldear a su antojo y tocar los cuerpos de las mujeres más hermosas del país, por otro lado lo había castigado condenándolo a no poder amarlas como hacen los hombres de verdad, por su condición de homosexual perdido.

Llegó a inventar incluso la historia de que había tenido un amante, y hasta nombre le puso a esa mentira, Ányelo. *Uy, qué niche, con ye, un italiano chimbo, pues*. Especulaba el muy cretino

que se trataba de un efebo hermoso que había conocido en un viaje a Maracaibo y era su pareja oficial, pero que nunca la enseñaba. Un muchacho que con las tentaciones caraqueñas se había descompuesto, contraído sida y muerto. Según esa historia, él se habría aterrorizado con la posibilidad de estar contagiado y por eso, despistaje viral de por medio, nunca más se dejó cortejar por otros gays. *Sí, así quisieran verme los envidiosos, con una chorrera de muchachos bonitos detrás, como andan las maricas viejas y con plata que no saben darse su puesto.*

Una calumnia que se correspondía con esa estupidez venezolana de vincular todas las conductas de los hombres y las mujeres con sus respectivas entrepiernas, como si el sexo fuese una especie de fuerza cósmica irresistible, eso que llamaban un agujero negro, que gobernara a todas las criaturas. Como él no mostraba interés ni se dejaba atrapar por la fuerza de gravedad de las entrepiernas de las niñas, entonces daban por descontado que se volvía loco por las masculinas, una disyuntiva demasiado básica para un ser inteligente. *Es que no hay un país donde la gente sea más primitiva en materia de sexo que este, hasta los más ricos, encopetados y cultos. Guaicaipuro vive y la lucha sigue, qué tragedia.*

Cierto que las mujeres no eran para él una opción sexual, *not my cup of tea*, como decía un marico divino que conoció en Londres. Sin embargo, y eso lo sabían sus íntimos, no perdía la cabeza por los hombres. Si bien durante sus años mozos ejerció, con pasión, como él era, su sexualidad dentro de los límites de su mismo género, eso había terminado cuando dejó de ser el mísero *missero* que había sido para convertirse en quien era, el Rey de la Belleza. La ausencia de sexo era para él como la dieta de las misses, una necesidad. Él era el Rey de la Belleza y, por haber alcanzado ese reconocimiento universal, se imponía como dogma que a él no podía gobernarlo la entrepierna de un hombre. A veces, y por un rato, lo enamoraba un muchacho, pero se contentaba con la embriaguez íntima que su presencia le producía, sin ir más allá. Si tuviera que definirse, como le dijera una vez un colega intelectual que lo buscó sin éxito, él era un marico vestal. Llegar a ese compromiso consigo mismo lo había convertido en una persona libre, una de las pocas que no padecía los tormentos y conflictos que el sexo trae consigo. Vivía ajeno a rabietas, celos y soponcios hormonales, mucho menos los de macho, que son peores. Una posición difícil en la Venezuela de la testosterona y el estrógeno puros, una sociedad que no acepta un disenso sexual como el suyo, donde a juro tienes que estar con mujeres, con hombres o ambos, *pero yo no, yo soy el Rey de la*

Belleza, lo mió es la belleza de mis niñitas y con ese amor tengo.

En el presente distorsionado del país, la maledicencia criolla había mutado y se había hecho más perversa. Como llamarlo homosexual ya no era un insulto, sus detractores habían escogido una vía subterránea y más pérfida para hacerle daño. A él llegaban nítidos los rumores sobre sus vínculos con chulos que reclutaban a algunas de las misses, en particular a las menos destacadas de las sucesivas cohortes anuales, para prostituirlas. Una muchacha venezolana atractiva, entrenada para vestirse, maquillarse, hablar bien y tener buenas maneras, era, por no parecerlo, la puta perfecta. No había en el planeta un cebo mejor para concretar negociaciones turbias en las contrataciones con personeros del Gobierno, o con empresarios que se habían llenado los bolsillos de dólares oficiales baratos.

Reclutar a las niñitas para ese negocio no era tan difícil, se aprovechaban de algo que las aspirantes a Miss Venezuela tienen por toneladas: ambición. Las vestían, les daban carros, apartamentos, les abrían cuentas en dólares y las exhibían en los lugares y saraos más exclusivos. Ellas sólitas se dejaban halagar a cambio de operar como facilitadoras de ciertas operaciones. El grupo de niñitas dispuestas a "trabajar" de esa manera se movía al ritmo del precio del petróleo, con los precios altos subía, y con los bajos disminuía, como cualquier otra mercancía.

A él lo señalaban de ser el gran proveedor en ese mercado, *los muy conos de su madre, pero yo, Oscar José Llabrés de la Hoz, aunque esté enterado, nada tengo que ver con eso, mi amor, primero muerto que bañado en sangre*. Sentía que en ese plano no había hecho nada malo, nunca con intención, eso era seguro, ni mucho menos compartía el botín del negocio. Lo suyo era saber y entender cómo comportarse con el poder, con el de antes y con el de ahora, nada había cambiado. Desde muy temprano había aprendido que un tipo como él, cubano, feo y maricón, si no era complaciente con quienes detentaban el poder, político o económico, no iba a sobrevivir en un país tan malandro como este. Cooperaba con los poderosos, pero no era responsable de las distorsiones que los motivaban ni del daño que causaban. Si prostituían a muchachas que habían pasado o aspiraban a pasar por el Miss Venezuela para obtener beneficios y ventajas en sus componendas con el Gobierno, o con quien fuera, ese no era su problema, ellas eran adultas. *¿Qué coño hago si me llama un ministro, un general de esos que manyan los dólares de la importación de alimentos o un empresario poderoso y me dice que quiere invitar a unas muchachas a una fiesta? ¿Qué le digo, que no conozco a*

ninguna? No soy yo, mi amor, son ellas las que deciden ser o no ser putas.

Cuando estallaba un escándalo en tomo a alguna antigua concursante del Miss Venezuela, pensaba que la muchacha en cuestión era la bella durmiente de su infancia distorsionada por la mierda en la que vivimos; no hubo tal príncipe y, con el beso, la niñita se había convertido en una rana. Qué podía hacer si la princesa, aparte de bonita, tenía una ambición desmedida por los reales y, como todos los habitantes de esta tierra de Bolívar, tan solo aspiraba a sobrevivir. Contra eso no podía luchar. Por décadas ya, una suerte de nube oscura se había posado sobre el país y la realidad se había trastocado, lo que era bello se había tomado horrible, y lo moral en inmoral. Miss Venezuela, aunque él luchara por evitarlo, no podía ser una excepción, no podía salvarse de esta peste. Nada podía salvarse.

X

El hotel en el que le habían reservado la habitación a Benítez era una torre con fachada de ladrillos pardos y vitrales oscuros que parecía haber sido diseñada para Londres o Nueva York, no para una Caracas cada vez más calurosa. Pertenecía a una cadena internacional y estaba situado en una zona que se había convertido en el centro moderno de la ciudad, El Rosal; un par de avenidas en el este caraqueño donde se habían erigido edificios de oficinas modernos, con una escala humana poco común en una urbe tan disparatada. Lo condujeron a la recepción y, en minutos, la joven que lo atendió, una de esas bellas muchachas caraqueñas con la sonrisa como un milagro, resolvió un trámite que su timidez invariablemente le hacía engorroso: "Sí, aquí está su reservación, doctor Benítez, firme aquí, por favor, para que pueda consumir sin problemas en el bar y en el restaurant, tome su tarjeta magnética, por favor, doctor Benítez, el desayuno es en la cafetería y se sirve de seis y media a diez de la mañana, pero puede hacer uso del *room service* si así lo desea, bienvenido, doctor Benítez".

Mientras el botones lo conducía a su habitación por un largo pasillo alfombrado, luminoso y con el olor limpio de un bosque de pinos, recordó la última vez que debió quedarse a dormir en Caracas. Trataba de lograr que el Seguro Social volviera a pagarle su pensión a una maestra viuda, a quien por error habían declarado muerta, y se había hospedado en un hotel del centro, al que estaba seguro volvería cuando le tocara pernoctar en la ciudad y sus viáticos corrieran por cuenta de un cliente que, a diferencia del dueño de Seguros Populares, no tuviera un camión cisterna sino un pequeño perol para llenar del chorro petrolero. Evocó el pasillo oscuro, la humedad, el olor a polvo viejo que despedía la alfombra gastada y de apariencia grasosa y el contraste le pareció criminal. El

botones le abrió la puerta, activó las luces con la tarjeta electrónica, puso su maletín sobre un mueble frente al clóset y le explicó el funcionamiento del control remoto de la televisión, una pantalla plana con el triple de las pulgadas de la que Benítez tenía en su casa. Le enseñó también cómo podía manipular el regulador del aire acondicionado y le abrió las puertas del clóset para mostrarle las cobijas y las almohadas adicionales. Le descubrió un minibar repleto de ofertas alcohólicas y *snacks* y se despidió deseándole una grata estadía. Benítez lo recompensó con una propina muy por debajo de la que en promedio dejaban otros clientes, pero el botones igual la agradeció porque la pinta del abogado margariteño, estudiada desde el *lobby* con precisión profesional, no daba para despertar mayores expectativas.

Tumbado en la cama, con el aire acondicionado a unos, para él, ideales veintiún grados Celsius, la luz de la lámpara de su mesa de noche atenuada, la televisión en un canal de música clásica y un vaso de agua mineral italiana al alcance de su mano, Benítez sintió que nunca antes la vida lo había tratado con tanta justicia. *Esto es lo que un carajo que estudió y se preparó tanto como yo sé merece, no joda*. Tal como se habían presentado las cosas, ahora no estaba seguro de si la pobre imagen que tenía del derecho venezolano, de su ejercicio profesional, del sistema judicial y de todas las aberraciones que lo minaban, se correspondía con la verdad o si era un juicio de valor suyo distorsionado por los efectos de su clientela pobre y de su pobre clientela. Cerró los ojos y se quedó dormido dudando de las valoraciones más caras del otro José Alberto, el verdadero Benítez, el pana que se quedó en el aeropuerto.

Despertó unos veinte minutos después renovado y con mucha hambre. Tomó su celular, llamó a Elvira y le contó de su mañana, del caso en el que iba a trabajar y, lo más importante a tratar con ella, de sus honorarios. “No te vayas a volver loco, José Alberto, y cumple con lo que te encargaron, mira que casos así no se te presentan nunca y aquí tenemos muchas cuestiones que atender”, fue su despedida. Discutir con Elvira los arreglos económicos de su trabajo era una de esas tareas *non gratas* que Benítez rehuía tanto que en muchas ocasiones le ocultaba sus proventos. El acuerdo con WPM por el caso de Beba Herrera fue una excepción porque, vistos los montos, era una forma de darle a ella alguna tranquilidad económica, aunque fuese pasajera. También era una manera de ganar para sí algo de reconocimiento, porque si en algún ámbito Benítez lo necesitaba de su esposa era en el financiero; como cualquier otro, él también requería ser considerado un macho

proveedor confiable.

Se sentó en el pequeño escritorio de la habitación y sacó una carpeta que estaba en el sobre que le había dado Álvaro Sosa con los documentos. Lo primero que vio al abrirla fue la foto de María Genoveva Herrera Becher que, como si hubiera querido saludarlo, saltó de entre el legajo de papeles y se le quedó mirando con los ojos más profundos y enigmáticos que viera en un retrato. No parecía reciente, llevaba el pelo largo hasta los hombros y la mirada tenía la fuerza y honradez de una edad más temprana. Supuso que el que tenía en las manos era uno de esos retratos que las mujeres guardan porque sienten que reflejan con fidelidad una época que les fue buena. La María Genoveva Herrera Becher de la fotografía era una mujer bellísima y de unos treinta años en el tiempo eterno de la imagen.

La carpeta estaba ordenada como un *curriculum vitae* donde se registraban los hechos importantes en la existencia de María Genoveva. Se había graduado de secundaria en un colegio de Ginebra. Había ingresado a la Universidad Católica de Caracas a estudiar Comunicación Social y había obtenido la licenciatura, mención prensa escrita, aunque nunca ejerció. Benítez supuso que el certamen de Miss Venezuela, en el que tal vez habría ingresado por una travesura, había cambiado su vida. A partir de su triunfo y a pesar de su grado académico, nadie se referiría a ella como licenciada, sería para siempre una Miss Venezuela.

Había una fotocopia de la entrevista a página completa que *El Nacional* acostumbraba a hacer a Miss Venezuela para publicarla en la edición dominical siguiente a su coronación y que otrora la lectoría consumía con avidez. Benítez la leyó con curiosidad y por completo a pesar de las respuestas predecibles de una muchacha de dieciocho que acaba de ganar un concurso de belleza. Solo al final, con la respuesta de Beba a la última pregunta del periodista, se le despertó el interés. “¿Qué es lo que más ama sobre todas las cosas? La vida, por encima de todas las cosas, yo amo la vida”. La paradoja le resultó cruel y se preguntó por qué una mujer bella, que habría tenido a su lado al hombre que hubiera querido, que vivía sin las preocupaciones materiales que agobian a tantos mortales, y que a los dieciocho años amaba la vida por encima de todas las cosas, había decidido pegarse un tiro en el pecho a los cincuenta y cinco, en una tarde luminosa y en un lugar que invitaba a vivir. Quiso imaginarse una respuesta a esa interrogante y nada se le ocurrió, *¿Qué fue lo que te pasó, Beba?*

En el expediente había informes cuasi policiales de su rutina en

Margarita. A quiénes veía, cuándo y dónde. Cuáles eran sus entretenimientos, dónde hacía las compras, las copias de los recibos del teléfono celular, de las relaciones de consumo de las tarjetas de crédito y de los movimientos de las cuentas bancadas. Benítez no se fijó siquiera en el contenido de ellos, ya le parecía suficiente profanación haber visto, aunque solo fuese de manera superficial, los reportes de los detectives que la habían estado siguiendo sus primeros años en Margarita. Cerró la carpeta y entró al baño a refrescarse antes de bajar al restaurante a comer algo. Durante ese lapso no pudo dejar de pensar en Alfonso Pérez Castillo. ¿De qué tipo podía ser el amor que sentía por Beba para haberlo impulsado a usar parte de su poder para seguirla y registrar sus pasos, incluidos aquellos que daba en compañía de sus eventuales amantes? Qué cosa más rara son algunos amores.

A las dos de la tarde en punto bajó al restaurant. Cuando vio los precios en el menú no quiso ni pensar qué pasaría si por alguna confusión administrativa el costo de las comidas no estaba incluido en los gastos que WPM iba a asumir. La cuenta por su almuerzo —un *prime rib* importado y madurado, que no comía desde la época en que era un abogado de WPM y los clientes cargaban con los costos, una ensalada con alcachofas y unas papas fritas, una copa de vino tinto chileno y un café— habría bastado para descalabrar su presupuesto de un mes en Margarita. Elvira se habría desmayado de haber visto el monto de la factura de su festín.

Pasó del restaurante al *lobby* y se paseó por las pequeñas tiendas de la planta principal. Miró los precios de las corbatas en la *boutique* del hotel y decidió ir caminando hasta el Centro Comercial San Ignacio para comprar una —el Sambil, que le quedaba más cerca y donde tal vez hasta podía conseguir mejor precio, no le gustaba porque en una visita de un viaje anterior le había parecido demasiado encerrado—. Caminó por la acera sur de la avenida Miranda, sombreada a esa hora de la tarde, hasta cruzarse con la calle Élice de Chacao, donde cambió de rumbo, hacia el norte, hacia el Ávila. La caminata lo reconcilió con Caracas. En esas pocas cuadras, pensó, era la ciudad alegre y amable que había conocido y amado casi medio siglo atrás. Pensamiento que desechó de inmediato, no porque no fuese cierto, sino porque se negaba a pensar que cualquier pasado hubiese sido mejor que el presente. En Venezuela esa era una postura difícil de sostener porque la realidad proveía argumentos contundentes en contrario, pero ese era uno de sus principios inamovibles.

Los precios del San Ignacio no diferían mucho de los que veía en

Margarita, pero encontró una tienda en liquidación con unos precios increíbles. Quiso aprovechar su bonanza, que sabía efímera, y, aparte de la corbata, compró dos camisas. Compró además, para regalarle a Elvira, una hermosa blusa blanca de lino, que le iba a encantar. De regreso, con las bolsas elegantes de sus compras en las manos, Benítez se permitió incluso acariciar la idea de buscar a una prostituta para después de su cena con el magnate. Un poco de sexo recreacional podía ser el cierre perfecto para un día fuera de lo común. Una de esas mujeres jóvenes y con buena pinta como las que había visto en anuncios de páginas de internet. Con sus ingresos ordinarios era inalcanzable, pero en esta oportunidad tenía el tiempo y contaba con el dinero suficiente para el dispendio. Una cuadra más adelante, asaltado por pensamientos más sensatos y menos interesantes, ya había desechado la idea. Hacía mucho que no compraba amor y no estaba muy seguro de cómo iba a reaccionar ante los apremios de una puta joven y cara. *Déjate de vainas, José Alberto, no inventes y te pongas a hacer en Caracas lo que no haces en Margarita*. Hizo el resto del caminó hasta su hotel confundido con la gente que comenzaba a salir del trabajo a esa hora, la quinta de una tarde caraqueña fresca y transparente, y se sintió, por primera vez en muchos años, un ciudadano del mundo.

Tan pronto entró a su habitación, recibió una llamada de Álvaro Sosa, para recordarle que a diez minutos para las seis de la tarde un chofer de Seguros Populares pasaría a recogerlo. Aprovechó para repetirle lo importante que era el caso para el bufete y para él en lo personal. Cuando se despedía, Benítez venció sus escrúpulos y le preguntó si el consumo en el restaurante se le cargaba al cliente o era por cuenta de él. Álvaro Sosa se tomó unos segundos para contestarle: “Irá por cuenta nuestra, una cortesía de WPM, porque para eso son los viáticos. Esa cortesía es solo por el almuerzo de hoy; excluye, por supuesto, los tragos que te tomes y, por estrictas razones de decencia, el costo de las películas pornográficas, si se te ocurre ver alguna, o de las meretrices, si se te da por contratar alguna”, remató el abogado jefe de WPM con una carcajada.

XI

Casi a las cuatro de la tarde, Oscar Llabrés se levantó de la cama, fue al baño y se cepilló los dientes con extremo cuidado, sin presionar mucho el cepillo y en un ángulo de cuarenta y cinco grados, de la encía hacia el borde de los dientes, tal cual le había recomendado el odontólogo gringo autor del último retoque de su sonrisa. Luego se peinó; tarea que le consumía mayor tiempo porque debía armar su cabello, ralo y atornasolado por décadas de tinte, para disimular los claros que la alopecia senil iba dejando en su cabeza. Por último, se masajeó la cara con una crema humectante regeneradora, aplicándose una dosis doble en las bolsas bajo los ojos, *ay no, mi amor, a ustedes les sale bisturí apenas llegue a Caracas*. Antes de salir, se dio unos toques con un perfume francés de fragancia floral que le había costado una fortuna en su último viaje a Nueva York. Escogió una camisa limpia entre las muchas que colgaban en el clóset, una guayabera de lino verde perico que solo tenía bolsillos en la parte superior, para sustituir la azul añil que había usado en la mañana. Volvió a ponerse unos pantalones blancos de algodón que había colgado en un gancho al desvestirse, se dio una última revisión, frente al espejo de cuerpo entero que exigía tener en todas sus habitaciones, y salió para la oficina habilitada para él en el área de negocios de la mezzanina.

Quería llegar con puntualidad al encuentro con el gordo Bracamonte, el representante personal del Jefe en los negocios que mantenía en el país, entre ellos la Casa Miss Venezuela, quien había llamado en la mañana para anunciar su visita. En rigor, Bracamonte era su supervisor inmediato, pero él había ganado siete concursos de Miss Universo y seis Miss Mundo, y dado al Jefe innumerables satisfacciones, más allá de las económicas, y se sabía más importante. Eso lo facultaba para, cuando lo creyera conveniente,

saltarse la línea de mando organizacional y arreglar sus asuntos con una llamada directa. Debía, sin embargo, como alguna vez le había sugerido el mismo magnate propietario, guardar las formas y respetar la jerarquía de Bracamonte, pero lo hacía con renuencia y, siempre que era posible, aunque fuese con un comentario puntilloso, desafiaba la autoridad del gerente.

Cuando entró a su oficina en el *Business center*, Bracamonte lo estaba esperando, sentado en su silla y con los pies sobre su escritorio, trabado en una conversación telefónica, en inglés, por un celular muy delgado, del tamaño de un libro de bolsillo. Hablaba con una fluidez y pronunciación que despertaba una envidia salvaje en Llabrés, a quien la lengua anglosajona le era esquiva. *Este pendejo se empeña en demostrar de la manera más ordinaria su superioridad jerárquica*. Por si eso no fuese ya incómodo, Bracamonte —como hacían los leones con la orina, en el documental de Animal Channel que vio de pasada hacía unos minutos—, tenía la costumbre de marcar su territorio con el humo de unos habanos enormes, como el que se fumaba en ese momento. No le importaba cuán encerrado fuese el lugar, y menos si al marcharse dejaba la atmósfera contaminada con ese olor a tabaco que Oscar había odiado desde niño. *Ay no, tan pronto se vaya me cambio de oficina.*

—Asere, qué envidia, te ves fresquito, como recién salido de la ducha —le dijo a manera de saludo y exagerando su acento cubano —. Yo en cambio no he parado desde esta mañana. Pasé un rato en el canal preparando cosas, tú sabes, un viaje inesperado, aunque sea para ver a los amigos de uno, estresa. Pero lo peor es el viaje de Caracas al aeropuerto de Charallave, vaya qué cosa más tremenda. Esa autopista súper congestionada, y por último, llegada a Margarita, la Guardia Nacional me hizo esperar un rato en la pista, coño qué calor tan pegajoso, apenas son las cuatro de la tarde y ya me siento agotado.

—Hola, Bracamonte, gusto en verte. Si te mantuvieras delgado no te sentirías así, te lo he dicho muchas veces, mientras más gordo sea uno más calor siente y más problemas tiene con la salud. Haz como las misses, sigue aunque sea por quince días una dieta de atún con ensalada verde.

—Coño, Oscar, te he dicho un montón de veces que estoy muy viejo para meterme en uno de esos concursos tuyos. Tengo tanta mala suerte que a lo mejor lo gano —respondió el gordo Bracamonte con una carcajada.

—¿Estás fumando tabaco aquí adentro? Eso está prohibido —le advirtió, abriendo la ventana que daba al área de la piscina para

quedarse parado ante ella y respirar aire limpio, aunque fuese el cálido y salobre que venía del mar.

—Sí, lo sé, pero hice como el tipo del chiste, no pregunté —respondió en tono jocoso y arrogante el directivo.

—¿Y qué te hizo dejar la comodidad de tus oficinas en Caracas y venir para acá? No soy tan importante como para que eso pase.

—Coño, Oscar, deja la ironía, si alguien valora tu trabajo en la Casa Miss Venezuela y en el canal, soy yo. Sé que estás muy ocupado con el concurso y no tenía sentido hacerte perder un día para que fueras a Caracas a hablar conmigo; era mucho más conveniente que yo viniera a visitarte y ver cómo están las cosas por aquí.

—Gracias por la consideración, Bracamonte. *Ni de vaina me como ese embuste*.

—¿No te vas a sentar? —le preguntó el directivo enseñándole una de las sillas frente al escritorio.

—Dame un ratico, que pasé la mañana entera sentado ahí mismo donde estás ahora, que es mi puesto.

—Bueno, te cuento rapidito —le respondió el gordo sin darse por aludido—, tengo que salir de Margarita antes de las seis. Tenemos un reacomodo global, una nueva estructura, dentro de la Organización. Según me informaron ayer. Son cambios radicales que se anuncian próximamente con una declaración de prensa. Lo más importante es que el Jefe está de salida. El hombre se nos cansó de hacer negocios. Tiene setenta y tantos y quiere dedicarse en lo inmediato a otros asuntos, sus colecciones de arte, viajar, disfrutar un poco más de la vida. Como Bill Gates, solo quiere hacer cosas que sean de su interés, actividades que no tengan el estrés de los negocios y no agoten tanto. Como parte de ese nuevo proyecto de vida, acaba de traspasarle, por completo, las riendas de los negocios a Diego, su hijo menor.

—Caramba, y cómo hicieron para guardar el secreto hasta hoy, si la Organización es una peluquería de mujeres. ¿Cómo hicieron para manejar eso con tanta discreción? Y eso de que Diego vaya a ser ahora nuestro jefe, así de una, jamás lo habría imaginado. Cómo pasa el tiempo, antier nomás era un chamito que correteaba por los pasillos del canal en una patineta.

—Así es, te acuerdas, Dieguito, simpático el coñito, entrador como el carajo. Vengo a informarte que el cambio implica necesariamente una renovación, tú sabes, el muchacho querrá poner al frente de las líneas principales de negocios de la Organización a compañeros generacionales suyos, gente joven,

algunos de sus compañeros de la Business School en Harvard, y otros de aquí, del San Ignacio, de la Católica, de su círculo de amigos, gerentes jóvenes, muchachos que estén más a tono con los nuevos tiempos globales.

Bracamonte dio una chupada al tabaco, casi olvidado en su mano, expulsó una bocanada y, concentrado en las espirales del humo, buscó las palabras adecuadas para continuar.

—En el caso tuyo, es obvio que, gracias a tu esfuerzo, el concurso Miss Venezuela es uno de los buques insignia de la Organización. No solo ha sido un buen negocio en lo material, sino que además ha sido un intangible invalorable para nosotros por el prestigio que ha añadido a nuestros negocios, al canal y al resto del conglomerado. Ha sido nuestra mejor cara dentro y fuera del país, eso no tiene precio, coño, imagínate, seis Miss Universo y seis Miss Mundo, en cuánto, en tres décadas, eso no lo ha hecho nadie.

—Siete Miss Universo, Bracamonte, acabamos de ganar el último concurso hace unos meses, no lo olvides.

—Coño, claro, perdona, siete. Tú has sido el artífice de esa empresa, el que le ha dado vida, el responsable de que esté donde se encuentra, que los periodistas te hayan bautizado el Rey de la Belleza es un título más que merecido. Miss Venezuela se convirtió en nuestro *super bowl* de la belleza, pero hay que renovarse, vienen cambios importantes, Oscar. Comenzando con un gerente que vamos a nombrar para el Miss Venezuela.

Oscar Llabrés comenzó a crisparse y a sentir molestia consigo mismo por lo tardío que había sido en aprehender el sentido del presentimiento que lo abrumaba desde que supo que Bracamonte venía. Nada de lo dicho por el gerente en esos minutos era el recado que le traía, no había venido a Margarita para elogiarlo, sino a darle una muy mala noticia. *Mejor me siento, así me tenga que tragar todo el humo y la ropa se me ponga hedionda a tabaco, porque es que si no, me va a dar un soponcio*. Ahora estaba clarísimo para él, pero se mantuvo en silencio porque no quiso alterar el curso que el representante del Jefe había escogido para aproximarse al tema, *con este carajo nunca se sabe.*

—Qué bueno que vienen unos cambios, Bracamonte, y que voy a tener a otro gerente para que me ayude. Creo que para afianzarnos, dentro de las mejoras para la temporada próxima, vamos a necesitar a un gerente nuevo que se encargue de eso.

Estoy plenamente de acuerdo y puedes decirle a Diego que cuente conmigo, que voy a ser uno de sus apoyos más firmes en esos planes de renovación. Tú sabes que he pasado informes estos

últimos años diciendo que vamos en picada en la calidad de la producción. Ya sé que hay costos, pero esto es el Miss Venezuela, nada de lo que se haya hecho en este país ha sido más exitoso. No podemos hacer el concurso arrinconados en el canal, como si esto fuera un concurso de reinas de carnaval. La noche más linda se convirtió en la noche más chimba, eso no. Cuando hable con Diego, voy a plantearle esa necesidad, hay que meterle más dinero a esto, espero contar con tu ayuda para eso.

—Por supuesto, asere, siempre que te pueda ayudar, cuenta conmigo. Lo que vengo a hablar contigo tiene que ver precisamente con eso que sugieres, lo de la calidad de la producción del concurso y con los planes para el futuro. Se ha conformado un equipo gerencial superior para operar nuestros negocios en América Latina, incluido el concurso, claro, que se acaba de instalar en Miami y va a seguir funcionando allá. Caracas no será más nuestro cuartel general a los fines del concurso sino una de nuestras extensiones. La Casa Miss Venezuela cierra sus puertas aquí y se mudará a Miami.

—¿Cómo así?

—Lo dicho, un equipo gerencial será el encargado de la reestructuración de la Organización a nivel hemisférico, de los canales de televisión nacionales e internacionales, de las productoras de video y telenovelas y, por supuesto, eso incluye el concurso de Miss Venezuela, como algo aparte. Hasta la gerencia general mía queda sometida ahora a Miami. Nada de lo que existe en las empresas del Jefe en Venezuela quedará exento de revisión; los cambios, te repito, van a ser profundos.

—Me desayuno con esa noticia.

—Estas son las primeras decisiones que tomó Diego con su equipo en Miami y nadie aquí sabía nada, ayer me informaron y me pidieron que hablara contigo y con la alta gerencia del canal aquí. En cuanto al Miss Venezuela, se ha decidido nombrar a un gerente, pero no uno más, un gerente general, un jefe para la Casa, que va a estar también en Miami. Es la persona que va a decidir tu futuro en la Organización. Este muchacho estará metido en el asunto de la belleza, en todos los procesos, conoce del tema, y va a querer darle su toque personal. Es cuestión de que entiendas…

—¿Qué entienda qué, Bracamonte? —estalló.

—Chico, los cambios.

—Aquí el único cambio que entiendo es que literalmente me están botando. Van a poner a un jefe en un concurso donde el jefe era yo, y encima me sacan de la Casa. ¿Qué quieres que entienda, Bracamonte? *¿Qué quieres que entienda, gordo hijo de puta?*

—Coño, Oscar, estás *overreacting*. No sé con certeza qué va a hacer el jefe que te nombraron en Miami, a lo mejor decide contar contigo. No sé, me comunicaron oficialmente que en adelante las cosas relacionadas con el Miss Venezuela no serán de mi incumbencia sino del nuevo gerente. Te puedo adelantar, porque me autorizaron a que te lo dijera, que tú vas a seguir siendo la referencia del Miss Venezuela, solo que tu rol va a ser más de relaciones públicas internacionales, dentro de un objetivo que hay de globalizar el concurso. No tendrás nada que ver con el día a día de las misses ni la gala ni nada de eso. Muy pronto, este gerente general va a venir hasta aquí, para conocerte personalmente y hablar contigo, familiarizarse con el equipo que tienes aquí y ver si se pueden incluir para este mismo año algunas ideas que tiene sobre el concurso. Para comenzar creó un equipo multidisciplinario que hizo un estudio completo del Miss Venezuela, como un todo, desde la selección de las candidatas hasta la noche final del Miss Universo, desde las pantaletas que se ponen las niñitas hasta el vestido de gala, pasando por los criterios estéticos que se han venido usando.

—¿Mis criterios estéticos?

—Sí, los tuyos. El objetivo final, lo que nos daría la ventaja ante otros competidores en el campo de la belleza, es lograr una combinación de ambos métodos, el tuyo, que es básicamente intuitivo, y el otro, el que, gracias a la ciencia, se puede determinar con exactitud. Eso nos hará literalmente imbatibles, claro, pero tu cooperación es fundamental. Te adelanto algo más, es muy probable que, para el año que viene, la elección de Miss Venezuela se haga parte aquí y parte afuera. El concurso se va a internacionalizar y la idea es que la noche final de la elección sea en otro escenario, más global, Miami, seguramente, o Las Vegas, no sé, según convenga, que la vaina se parezca a la entrega de los premios Oscar, una gala arrechísima. El Poliedro, los estudios de la planta, eso se acabó para nosotros. En cuanto a la idea tuya, que el Jefe compartía, de usar Margarita como plataforma para proyectamos internacionalmente, coño, no pudo salir peor, mataron a la Beba Herrera, nada más y nada menos. Así que se hará aquí solo por este año y porque ya estamos en fase de ejecución. Con el Miss Venezuela, Diego y el equipo gerencial tienen otros planes que no pasan por esta isla. Hicieron venir a un equipo de producción de Hollywood a evaluar en secreto Margarita y, según los resultados, a esto le falta mucho, infraestructura hotelera y comunicacional, agua, electricidad, lo que hay es basura por coñazo, perros callejeros, etcétera, y encima, viene y pasa esto del asesinato de Beba Herrera, con la mala prensa

que trajo, que hizo que también la consideraran insegura. ¿Tú te imaginas lo que significaría hacer desde aquí un *show* con estrellas mundiales del espectáculo? ¿Dónde las vamos a hospedar, en este hotel de los cincuenta que ya no aguanta una reforma más? ¿Cómo las convencemos de que vengan para acá si van a tener que moverse en carros blindados para que no les pase como a la Beba Herrera? ¿Cuánto vamos a gastar en pólizas de seguro? En eso Diego tiene razón, hacer del Miss Venezuela un evento y una marca internacional requiere un escenario mucho más glamoroso y seguro, y eso es afuera, aquí en Venezuela ni siquiera Margarita califica ya.

—*Coño de su madre de estos carajos, ahora me van a culpar por haber hecho el concurso en Margarita. Lo traje para acá porque tenía que sacarlo de ese estudio de la planta donde nos habían metido los gerentes*. Pues me parece muy bien que las cosas se modernicen y el Miss Venezuela sea un espectáculo y una marca a nivel mundial, Bracamonte, tú sabes que esa propuesta la hice desde hace tiempo. Entiendo que un productor ejecutivo joven, con ideas frescas, nos ayude a crecer, pero lo que no entendí bien fue eso de revisar los criterios estéticos con los que ha funcionado el concurso, o sea, mis criterios estéticos. ¿Quién es ese genio que se encontraron para ese trabajo, Oscar Wilde? Para saber más que yo y sustituirme en mi trabajo tendrían que buscarse a un marico de esa categoría. A mí no me van a utilizar y tirarme así como así. No esperes que coopere con eso, ni tú ni nadie me engatusa con lo que me has dicho, Bracamonte.

—Coño, asere, no mates al mensajero, que no fui yo quien tomó esas decisiones. Son los nuevos tiempos, con técnicas nuevas. ¿Tú sabes lo que es la *sabermetrics*, Oscar?

—¿La qué?

—La *sabermetrics*. Un método estadístico moderno desarrollado para el béisbol que revela, a través de la estadística más sofisticada, las cualidades más ocultas de los peloteros, los protagonistas del juego. Esas cosas que no son observables para el ojo del aficionado común, pero que son determinantes para el resultado del juego de pelota.

—A mí el juego de pelota, como comprenderás, Bracamonte, nunca me interesó. ¿En qué se parecen mis niñitas a los negros esos que juegan pelota?

—Bueno, escúchame para que veas por dónde van los tiros. El nuevo gerente general que nombraron en Miami se llama Tito Smith-Linares, con un guioncito en el medio, es un fanático de ese método. El muchacho, un graduado en Artes Liberales de la NYU,

con un posgrado en *business* de Harvard, ha pasado su carrera investigando por qué las misses de Estados Unidos literalmente desaparecieron del cuadro de honor del Miss Universo. Te acuerdas que en los sesenta y setenta era imposible que una norteamericana saliera del cuadro de cinco en el concurso. A partir de los ochenta entraron en decadencia y se quedaron atrás. Bueno, él hizo una especie de *sabermetrics* para explicarlo, basado en un estudio fotográfico en computadora de los rostros, medidas, tonalidades del pelo, color de la piel, ojos, respuestas a las pregunticas, vestuario, en fin. Consultó a diversos especialistas en belleza femenina, modistos franceses, estilistas gringos, críticos de arte, historiadores de la estética e incluso gente de la calle. Les pidió que crearan una escala numérica con una especie de lista de atributos, un baremo, pues, que serviría para fijar un valor a esa parte cualitativa de la belleza de las candidatas que escapa a la racionalidad, pero no a la intuición del observador común. Es un patrón intrínseco que todos los humanos tienen para apreciar lo bello aunque no puedan describirlo con palabras ni dibujarlo. Para hacerte el cuento corto, Tito demuestra con números y probabilidades estadísticas las posibilidades de triunfo de una candidata en el Miss Universo o en el Miss Mundo, de hecho demostró con números el cuadro ganador de los últimos concursos. En las pruebas que se han hecho, el sistema del muchacho ha funcionado. Si perfeccionamos ese método, amén de contar con un secreto industrial trascendental, las probabilidades de fracaso se reducen al mínimo. El modelo tiene también una curva de desempeño que se proyecta en el tiempo, diez, quince años a partir del presente y puede predecir los criterios de belleza. Según ese modelo, nosotros, bajo los criterios actuales, aunque parezca que estamos siendo exitosos, en una década desapareceremos con nuestras muchachas de los cuadros finalistas, vamos palo abajo en eso.

—*¿Palo abajo? No seas bolsa, Bracamonte. Tú y ese Tito pendejo con guioncito en el medio no saben lo que dicen*. Cómo que palo abajo, Bracamonte, pero si antier no más ganamos el último Miss Universo y hace cinco años ganamos dos concursos seguidos. Eso no lo ha hecho nadie.

—Bueno, ese es precisamente el punto, las americanas también ganaron dos concursos seguidos en los setenta antes de entrar en el período en el que no volvieron a ver luz. Tito demuestra matemáticamente, con los números, Oscar, las coincidencias entre lo que le pasó a Estados Unidos a partir de los ochenta y de lo que nos puede pasar a nosotros en el futuro próximo, aun tomando en

cuenta este último triunfo. Su tesis es que si no introducimos ahora, que estamos en la cima y somos ganadores, unos correctivos importantes vamos a decaer irreversiblemente en poco tiempo.

—Y aparte de hacer malabarismos con los números, ¿cuál es su plan con la belleza?

—No me preguntes eso porque, aparte de lo que te dije, no tengo ni idea. Sé que están tomando imágenes y medidas de miles de mujeres, aquí en Venezuela y en otros países. Se va a crear un modelo que guiará todo, o sea, se va a simplificar el proceso de escogencia de las misses con opción de ganar. Mientras más se aproximen al modelo virtual, más chance tendrán.

—Ay, Bracamonte, ¿un modelo? ¿Eso es lo que tiene el gringo ese con el guioncito en el medio? Te puedo anunciar que eso no va a funcionar aquí, te lo garantizo, este no es un país de modelos.

—Tito no es un gringo, es venezolano. Si bien no vivió mucho aquí, habla como si fuera de Caracas, tiene el gentilicio, las costumbres, las formas, su mamá es una señora caraqueñísima.

Pero, a ver, ¿por qué puedes asegurar que aquí no va a funcionar ese modelo?

—Primero porque los venezolanos, en general, son impredecibles y está súper demostrado que en la historia de este país, comenzando con Miranda, no ha habido un modelo de nada que haya servido para nada, ¿o tú conoces de alguno? Segundo porque no estamos hablando de carros ni de los negros esos que juegan pelota, sino de mujeres venezolanas que son todavía más difíciles que los hombres a la hora de tratar de ajustarlas a un modelo. ¿Tú has visto a dos mujeres venezolanas que bailen igual, Bracamonte, o que se vistan igual, o que cocinen igual? Eso no existe, cada una tiene su tumbao y a conseguirlo para distinguirse dedican su vida. Ni los nombres del idioma español son modelo, tú no has visto los nombres que les ponen a los muchachos ahora, buscan esos nombres rarísimos, y feísimos, dicho sea de paso, porque no quieren nombres modelos. ¿Tú sabes cuánto cuesta convencer a las muchachas del concurso de que se pongan trajes de baño iguales? Este país es único por eso, Bracamonte, porque no le cuadra ningún molde, menos si es de afuera, y mucho menos si hay que imponérselo a las mujeres. Si ese método de selección del Oscar Wilde ese lo hubieran aplicado aquí, a la primera miss nuestra que ganó el Miss Universo, no la hubieran aceptado en el concurso por gorda, ni te cuento de Alicia Machado, solo para ponerte dos casos. Yo, que no creo en modelos matemáticos, las vi y supe que aquellas muchachas eran un tiro al piso, que con un toque en su vanidad y

una buena dieta podían llegar a las medidas ideales; hay que tener ojo y experiencia para eso, que es lo que yo tengo. Por cierto, ¿qué dice el gringuito ese de mis criterios estéticos actuales?

—Él tiene una serie de críticas de especialista que no recuerdo, pero insistió en que son pasados de moda, ochentosos, así los llamó.

—*Ochentoso será el coño de su madre*. ¿Así los llamó? Bueno, Bracamonte, como comprenderás esto es demasiado importante para mí, estamos hablando de la obra de mi vida, no de cualquier cosa. Voy a llamar al Jefe, él podrá evitar esta tragedia.

—Te informo que con Diego se acabó eso de llamar y saltarse las líneas del organigrama —dijo Bracamonte con una satisfacción inocultable—. Eso me pidieron que te lo dijera de manera expresa. Por ahí te va a llegar el memorando con un manual de conducta para los gerentes y supervisores. En unos días, el nuevo gerente general va a venir a Venezuela; con él, y con nadie más, es con quien te vas a entender. Ya te adelanté algo la función que vas a cumplir de ahora en adelante. Vas a estar directamente involucrado en que nuestro concurso se convierta en una marca global. Coño, no te quejes, nadie te va a discutir tu título de Rey de la Belleza, y aparte de mantenerlo, encima, te van a nombrar embajador imperial —remató Bracamonte con una carcajada.

Oscar Llabrés, como solía hacer en situaciones en las que se sentía herido, evocó de inmediato el trance más infeliz de su vida. Aquel cuando era un Peter Pan cubano, íngrimo y perdido, a quien su madre había despachado en un avión a Caracas para salvarlo de la moral revolucionaria. Recuerdo que aún era un remache al rojo vivo en su alma. Había comenzado a llorar cuando salió de su casa y se despidió de su abuela y de los amigos que pudo, lloró mientras esperó en el aeropuerto, no paró de llorar ni un segundo durante el vuelo y lloró al llegar a Caracas a la casa de unos familiares. Todavía con lágrimas en los ojos se encerró en el que iba a ser su cuarto por un tiempo. Allí derramó las últimas y, agotado, se quedó dormido. Al despertar, horas después, hizo un juramento que había respetado hasta la fecha: “Nunca más en mi vida, nada ni nadie me hará llorar”.

Juramento que había cumplido de manera fiel y gracias al cual pudo amarrar las lágrimas que habrían revelado a Bracamonte cuán devastador había sido el golpe recibido con su recado. El esfuerzo por impedirlas consumía todas sus fuerzas y no tuvo con qué responder a viva voz el último sarcasmo del gerente, *embajador imperial será el coño de tu madre, gordo jalabolas.*

XII

Al traspasar las puertas giratorias y salir a la calle, Benítez vio la que supuso era la camioneta que venía a recogerlo para su cena con Alfonso Pérez Castillo. Encajaba con la descripción que le había dado por teléfono la asistente ejecutiva del magnate de los seguros, pero sus vidrios eran tan oscuros que no podía saber si había alguien en ella. No lo supo con certeza hasta que el chofer, un gigantón con cara de buena gente, salió de su interior, doctor Benítez, por favor, le abrió la puerta trasera y lo invitó a entrar. Adentro estaba frío y perfumado con el aroma que solo tienen los carros nuevos. El abogado se dejó abrazar por la ergonomía de un asiento mórbido al tacto y pensó cuán grato sería tener una camioneta así para sus recorridos por el caluroso circuito judicial de Margarita.

El tráfico en la avenida Miranda era todavía pesado y a la altura de Chacaíto era un nudo. Desde la camioneta, detenida en el semáforo del cruce hacia Las Mercedes, se distrajo mirando a los transeúntes que cruzaban presurosos la plaza Almirante Brión. Estaba justo en la encrucijada urbana que define el este y el oeste de la ciudad. El espacio, oscurecido por el tinte del vidrio, le pareció lúgubre y lo asaltó el *deja vu* de una visita a la berlinesa Alexander Platz. Fue en un paseo al que lo llevó la curiosidad por aquel Berlín Oriental comunista, gris, triste y frío de finales de los setenta, cuando la democracia popular parecía eterna y la desesperanza flotaba en la atmósfera. Si Berlín pudo salir de ese agujero, Caracas también, aunque no seamos alemanes, pensó.

Vio las largas filas de personas esperando transporte y recordó su época de estudiante universitario, cuando debía hacer colas para tomar un por puesto en El Silencio, o en el mismo Chacaíto, y sintió que nada era comparable con las proporciones ni modos actuales.

Ahora eran oleadas de cientos de personas las que se movían hacia las bocas del metro y las paradas de busetas. El movimiento de la gente era tan apurado que, más que la prisa natural por regresar a casa al término de la jomada, como ocurre en cualquier gran ciudad, parecía una especie de evacuación por alguna catástrofe. Imagen que acentuó su percepción de que, en pocas décadas, la ciudad había cambiado en su esencia, que se había convertido en un caos, un sálvese quien pueda en el que todos privilegian sobrevivir. Un mundo donde la indiferencia ante el otro había devenido en un valor existencial, concluyó, y no quiso seguir mirando.

El trayecto a la urbanización exclusiva donde vivía Alfonso Pérez Castillo habrían podido hacerlo en diez minutos, calculó Benítez, si tan solo se hubiese tratado de la distancia, pero, por causa del tráfico hacia el sureste, les tomó el doble hacerlo. Traspasaron la entrada a la propiedad del magnate, un portón corredizo metálico de diseño asimétrico y apariencia pesada que llevó a Benítez a preguntarse si sería blindado, como la camioneta que lo transportaba. Recorrieron una corta vía interna, bordeada de un jardín de vegetación autóctona del valle de Caracas que, por la forma ordenada en que crecía, era obvio que se trataba del trabajo de un paisajista.

La de Alfonso Pérez Castillo era una casa de arquitectura moderna, con paredes exteriores de ladrillo color ocre, mucho vidrio y acero inoxidable. Estaba en la cara norte de una de las montañas de baja altura que cierran el valle de Caracas por el sureste. El declive del terreno era tan pronunciado que a Benítez se le ocurrió que la vivienda no tendría base donde apoyarse sino ganchos para colgarse. No sabía cómo se llamaba la urbanización, pero se prometió averiguar el nombre de esa zona, justo detrás, y bastante más arriba, del Hotel Tamanaco.

Parada frente a ella estaba, esperándolo, una mujer con una belleza de comercial de cosméticos. Vestía un taller azul marino clásico y tendría unos cuarenta. Se presentó con exquisita educación, Maite, y lo condujo por un angosto corredor externo que bordeaba la casa y estaba techado con láminas de vidrio templado, aseguradas a la estructura con agarraderas cromadas. Bajaron unas escaleras y llegaron a una terraza, techada y cerrada por unos ventanales panorámicos, suspendida sobre el corte más abrupto del cerro. Estaba amoblada con unos sillones indonesios de mimbre y unas poltronas cuadradas, de teca oscura con asientos de tela color crudo. Maite, dueña de una voz grave y un tono caraqueñísimo que a Benítez le encantó, lo invitó a sentarse y tomar lo que quisiera de

un bar que estaba al fondo del salón aledaño. El abogado margariteño optó por un agua mineral. Ella le sirvió en una copa con una cáscara de limón y se la colocó en una mesita que tenía enfrente. Le dijo que el señor Pérez Castillo venía ya en camino, que lo esperara cinco minutos, y salió por una puerta que daba al interior de la casa.

Frente a sí, iluminada bajo un cielo aún claro, estaba Santiago de León de Caracas presentando su mejor cara; las moles enormes y oscuras de la cordillera central ocupaban la totalidad del fondo y constituían un telón perfecto a una ciudad que no se parecía a otra que hubiese conocido. Dedicó por entero los minutos que estuvo a solas, unos diez, a grabar en su mente y disfrutar aquella vista hermosa que, sabía, nunca más tendría frente a sus ojos.

Alfonso Pérez Castillo llegó a la terraza desde el interior del salón, por la misma puerta por la que Maite había desaparecido, y Benítez no percibió su presencia hasta que el empresario lo saludó llamándolo por su nombre. Después de un día de trabajo, se le notaban con facilidad los setenta años que Álvaro Sosa le había dicho que tenía. Llevaba el mismo traje de lana oscura y fina de la mañana, aunque era evidente que antes de venir a su encuentro se había refrescado el rostro.

—Disculpe que lo haya hecho esperar, pero a veces no me dejan salir de la oficina.

—No se preocupe usted. Unos minutos a solas con esta Caracas han sido un regalo, desde aquí es imposible no quererla.

Pérez Castillo asintió y por unos segundos miró hacia la ciudad.

—¿Maite no le ofreció una bebida decente?

—Sí, claro, me obsequió un agua mineral.

—Vamos a tomar algo más serio, que nos dé hambre y nos relaje un poquito. Le voy a brindar un *single malt* que me regalaron hace unos días. Vamos a tomarlo como si estuviéramos en Escocia, en los vasos que tocan y con *whisky stones*, unas piedras, con la forma de los cubitos de hielo, que venden junto con la bebida. Se dejan en el congelador y cuando se necesitan, se usan. No se derriten, obviamente, y no aguan el trago. Son una maravilla, ya verá.

Pérez Castillo fue al bar y volvió con un azafate que ya estaba preparado con el whisky, dos vasos con forma de tulipanes, una hielera pequeña y una botella de agua destapada. Lo colocó en una mesita, puso un par de piedras cúbicas y oscuras —pizarra, pensó Benítez— en cada uno de los vasos y sirvió la bebida.

—Este es un *cask strength*, un whisky muy fuerte, más de cincuenta grados, y conviene diluirlo con un poco de esta agua,

también escocesa, antes de tomarlo —dijo antes de agregarles un poco a ambos tragos.

Benítez aspiró el delicado aroma, un tanto ahumado, de la bebida y tomó el primer sorbo. Apenas refrescado por las piedras negras y el agua fría, el *single malí* fue develando en su paladar una variedad de registros suaves pero profundos, que le dejaron en la boca una sensación tibia que no abrasaba el esófago a su paso. El segundo trago, inmediato y mucho más largo, lo llevó a sentir cómo una ola suave y cálida invadía su cuerpo y lo iba relajando. La sensación de bienestar casi instantánea que lo embargó fue tan poderosa que sintió por Pérez Castillo un sincero agradecimiento.

—Este *single malt* es otra cosa, nunca había tomado algo igual. Gracias.

—Mejor hablar en este lugar que en la oficina, ¿no? —le dijo Pérez Castillo complacido por su exclamación—. Quise que viniera aquí porque allá, con las llamadas y las interrupciones de mis colaboradores, habría sido imposible hablar. Por más que uno quiera, no puede aislarse, por eso suelo reunirme aquí con amigos o con algunos clientes a conversar cuestiones que en otros lugares no podríamos. En los restaurantes, con las personas que se acercan a saludarte y a las que tienes que saludar, tampoco se puede lograr esa atmósfera necesaria que requieren las conversaciones importantes. Eso sin sumarle el problema de la seguridad. Mis asesores en esa materia literalmente me lo tienen prohibido.

—La verdad es que con una casa y una terraza como esta, desearía no tener que salir. Pondría mi escritorio acá y trabajaría desde aquí, mirando a la ciudad y al Ávila, esto es muy hermoso.

—Gracias. A mí esta casa me encanta, aunque es más pequeña que la que tuvimos antes Beba y yo, del otro lado, en Valle Arriba. La construí hace poco porque, habiéndome quedado solo, no necesitaba tanto espacio. Lamenté mucho no haberla disfrutado con Beba, que ni siquiera la conoció, nunca quiso venir aquí, las pocas veces en que visitó Caracas y tuvo que hablar conmigo algo relacionado con nosotros o nuestro hijo, iba a la oficina, como si fuese un asunto de negocios. Beba era un ángel y tenía muy buen carácter, pero era muy terca con sus decisiones.

Alfonso Pérez Castillo fue también prolijo en los aspectos técnicos de la casa, de los cálculos intrincados que tuvieron que hacer los ingenieros que contrató para poder construirla literalmente en un precipicio, de la jardinería, de los problemas que causó el traer del exterior los materiales que habían proyectado los arquitectos, y del complejo sistema de seguridad que debió

instalarle.

—Complicaciones por donde quiera que mirara. Deme su vaso, por favor, nos tomamos otro whisky y comemos, este *single malt* resultó ser mejor que lo que me habían dicho.

Despachado el *refill*, precedidos por Maite, pasaron a una mesa para dos instalada en una esquina de la terraza.

—Las oportunidades en las que me siento a la mesa a cenar, algo que solo hago cuando tengo invitados, prefiero el pescado, pero tratándose de un invitado margariteño, Maite sugirió, con mucho acierto, creo, unas chuleticas de cordero asadas con romero, acompañadas con zanahoria tierna, espárragos verdes y unas papitas criollas. Me pareció buenísima la sugerencia porque así tendremos oportunidad de probar un vino excelente que tengo para acompañarlo, un Torre Albéniz, Ribera del Duero reserva, que según me dijo el *sommelier* de la casa importadora viene muy bien con las carnes.

—Muchas gracias, la verdad es que con clientes como usted, ejercer el derecho es un deleite.

Pérez Castillo sonrió y asintió agradecido por el comentario.

Un mesonero, que musitó unas buenas noches al entrar, les sirvió la comida y el vino. Poco a poco la conversación derivó hacia la isla de Margarita y Pérez Castillo se mostró interesado por los comentarios de Benítez. Le preguntó con genuina curiosidad por detalles de la vida, la gente, la geografía y la cultura insular. En algún momento, como si Benítez hubiera conocido a Beba, quiso saber la razón por la que alguien como ella se había apasionado por Margarita hasta el punto de quedarse a vivir allí.

Benítez trató de darle una respuesta satisfactoria.

—En Margarita, la naturaleza marca la pauta de la vida. Quienquiera que logre captar su ritmo y armonizar con él, conecta con la gente y eso es, digámoslo así, un paso fundamental. Para quedarse a vivir en Margarita, una persona debe percibir que allí existe una magia singular y sentir luego que forma parte de ella. Quien lo consigue, queda sujeto a una suerte de encanto y le parecerá que no puede estar fuera de la isla. Quien no sea capaz de eso, no soportará Margarita, sentirá que está atrapado, que es un náufrago que siente la necesidad de abandonar la isla, ni qué decir que será muy infeliz si insiste en permanecer en su geografía.

—Comparto esa apreciación suya en cuanto a la magia de la isla, pero ese es precisamente el punto donde concluyen todas mis cavilaciones sobre de la muerte de Beba. No puedo dejar de preguntarme por qué, si ella fue capaz de vivir en armonía con la

naturaleza y la gente de la isla, percibir y ser parte de su magia, ser feliz viviendo allá durante tanto tiempo, terminó quitándose la vida. Peor aún, por qué lo hizo en un paraje que ella misma me había dicho que le fascinaba, y a una hora tan hermosa. No tiene idea de las veces que me he preguntado eso.

Pérez Castillo no esperaba una respuesta inmediata, parecía más bien limitarse a ponerles voz a unos pensamientos recurrentes. Benítez lamentaba no tener ni una sola idea que pudiera dar respuesta a las dos preguntas que se hacía Alfonso Pérez Castillo, que de hecho, y con otras palabras, él también se había formulado. Aprovechó el silencio y se metió en la boca un pequeño trozo de cordero, con una punta de espárrago que masticó con deleite. Luego tomó un trago largo de Torre Albéniz, que, a pesar de su escaso conocimiento en vinos, le parecía muy superior a los que había tomado durante buena parte de su vida.

El mesonero retiró los platos y, de una pequeña nevera en el fondo del salón, les trajo el postre servido en sendos copones transparentes, una *parata cotia* de coco cubierta con un poco de sirope de parchita. Mientras lo degustaban, entró Maite, los saludó, le preguntó a Benítez cómo había comido, si las chuletillas habían sido de su agrado, sonrió y volvió a sonreír, les deseó las buenas noches y se despidió dejando tras sí la suave y perturbadora estela de una fragancia que Benítez no conocía. La aspiró e hizo un esfuerzo consciente para registrarla, junto con la hermosura de su imagen, en su interminable archivo de mujeres bellas e inalcanzables.

—Tener a alguien como Maite aquí ha sido un bálsamo para mí, jamás se me ocurrió mejor idea —dijo Pérez Castillo tan pronto ella salió—. Es arquitecta de profesión y es la gerente de la casa y de mis cosas privadas, no tengo que preocuparme por nada, supervisa el personal, ordena las compras, contrata y paga los servicios y es la responsable del gusto exquisito de las cosas que nos rodean.

—Lo felicito de veras —dijo Benítez mientras pensaba que el dinero le permitiría al magnate recomponer de la mejor manera su relación con las mujeres. Aparte de la Maite gerente, quizás habría, vaya suerte, otra Maite para jugar en la cama, y, cuando la culpa, la soledad o lo que fuere lo atormentara demasiado, a lo mejor había una Maite terapeuta con quien hablar y vaciarse de penas. Una unión de tres componentes modulares que competía con deslealtad con los matrimonios “tres-en-uno” de los mortales como él.

Terminaron el postre y el mesonero apareció de nuevo con una bandeja y dos tazas humeantes.

—Ah, una aromática. Esta es una costumbre que me traje de una pasantía por Bogotá. Es lo mejor de esa ciudad, no existe una infusión igual. Me gusta con abundante hierbabuena fresca, es fantástica para digerir comidas como esta. Al final, es un principio muy sencillo, doctor Benítez, el agua caliente, aun si te la tomas sola, ayuda a la digestión.

Se levantaron de la mesa y se fueron a las poltronas de la terraza.

—¿Le gustaría fumar? Tengo habanos de cualquier vitola.

—No, gracias, señor Pérez Castillo, no fumo.

—Pues no fumamos, igual no me gusta mucho hacerlo de noche. Pero para que nuestra conversación no sea tan solitaria, déjeme ofrecerle algo a lo que no se irá a negar: un armañac de tiempos de De Gaulle, una maravilla. Eso sí, una sola copa, créame que con él debo ser pichirre.

Benítez sonrió y aceptó de inmediato tomarse un trago de una bebida que había tomado una sola vez en su vida, en los tiempos de su pasantía por la Facultad de Derecho en Heidelberg. En una escapada a París que se había dado con una novia francesa había coronado una cena opípara con varias copas del armañac de la casa. Fue un dispendio que se permitió en los tiempos irreales de Fundayacucho, nunca se había sentido tan bien.

Alfonso Pérez Castillo se levantó, fue al interior del salón y volvió con una botella, que puso en manos del abogado, y dos copas. Benítez observó la etiqueta y se admiró ante la hermosura barroca del frasco y el color ambarino puro de un armañac que había sido embotellado el mismo año en que Daniel Cohn-Bendit salió a protestar en las calles de París. Se la devolvió al magnate haciendo un comentario alusivo a esa efeméride, cuyo rebote en la Universidad Central había creado el adefesio de la “renovación”.

El empresario pasó por alto la nostalgia de Benítez, se limitó a servir los tragos.

—Creo que es muy conveniente para la investigación que va a realizar que hable con dos personas, una de Caracas y otra en Margarita. Ya me encargué de hacerle la cita con la de aquí, mañana en la mañana.

—No tengo impedimento alguno para quedarme y asistir a esa cita, pero mi vuelo es en la mañana y en estos días es casi imposible cambiar una reservación.

—Lo sé, pero no se preocupe. Mi secretaria se encargará de conseguirle un vuelo para la tarde, para que usted viaje sin apremios. La persona con la que se va a reunir aquí es una buena

amiga, la señora María Mercedes MacGregor Paúl. Hace mucho que no la veo, pero la llamé y estuvo de acuerdo en conversar con usted, créame que va a disfrutar mucho de su compañía, es la mujer más encantadora de Caracas, lo espera mañana para desayunar en el Country Club.

—¿Ella no fue Miss Venezuela en los sesenta?

—Sí. María Mercedes fue Miss Venezuela en 1965. Tiene muchas anécdotas y cuentos que pueden servirle para entender qué significa ser Miss Venezuela y qué pudo significar para Beba.

—De acuerdo. ¿Y la otra persona?

—Cuando esté en Margarita, creo que es importante que se reúna con Oscar Llabrés, el director del Miss Venezuela, hablaré con él para que lo reciba. Es un tipo muy especial y a lo mejor le da por no decirle nada, pero vale la pena intentarlo porque fue buen amigo de Beba.

XIII

Antes de comenzar su discurso en la asamblea del Colectivo de Mujeres Socialistas Bolivarianas Manuela Sáenz, capítulo Nueva Esparta, Anacmer Nadezhda Mejías Gómez miró a sus compañeras de militancia y esperó que su atención estuviera fija en ella. Había decidido adelantar su participación porque el debate, para acordar las acciones y contenido de la protesta a realizar la noche de gala del concurso de Miss Venezuela, había derivado en una discusión sobre la muerte de María Genoveva Herrera Becher y el problema del auge de la delincuencia en Margarita. Varias compañeras, que consideró confundidas por la guerra mediática contra la Revolución, habían expuesto algunas quejas sobre la inseguridad en el territorio insular y expresado su dolor por el asesinato de la famosa ex Miss Venezuela. Habían incluso adelantado una propuesta de publicar un comunicado del colectivo en el que se reclamase al Gobierno mayor efectividad contra el crimen y se enviaran, además, condolencias a la familia de la víctima, que en fin de cuentas había sido una mujer querida en Margarita.

Anacmer quiso que el foco de la discusión se centrara en el punto de la agenda acordada y se proponía exponer las razones ideológicas que la obligaban a negar tales propuestas. Tenía buenos argumentos, profundamente revolucionarios, para sustentar su posición. Argumentos que explayaría de la manera más pedagógica posible ante sus camaradas, como le correspondía hacer en su condición de coordinadora nacional de los Colectivos Socialistas de Mujeres. Por su formación académica y política —egresada con honores de la Escuela de Sociología de la Universidad Central de Venezuela y pasantía por la escuela de cuadros revolucionarios de La Habana—, sabía que era capaz de encuadrar el caso del asesinato de la exmiss y la, para ella aparente, alta tasa de criminalidad en el

país dentro de los parámetros conceptuales del estadio dialéctico en que se encontraba la Revolución bolivariana. Esa capacidad para comprender cuán compleja era en verdad la justicia revolucionaria venezolana debía diluirla en un discurso a su vez comprensible para las camaradas que no habían tenido la oportunidad de estudiar y educarse.

Lo que iba a decirles era parte importante de la doctrina socialista bolivariana y lo remachaba una y otra vez en los debates con sus camaradas a lo largo y ancho del país. Le costaba entender cómo, después de diecisiete años de proceso, había aún tantas militantes que no comprendían el valor estratégico y el contenido genuinamente revolucionario de ciertas formas delictivas, pero si la revolución lo demandaba estaba dispuesta a repetirlo miles de veces. En su narrativa incluía un episodio de la heroica historia de la Revolución bolchevique, del que podrían extraer las conclusiones necesarias para blindar su conciencia de clase y hacerse invulnerables a la propaganda contrarrevolucionaria.

“Camaradas, hay que estudiar la teoría que ha emanado de las experiencias revolucionarias en países hermanos y observar su práctica para extraer lecciones fundamentales para nosotros. Estas que voy a decirles no son ideas mías, ni de nuestro Comandante Eterno, ni siquiera son ideas venezolanas, son enseñanzas que vienen de la gran revolución proletaria en la madrecita Rusia y fueron producto de la mente prodigiosa de nuestro camarada Vladimir Ilich Ulianov, Lenin”.

Refirió a continuación ante su audiencia cómo había sido el propio camarada Lenin quien propuso e implemento el uso político y revolucionario de grupos de proletarios, sin conciencia de clase, que habían vivido hasta entonces al margen de la ley y estaban organizados solo para delinquir. Y cómo, al estallar la Revolución de Octubre, esos camaradas fueron llamados e incorporados al movimiento revolucionario. Cómo se les adoctrinó para que resultaran útiles para arremeter contra los enemigos del pueblo, contra los antiguos victimarios, contra quienes habían sostenido el Estado burgués y aprovechado su opresión sobre los obreros para enriquecerse. La tarea que el camarada Lenin les asignó fue simple: saquear a los saqueadores del pueblo. “Saquear a los saqueadores es hacer revolución y quienes hacen revolución son revolucionarios, tanto o más que nosotros. No lo olviden nunca, camaradas, porque la más auténtica teoría revolucionaria es aquella que proviene precisamente de la praxis revolucionaria”.

Procedió a explicarles que en la primera etapa de la revolución

en Venezuela era también conveniente contar con un auténtico ejército de revolucionarios, como aquellos camaradas soviéticos, delincuentes antes de la revolución, movilizados por Lenin. Gente que pudiera hacer justicia y despojar a los burgueses de aquellas propiedades a las que el Gobierno bolivariano, ocupado en expropiar a los grandes propietarios, no había podido aún acceder. "Ciertamente, camaradas, muchas de esas acciones son todavía espontáneas, pero son producto de la intuición de clase. La tarea a realizar, nuestra tarea, será organizados para que pasen de ser revolucionarios intuitivos a revolucionarios de conciencia, para que, organizados, se conviertan en un puño cerrado con el que golpear con mayor contundencia a la burguesía. Coño, camaradas, entiendan, esta es también una de las líneas de desarrollo de la revolución".

El camarada Lenin había demostrado su inmenso genio al concebir y crear un ejército revolucionario que logró un objetivo teleológico fundamental para el éxito de los bolcheviques: sembrar el terror entre los enemigos del pueblo, provocar una estampida en la contrarrevolución que dejara abierto el camino a la clase obrera y permitiera la construcción del Estado soviético, como en efecto ocurrió. "Es que acaso el Comandante Eterno no lo decía también a cada rato, camaradas: el principal obstáculo de la Revolución bolivariana es que sus enemigos burgueses no se marcharon en masa, como hicieron los cubanos, por ejemplo. Los enemigos del proceso, nuestros enemigos, se quedaron aquí, fomentando la contrarrevolución". Está clarísimo, camaradas, echarlos de Venezuela es una necesidad revolucionaria, y el terror es una de nuestras herramientas más eficaces. Si tenemos que recurrir a compañeros de clase que se han organizado en torno a la delincuencia para diezmarlos o para correrlos de aquí, para que huyan, hay que hacerlo, eso es lo revolucionario. Puede sonar a una barbaridad, pero tenemos que pensar en nuestros hijos y nietos que crecerán sin el peligro de una contrarrevolución en este país que hemos arrancado de las garras del capitalismo". Anacmer estaba muy convencida de eso y una de sus misiones era repetirlo hasta el cansancio, para llevar ese convencimiento a sus camaradas colectivistas, quienes, a punta de estudio y de debatir ideas, debían concientizar y superar esa aparente contradicción.

"La muerte de nadie puede ser celebrada por quienes, como nosotros, amamos la vida", dijo engolando la voz y haciendo una pausa para los aplausos. "Sin embargo, camaradas, durante la dictadura del proletariado es necesario destruir al enemigo burgués,

y casos emblemáticos como el de la ex miss burguesa María Genoveva Herrera Becher son de gran utilidad para ese fin. El terror revolucionario no se impone por el terror mismo, se impone para limpiar el camino que se quiere recorrer en la construcción del socialismo. Y esa es su gran justificación ética, camaradas; nada, ni el amor a nuestros seres queridos, puede estar por encima del objetivo principal de construir la patria socialista. Por eso, la conducta auténticamente revolucionaria es la de ser indiferente ante el acoso del crimen a los burgueses, eso no es otra cosa que justicia revolucionaria, es parte de la tarea leninista de saquear a los saqueadores. En un futuro no muy lejano, cuando la burguesía haya sido aplastada y no constituya una amenaza a la revolución, el crimen desaparecerá porque no será necesario; hasta entonces será un aliado.

Más allá de los argumentos y razones revolucionarias para negar la solidaridad con la víctima y criticar la criminalidad en Margarita, expuestos con contundencia porque creía en ellos a conciencia, había otra causa que en el plano emocional sustentaba la posición de Anacmer Nadezhda Mejías Gómez. Una causa mucho más íntima que se ocultaba en lo más recóndito de su psique y de la que ella misma no tenía conciencia: un odio subterráneo que iba más allá de la clase social que la Beba Herrera representaba, una borrasca emocional que alcanzaba a buena parte de la humanidad, un desasosiego contra quienquiera que fuese distinto a su estrecha noción de prójimo. Un resentimiento de tal magnitud y que venía desde tan lejos que ni siquiera alcanzaba el plano de su racionalidad.

Desde sus primeras lecturas de textos marxistas, un folletico iniciático escrito por la socióloga chilena Marta Harnecker que su padre puso en sus manos, Anacmer comenzó a confundir ese resentimiento con la lucha de clases. Confusión que creció en su paso por la universidad y se concretó en una frase que sabía de memoria y devino para ella en un dogma: *La lucha de clases se libra por los explotados contra los explotadores para abolir la explotación capitalista. No es una lucha cualquiera, es una elevación moral y material por encima de la maldad y constituye la fuerza revolucionaria más poderosa.*

“Sin embargo, camaradas, de esa lucha no puede surgir el odio, ni siquiera el odio de clases, aunque exista una causa más que justificada para ello después de siglos de expolio, porque el amor y la justicia, que son el objetivo de nuestra lucha, no pueden surgir del odio, camaradas. El odio ha de disiparse tan pronto derrotemos

la injusticia capitalista. Ese odio que ahora podemos sentir por quienes nos explotan ha de dar paso a una lucha distinta en una sociedad sin clases, una lucha de hermanos por sembrar el bien sobre la tierra, vale decir, en amor. Patria socialista, viviremos y venceremos, hasta la victoria siempre, camaradas".

El aplauso de las mujeres del colectivo, incluyendo aquellas que habían formulado las críticas y propuesto enviar las condolencias a la familia Herrera, fue atronador y reafirmó su convicción de que estaba enfrascada en una lucha de clases sin resentimiento alguno, y que la animaba el amor al prójimo. Tanto lo amaba que dedicaba cada uno de los segundos de su existencia a tratar de salvarlo, por eso mismo era revolucionaria.

XIV

Tomando su armañac frente a una Caracas gentil a la distancia, Benítez sentía que habría podido salir volando por los ventanales abiertos de la terraza e intentar, al impulso de las ideas e imágenes que fluían por su mente, las piruetas más alocadas en el cielo nocturno del valle. Su ánimo estaba más ganado para una tertulia sin brújula con Pedro Boadas, su amigo psiquiatra, que para escuchar a un magnate adolorido y esperanzado en una indagatoria suya. Pero su amigo del alma estaba en Margarita mientras que a Pérez Castillo lo tenía sentado enfrente y, aparte de los tragos y la magnífica cena en un lugar espectacular, era el que había firmado su cheque. Así que no tuvo más remedio que dejar su imaginación a un lado y concentrarse en el empresario, quien, ahora sí, había comenzado a hablar del tema que les interesaba. Lo hacía con la mirada fija en el Ávila, la montaña totémica de Caracas, como si estuviera solo y se dirigiese a ella.

—Mi relación con Beba nunca fue algo normal. Cuando nos casamos ella venía de ser Miss Venezuela, todavía no tenía veinte años y yo era un tipo de treinta y cinco que se había dedicado a trabajar y a hacer dinero, sin tiempo para siquiera pensar en formar una familia. Era rica de cuna, de una familia tradicional de Caracas, y yo, aunque quizás ya contaba con más patrimonio que su familia, provenía de la clase media profesional. Su padre, Eduardo Herrera, un ingeniero muy competente, había heredado de sus padres una empresa de construcción y la había convertido en un emporio, con cientos de empleados. Era un hombre correctísimo, extraordinariamente bien educado, todo un caballero con el que era un placer hacer negocios.

A Beba la conocía desde que era una adolescente, precisamente por la relación mercantil con su padre. Eduardo Herrera fue el

primer empresario grande que me contrató una póliza, y de vez en cuando me invitaba a reuniones sociales en su casa, era una persona a quien realmente estimaba.

"Mi suegra, Odilia Becher, era muy distinta a él, pero hacían una gran pareja. Era muy bella y atractiva y le encantaba la actuación y el mundo del teatro, soñaba con fundar y formar parte de una compañía de actores. A cada rato invitaba a artistas y gente de la farándula a reuniones sociales en su casa. Incluso improvisaban obras de teatro donde la figura principal era ella; concesión que los teatreros no tenían problema en hacer porque los convidaba con frecuencia y financiaba algunos de sus proyectos. Los artistas la adoraban y ella disfrutaba enormemente esa adoración. Eduardo la dejaba hacer, mientras la cosa no se desbordara en ningún sentido, porque era una manera de tenerla ocupada. De hecho, mi suegro, que era un tipo simpático y tolerante, la acompañaba cuando podía y disfrutaba de las locuras de su mujer. Beba no, ella odiaba eso y, en particular después de haber sido Miss Venezuela, se enfrentaba a su madre cuando quería involucrarla en sus cosas faranduleras.

"Cuando murió Eduardo Herrera, la viuda se fue a París con un dramaturgo argentino de medio pelo, que estaba aquí desde la época de Videla y de quien se había enamorado. Enamoramiento en el que pesó mucho su condición de hombre del teatro. Y, para mí, él también se enamoró de ella. Aunque la maledicencia cabía porque Odilia le llevaba unos años y además era rica y todavía muy atractiva. El caso es que el cadáver del suegro aún estaba tibio cuando se fue con el teatrero y eso fue devastador para Beba. Su fuga levantó críticas en toda Caracas. Bueno, toda Caracas en los términos en que solemos decirlo, usted sabe, esa comunidad indefinible que solo quienes la conforman saben dónde empieza y dónde termina o, más importante, con quiénes empieza y con quiénes termina. Eso fue determinante para que la relación de Odilia con Beba se enfriara. Ella adoraba a su padre y la conducta de su madre le pareció un acto muy egoísta. Consideró aquella fuga como una traición a la memoria de su padre y le tomó un tiempo, y algo de persuasión mía, hacer las paces con ella".

El empresario hizo una pausa, sorbió un poco de su bebida y pareció concentrarse más en lo que iba a añadir.

—Lo mío con Beba es una de esas cosas inexplicables en las relaciones entre hombres y mujeres. Como le dije, la había visto mucho, casi desde niña. Cuando entró en el Miss Venezuela, me topé varias veces con ella en algunos eventos, mi empresa era patrocinante menor del concurso, y fue cuando comencé a

acercármele, no como el amigo de su padre sino como un hombre que quería enamorarla. Y así, sin darme cuenta, se convirtió para mí en una obsesión tenerla.

"Han pasado muchos años de eso y no puedo pensarme a mí mismo en aquel tiempo. Supongo que también en mí se mezclaban algunas cosas, no del todo transparentes.

"Era entonces un empresario muy ambicioso, no es que ahora no lo sea, pero, obviamente, tenía mucho más empuje. Desde joven me había empeñado en construir el grupo de empresas de seguros más grande de Venezuela. Un poder que me librara de la increíble incertidumbre que genera ser un limpio en este país y creo que puedo decir que lo logré. En aquellos tiempos, me sentía capaz de acometer con éxito cualquier proyecto, sin importarme cuán difícil y complejo. Creo que Beba, siendo quien era, se convirtió en eso, en uno de mis proyectos, en una suerte de reto definitivo para mí. De repente sentí que podía demostrarles a mis competidores sociales quién era Alfonso Pérez Castillo, el tipo más arrecho de la partida, perdóneme la expresión, pero eso era lo que quería ser. El tipo que era capaz de levantarse a una Miss Venezuela a la que los mantuanos y ricos de Caracas querían levantarse, una descendiente de los amos del valle que, para rematar, era joven y preciosa.

"Algo he leído sobre estas cosas, y sé que una de las formas como el hombre poderoso sublima y demuestra su poder es haciendo precisamente lo que yo había hecho: raptarme, entre comillas, a una mujer bella y joven. También en una película vi que en la antigua Grecia había un dios poderoso y temido que raptó a una joven, la más bella. Todos condenaron eso, pero no hubo quien quisiera enfrentarse al poder de ese dios, salvo la madre de la raptada, que logra rescatarla".

—Sí, es un mito conocido. Por cierto, según entiendo, no toda la responsabilidad fue del dios, había también alguna carga en la víctima del rapto. Ella sabía que se la estaba llevando el diablo, pero en el fondo deseaba que se la llevara, quería probar cómo era la cosa. ¿Eso encaja con su experiencia?

—Sí, quizás, pero eso no cambia que fui yo, un hombre corrido, quien la sedujo, y por tanto, el principal responsable. Creo que visto desde el presente, habiendo sido infelices, y ocurrido lo que ocurrió, no caben dudas de que aquello fue un grave error. Debí ser menos prepotente y dejar que ella viviera la vida que les toca a las mujeres de su círculo, pero cuando uno ha sido un hombre exitoso y está frente a alguna nueva dificultad, no se frena ante nada, cree que la simple voluntad basta para superarla, incluso para derrotar el

tiempo, hay mucha soberbia de por medio. Además, al principio las satisfacciones son tantas que uno ni piensa en los problemas futuros de una relación tan asimétrica. Cómo iba a pensarlo cuando tenía la fortuna de vivir con aquella mujer tan bella, increíblemente bella, de amanecer con ella en la misma cama, de conocer su intimidad, aquello era un regalo de Dios. Después, como ha ocurrido, resultó ser un regalo terrible, cierto, pero no se puede llegar a tener tanto y no pagar el precio.

"Creo que nunca, aunque esto pueda resultarle difícil de creer a mucha gente, traté de interferir en la vida de Beba. Ella, sin embargo, se quejaba precisamente de eso y nuestro hijo de lo mismo, por lo que supongo que debo estar equivocado en esa percepción. Puede ser, los hombres como yo estamos sujetos a un dilema complicado, podemos hacer mucho por ayudar a quienes queremos, pero en la medida en que lo hacemos los dañamos, podemos destruirlos. De modo que, a pesar de los cuidados con que podamos intentarlo, si intervenimos, los resultados nunca son buenos. Quería tener varios hijos, cuatro o cinco, y con los embarazos emparejar un poco el peso de la diferencia de edad. Beba también quería, pero no fue posible. Su primer embarazo fue lo suficientemente difícil, y aunque hubiéramos querido insistir, los médicos se opusieron de manera tajante. Fue una madre perfecta; abnegada y protectora en los primeros años de crianza y para nada invasiva en la adolescencia y adultez temprana. Educó a nuestro hijo con una noción muy clara de lo que significa la independencia personal.

"Cuando Alfonsito estaba más grande, que disponía de más tiempo, pensé que de repente ella reeditaba a su mamá y se interesaba, de manera profesional, por las artes, la moda, con esas cosas que uno puede asociar con una Miss Venezuela, y estaba preparado para ayudarla, para financiar sus caprichos, cualesquiera que fueran. Era una gran conocedora de las tendencias y movimientos artísticos modernos, de la pintura y escultura. Visitaba museos, galerías, leía sobre arte, se informaba. Si se hubiese dedicado a ejercer profesionalmente ese talento habría hecho una gran fortuna, porque tenía un sentido muy agudo para descubrir nuevos valores y discernir qué era y qué no era bueno. Prueba de ello es nuestra colección de arte, quizás valga más que el resto de mi patrimonio y ella fue la curadora, quien me decía qué comprar. Era asidua visitante de las galerías de Nueva York, París, Londres y, en los últimos tiempos, hasta de Berlín; Alfonsito se había radicado allá e iba a verlo un par de veces al año. Pero nunca quiso trabajar

en eso en serio.

"Le gustaba leer, el cine, bailar, pero igual podía perfectamente prescindir de eso, como si le fastidiara. A veces me daba la impresión de que a ella le bastaba simplemente con existir, sin más. Al final de nuestro matrimonio, llegué a la convicción de que hasta su belleza carecía a veces de valor para Beba y que, de haber podido, se habría desprendido de ella, no sé si me explico. Su conducta era completamente impredecible, jamás conocí a una persona más independiente y obstinada que ella. A pesar de mi experiencia, no logré saber qué la motivaba, cuáles eran sus pensamientos, adonde quería ir, o tal vez era que, aunque me cueste admitirlo y dicho de la manera más simple, nunca me permitió ser parte real de su vida. Para Beba, ella siempre fue ella y yo era yo, no hubo, o por lo menos no la sentí, comunión íntima entre nosotros. Llegué a entender que tenía sus propias coordenadas y actuaba sin considerar las mías y, en realidad, las de nadie más.

"Esa forma de ser de Beba me llevó alguna vez a pensar que tendría un amante, pero mis celos la tenían sin cuidado, se los tomaba con la mayor tranquilidad, ni se ofendía ni se preocupaba por ellos. Me decía que eran un problema mío y que ella nada podía hacer para resolverlo, que no iba a dejar de ser quien era ni de relacionarse con la gente para que no me sintiera celoso. No obstante su tranquilidad, le confieso que tomé algunas previsiones y ordené que la vigilaran. Le puedo asegurar que mientras convivimos jamás tuvo un amante. En Margarita, separados aunque formalmente casados, fue otra cosa, tuvo varios romances. Alguna vez se lo reclamé y me contestó con gran serenidad que eso era la solución que yo había escogido, que si tanto me molestaba, que nos divorciáramos. Hice de tripas corazón para entenderlo y aceptarlo. La verdad, sacando la cuenta ahora, estuvimos treinta y cinco años casados, veinticinco juntos y diez separados, y a Beba no llegué nunca a comprenderla, siempre me desconcertó.

"Nuestro matrimonio fue una historia de un tipo maduro tratando de complacer y agradar a una mujer bella y joven a la que no entendía, que se comportaba con él como una adolescente. Un día me dijo que se quería divorciar y me opuse porque la quería a mi lado, quería mantener nuestro matrimonio, mantener la noción de familia. Bajo ninguna circunstancia iba a permitirlo y se lo hice saber tan pronto asomó la idea. También pensaba que podía hacerla cambiar de opinión, porque me constaba que su empeño no obedecía al hecho de haberse enamorado de otro, me constaba que no era así. Si eso hubiese ocurrido, si hubiese tenido un amante, me

habría enterado.

"Ante mi negativa a divorciamos, no insistió con eso, me dijo que no iba a gastar su tiempo en una pelea judicial donde saldrían al público cuestiones inconvenientes para ambos. Pero me insistió en que no quería vivir más a mi lado y se fue a Margarita a nuestra casa allá. Creí que al irse así había dejado una puerta abierta para volver a mí, pero me equivoqué. La verdad era que había roto conmigo en serio, se divorció por la vía de los hechos; ante mi resistencia a formalizar la separación, simplemente se fue. Puedo decirle que nunca hice tanto por seducir a alguien como a Beba en ese tiempo. Fue un esfuerzo muy largo y creo que no avancé ni un centímetro, nada de lo que hacía le llamaba la atención; carajo, rechazaba mis halagos y atenciones con una terquedad olímpica.

"Un día, sin que yo siquiera imaginara que andaba en eso, comenzó a ejecutar en Margarita un proyecto artístico cultural, muy bien diseñado, de mucha calidad, que la entusiasmó mucho, usted seguramente supo de él, lo llamaba Quattrocento, y no tuve ningún problema en financiarlo a través de nuestra fundación. Entendía que esa era una cremallera que la engranaba con una meta propia, sin interferencias de mi parte. Ella sería feliz y, de repente, bajaba su nivel de indiferencia conmigo y llegábamos a cierto nivel de convivencia, que era mi finalidad, en lo que yo hacía que tuviera que ver con Beba. En fin de cuentas, aparte de tenerle cariño y lo mucho que significaba para mí, era la madre de mi hijo y yo soy eso que los anglosajones llaman un *family man.*

"Un día, sin causa aparente, se le enfrió el entusiasmo con Quattrocento y se desenchufó de lo que había sido un afán importante durante un tiempo. No sé si la enfermedad de su madre, esa cuestión de ir a buscarla a París e internarla en una residencia para ancianos, haya tenido que ver con eso, aunque la relación entre ellas no hubiese sido particularmente cercana. La había visto tan volcada en ese propósito, tan fuerte, tan decidida que llegué a olvidarme de un temor que tuve con ella desde el primer día de nuestro romance, un miedo que guardaba muy adentro. Nada temía yo más que una eventual muerte suya, mucho más de lo que temía la mía. Había sublimado la circunstancia de nuestra separación y toleraba su ausencia, no me importaba mantener el matrimonio aunque fuese formalmente, pero una cosa es la distancia y otra la muerte. Beba jamás hizo alusión alguna a quitarse la vida, sin embargo, aunque remoto, ese era un miedo que a veces su desapego por tantas cosas y por tanta gente me despertaba.

"Beba amaba y admiraba a su padre más que a nada en el

mundo. Con el tiempo entendí que el que me hubiese elegido a mí como pareja fue una forma de ese amor. Yo podía presumir que había sido por mi empuje y por ser, como le dije, el más arrecho de sus pretendientes, pero tal vez fue su padre el factor decisivo. Me escogió a mí precisamente por eso, porque, aunque yo no fuera tan refinado ni tuviese su don de gentes, era el que más se parecía a él. Nuestra relación en el plano sexual quedó marcada, creo yo, por ese amor de hija; tuvo conmigo una actitud pacata en la cama, cierta vergüenza que nunca superó.

"Cuando Eduardo Herrera murió, quedó destruida; de hecho, bien mirado, nunca se sacó ese golpe. Nuestra relación se hizo más paternofilial que otra cosa. Nuestros desencuentros de pareja eran como los conflictos y desencuentros de un adolescente con cualquiera de sus padres. Los reclamos y las peleas de Beba se parecían tanto a los que tuve con mi hijo Alfonso Eduardo, cuando era muchacho, que a veces parecía que en vez de uno tenía dos hijos. No obstante lo que le he dicho, la esperé y la habría esperado hasta que ella hubiera querido".

Después de sus últimas palabras, como si de pronto hubiese descubierto en ellas algo que no sabía, Alfonso Pérez Castillo apartó sus ojos de las moles oscuras de las montañas, los fijó en un punto indeterminado del piso y guardó un largo silencio. Su copa se había quedado vacía, igual que la de Benítez, y decidió llenarlas de nuevo, gesto que el abogado le agradeció desde lo más profundo de su corazón.

—Cuando me llamaron para decirme que Beba había aparecido muerta en esa playa, pensé de inmediato que se trataba de un suicidio, ya le dije que ese había sido un miedo mío con ella, no sé, era como una premonición. Creo mucho en las paradojas y creo que hay algo paradójico en esto. Me explico. Una persona a quien nunca comprendí mucho, se pega un tiro. Un gesto absurdo que no tiene explicación, pero que constituye en sí mismo una explicación, oscura pero explicación al fin y al cabo. En su suicidio hay un mensaje. Y ese es precisamente el punto, doctor Benítez. Siento que soy el destinatario y no sé cuál es la explicación o el mensaje que quiso darme. Como es obvio, necesito saber esa explicación, qué fue lo que le pasó, cuál fue la causa real de su decisión, ¿me entiende? Por eso lo contraté. Ese es el trabajo que quiero que usted haga, proveerme de una explicación, descifrar el suicidio de mi esposa.

—Pero usted me ha dicho que cuenta con un servicio de investigaciones mejor que la policía. ¿Cómo puedo ayudarlo yo, un abogado de Margarita que trabaja solo, sin un gran bufete detrás?

—Usted puede llegar hasta esas cuestiones donde mi equipo de seguridad o la policía no puede llegar. Lo que la seguridad de mis empresas investigó es lo que podría investigar cualquier policía, si le pagaran lo que yo le pago a la mía. Descubrieron en horas que efectivamente se trataba de un suicidio; fíjese que la policía de Margarita aún no ha llegado ahí, está aferrada a la tesis del robo y homicidio.

—Me dijo Álvaro que llegaron a esa conclusión por una nota en una agenda.

—Sí, en efecto, en el escritorio de su habitación había una agenda y allí, en la fecha de su muerte, escribió una nota. Cuando vaya a Margarita, se va a ver con el general Soto, mi jefe de seguridad, quien todavía está allá cuidando que todo quede resuelto. Tiene órdenes de mostrarle lo que tenga, incluyendo una copia de la página de la agenda, y contestar a todas sus preguntas. En otras palabras, lo que pasó con Beba, lo sabemos, la investigación que espero de usted es distinta, se trata de algo que un policía, por muy bueno que sea, no puede hacer. Como le dije, quiero saber qué ocurrió en su vida, en su mente, para optar por suicidarse, qué razones pudo tener. Más importante, qué explicación, qué mensaje había para mí en su muerte voluntaria. Se trata de hurgar en su vida hasta dar con una clave, algo que haya pasado por alto, que no haya podido percibir a lo largo de nuestra relación. ¿Por qué Beba se suicidó y qué quiso decirme con eso? Eso es exactamente lo que yo necesito saber, es la verdad que quiero que usted encuentre.

—¿Y no se ha paseado por la idea de que no haya existido en ella el propósito de darle explicaciones ni enviarle mensaje alguno, que su suicidio obedeciera a otras causas que nada tuvieran que ver con usted?

—Por supuesto que me lo he planteado y esa podría perfectamente ser la conclusión de su informe.

—Quizás su psiquiatra pueda ayudarlo más que yo.

—De joven, alguna vez consulté uno, desde entonces no tengo psiquiatra y no creo que a esta edad ninguno pueda ayudarme. Soy quien soy y lo que hice mal ya no tiene remedio. Usted puede pensar que me siento culpable de su muerte y busco una explicación que me exculpe. No es el caso, pero no tiene sentido discutirlo. Sé que si de verdad sintiera culpa, en nada iba a aliviarme saber qué ocurrió. Sé que nunca voy a llegar a tener certeza de nada porque no hay certezas en el suicidio. Pero igual quiero saber.

Benítez sintió que una desazón familiar comenzaba a atacarlo,

pues no podía siquiera imaginar cómo iba llegar, de la manera explícita como aspiraba Pérez Castillo, a uno de los misterios que por siglos ha atormentado a la humanidad.

—He querido contratarlo por las referencias de Álvaro Sosa, y por mis propias indagaciones. Su expediente en WPM habla bien de usted, y pareciera, según sus evaluaciones, que era muy buen abogado, muy discreto con las materias que manejaba. Aunque también señalaban que era un romántico del derecho que tenía problemas para tomar distancia de los casos. Su sensibilidad y compasión por los clientes era muy grande, tanto que llegó a ser inconveniente para WPM. Y, vaya ironía, eso es exactamente lo que yo necesito, un buen abogado, muy discreto, inteligente y, sobre todo, compasivo. Álvaro, en quien confío plenamente, que es el abogado más competente que he visto, que se mueve como nadie en el ámbito jurídico y conoce a tantos abogados buenos, me aseguró que si él tuviera que poner su vida en manos de un colega, la pondría en las suyas. Así llegué a la conclusión de que usted, doctor Benítez, es la persona que estaba buscando para este caso.

XV

El padre de Anacmer, José Carlos Mejías, era un sociólogo egresado de la Universidad Central de Venezuela, con un doctorado en la Universidad de París, que pudo realizar gracias a una beca del Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de su *alma mater*. Fue profesor e investigador de la Escuela de Sociología de la UCV y era un marxista convencido, que hacía alarde de su honestidad intelectual, de su moralidad kantiana y de su condición de hombre austero, indiferente a las tentaciones del consumo capitalista. Se jactaba, además, de ser uno de los muy pocos comunistas venezolanos que había leído completo, estudiado y analizado en profundidad *El capital*. Razones por las que nunca militó en el Partido Comunista de Venezuela, aquel partido desacreditado y disminuido de los años setenta, parásito de la URSS desde su derrota en la lucha armada. Un partido que, según afirmaba en las asambleas universitarias de la época, carecía del elemento fundamental de cualquier partido comunista serio: comunistas.

El camarada Mejías, como lo llamaba hasta su mujer, había fundado y dirigido su propio partido, Asamblea Nacional Comunista, con las lecciones de Lenin como única guía. La ANAC era una organización revolucionaria radical, que en su declaración de principios afirmaba su independencia ideológica y su no aceptación de intermediarios entre ellos y las sagradas escrituras de Marx y Engels. Fue fundado en una asamblea que él y sus conmilitones consideraron histórica porque por primera vez en Venezuela veía la luz una organización revolucionaria que de verdad se fundaba en la unión de obreros, campesinos, pescadores y estudiantes. Se celebró en Mérida, en los claustros de la Universidad de los Andes, y en los documentos del partido se referían a ella por las siglas que usaron en aquella ocasión para despistar a la policía

política: Anacmer 76.

Fue un congreso hecho en la clandestinidad porque el camarada Mejías era un firme creyente de la vía armada como la única posible para la revolución en cualquier país de América Latina. Así, desde el primer día, la ANAC tuvo vocación subversiva. No obstante, su épica fue menor porque, para tomar el cielo por asalto, sus militantes se quedaron esperando la aparición de ciertas condiciones objetivas que nunca llegaron. Salvo contadas quemas de autobuses en la plaza de Las Tres Gracias, la ANAC nunca realizó otra acción contra el sistema capitalista. Por esa razón, ni el Camarada ni sus dirigentes fueron jamás perseguidos o encarcelados.

El camarada Mejías había muerto poco después de cumplir cuarenta años, cuando Anacmer era todavía una niña. Mas nada heroico hubo en la muerte del líder de la izquierda radical que pudiera alimentar su épica revolucionaria. Al contrario, fue un episodio más bien vergonzoso: murió de un infarto en el cuarto de un hotel barato en una calle aledaña a la Ciudad Universitaria, donde se había encerrado con una alumna de pregrado de mayoridad reciente. Una catirita rabiosamente izquierdista, egresada del San José de Tarbes, que llegó a la ANAC —era la secretaria juvenil— desde un grupo excomulgado de la juventud del partido demócrata cristiano, que meses antes se había declarado marxista.

El incendio en la pradera de la opinión pública que produjo el infortunado polvo fue extinguido con prontitud. Los diarios nacionales le bajaron de inmediato el volumen al acontecimiento porque el Camarada era amigo de periodistas y editores. Los colegas y las autoridades de la UCV guardaron un discreto silencio, para no darles armas a los enemigos de la universidad. La viuda y familiares del Camarada hicieron un funeral y entierro privados y la catirita fue enviada a Londres por sus padres, y se le perdió la pista. Por su parte, las organizaciones de izquierda que medraban de la UCV, con la ANAC a la cabeza, hicieron una ruidosa campaña en la que acusaban a “la burguesía” de haber montado un complot para desacreditar a un líder auténtico del pueblo, y como tal conspiración quedó registrado el episodio en la historia de la lucha por el socialismo venezolano. Su nombre sería reivindicado años después, cuando el Gobierno bolivariano instauró el Día del Guerrillero Heroico y creó una orden con su nombre.

El escándalo no afectó para nada la imagen que la niña Anacmer tenía de su progenitor, entre otras razones porque su madre y

demás familiares se lo ocultaron. La verdad sobre la muerte de su padre la supo mucho después —pero ya era una militante revolucionaria de piel curtida a la que nada humano sorprendía—, cuando un viejo compañero, cofundador de la ANAC, dando por descontado que ella conocía la historia, la refirió en su presencia, más para exaltar la condición de auténtico macho puyón del Camarada que para criticarlo.

Anacmer creció bajo la sombra protectora que proyectó el nombre del Camarada, un profesor universitario de izquierda a quien todos estimaban y no tenía enemigos. Ese legado se concretó en becas y asistencias que le permitieron completar una escuela de gran calidad: un buen colegio privado, liberal y bilingüe, donde recibió una educación abierta y de corte liberal. Tampoco padeció de carencias afectivas a pesar de la ausencia de su padre. Su familia era grande por los lados de ambos progenitores y todos se esmeraron en darle cariño a aquella carajita que los deslumbraba con su formidable inteligencia y grata belleza. Fue una adolescente tranquila que no tenía en casa competencia porque era hija única. Devino en una mujer hermosa y de formas bien proporcionadas y mórbidas, una morena venezolana de pelo azabache y labios llenos que acopiaba lo mejor de un largo mestizaje. Aparte de su talento extraordinario, tenía una capacidad insólita de trabajo que le granjeó el reconocimiento incluso de sus más enconados competidores. Visto su historial, Anacmer Nadezhda Mejías Gómez no tenía ni una razón para ser una resentida, pero lo era, y lo peor, no lo sabía.

Fue una niña tímida y, tal vez por ello, de adolescente desarrolló una actitud adusta que la distanciaba más de lo necesario de familiares y conocidos. Se refugió en la lectura y el estudio y con sus altas calificaciones escolares tranquilizaba a su madre. El salón de clases fue el único ámbito en el que Anacmer se sintió bella, buena y una. Desde el jardín de infancia hasta su querida Escuela de Sociología de la Universidad Central de Venezuela, e incluso en la escuela de cuadros de La Habana, ese fue el espacio en el que pudo juntar los pedazos maltratados de su alma y saberse superior al resto de la humanidad. Allí no la castigaba timidez alguna para hablar, expresar sus ideas y demostrar conocimientos más profundos incluso que los de sus maestros. Su gran inteligencia y su apego a la lectura y el estudio la ubicaban, en términos objetivos, en un plano muy por encima del resto de sus compañeros de clase. La mayoría, más temprano que tarde, reconocía su gran capacidad y claudicaba de alguna forma ante su brillo intelectual y

conocimientos. Circunstancia que le hacía fácil la tarea de anular a quienes no se plegaban a su voluntad y manipular a quienes no tenían más opción que seguirla. Por eso tuvo siempre seguidores dóciles, mas nunca tuvo esos amigos incondicionales que los seres comunes suelen tener en la juventud.

Llegado el momento de entrar en la universidad, Anacmer no dudó ni un segundo en tomo a cuál sería la carrera a cursar. Tenía una capacidad intelectual y un promedio de calificaciones que le permitía escoger la carrera que quisiera y donde quisiera, pero mucho antes de culminar siquiera secundaria había decidido que iba a estudiar Sociología en la UCV. Sabia decisión. Allí se había descubierto a sí misma como lo que era y quería ser en la vida: militante revolucionaria.

Cuando entró a la universidad uno de sus objetivos era desprenderse tan pronto fuese posible de su himen, un sello que sus compañeras habían dejado en la secundaria y a ella le pesaba tanto como una condena. Lo entregó sin darse cuenta, una madrugada, después de un guateque de caña y marihuana barata, convocado tras una pega de afiches de la ANAC llamando a la abstención en las elecciones de autoridades estudiantiles. A media mañana, el sol la encontró en una colchoneta, enredada de piernas con un camarada que tenía fama de birriondo y pasao. Después de ese episodio, para nada memorable, la revolución y la militancia llenaron su alma vacía y el sexo dejó de ser para ella una mortificación.

En la escuela, cuyo pénsum le permitió incorporar a su intelecto los elementos teóricos necesarios para formarse como marxista-leninista, comenzó su carrera como dirigente estudiantil de la entonces muy menguada Asamblea Nacional Comunista, a la que, por ser quien era, ingresó ya con galones, jefa del frente juvenil e integrante del Comité Central. La dirección política estaba a cargo de fundadores, amigos de su padre, que la trataban con deferencia y que no pocas veces recordaban que, en plena asamblea fundacional en Mérida, el camarada José Carlos había anunciado su nacimiento y habían hecho un alto en el debate para tomarse los miaos. Había cumplido veintidós años y acababa de recibirse como licenciada en Sociología, mención *summa cum laude*, cuando en febrero de 1992 un teniente coronel protagonizó un golpe militar fallido.

Meses después, presidió la comisión de la ANAC que se dirigió a la prisión militar de Yare para conocer al ángel que había despertado la conciencia revolucionaria del pueblo venezolano. Desde esa primera visita entendió que había llegado el profeta que los revolucionarios como su padre había anunciado. El líder que iba

a realizar la tarea titánica de unir a la fragmentada izquierda venezolana, fijarle un rumbo y ponerle término a sus cuarenta años de trashumar en el desierto.

A partir de 1998, cuando la Revolución llegó al poder, su ascenso fue meteórico. Disolvió la ANAC, que se integró al Partido de la Unidad Revolucionaria, y fue la primera secretaria juvenil. Poco tiempo de por medio, el propio Presidente la puso al frente de las organizaciones de mujeres socialistas y la designó miembro del comité central del partido. Era una de las figuras de la Revolución, una de las caras nuevas de la política nacional que tanto reclamaba la clase media caraqueña a mediados de los noventa. Gracias a su trabajo y seriedad intelectual, tenía prestigio y reconocimiento dentro de la izquierda nacional y era interlocutora con organizaciones fraternas de todo el mundo.

Casi veinte años después, gracias a las previsiones que en la materia de su seguridad económica le había recomendado el propio Comandante Eterno, y a la colaboración revolucionaria de algunos compañeros empresarios patrióticos, Anacmer era una mujer con recursos suficientes para dedicar la totalidad de su atención y preocupaciones a la Revolución. Tenía un par de millones de dólares en un banco ruso, un apartamento en Caracas y tres vehículos a su nombre. La vida tenía con ella, sin embargo, una cuenta pendiente que nadie podía pagar ni había instrumento de pago alguno que alcanzara para cubrir el monto, entre otras cosas porque ella, la acreedora, ignoraba cuál era. Como tampoco sabía quién era el deudor, se lo cobraba, hasta sin darse cuenta, a la humanidad entera.

Cuando se levantó a hablar en la asamblea del colectivo de mujeres margariteñas era una mujer madura, tan cerca de los cuarenta como de los cincuenta, que a fuerza de convicciones revolucionarias y profundidad ideológica había afeado la grata belleza de su niñez y adolescencia. Era una dama de una personalidad sinuosa que proyectaba una química negativa repelente a hombres y mujeres por igual. Hasta los líderes con más burdel en el partido de la revolución, tanto civiles como militares, asumían ante ella una actitud cuidadosa. El instinto de autopreservación les avisaba que en aquella mujer que no tenía razones visibles para odiar a Dios, pero parecía odiarlo, había una capacidad infinita de hacer daño. La única arma eficaz contra ella era la distancia, mas si eso no era posible, solo cabía la obsecuencia.

XVI

De no haber sido por el arreglo especial de trabajo que había forjado con la Casa Miss Venezuela, Ramón Medialdea habría dejado el concurso siglos atrás. La compensación económica que recibía, mitad en dólares mitad en bolívares, sus dos meses de vacaciones anuales, que le permitían visitar a sus nietos en Miami, y la circunstancia de que a sus años no tenía más opciones laborales, eran el muro de contención al hartazgo que llevaba por dentro y que día a día saturaba su espíritu. Era uno de los pioneros de la Casa que fundó Oscar y había sido amigo del Rey de la Belleza desde antes del comienzo de su reinado. Él también venía de Cuba, aunque lo hizo con toda la familia. Su padre era periodista y tan pronto llegaron los barbudos a La Habana, había empacado y volado a Caracas. Apenas había cumplido cinco años cuando eso ocurrió y sus memorias de la vida en Cuba eran referenciales.

Tenía en la Casa Miss Venezuela, por habérselo ganado, un peso específico propio y se le respetaba dentro y fuera de ella, pero estaba cansado. Ya no podía soportar con buen talante la malcriadez de las muchachas, sus estupideces de rubias tontas. Lo irritaba sobre manera la arrogancia de los gerentes de la planta de televisión y del concurso. Lo estresaba una competencia cada vez menos humana y una producción cada año más pobre. Pero lo peor de lo peor era lidiar con Oscar Llabrés. Sentía que no le quedaba paciencia para batallar con el carácter volátil del Rey, quien pasaba de la euforia a la depresión en fracciones de segundo. La suya era una tarea que nadie en su sano juicio podría querer ni realizar con gusto, eran demasiadas cosas, demasiada inestabilidad emocional para cualquiera.

No solo era el fastidio de las alternantes depresiones y euforias de Oscar, había que ir más allá: sus rabietas. Y desde la reunión con

el gordo Bracamonte, el hombre estaba intraficable, tanto que casi ni hablaba, rumiaba palabras que no decía de manera inteligible, y su humor, que aunque cáustico era bueno, degeneró en una mala nota permanente, en especial con las chicas, que no sabían ya qué hacer para evitar sus regaños. Parecía desquitarse de su infortunio, para él desconocido, estableciendo tareas absurdas al personal y rutinas extenuantes para las misses. La última era esta de ir a las siete de mañana con las niñitas, maquilladas y vestidas con ropa de luto a rendirle un homenaje a Beba.

"No quiero que las niñitas vistan colores caribeños en ese acto, Ramón, nada de África, pura Europa del Norte: negros, grises y blancos, eso es lo que quiero. Vamos a ir con el equipo técnico para La Restinga, al lugar donde asesinaron a Beba Herrera, con ramitos de flores, como los que le dejaban a Ladi Di". Tenía la idea de hacer fotos y videos en el lugar donde la exmiss apareció dormida, "nada de muerta, Ramón, dormida, Beba será eterna, ese es el título que le vamos a dar, la Miss Venezuela Eterna". La protesta del equipo y las misses había sido general, pero nadie elevó ni una queja a Oscar Llabrés, los reclamos fueron solo para él.

Fue hasta la habitación del Rey para informarle que estaban listos, que el personal, misses incluidas, estaba montado en el autobús del concurso, esperándolo.

—Ya vamos, Ramón, ¿qué te parece la combinación con la que me voy a presentar a rendirle homenaje a Beba? —le dijo, y dio una vuelta como habría hecho una modelo.

Vestía una camisa y pantalones blancos de lino, vaporosos, que remataba con una suerte de chaleco gris, muy holgado, del mismo material. Una combinación inédita, sin faralaos ni lentejuelas ni elementos llamativos, en abierto contraste con su melena rojo encendido.

—Pues muy bien, muy seria, algo perfecto para la ocasión. ¿Nos vamos?

—Dame un segundo que me falta un detallito que me estaba rematando en las cejas. Acércate y conversamos —le dijo mientras se colocaba frente al espejo.

—La gente se ha quejado de esta actividad tan temprana —aprovechó Medialdea para decirle—. Ayer fue jueves y, tú sabes, las chicas estuvieron hasta tarde en un *show* y el personal técnico literalmente se acostó en la madrugada, ellos tienen que desmontar y guardar los equipos y eso les toma aún más tiempo.

—Ay, Ramón, esto no es un capricho. Tenemos una agenda apretada y había que meter esta actividad en algún hueco, este de

las siete era el único tiempo que teníamos libre, los próximos días se aprieta el trabajo y entonces sí que hubiese sido un sacrificio. Además, no te quejes, esto fue un invento tuyo.

—¿Mío?

—Sí, tuyo. Tú mismo me dijiste que necesitábamos incorporar esta tragedia de Beba al concurso a ver si lo levantábamos del piso.

—Cierto, pero aquí creo que se nos pasa la mano. La idea no era aparecer como explotadores de la muerte de Beba Herrera, en eso estábamos de acuerdo.

—Así es y no se nos está pasando la mano, confía en mis intuiciones. Cuando esto se haga público el día del concurso, tú verás, habrá una peregrinación hasta el sitio donde mataron a Beba, la Miss Venezuela Eterna, para rendirle honores. No desestimes los sentimientos de una población que ha visto telenovelas y amado el concurso por generaciones. Esto puede ser un éxito y lo vamos a filmar, si no resulta grotesco, que no creo, va a ser una pieza central de la gala.

A finales de la mañana, en la tranquilidad y frescor acondicionado de su oficina, con Ramón Medialdea y otros productores, Oscar Llabrés miraba las fotos y el video sin editar de la peregrinación, así la bautizaron, a La Restinga. Una a una, las misses aparecían dejando como ofrenda un ramo de flores en el lugar preciso donde María Genoveva Herrera Becher, Miss Venezuela Eterna, según remachaban los locutores del concurso en *off*, se había quedado dormida para siempre, abrazada a la eternidad. Algunas se persignaban, otras inclinaban la cabeza y hacían una pausa respetuosa de unos segundos. El último en aparecer fue el propio Oscar Llabrés, con un ramo de rosas rojas, que colocó con extremo cuidado sobre la pila y, luego de ponerse la mano derecha sobre el corazón e inclinarse, tomó el pañuelo negro que llevaba en el bolsillo superior de la chaqueta para secarse unas lágrimas inexistentes. La última toma, con el lente abierto, fue hecha desde el autobús en marcha, enseñando al público cómo iba quedando atrás, hasta difuminarse por completo, una pequeña duna de flores coloridas entre las blancas de arena y conchas marinas.

—Un palo, Ramón, esto sí va a ser un palo —exclamó Oscar Llabrés, y el suspiro de alivio de Medialdea y el resto de los productores pudo escucharse hasta en la piscina—. Qué bien quedó esto. Me encanta la gravedad con la que las misses se presentan en el sitio de la muerte de Beba. Tú me dijiste que estaban molestas por el madrugonazo, pues quedó mejor, parecen tristísimas. Esa brisa batiéndoles el pelo, tiene un aire así como de tragedia griega,

Antígona, Las troyanas, no sé, realizada en un escenario natural, vamos a hacer esa parte del video en blanco y negro para que tenga ese carácter dramático. Lástima que no se nos ocurrió, ni a mí ni a ninguno de ustedes, que hubiésemos vestido a las muchachas con unas túnicas blancas, como las griegas clásicas. Se imaginan lo bien que se hubiera visto el efecto de los velos con la brisa. Por cierto, ¿no hay tiempo para producir un vestuario así, inspirado en las túnicas de las mujeres griegas clásicas, para alguno de los desfiles? No hay que olvidar que, en fin de cuentas, Margarita es el estado Nueva Esparta.

—Eso no es posible, Oscar, tú lo sabes, el concurso está encima. Tendríamos que haber decidido eso hace por lo menos dos meses.

—Sí, Ramón, qué lástima. Bueno, muy bien, muchachos, fantástico el video. Felicitaciones por este esfuerzo tan bien realizado. Creo que pueden ir y hacer la edición, este segmento hay que llevarlo a un minuto, o minuto y medio, dentro del documental *Miss Venezuela Eterna*, ese será el título, con el que vamos a rendirle homenaje a la Beba. Incluyan las tomas donde las niñitas reflejen más fielmente el pesar y la tristeza del momento.

El video le había levantado el ánimo, que estaba por los suelos desde la pasada reunión con Bracamonte. En su celular tenía, por cierto, una llamada suya perdida, seguro la hizo durante el acto en La Restinga y no la escuchó por el ruido de las olas. Se la había devuelto tan pronto llegó a su oficina, pero el gordo, representante del Jefe entre los mortales, había apagado el suyo. Como era su costumbre, Oscar no dejó mensaje alguno. *Que ese pendejo vea la llamada perdida y me llame.*

La llamada de Bracamonte, una hora más tarde, cuando estaba en su oficina, volvió a sumirlo en una desazón que poco a poco se fue decantando hasta cristalizar en una rabia nítida y sorda. Nada tenía que objetar a que se modernizara el Miss Venezuela y su producción televisiva paralela, al contrario, él había sido el gran creador y ejecutor de nuevas ideas y un eterno impulsor del cambio en el concurso, los resultados estaban a la vista. Nadie en la Organización podía objetarle su condición de renovador permanente. Suya había sido la idea de fundir el canal y el concurso en una sola cosa y crear la Casa Miss Venezuela. Hasta la cancioncita pegajosa que lo identificaba, que los venezolanos reconocían desde que estaban en el vientre materno, fue inspiración suya. Él era, y así se había considerado, insustituible en la Casa, pero era obvio que para los demás no lo era. Bracamonte lo llamó para decirle que Tito, *ya hasta le decía Tito el gordo jalabólas*, llegaba

a Margarita poco antes de la gala del concurso.

Lo primero que iba a hacer, le informó, sería hablar con él para informarle de manera directa cuáles iban a ser los parámetros de su participación en la nueva estructura de la Organización y del concurso. Una vez electa la nueva Miss Venezuela, Tito asumiría la dirección ejecutiva del concurso y Oscar pasaría a sus nuevas funciones. Oportunamente, se iba a convocar una rueda de prensa para informar al país de las decisiones.

A pesar de que se lo había anunciado en la reunión anterior, le sorprendió la rapidez con que la debacle había ocurrido, era algo que no esperaba tan pronto ni de esa manera. Le disgustó el tono que usó el gordo jalabolas para decírselo, un tono de te-jodiste Oscar Llabrés, ahora me pagas tus desplantes. Peor aún, cuando, todavía impactado sin saber cómo reaccionar, le dijo que eso no podía ser así, que iba a hablar con el Jefe sobre ese asunto, lejos de ponerse a recular y decirle, como antes, que no era para tanto, que él era el amo y señor del concurso, el Rey de la Belleza, blablablá, Bracamonte, por primera vez, lo había desafiado, "Bueno, Oscar, tú tienes su número, échale bolas, llámalo si te parece", y le colgó. *Está alzado el coño de su madre.*

Mientras almorzaba a solas en su habitación, concluyó que no era mala idea llamar al Jefe y ver cuán firmes eran esos planes. Contaba con la excusa perfecta para hacerlo; extenderle persona a persona la invitación a la gala del Miss Venezuela, una llamada que era una tradición y que el Jefe tomaba de buen grado. Buscó en una libreta, donde anotaba las claves de sus cuentas de banco en Venezuela y en Estados Unidos, la combinación de su caja fuerte y las señas de las personas más importantes, un número telefónico que el Jefe le había dado la última vez que pasó unos días en Venezuela. Recordaba muy bien la ocasión, fue en un brindis que hizo en su casa del Country para homenajearlo a él por la última conquista en el Miss Universo. "Oscar, tengo ahora un teléfono satelital que respondo yo mismo, cuando tengas algo que decirme o consultarme, a la hora que sea, llámame a este número", le dijo delante de los directivos y gerentes de la Organización. El mensaje del Jefe a sus gerentes había sido claro: Oscar Llabrés tiene acceso directo a mí, donde quiera que yo esté. No interfieran.

El Jefe estaba en Londres y atendió su llamada, pero el resultado no pudo ser más desconsolador. Mientras le hablaba, notó en él cierta falta de concentración, parecía distraído, como si estuviera haciendo otra cosa al tiempo que conversaban y no tuviera interés real en el tema. Ese Jefe nada tenía que ver con el hombre *hands on*

the business que llevaba tanto tiempo conociendo. ¿Será de verdad lo del tedio, lo de las ganas de dejarlo todo y dedicarse a otra cosa? Le dio las gracias por la invitación y agradeció su gentileza, pero le adelantó que no podría asistir, que había planeado irse de vacaciones unos días a Alemania, a una ciudad, olvidó el nombre, donde había una exposición de arte de vanguardia a la que había querido asistir desde hacía mucho.

Cuando Llabrés, en contra incluso de su propio instinto, en un movimiento desesperado, le planteó el caso de su sustitución, su respuesta no pudo ser más decepcionante. Le repitió, con un tono de fastidio, que las decisiones respecto a la Organización, concurso incluido, eran ahora de Diego y su equipo. "No me creerás si te digo que ya nada tengo que ver con las decisiones que se toman en la Organización", y que le prestara a su hijo tanta colaboración como se la había prestado a él. "Confía en Diego, deja que sea tu líder, como lo fui yo. Me consta que tiene para ti otra posición en nuestra empresa, tan importante como la que detentas".

Pero qué mierda es esto, el Jefe sabía que él no estaba interesado en otro destino en la Organización. Él, Oscar José Llabrés de la Hoz, estaba en el lugar exacto y preciso donde debía estar, y esa no había sido decisión del Jefe ni suya, eso lo había decidido Dios mismo. Él era el director del concurso de belleza más exitoso del planeta porque tenía unas herramientas divinas para serlo, no por otra razón. Sus otras capacidades, incluyendo las organizativas y gerenciales que nadie le negaba, estaban allí para servir a lo que se podía considerar un mandato del Creador. Eso y solo eso era lo que le correspondía hacer en la vida, eso o nada. Si la pretensión de Diego y su equipo gerencial de *yuppies* era desconocer la voluntad de Dios, pues algo debería ocurrir y venir en su ayuda, un milagro, sí, un milagro tendría que ocurrir. Por lo pronto, la situación no tenía remedio, Diego sería ahora el nuevo jefe. Nunca había siquiera hablado con él, en realidad no lo conocía. Solo tenía el recuerdo de verlo pasear de niño por los pasillos del canal, *y bien fastidioso y malcriado que era el coñito, por cierto*.

Al colgar, llamó a Medialdea y le dijo que se iba a quedar en la habitación hasta el día siguiente. Que no se sentía bien y que se asegurara de que nadie lo molestara. Como cuando llegó de Cuba, fue de nuevo el Peter Pan asustado, perdido y solo a quien su propia madre había extrañado y montado en un avión que lo conducía a una ciudad remota y desconocida. A diferencia de aquella vez, el llanto que tanto necesitaba no vino en su auxilio. Ahora solo podía limitarse a ver cómo lo apartaban de su obra, la que Dios mismo le

había asignado y a la que entregó su alma y su tiempo sin poder siquiera derramar una lágrima. Se sentó frente al televisor, tomó el control remoto y comenzó a saltar de un canal a otro, sin mirar.

XVII

Benítez bajó de su habitación poco antes de las ocho y tomó un café con leche grande en la cafetería del hotel —jamás salía a la calle sin cumplir ese ritual—. Miró los titulares de *El Nacional* —otro ritual mañanero— y se fue hasta la recepción para pagar la factura de su estadía. La misma amable muchacha que el día anterior le dio la bienvenida con una sonrisa como un milagro, cerró su cuenta, que solo registraba un par de whiskies y un agua mineral del minibar. Al salir a la puerta, el automóvil que le había enviado Alfonso Pérez Castillo, la misma camioneta blindada de la noche anterior y el mismo chofer, lo estaba esperando. "Olvídese de taxi, doctor Benítez, al Caracas Country Club usted debe llegar como se tiene que llegar, yo me encargo de enviarle un chofer, que lo va conducir y lo va a esperar allí mismo para llevarlo directo al aeropuerto, si es ese su deseo", le había dicho al despedirse.

Eran las ocho y quince minutos de la mañana, la hora acordada, y Benítez, de nuevo en el asiento posterior, aislado del molesto ruido de la calle y refrescado por el aire acondicionado, se preguntaba cómo iba a hacer para volver alguna otra vez a tomar un caso caraqueño de los habituales. Uno de aquellos con hoteles en el centro, desayuno en areperas y busetas para ir y venir del aeropuerto, un caso clásico del otro José Alberto Benítez, el inefable perdedor que lo aguardaba a la vuelta de la esquina. *Réspice post te, hominem te esse memento, José Alberto.*

Les tomó diez minutos cubrir el par de kilómetros hasta la sede del Caracas Country Club. Casi la totalidad de ese tiempo lo consumieron en el tráfico tupido de las dos cuadras de la avenida Miranda que debieron recorrer, antes de cruzar hacia el norte y tomar la avenida principal de la única urbanización que aún conservaba algo de rancio en Caracas. La calle, una pendiente suave

y recta, era hermosa y estaba guardada por unos árboles gigantescos, mijaos y chaguaramos, en su primer tramo, y por un bosque de bambúes frondosos al final, justo frente a la vieja casona del club. A Benítez le pareció mentira que la ciudad pudiera cambiar de esa manera, del azoro a la quietud, en tan corto trecho. Bajó de la camioneta y se detuvo por unos segundos a contemplar de cerca y por primera vez en su vida la fachada de la sede del Country Club caraqueño, edificación que en su prehistoria personal había sido el epicentro exacto y dialéctico de su fervor marxista y odio de clases. El ambiente apacible y familiar, y cierto señorío candoroso que en Caracas tienen las casonas que han sobrevivido, aunque sea por pocas décadas, el afán destructivo de sus urbanizadores, hicieron que se sintiera, como siempre que tropezaba con alguna ruina ideológica de su pasado izquierdista, entre estúpido y culpable, un poco más lo primero que lo segundo.

Cheo, un mulato enjuto que parecía haber estado allí desde los tiempos en que en ese lugar se secaba café, y que obviamente lo estaba esperando, lo trató con una amabilidad tan genuina que a Benítez se le suavizó el envaramiento del cuerpo. Lo condujo a través de unos salones señoriales, con pisos de mosaicos color granate, pulidos y añejos —Benítez evocó los zaguanes de las casi extinguidas casonas de La Asunción—, y con los techos recubiertos de madera labrada. Los muebles que encontró en su recorrido eran elegantes e impersonales, como son los de las casas donde no vive nadie. Bajaron por unas escaleras que daban acceso al área de la piscina y a la cafetería del club y, una vez allí, Cheo le mostró la mesa que ocupaba María Mercedes MacGregor Paúl, quien parecía estar ocupada escribiendo un mensaje de texto en su celular.

Benítez guardaba otra imagen suya, la de las viejas fotos del concurso de Miss Venezuela en *El Nacional* y *El Universal*, los dos periódicos que su padre compraba a diario y que, de niño, solía ver algunas tardes, cuando lo acompañaba a su bufete para hacer sus tareas escolares y a jugar a ser abogado. Después, en sus años de estudiante universitario, a MMM, como le decían en las crónicas sociales, la veía en algunas reseñas de saraos caraqueños en las páginas sociales y en la televisión, cuando era invitada a programas livianos de opinión. De esas entrevistas, la recordaba graciosa, inteligente y de risa fácil. Le había perdido la pista porque hacía ya mucho que no aparecía en público y ni se le nombraba en los medios. Formaba parte, junto con otros tantos personajes y cosas, de la Venezuela que se había extinguido con el siglo XX. Pensó, con algo de pesar, que de haberse tropezado con ella en la calle no la

habría podido reconocer, debería ahora pasar de los setenta.

La MacGregor levantó la vista del celular y lo miró mientras se aproximaba a su mesa. Cuando estuvo frente a ella, le sonrió, le extendió la mano y, a manera de saludo, le dijo:

—Cómo está, doctor Benítez, tanto gusto, siéntese, por favor. El señor Pérez Castillo me había dicho que usted era muy margariteño y creo que es la mejor manera de describirlo, al verlo nadie pensaría que pueda ser de otra parte. ¿Cómo está Margarita? Amo esa isla, sabe. ¿Y Caracas, cómo lo ha tratado?

Afincada en sus ancestros escoceses, María Mercedes MacGregor Paúl era de piel muy blanca y ojos azules profundos, aunque su sonrisa tenía la calidez del trópico. Era delgada, sin llegar al arremillamiento senil de las damas que enflaquecen por dietas forzadas, y la melena pelirroja que tanto se ponderara en las crónicas de la época se había transformado en un cabello blanco y corto, que no le cubría las orejas.

—Es un gran gusto conocerla, señora MacGregor. Margarita está estupenda y Caracas nunca me había tratado mejor, no tengo queja alguna. Cómo tenerla, basta con mirar este lugar, debe ser imposible encontrar en Venezuela algo más bello hecho por el hombre. ¿De quién fue la idea de vemos aquí, suya? —respondió Benítez al tiempo que echaba una mirada larga a los *fairways* del campo de golf, bordeados de mangos y mijaos, que se extendían ante sus ojos como avenidas verdes.

—Sí, fue mía. En verdad, esto es de lo más hermoso que hayamos hecho en este país. Es la demostración de que no en todos los lugares donde los venezolanos ponemos la mano destruimos el paisaje. Usted va a un club de estos en Miami, para no irnos tan lejos, y es perfecto, absolutamente previsible, allí lo único que esta fuera de lugar es lo natural. Esto es otra cosa. Mi padre, que era un aficionado serio al golf y conoció muchos campos en varios países, me decía que nada como el del Country, hermoso, bien cuidado y rodeado por una naturaleza desordenada como la nuestra, que no da treguas y le elimina cualquier artificio. Basta con mirar esos mijaos, qué árboles tan extraordinarios, qué poderosos. Además, las vistas al Ávila desde algunos parajes del campo son espectaculares, la montaña luce más imponente. Uno se siente bien solo de estar aquí, admiro profundamente la belleza de este lugar, creo que es el último gran sitio de la vieja ciudad y de una época en que la estética era aún un valor.

—Sí, usted tiene razón, conozco solo lo que he visto de la entrada hasta acá y la verdad este lugar es algo impresionante.

—Qué le parece si comienza a conocer el Country por una de sus mejores cosas, sus desayunos. No sé usted, pero me estoy muriendo de hambre —dijo ella mientras llamaba a un mesonero—. Jesús, por favor.

El mesonero se acercó de inmediato solo con un menú que le entregó a Benítez. La ex Miss Venezuela le sugirió un desayuno de panquecas con *maple syrup*.

—Este es el único lugar de este país donde las panquecas son auténticas y el *syrup* es de *maple* de verdad verdad, no ese caramelo horrible que sirven en otros lugares. Este es auténtico, de Vermont. Es mi desayuno favorito, pero solo lo tomo los domingos porque si no imagínese cómo estaría de gorda. Durante la semana desayuno yogur con frutas y una tostadita sola que Jesús, el mesonero que me atiende desde hace décadas, me trae sin necesidad de pedírsela.

Benítez, deseoso de hacer algo tan fuera de lo común, como era su presencia en ese lugar, apenas abierto el menú se olvidó de las panquecas con sirope de *maple*. Clavó sus ojos en un desayuno de la carta denominado "Hoyo en uno", que incluía salmón ahumado y huevos revueltos, con pan integral tostado, café con leche, mermelada y jugo de naranja. Para él esa era una combinación imbatible, si de desayunos se trataba, pero, con el precio del salmón, no recordaba la última vez que lo había comido. Dejarlo pasar en esa terraza, a un precio que para su sorpresa era más que razonable, y con el superávit de los viáticos en su bolsillo, habría sido un pecado capital. Llegado el momento, con una emoción casi olvidada, se lo ordenó a Jesús, y no se equivocó, fue un deleite supremo comerse una ración generosa de salmón con unos huevos revueltos cremosos a la vista y al gusto. Terminó su desayuno engullendo la última rodaja de pan tostado, untada con mantequilla y mermelada de guayaba, con el último sorbo del café con leche. Supo que pasaría mucho tiempo para volver a experimentar algo así, tanto como él tardaría en olvidarlo.

Mientras se daba un tiempo entre cucharada y cucharada de sus frutas con yogur, para acompasar su ritmo con el de Benítez, ella le contó del club y su historia y de las familias clásicas del Country, cada vez menos presentes, según su cuenta. Benítez asentía y de veras disfrutaba poder ver a través suyo un mundo que le era tan ajeno.

—Qué pena que no se pueda quedar más tiempo, el señor Pérez Castillo me advirtió de que usted se iba hoy mismo. De no ser así, lo invitaba a dar un recorrido por las instalaciones, a pasear un poco, hay una caminería hermosa por entre los campos de golf.

—Sí, es una pena que no pueda disponer de más tiempo, me habría encantado. Uno no puede siquiera suponer cuán bonito puede ser este lugar cuando lo mira desde afuera.

Transcurrido un introito largo y grato, en el que ella satisfizo ciertas curiosidades sobre el lugar y su historia, el objeto de su encuentro apareció como algo natural.

—Bueno, doctor Benítez, hemos conversado de todo menos de lo que necesitaba hablar conmigo. El señor Pérez Castillo solo me dijo que era usted un abogado prominente de Margarita a quien le había confiado realizar unas diligencias relacionadas con la muerte de María Genoveva, su esposa.

—Pues sí, eso me dijo, que era posible que, por su experiencia como Miss Venezuela, usted me contara algo relevante para el trabajo que me encargó sobre la muerte de su esposa. Y que si yo no lo consideraba relevante, igual tendría el placer de conversar con la mujer más encantadora de Venezuela. Algo en lo que tiene razón, sin duda.

—Gracias por el piropo, doctor Benítez, los piropos me caen bien, más ahora cuando son tan escasos. El señor Pérez Castillo habló conmigo y lo noté muy abatido. Cuando vi la noticia en la televisión, aunque dijeron que se trataba de un homicidio para robarla, a mí se me dio que se trataba de un suicidio. Ayer cuando hablamos, él me lo confirmó.

—¿Por qué lo pensó?

—No sé, intuición de mujer, tal vez. Supongo que su intención al arreglar este encuentro nuestro es que le hable de un hecho pasado que en algo puede relacionarse con el suicidio de Beba. Es obvio que él es todo un caballero y no le contó nada, me dejó a mí la decisión de hacerlo.

Benítez la miró intrigado. Ella continuó absorta, como si estuviese sola.

—Si va a ser de alguna ayuda, sin mucha fanfarria, se lo cuento: en el pasado, justo después de haber sido electa Miss Venezuela, intenté suicidarme con un disparo en el pecho. Fracasé, gracias a Dios, y por eso estamos aquí sentados.

Benítez se quedó estupefacto, esa sí había sido una confesión inesperada. De inmediato comenzó a preguntarse por qué una mujer como ella, Miss Venezuela en su juventud, que debió vivir la mejor de las vidas, quiso arrancársela.

—Nunca escuché nada de eso ni recuerdo que apareciera en la prensa, eso habría sido una noticia nacional.

—Mi familia manejó el caso con gran discreción, también el

señor Ignacio Galavís, el presidente del Miss Venezuela. La prensa de entonces era otra cosa, entendía que las figuras públicas tenían vida privada, no había esas persecuciones de ahora. Como era imposible ocultar que estaba desaparecida, mi familia hizo público un comunicado donde se informaba que había sido hospitalizada por una operación de emergencia, apendicitis. Sin embargo, claro está, yo era la nueva Miss Venezuela y, entre los médicos y enfermeras que me trataron, algunos no pudieron guardarse algo tan grueso, al final alguna gente supo que se trataba de una herida con arma de fuego, pero en este país los escándalos son como los carritos por puesto, pasan uno tras otro, siempre hay uno que está listo para suceder al anterior. Como me recuperé muy rápido y fui al Miss Universo, que ese año se celebró como dos meses después del Miss Venezuela, la mayoría de la gente creyó que el rumor sobre un balazo era un chisme sin fundamento. Me hicieron una cirugía plástica muy buena en la espalda, donde la herida era más grande. Las marcas que me dejó, que fueron mínimas, quedaban ocultas por el traje de baño, uno de aquellos Catalina a los que les sobraba tela, se acuerda, la marca oficial del concurso.

—Para no creerlo.

—La verdad es que yo misma me sorprendo de cuán increíble fue lo que sucedió. Tenía dieciocho años, estaba comenzando mi segundo año en la Escuela de Filosofía y Letras de la UCV, en aquella época no existía eso de los semestres. Cuando me metí al concurso, me echaban broma con eso pues las misses, por lo menos en el imaginario colectivo, no estudian Filosofía, y este debe ser el país donde la gente, en particular las otras mujeres, está más convencida de que si eres bonita debes ser tonta e ignorante. Si le interesa saber mi perspectiva sobre eso, pues no era mi caso, inmodestia que me permito por mi edad. De niña, me supe bella, inteligente y simpática. Lo último sin esfuerzo, me gusta la gente. Aquí en este club, por ejemplo, no hay una persona que conozca como yo, por su nombre y apellido, a quienes trabajan aquí, que conozca detalles de sus vidas, e incluso los nombres de algunos familiares cercanos. Lo mismo pasaba con la gente que trabajaba en la empresa de mi padre, soy madrina de por lo menos cien muchachos.

“No tenía entre mis planes ser Miss Venezuela, imagínese, a los dieciocho uno no tiene idea de nada, y lo peor es que cree tenerlo de todo. Decidí inscribirme en el concurso a instancia de mis padres, lo cual también es una rareza, porque lo tradicional era, no sé ahora, que los padres se opusieran. Pienso que ellos, en mi caso

más mi padre, quisieron que concursara porque se lo pidió Ignacio Galavís, que era muy amigo de la familia. Él necesitaba que una muchacha del Country participara en el concurso porque era una manera de darle prestigio. Para comenzar, en aquellos tiempos, comenzaba la democracia, los concursos de belleza tenían todavía, como otras muchas cosas, una pátina de la dictadura de Pérez Jiménez, un tufo a baile del Círculo Militar, no sé, no eran bien vistos por mucha gente de aquí. No era un evento de la democracia, o no se sentía que fuera algo con clase.

"Casi todas las misses eran de aquí de Caracas, casi ninguna de las muchachas venía del interior. No podían venir salvo que tuvieran vínculos caraqueños o fuesen de una familia con mucho dinero. Creo, también, que en aquella época Caracas estaba muy arriba y más distante del resto del país, venir aquí era un viaje no solo en lo geográfico, era como venir a otro mundo, lo supongo porque eso era lo que uno sentía, pero al revés, cuando iba al interior. Era como viajar en el tiempo. ¿Usted estudió en Caracas? ¿No le pasó algo así cuando vino para acá?".

Benítez sonrió y asintió.

—Un día mientras cenábamos en casa con el señor Galavís y su señora, papá solía invitarlos, se planteó el tema del concurso, me imagino que esa era precisamente la idea de aquella reunión. A mí no me pareció mal porque, bueno, no sé, creo que a las mujeres venezolanas, más que ser bonitas en términos absolutos, lo que nos gusta es que nos digan que somos más bonitas que las otras, y el Miss Venezuela es una oportunidad para que te digan eso frente al país: he aquí a la venezolana más bella entre las bellas.

"Mi padre fue muy serio y enfático en cuanto a que si aceptaba ser parte del concurso eso no era un juego, era un compromiso muy importante y que Ignacio Galavís, su amigo del alma, estaba poniendo mucho dinero ahí, que cualquier descalabro podría significar la ruina para él, que si aceptaba participar, no había vuelta atrás. La idea del señor Galavís era relanzar el concurso, invertir más dinero en él y elegir a una Miss Venezuela con *punch*, una muchacha del Country, por ejemplo, para que el evento sonara más y mejor, y las muchachas de buena familia del resto del país quisieran concursar. Cuando el señor Galavís ya se había ido, recuerdo a mi papá, con los ojos como dos tizones encendidos, su mirada escocesa, repitiéndome que si aceptaba el compromiso no podía *let my friend Galavís down*: 'María, cuidado le echas una vaina a Nacho, a ti misma y a nosotros'. Aunque a él las groserías le sonaban muy graciosas porque tenía un acento escocés muy fuerte,

esa vez no era para reírse, *he really meant it.*

"El caso es que acepté ser concursante y el sentido del compromiso en mi familia, precisamente por la influencia de mi padre, era algo muy, muy serio, nada que ver con el sentido criollo del compromiso, nosotros nos lo tomamos con soda, pero los escoceses no. Un compromiso para mi padre no se podía deshacer así como así, era algo muy fuerte, una traición. No sé si me capta, si logra entender la significación de eso.

"Aun cuando sabía que estaba asumiendo un compromiso con mi padre, con Ignacio Galavís y conmigo, nunca pensé que eso llegara a tropezar de manera tan dramática con algo mío, más personal, más íntimo. Estaba muy enamorada de un muchacho en la universidad, un estudiante de Administración, que me había trastornado. Él era hijo de un profesor del Instituto Pedagógico con una señora, muy dulce, egresada de Educación de la UCV. Un muchacho de clase media por definición, que no pertenecía a nuestro círculo, vivía en un apartamento en Las Acacias, era una familia muy bonita. Aquello fue a mediados de los sesenta y esta ciudad era otra cosa, las normas y las pautas sociales eran algo más serio. Era mi primer amor, él era un poquito mayor, apenas había cumplido los veinte y, claro está, esa era la edad para pensar que las diferencias materiales entre nosotros, que nos queríamos tanto, como dice la canción, no eran un obstáculo, y de llegar a serlo, allí estaba nuestro amor y nuestra perseverancia para superarlo.

"Ese muchacho por el que enloquecí era muy cumplido, muy formal con nuestra relación, para la edad que teníamos, pero usted sabe, así eran los noviazgos en la época. Me juraba que me quería más que a nada en el mundo y que me iba a querer siempre, pasara lo que pasara entre nosotros. Tenía mucha más calle que los muchachos de mi entorno, quiero decir, conocía el centro de la ciudad, sabía cuáles eran las esquinas de Caracas, hacía las diligencias de la familia, jugaba pelota en los campos de béisbol de los barrios, no iba a Playa Azul sino al balneario de Naiguatá. Cuando podía, me escapaba de Playa Azul para estar con él, comíamos pescado frito en la playa, y eso me encantaba, era otro mundo para mí. Hablaba de nuestro futuro como una realidad próxima, que nos casaríamos cuando termináramos la universidad, que nos íbamos a ir al exterior a hacer posgrados, que él iba a ser un profesional muy exitoso en el país y que íbamos a tener muchos hijos. La verdad es que tenía un poder increíble para convencerme. No eran sueños de enamorados, aquello era para nosotros un paraíso casi cierto, al alcance de la mano, era cuestión de que el

tiempo pasara.

"Tenía un Volkswagen escarabajo que era un perol y esperaba por horas a que saliera de clases para traerme a casa, era de las pocas oportunidades en que podíamos vemos a solas y conversar. De repente, tomábamos un desvío y compartíamos un helado de una heladería que estaba de moda, quedaba por Los Caobos, la Castellino, no sé, de repente usted llegó a conocerla cuando vino a estudiar a Caracas. Compraba mis helados allí, aunque después, como ha pasado en esta ciudad, ya no eran tan buenos. En fin, era un muchacho encantador y yo estaba muy, muy enamorada.

"No le había dicho nada a mi padre sobre él porque no había llegado la oportunidad. Tenía la impresión de que no iba a ser fácil lidiar con ese asunto y quise esperar a salir del Miss Venezuela para decírselo y comenzar esa otra pelea, pero los hechos, tal como se desarrollaron, no me dieron tiempo. Con las dificultades y obstáculos, como pasa en las telenovelas, el amor entre nosotros no hizo sino crecer, sentía que me faltaba el aire sin él y era capaz de hacer cualquier cosa que me pidiera.

"Cuando mi novio se enteró de que iba a participar en el Miss Venezuela la cosa le incomodó, pero no me reclamó nada, más bien optó por decirme, cada vez que tenía oportunidad, que esperaba que eso no fuese a distanciamos y acabar con la relación. Al principio no hubo problemas porque el Miss Venezuela de aquel período, bajo Ignacio Galavís, tenía una agenda muy suelta, era algo *amateur* comparado con lo de ahora. Cada quien en su casa hacía lo mejor que podía con su aspecto y su figura, entiendo que en la actualidad a las muchachas las internan desde meses antes, al cuidado de una serie de profesionales, médicos, odontólogos, gimnasio, escuela, pasarela y no pueden dedicarle ni un minuto a otra cosa.

"Aun con lo relajado que pudo haber sido mi concurso, cuando se aproximaba la fecha de la gala, la cosa se fue complicando. Había una serie de compromisos que atender, visitas a los medios, ruedas de prensa, ensayos del desfile y demás actividades. Nos veíamos muy poco porque, tan ocupada como estaba con el Miss Venezuela, ni siquiera iba a clases. Así que cuando nos veíamos, ambos estábamos muy tensos, él me hacía reproches por mi ausencia, se ponía muy celoso porque aparecía retratada con gente de la farándula, hombres famosos por alguna razón, y en las columnas de chismes me los echaban de novios. Él me hacía reclamos y cuando a mí se me salía el escocés, lo mandaba al carajo. Claro, después venía la reconciliación y la circunstancia de ser novios y de amamos

tanto se imponía a nuestras querellas.

"Para que entienda cómo era aquel amor y pueda tener una mejor idea de lo que era capaz de hacer por vivirlo, le voy a contar algo que no tendría que contarle para cumplir con el encargo del señor Pérez Castillo, ya dije que iba a cooperar con él. Algo de lo que una dama nunca habla con nadie, pero ya, a estas alturas de mi vida, nada de lo que yo haga o diga puede afectarme, eso es lo mejor o quizás lo único bueno de esta edad, uno se puede permitir ser irresponsable y desfachatado, mucho más que en la juventud. El caso es que en medio del tormento en que se había convertido nuestro noviazgo, hice algo que era, para la época y para una muchacha como yo, una auténtica locura. Una noche que había un evento del Miss Venezuela en el hotel Tamanaco, le dije a mi novio que me esperara afuera en el Volkswagen, que yo iba a salirme de allí antes de las diez. Fingí que me sentía mal y les dije a las chaperonas que un hermano venía en camino para llevarme de vuelta a casa; de todas maneras me acompañaron afuera y no estaban muy convencidas del cuento, pero como no lo conocían a él, terminaron comiéndoselo.

"Nos vinimos al Country, lo guie hasta una callecita ciega, una que lleva al hoyo cinco, que de noche era más solitaria que las otras. Los campos de golf del Country, en mi juventud, no tenían cercas y uno podía entrar por cualquier parte, y esa era la entrada que los muchachos de la época usábamos de vez en cuando para reunirnos a escondidas, a tomamos un roncito y damos una que otra patadita de marihuana. Aquella noche no podíamos sentamos en la grama porque temprano había llovido y estaba húmeda, pero él había traído un saco de dormir, le gustaba subir al Ávila y acampar allá arriba y cargaba parte de su equipo en la maleta del carrito. Lo extendió en una de las trampas de arena y allí nos metimos los dos. En aquellos tiempos no había tanta luz en Caracas y las noches eran mucho más estrelladas.

"Los dos sabíamos lo que iba a pasar y eso le daba un toque de ansiedad a nuestra idea de mirar el cielo juntos, imagínese, dos jóvenes que se amaban tanto, que no podíamos estar sin tocamos, juntos, apretaditos, en un saco de dormir, era como mucho, ¿no? Allí supe lo que era estar con un hombre y fue maravilloso. Muchas mujeres recuerdan con desagrado esa primera vez, y aunque la pérdida de la virginidad era para nosotras un trauma, para mí fue uno de mis momentos más dulces. A lo largo de mi vida conocí a otros hombres, por supuesto, pero aquella vez nunca la olvidé, hasta el olor húmedo del saco de dormir lo guardo con agrado en

mi memoria, qué no decir del acto en sí. No fue, por supuesto, ni cómodo ni una experiencia erótica exquisita, pero nunca más volví a estar tan cerca de alguien, fundida a otro ser, y sentir que los dos éramos uno. Allí fue cuando, en tan solo unos minutos y apenas una lección, entendí completa la filosofía existencialista".

XVIII

Cuando su celular repicó a las nueve de la mañana, Oscar Llabrés quiso creer que se trataba del Jefe, que el hombre había reconsiderado el asunto y hecho caso a su planteamiento de no permitir su sustitución, que el milagro no había tardado en producirse. Por eso, cuando una secretaria le anunció que el doctor Alfonso Pérez Castillo quería hablarle, su primera reacción fue de desencanto, pero se recuperó de inmediato y lo atendió con amabilidad, no solo por la circunstancia de que se trataba del viudo de Beba y de un gran patrocinador del concurso sino porque, por encima de eso, Alfonso había sido siempre muy cordial y amistoso con él. Lo había visto en Margarita, y dado el pésame, el día en que vino a buscar el cuerpo de Beba, mas, por el gran número de personas concurrentes a un velatorio tan importante, en medio de la prisa general, no tuvieron siquiera tiempo de hablar.

Cuando colgó, cinco minutos más tarde, estaba estupefacto; Beba se había suicidado, eso sí que era absurdo. ¿Pero qué pudo haber empujado a una criatura como ella a cometer semejante tontería? Era obvio que no fue por un problema amoroso con su marido; estaba al tanto de la situación entre ambos desde su génesis. Había conversado con los dos en más de una oportunidad sobre el tema, mucho antes de que la crisis fuese conocida por toda Caracas. Ella, era claro, no sentía por él amor ni odio ni pasión alguna que pudiera llevarla a cometer algo tan terrible contra sí misma. La de ellos era una relación tranquila, que de haber dependido solo de Alfonso habría sido incluso buena. Había sido un marido atento y solícito y, hasta donde sabía, continuó siéndolo hasta el final.

Descartada asimismo cualquier situación de mina económica, quedaban muy pocas razones a la mano. Tenía un hijo que

seguramente la quería bien. Cierto que lejos y que lo echaría mucho de menos, pero aparte de común, esa era una situación vieja, su hijo tenía años afuera. ¿Sería Beba una de esas bellezas que al envejecer no resistían mirarse en el espejo? Beba estaba por los cincuenta y tantos y de repente la edad tenía algo que ver con el asunto. Las misses terminaban siendo unas exageradas en el cuido de su imagen física y era usual que algunas, al llegar a cierta edad, se sintieran las mujeres más feas del universo. No era fácil para quien había sido bonita por tanto tiempo percibir de pronto cómo se deterioraba su belleza. Hay un punto en el que, de repente, comienzan a sentirse feas y, lo peor, a sentir que de los ojos masculinos que había enfrente emanaba algo que ya no era admiración ni deseo.

Algunas venían a verlo de vez en cuando a pedirle que las ayudara a lucir chéveres de nuevo, a que hiciera el milagro de hacerlas brillar como en su juventud. Pero esos milagros solo eran posibles cuando el cuerpo base tenía veinte, no sesenta. No hay milagros de belleza después de esa edad, vaya si él lo sabía. Beba, sin embargo, no parecía de esas, parecía llevar muy bien la edad y la belleza. Ni siquiera por su insistencia había accedido a hacerse a los cuarenta un refrescamiento del rostro, a pesar de que le insistió que no era importante, unos *stitches* discretísimos. Nunca, que él supiera, quiso hacerse implantes de senos ni lipos ni nada de eso. Parecía estar de lo más conforme con su apariencia A su entender, ella combinaba perfectamente la madurez de su psique y la belleza de su físico.

Conocía a Alfonso y sabía lo devastador que pudo haber sido para él esa noticia, debió ser la peor de sus pesadillas. Parecía tranquilo al hablar y aparentaba haber superado el *shock* inicial, pero la procesión, seguro, iba por dentro. Quiso arrancarle algunos detalles del asunto, pero su amigo se refugió en la excusa de no hablar el tema por teléfono y le prometió dárselos luego, cuando se vieran con tiempo. La llamada fue para pedirle que recibiera a un abogado suyo, margariteño, *cosa más rara, mijito, Alfonso con un abogado de esta isla*, al que debía darle cualquier información sobre Beba, sobre su personalidad, sus pensamientos y cualquier confidencia que ella le hubiera hecho en la que el hombre mostrara interés. Que era un favor personal el que le estaba pidiendo y que no tuviera reserva alguna con el abogado, que, como él vería, era un hombre en el que se podía confiar. Quería también pedirle, no faltaba más, que no compartiera la información sobre Beba con nadie, que él la haría pública cuando lo juzgara oportuno.

En otras circunstancias, Oscar Llabrés se habría puesto a

elucubrar durante horas las razones que pudo haber tenido su miss amiga para tomar esa decisión, pero estaba tan abrumado con sus propios aconteceres que, a pesar de lo terrible de la noticia, no pudo dejar de pensar en él mismo y sus difíciles circunstancias, ya habría tiempo para dedicárselo a Beba. Llamó a su secretaria y le pidió que ubicara a Ramón Medialdea y le dijera que quería verlo y la instruyó para que, salvo del Jefe, no le pasara llamadas de nadie.

Necesitaba ver a Ramón Medialdea porque era la persona más creativa de su entorno, el único con el que podía sentarse a pensar para tratar de encontrarle una salida a un callejón que parecía no tenerla. Ramón también era la única persona de su equipo en la que podía confiar. Estaba convencido de que al hacerse públicos los planes de la Organización, los gerentes y técnicos que la conformaban se concentrarían en sobrevivir en el nuevo esquema, y no vacilarían en darle la espalda a él, incluso maltratarlo, y abrazarse sumisamente al nuevo ídolo. Lo harían sin ningún remilgo, no se podía esperar otra conducta de un gerente. Ramón Medialdea no era un mediocre de esos, era un tipo brillante, competente y ambicioso que en cada oportunidad le había dado muestras de su lealtad y utilidad.

Sus problemas ahora tenían nombre y apellido, Tito con guioncito en el medio. Su instinto de sobreviviente, ahora que entendía que el Jefe no era una instancia salvadora, lo impulsaba a tramar algo, urdir un plan para confrontarlo y quedarse al frente del Miss Venezuela, la obra de su vida. Él no nació para ser un jarrón chino. Pero Guioncito en el Medio era amigo cercano de Diego, de eso estaba seguro, de qué otra manera le iba a confiar un concurso que era la tarjeta de presentación de sus empresas. Según lo dicho por Bracamonte, podía suponer que Guioncito era uno de esos venezolanos criados en Estados Unidos, bilingüe natural, formado "para ser un líder" en una escuela de *business* de una universidad prestigiosa. Que a esa formación añadiría, porque no iba a ser él la excepción, lo peor de la picardía criolla y una gran ambición, tan grande como para llevarse por delante a cualquiera sin escrúpulo alguno. Guioncito tenía, sin duda, todas las de ganar.

Él, por su parte, tenía una sola carta que jugar, una última esperanza que se fundaba en un elemento que en la Organización estaba por encima de la amistad y de cualquier otro credo: el dinero. Por lo que Bracamonte le adelantó, la propuesta que había presentado Guioncito tenía un punto negativo: sería muy costosa. Producir un modelo ideal de belleza costaba una enormidad y el retomo de esas inversiones no sería inmediato, habría de pasar un

tiempo para verle el queso a la tostada. Los éxitos del modelo tendrían que ser rápidos, constantes y muchos para poder mantener ese nivel de costo. Eso podía demostrarse con números y Ramón lo podía ayudar en eso. Le pediría que buscara a un experto en finanzas para que produjera un estimado de gastos para un proyecto de esa magnitud y él se encargaría de hacerlo llegar por una vía oblicua a donde tenía que llegar. Su única posibilidad de triunfar estaba allí, en demostrarle a la Organización, una vez más, que él garantizaba el mayor nivel de éxitos a un costo bastante menor.

Lo suyo, ya lo tenía claro, era completar el certamen en curso de manera exitosa y elegir a una Miss Venezuela espectacular que pudiera ganar el Miss Universo o por lo menos ser la *runner-up*. Si eso ocurría, era más que argumentable que el concurso no estaba en decadencia, que los triunfos continuaban a buen ritmo. Abandonar entonces una Casa Miss Venezuela que aún garantizaba triunfos con un altísimo rendimiento, para abrazar un proyecto de una escala muy grande y metas distantes, bajo la dirección de un muchacho sin experiencia, que se basa solo en una teoría estadística de los juegos de pelota, no era de suyo una decisión fácil de tomar. Había que resaltar ese dilema y presentar un plan alternativo suyo suyito menos costoso. El objetivo era suspender la ejecución del plan de Guioncito y confiar en la inercia.

Su plan era mucho menos costoso, aunque inversiones habría que hacer. Ya no era posible sacarles más jugo a esas producciones pobrísimas, sin artistas de calidad, sin sorpresas ni atractivos. De seguir esa tendencia, el concurso iba a quedarse arrinconado para siempre en un estudio de la planta, en un *Sábado Sensacional* sin el menor *glamour*. Había que salir de ese rincón y propondría dos opciones. Si se develaba el secreto y se sabía que Beba no había sido asesinada, la isla podía ser nuevamente la sede. Si, no obstante, el único remedio era irse a Miami, pues tenía a su favor que la idea de irse allá había sido suya en un principio, por lo menos quince años llevaba planteando eso. No se había llevado a la práctica porque el Jefe temía que esa decisión generara represalias del Gobierno que afectaran sus otros negocios en el país, pero las cosas podían cambiar.

Eso sí, ejecutaría el proyecto de manera exclusiva, él era el Rey de la Belleza y los reyes no comparten sus tronos con nadie. Se instalaría en Miami, tendría a Guioncito bajo su supervisión y quizás lo enviaría a Caracas a probar la viabilidad de su modelo estadístico en el propio terreno. Ese sería su fin, este país enredado, este tremedal que se traga todo, esta Venezuela con claves

indescifrables hasta para los más criollos se encargaría de él. Los costos del proyecto no le darían tiempo a desarrollar los anticuerpos necesarios para sobrevivir en esta Caribia de mierda. Lo que sí era cierto era una cosa: él no se iba a entregar sin pelear. *Coño, ¿dónde estará Ramón?*

XIX

Develar ese episodio oculto de su pasado pareció significar un gran esfuerzo de conciencia, que le cobró a María Mercedes MacGregor parte de su frescura. En su rostro apareció de pronto una nota de cansancio y era evidente que necesitaba recobrar el aliento para continuar. Se quedó callada por un par de minutos, tomó unos sorbos de su café y miró, con nuevo y falso interés, el desempeño de los jugadores de una partida de golf que comenzaba en un hoyo cercano a la casa club. Benítez no quiso apurarla ni alterar su ritmo, se limitó a guardar silencio. Ella sonrió triste, distante, a nadie o tal vez a la joven adolescente que había entregado su amor una noche caraqueña en una trampa de arena en las adyacencias del lugar donde ahora estaban. Con suavidad y en el mismo tono de voz, volvió a su historia.

—De regreso a casa, después de ese primer y único encuentro entre nosotros, recordé una clase de Filosofía en la que el profesor nos hablaba de la soledad del hombre y su condena de ser uno en el mundo. No existe para el hombre la posibilidad de existir en el otro o con el otro, el hombre está condenado a estar solo, repetía. Pues bien, lo habrá dicho Sartre o quién sabe quién, pero eso no es cierto, quien lo sostenga nunca vivió una experiencia como la mía, la nuestra, que afirmaba lo contrario. Por haberla vivido aquella noche en el campo de golf, puedo jurar que sentí que ciertamente podemos estar o ser con los otros, eso sentí, que no estamos solos, que los dos nos habíamos vuelto uno. Nuestra comunión aquella vez fue tan perfecta que nos ha mantenido unidos desde entonces, unidos en la distancia porque nunca se repitió, pero aun así, ambos sabemos que a partir de aquel episodio nuestras existencias han estado una con la otra, amantes para la eternidad, pero lejos uno de otro, sin vemos ni tocamos jamás.

“Mi novio no esperaba que yo pudiera llegar a —María Mercedes dudó sobre la palabra exacta a usar— estar con él así, sin mucha prosopopeya. Máxime si en sus ataques de celos decía no estar seguro de mi amor. Yo lo que quería era que él supiera cuánto lo amaba y por eso planeé ese encuentro, aquella era la mayor prueba que tenía a la mano para demostrarle que lo quería por encima del Miss Venezuela, de mis padres y de lo que fuera. También era verdad que ya para esos días no estaba muy segura de cuál sería el curso que iba a tomar mi destino. Algo me decía que ese gran amor tenía sus días contados y quise vivirlo. Me olía que iba a ser la ganadora del concurso y, de ser así, me tocaba ir al Miss Universo en California, en Los Ángeles. Si la suerte me acompañaba hasta podía ganarlo. Eso, por lo menos, me aseguraba Ignacio Galavís. Me decía que más allá de lo físico, que a él le parecía muy bien, yo hablaba inglés perfectamente y ese era un punto donde las misses nuestras fallaban.

“El caso es que si lo ganaba, creíamos ambos, nuestra relación habría terminado porque eso iba a cambiar mi vida. De hecho el Miss Venezuela, solo con participar, ya la había cambiado. Quería que si las cosas salían bien en el Miss Universo, o sea, mal para nosotros, como era posible pensar, él tuviera el recuerdo imborrable de cuánto lo había querido. Nos quedamos en el saco de dormir un rato, hasta la madrugada, y luego me llevó a casa. Nadie más que nosotros, y ahora usted, supo de ese maravilloso encuentro, de allí en adelante lo que vino fue realmente horrible y muy doloroso, nos separó de manera irreversible. Y aunque el amor, creo que en el caso de ambos, sobrevivió a aquel impacto, resultaba imposible siquiera pensar en que podíamos estar de nuevo juntos después de haber vivido aquel infierno.

“Gané el Miss Venezuela y mi novio quedó absolutamente excluido de lo que la corona significó y trajo consigo. No podía acompañarme a ninguna parte, ni estaba invitado a las fiestas y, como yo no iba a clases en esos días, no nos veíamos en absoluto. Fue en ese lapso cuando las emociones que se habían acumulado a lo largo de varios meses se precipitaron. Tengo una vaga memoria de aquello, no es algo que haya querido recordar, pero sí tengo clara la sensación que tenía de que vivía con una gran prisa. Las eventos se sucedían con una velocidad de vértigo y se acumulaban en mi ser con tanto volumen, que llegué a creer que a mi edad lo había experimentado todo, que ya había vivido y a los dieciocho años podía darme el lujo de ponerle término a mi existencia.

“Recuerdo que, como al mes, volví a clases y pudimos vernos,

pero nuestro encuentro fue horrible. Sus celos por mi actuación, la rabia contra la gente del concurso que me rodeaba, el dolor, todas esas cosas se mezclaron. Me insistía en que no podía vivir así y que lo mejor era terminar nuestra relación. Yo me negaba, por supuesto. Me dijo que vivir sin mí no tenía sentido y para él era preferible la muerte al sufrimiento por mi ausencia. Igual significado tenía para mí una ruptura, no era un decir, en esa encrucijada de mi vida, perderlo a él era morir, y si hubiera podido renunciar a la corona y no ir a California, lo habría hecho. Mas para entonces me había dado verdadera cuenta de lo que significaba ser Miss Venezuela, aquello no era un juego, había mucho de por medio. Sentía que aparte del compromiso que hice con mi padre y con el señor Galavís, estaba Venezuela. Cuando me eligieron, comencé a entender que tenía también que representar a mi país, que había mucha gente con expectativas en tomo a mí y que no la podía defraudar. Puede parecer una tontería de una muchacha engreída, pero no lo es. A veces iba a programas de televisión y otros eventos de corte popular y veía a la gente humilde cómo me miraba, en particular las muchachas, y sentía que vivían conmigo la ilusión de ser Miss Venezuela. Eso comenzó a pesar en mí tanto como lo otro.

"Así las cosas, atrapada entre dos fuerzas demasiado grandes como para que una muchacha todavía adolescente pensara con claridad, la idea de morir para estar juntos, sin que nadie se interpusiera, siendo los dos uno para la eternidad, como lo fuimos aquella noche en la trampa de arena del campo del Country, comenzó a tomar cuerpo. Ni más ni menos, eso fue lo que él planteó, un pacto de amor, como me enteré que le dicen los periodistas de sucesos. He leído sobre ese tipo de suicidios, de parejas jóvenes, y al parecer es el hombre, enfermo de romanticismo, quien entiende que esa es la salida ante lo que se percibe es una dificultad insuperable. Las mujeres somos menos románticas, o por lo menos podemos segmentar mejor el problema y lidiar con él en dos tableros. El hombre juega concentrado en uno solo y la dificultad lo aplasta.

"El profundo romanticismo que expresaba y la pureza que percibía en su amor terminaron por convencerme. Había mucha belleza, mucha ternura en la idea, el atractivo que el romanticismo tiene a esa edad, por lo desesperada que también yo estaba, no sé. Solo le puedo decir que cuando me lo propuso fue como si de pronto, ante un horizonte cerrado, apareciera la posibilidad de un escape, la solución definitiva.

"Sartre decía que al momento de elegir, aparece la angustia de

estar solo, la soledad radical. No fue así en mi caso, puedo jurarle que en el instante en que tomé la decisión de compartir la muerte con él, más bien sentí que jamás volvería a estar sola. Experimenté un gran alivio, fue como si me hubieran dado una droga muy poderosa, me creía moralmente superior, supongo que a él le pasaba lo mismo. Pensaba que lo que los demás hicieran en adelante con respecto a nosotros nunca podría afectamos. Esa fue mi experiencia en lo que se refiere a ese episodio, que ahora juzgo como arrogante, en el que había decidido morir por mi propia mano. Hay en esa decisión un umbral que se traspasa. Un desdoblamiento que me permitió ser testigo de mi propia realidad, como si fuese otra la persona a quien le estaban pasando las cosas, incapaz de hacer nada, más allá de registrar y llevar una crónica de los hechos. Que era otra la que había determinado mi muerte, la que me ordenaba inmolarme como expresión última de un amor que creía imposible, y me impedía ver cualquier otra opción. Esa María Mercedes murió con el intento de suicidio, no volví a pensar en la muerte voluntaria como una salida para nada.

"Mi novio, que era tan tranquilo, al calor de aquellas emociones tan caudalosas estaba también tan desesperado que de inmediato quiso ejecutar el plan. Veníamos en el Volkswagen, de la universidad a mi casa, y nos desviamos para ir a la suya. Me dijo que su padre era aficionado a la cacería y tenía un rifle calibre veintidós que usaríamos para nuestra inmolación. Lo esperé en el carro mientras él buscaba el arma y le puedo jurar que no me sentía nerviosa, de hecho no sentía nada, aquella era ya una irrealidad.

"Regresó con el arma de su padre y tomamos hacia el Country, el camino a mi casa, pero nos desviamos hasta una placita en una calle que se llama Oriente, donde nos parábamos a veces a conversar. Allí nos bajamos del carro y nos sentamos en unas piedras de esas gigantes que hay por esta zona. Yo no quería de ninguna manera darme un tiro que me afeara el rostro ni un tiro en la boca, que me parecía grotesco, y por eso le dije que tendría que ser en el pecho, en el corazón. El rifle me resultaba muy incómodo y pesado para hacer eso y acordamos que él me ayudaba sosteniéndolo por la culata y yo apretaba el gatillo, por eso fui la primera en intentarlo. Nos besamos y ese es el último recuerdo que tengo de ese episodio, mi cerebro borró el resto.

"Según me contó él mismo, cuando pudimos hablar de aquello tan terrible, me ayudó a apoyar el cañón del rifle sobre mi pecho, donde se suponía que estaba mi corazón, pero lo sorprendí al apretar el gatillo antes de lo que él suponía, sin dar tiempo a mucho

acomodo. Eso, lo de actuar con rapidez, yo lo había pensado antes, no quería mirarlo a los ojos en ese momento, sentía que a lo mejor cambiaba de opinión en el último segundo. Estaba y quería estar en un túnel; si por alguna razón me salía de él, no habría apretado el gatillo. El ruido del disparo, el impacto visual de algo tan espantoso, imagínese, literalmente pegarle un tiro a quemarropa en el pecho a una muchacha a quien se ama y verla caer ensangrentada debe ser horrible. Según trató de explicarme, fue una especie de despertar de una pesadilla, de lo que para cualquiera en su sano juicio era una locura.

"El caso es que al verme herida, cambió su decisión de matarse. En lugar de darse un tiro en la boca como me había dicho que iba a hacer, era lo más fácil para él con un rifle, me recogió del suelo, me metió como pudo en el Volkswagen y me llevó a una clínica en Altamira. ¿Por qué el disparo no fue mortal? No lo sé. Quizás por disparar tan rápido no ubicamos el corazón, o me moví al disparar, o él movió la culata de manera voluntaria o involuntaria, pero estoy convencida de que fue Dios quien no podía querer que algo tan feo como aquello pasara, usted se imagina. La bala me traspasó el pecho y solo me afectó la piel, tejidos musculares y me rozó el pulmón izquierdo, pero nada grave. Fue un milagro.

"Al recobrar el conocimiento en la clínica, tras haber sido operada y tratada, era otra persona, había madurado en ese corto período lo que iba a madurar el resto de mis días. Juzgué de inmediato lo que había hecho como una gran tontería, la misma sensación del borracho con la resaca. No me sentía culpable, me sentía estúpida. Pero fue al ver a mis padres cuando tuve verdadera noción de lo loca e irresponsable que había sido. Cuando vi a papá, a quien nunca antes le había visto una lágrima, llorar con aquella desesperación, aferrado a una de mis manos como si no quisiera soltarme y dejarme sola nunca jamás, entendí la magnitud de lo que había hecho. Me prometí que nunca más le causaría a nadie a quien quisiera semejante dolor, que no dañaría a otro ser querido con mi infelicidad, eso es inhumano. Al contarles lo que había pasado, me dolió además que se sintieran culpables. Ellos habrían dado cualquier cosa, me dijeron, por echar el tiempo atrás, no haberme propuesto la inscripción en el Miss Venezuela y dejarme que viviera mi amor juvenil como cualquier otra muchacha.

"Tal vez sea una estupidez decirlo, pero creo que fue por esa experiencia que he sido después la persona más feliz del mundo, pues a partir de ese episodio siempre me puse en los zapatos de los demás. He mirado al prójimo con mejores ojos. La tolerancia y

comprensión de las motivaciones de los otros ha sido la llave a mi felicidad. Por eso, con cada año transcurrido me he vuelto más indulgente a la hora de juzgar lo que hicimos. Paso mis juicios por esa experiencia cuando valoro las cosas que hacen los demás, en especial si son jóvenes. La gente olvida que se trata de muchachos, y que a esas edades pensamos de una manera distinta. Somos aprendices y cometemos errores, disparates que podrían marcar el resto de nuestras vidas, sin estar en lo absoluto conscientes de ello. Ahora, pienso que condenar a un muchacho cualquiera, o condenarse uno mismo, a una suerte de cadena perpetua por estupideces juveniles es demasiado cruel, tenemos que ser más justos. En esa etapa, y de eso estoy convencida, la locura y nosotros vamos tomados de la mano, y de repente se nos suelta.

"Mi novio también sufrió lo suyo, o tal vez más que yo. Apenas me llevó a la clínica, llamó a su casa y habló con su papá, quien vino con un abogado amigo de su familia, un profesional muy respetado que era decano de la Facultad de Derecho, que fue la persona que se encargó de todo. Hasta de la discreción con que se manejó el caso. A él lo detuvieron de manera preventiva, como es lógico, pero solo por dos días, lo soltaron cuando declaré a las autoridades, dije que había sido un accidente, que él tenía el rifle y quería enseñarme a disparar y se nos había escapado un disparo.

"Pasaron meses antes de que pudiéramos vemos de nuevo. Para comenzar, mi padre y mi madre no me dejaban sola, y él no se atrevía siquiera a llamarme, según me dijo, cuando al fin pudimos hablar. Estaba muy avergonzado, sentía que había faltado a su palabra, que había traicionado una promesa y que había sido un cobarde al no pegarse el tiro que había prometido. No solo me había engañado sino que además me había expuesto al escarnio público, pensaba que debía estar furiosa con él y odiarlo. Pero en modo alguno era así. Creo que a él le tocó vivir, antes que a mí, el despertar de aquella ensoñación nuestra que se había vuelto pesadilla. No se puede amar así, aquello era desquiciado, y a él le tocó darse cuenta justo cuando me disparé. Ese convencimiento lo tuve también cuando desperté de la anestesia y tuve conciencia de lo que había ocurrido. Me sentí tan infinitamente agradecida a Dios por haberme salvado que lo último que habría sentido sería odio por la persona que había sido el vehículo de mi salvación. Vivir, lo entendí muy claro, era mucho más que el callejón sin salida donde nos habíamos metido, y si tenía que haber pasado por aquella experiencia para apreciarlo en su real magnitud, bien haya sido, eso me dio la capacidad de juzgar a la gente, y a mí misma, desde un

ángulo privilegiado. Como le dije, ese ha sido el secreto de mi felicidad.

"Nuestra relación terminó con ese episodio, como era de esperarse. Pero creo que el amor nunca se acabó, por lo menos no el mío. He sentido por él algo muy especial, fue mi gran amor, nunca más volví a amar a alguien de esa manera y no puedo menos que estar agradecida con la persona que me hizo conocer ese sentimiento, vivir esa emoción; es como haber viajado a la velocidad de la luz. Jamás juzgué su conducta como una cobardía. Al contrario, hay que ser muy valiente para abandonar una insensatez cuando las cosas han llegado a cierto punto, y darle, con honestidad, la cara a la gente. La exposición al estigma fue mayor para él que para mí, y como en Caracas no hay secretos absolutos, pienso que más de una vez alguien se lo habrá sacado. Mi familia tampoco lo juzgó mal por eso. Claro, si mi padre se lo hubiera encontrado en la clínica aquel día lo habría estrangulado con sus propias manos. Mas eso fue en los primeros instantes, superado el *shock*, lo perdonó.

"Pasadas unas semanas, volvió la rutina, fui al Miss Universo y aunque me eliminaron en la primera fase, fue una experiencia grata. Creo que no lo gané porque ya no tenía respecto al certamen ninguna ilusión, para mí estar allí era solo parte de mi cura. Y sin ilusión no se puede ganar un concurso de belleza porque a uno le falta en la mirada ese brillo especial, esa expresión en el rostro que hace la diferencia. La belleza, entre otras muchas cosas, es también una emoción.

"Terminé mi carrera en Filosofía y me casé con un hombre bueno, rico, como casi siempre hacemos las Miss Venezuela, a quien quise con un amor sereno y con quien tuve mis hijos. Lamento que no me acompañe en esta última etapa de mi vida, porque fue como un bálsamo para mí. Diría que he sido feliz, aunque nunca hubiera vuelto a amar como amé aquella primera vez. Muy de vez en cuando, mi antiguo novio y yo nos hemos tropezado por ahí, en alguna fiesta, concierto o funeral y nos saludamos con cariño, chévere, sin resentimientos de ninguno de los dos, eso es lo más hermoso. No obstante, nunca hablamos de esto. Salvo la primera vez que lo hicimos, cuando él me contó qué había pasado después del disparo, jamás volví a mencionarle nada que tuviera relación alguna con ese hecho, ni quise escuchar nada que él quisiera decirme sobre ello.

"No sé si esta experiencia pueda ser comparada con la de María Genoveva Herrera. No la conocí mucho, intercambiábamos saludos

cuando nos encontrábamos, pero hasta ahí, cortesía de una Miss Venezuela con otra. Conocí más a su madre, que era una mujer muy bella, enloquecida por el teatro, sentía pena por ella porque solo hablaba de eso, de su pasión de ser artista y su frustración por no haber podido vivirla. Aunque no tuve un conocimiento íntimo de cuál era su personalidad, sí pude percibir, porque era muy obvio, que poseía un ego de diva que le quedaba muy grande y proyectaba sobre los demás.

"Beba era muy distinta, callada, discreta y parecía muy ecuánime. ¿Por qué se suicidó? ¿Cómo saberlo? Lo que sí puedo decirle es que una vez que uno entra en ese túnel del suicidio, y comienza a pensar en él como la solución a su problema, cualquiera que sea, intentarlo no resulta tan estrambótico como se piensa o como pueden pensarlo algunos suicidas que han fallado su intento; al revés, resulta de lo más lógico. En mi caso fue el amor, la gran pasión que sentía por otro ser que me hacía demasiado dolorosa, insoportable, la vida sin él, al punto de preferir la muerte a su ausencia. No sé, no creo que, a su edad, Beba estuviera entregada a una pasión como esa, eso es de jóvenes, de Romeos y Julietas. Si yo fuese usted pensaría en el aburrimiento, en la soledad, en la terrible tristeza que genera estar solo y sentir que se vive para nada y para nadie.

"Hay una película que se llama *Crimes of the Heart*, que me imagino fue traducida al español como 'Crímenes del corazón', con Diane Keaton, Jessica Lange y Sissy Spacek. Se trata de una buena película pero no alcanzó los niveles de un clásico del cine. La recuerdo muy bien por un episodio clave en la narración que me tocaba de forma directa, un suicidio. La película se desarrolla en un pueblo del sur de los Estados Unidos, en Alabama, Mississippi, un estado de esos, y trata de tres hermanas cuya madre se suicidó cuando eran niñas. Eso dejó sobre las hijas una especie de estigma, no solo por darse muerte a sí misma, que como sabe es reprobado por mucha gente en todas partes del mundo, más aún en las comunidades muy religiosas, sino porque la madre antes de suicidarse mató al gato de la familia, hecho que la prensa local resaltó como algo tanto o más importante y condenable que su suicidio.

"Es un episodio trágico, pero el tono de la película es el de una comedia negra, menos mal, de lo contrario no habría podido verla completa. El caso es que en el curso de la acción, una de las hermanas, interpretada por Sissy Spacek, tiene un problema con el marido e intenta suicidarse colgándose del candelabro de la casa

materna, donde se había refugiado al romper con su pareja. El intento fue fallido porque el candelabro, con parte del techo que lo sostenía, se vino abajo. Realmente es una escena divertida, aunque un intento de suicidio nada tiene de divertido, créamelo. Ella apareció ante las otras dos hermanas, con la soga al cuello y arrastrando el candelabro, y con la mayor circunspección les dijo: 'Ahora sé por qué mamá se suicidó. Tuvo un mal día, por eso lo hizo'. '¿Y por qué mató al gato?5, le preguntaron sus hermanas. 'Porque era un viaje que no quería hacer sola, le daba miedo', les respondió.

"Esa me ha parecido la mejor explicación sobre el tema del suicidio. En medio de un mal día cualquiera lo hace, en parte explica el mío, estaba viviendo unos días malos, pero aquel, con la pelea en el carro, fue de lejos el peor que tuvimos. También explica lo otro, lo de la soledad, en mi caso pude haberlo intentado sola, en mi cuarto, con unas pastillas o algo así, créame que lo había pensado alguna vez. Si no matarme, por lo menos tomarme unas pastillas y quedarme dormida hasta que pasara aquella situación que me angustiaba tanto, pero no me atreví, me daba terror hacer algo así estando sola. Quizás por eso me avine a intentar el suicidio con él de compañero en la muerte, pues sentía que los dos éramos uno. No sé cuáles fueron las circunstancias de Beba, cada quien es como es. Solo espero que todas estas cosas que le he dicho lo ayuden en su investigación, mucha suerte. Por cierto, le voy a decir algo que quizás nadie le haya dicho antes: usted es un hombre al que provoca contarle los secretos. Envidio a su esposa, las conversaciones con usted son muy gratas".

XX

Amanecer en casa un sábado tras dos días de ausencia era para José Alberto Benítez una bendición. Aunque este viaje a Caracas había sido casi de placer, si se lo comparaba con la paliza de sus viajes rutinarios, no había para él nada como dormirse escuchando la pausada respiración de Elvira a su lado, y despertar con la lenta y previsible sucesión de los ruidos que le resultaban familiares —el canto de los gallos en los predios vecinos, el tictac del reloj de la sala, los trinos de las paraulatas en la mata de mangos del fondo, el eco de la radio de su mujer en la cocina—. Y, por encima de todo, hacerlo con la reconfortante sensación de estar en Margarita, rodeado de agua por todas partes, a salvo. Permaneció un rato en la cama en una pelea tramada contra la flojera antes de levantarse y entrar al baño. Se cepilló los dientes y se afeitó sin prisa. Al terminar, se contempló en el espejo y por primera vez desde que había renunciado a WPM, en el siglo pasado, sintió que estaba mirando el rostro de un triunfador.

El desayuno sabatino de bienvenida que le preparó Elvira, compartido en la calidez de la cocina de casa, fue un regalo al paladar; la arepita delgada y tostada con un revoltillo de raya salada con ají dulce, un huevo frito y tomate margariteño, acompañada con jugo de parchita y café fueron un homenaje delicioso a su retomo. Pero el recuerdo de su “Hoyo en uno” de la terraza del Country era todavía demasiado vivido como para no establecer comparaciones asimétricas. Si él fuese María Mercedes MacGregor y viviera en el Country Club, también desayunaría a diario frente a los campos de golf, con sus *fairways* guardados por majestuosos mijaos, concluyó.

Después de hablar con Elvira de variados temas, por esa necesidad que sienten las parejas añosas de ponerse al día en los

cuentos aunque la separación haya sido muy corta y los acontecimientos escasos, la conversación derivó sobre el destino que había que darles a los inesperados proventos por el caso de la miss infortunada. Benítez creía que, una vez hecho un buen abono a las tarjetas de crédito de ambos, lo más conveniente era comprar un aparato de aire acondicionado que reemplazara el viejo y ruidoso que tenían en su habitación. Le expuso las bondades tecnológicas del aparato nuevo y lo mucho que podía aportar a la calidad del sueño de ambos; más que un potencial comprador Benítez asumió el papel del vendedor a comisión de un almacén del centro de Porlamar. Elvira lo dejó explayarse en su explicación, para luego, con el mismo tono que usa una madre para decirle a su hijo "no" ante un juguete deseado, le dijo que estaba bien lo de las tarjetas, pero que había pensado en otras urgencias domésticas y que lo del aire acondicionado quedaría para más tarde, cuando le pagaran el resto de los honorarios. Benítez sabía que cuando eso ocurriera aparecerían nuevas prioridades y tendría que posponer su sueño, pero quiso dejar el asunto hasta allí, prefería la paz doméstica al mejor de los aparatos refrigerantes.

Eximido de recoger la mesa y ayudar con la limpieza de los trastos del desayuno, una última regalía por su retomo, Benítez se fue a su estudio a conectarse a internet y leer la prensa sin el apuro de tener que salir a trabajar. Fiel a su costumbre, abrió primero que cualquier otra cosa las páginas de Major League Baseball y *Sports IUustrated*; la temporada de las Grandes Ligas comenzaba en un mes y quiso saber cómo se estaban conformando los *rosters* de los equipos más destacados y cuáles eran las posibilidades de los jugadores criollos de integrar las distintas escuadras. Satisfecha esa curiosidad, abrió la página de *El País*, edición España, revisó las últimas notas que daban cuenta de la deriva política de la madre patria y las noticias de la Liga, para enterarse de las idas y venidas de su Atleti. Dio un vistazo rápido a las primeras del *The New York Times* y del *Frankfurter Aügemeine*, su cordón umbilical con Alemania, antes de zambullirse en las honduras del acontecer nacional expuesto en las páginas de los principales diarios de Caracas. Para finalizar, se fondeó en *El Margariteño* digital para ver cómo había amanecido la isla.

El titular lo hizo aterrizar abruptamente en una realidad indeseable que había pensado posponer por lo menos hasta el lunes: "Atrapado asesino de Miss Venezuela Eterna". Un exultante Salvador Sanabria agregaba: "Un delincuente, capturado en el plan de seguridad nacional adelantado por el Gobierno, e interrogado

por los funcionarios a cargo del caso, ha dado pistas firmes que llevaron a dar con el responsable de ese abominable crimen. Allanamos la casa del indiciado y encontramos un arma con los seriales limados, que suponemos es el arma homicida, el bolso, un encendedor y otras pertenencias reportadas como bienes que la víctima, la señora Herrera Becher, llevaba consigo. Solo falta su declaración para cerrar policialmente el caso".

Benítez lo dejó hasta allí y decidió tomar la novela de John Williams que había llevado consigo a Caracas y de la que solo pudo leer unas páginas mientras esperaba el vuelo de regreso a Margarita. Habría deseado continuar su lectura en el avión, para ver qué terminaba ocurriendo con Stoner, uno de esos personajes honestos, estoicos e infinitamente infelices que produce el Medio Oeste norteamericano; apasionado por la literatura, era profesor en la Universidad de Missouri, y atormentado por una esposa que no lo amaba. Justo cuando se sentaba para reiniciar el goce, sonó su celular.

—Buenos días, ¿es el doctor José Alberto Benítez? Le habla el general Ismael Soto, vicepresidente de seguridad de Seguros Populares.

—Buenos días, general Soto, mucho gusto.

—Créame, doctor, que el gusto es mío. Discúlpeme que lo llame en un día de descanso, pero ya sabe cómo son estas cosas. Tengo un material que entregarle y cuanto antes llegue a sus manos, mejor.

—No es molestia, por el contrario, es de mi mayor interés.

—Tal vez lo mejor sea que nos veamos en algún lugar. ¿Puede ser la cafetería de mi hotel? Estoy en el Belvedere, si no tiene inconveniente podemos vemos allí en una hora.

Benítez había entrado al Belvedere en un par de ocasiones a reunirse con algún abogado de Caracas que cargaba a sus gastos los costos de su cafetería con precios internacionales. Para sus casos margariteños, y si dependía de él, propiciaba los encuentros en una panadería de la avenida Bolívar que, aunque no le parecía buena, valoraba bien porque le quedaba en el camino a su oficina. En Margarita, no le gustaban los hoteles cerrados como los de los aeropuertos internacionales. Su patrón en esa materia había sido dictado por el viejo Isla Bella: un *lobby* abierto por donde entraba la brisa, una piscina junto al mar y jardines con cayenas, palmeras y otras especies ornamentales donde floreciera el trópico. En el Belvedere, el *hbby*, la cafetería y el restaurante se confunden en un salón de mármoles oscuros escaso en ventanales y sin posibilidad alguna de recrear la vista, salvo en una caída de agua en la pared

del fondo.

Al entrar, desde una de las mesas cercanas al acceso, el general Soto lo saludó agitando su mano. Nunca antes lo había visto y no habría podido identificarlo entre los demás huéspedes, pero era obvio que él sí tenía perfecta cuenta de su apariencia. Tras estrecharle la mano, todavía sin sentarse, y sin darle siquiera tiempo a que saliera a flote su vieja aprensión por lo militar y los militares, el general le puso enfrente una gruesa carpeta.

—Por instrucciones del doctor Pérez Castillo, aquí tiene la información que requiere para su trabajo, si necesita algo más, solo tiene que decirme, en una tarjeta pegada a la tapa están todas mis señas.

—Muchas gracias, veré esto con calma en casa y, si no es molestia, lo llamaré para cualquier consulta.

—No será molestia, con mucho gusto responderé a sus llamados, usted y su investigación son la única razón por la que todavía estoy aquí. Pensaba irme hace un par de días, pero el doctor Pérez Castillo me pidió que esperara a su retorno de Caracas para entregarle esto, ponérmele a la orden y ayudarlo en lo que pudiera. Me voy el lunes, a menos que usted requiera algo por lo que deba extender mi permanencia aquí, igual si estoy en Caracas y hay algo importante por lo que deba estar presente, no tiene sino que informarme y en horas estaré de nuevo acá.

—Gracias, general. A propósito, ¿vio la noticia? La policía sigue aferrada a la hipótesis de un asesinato por robo. Es más, según el coronel Sanabria, ya tienen al asesino —y marcó con sus manos unas comillas imaginarias.

—Pues qué puedo decirle, errores típicos de la policía cuando se empeña en una hipótesis y se niega a ver otros datos.

—Algo muy propio de Salvador Sanabria. Usted también es de la Guardia Nacional, y pareciera contemporáneo con Sanabria, ¿no lo conoció en la Efofac?

—Claro, a mí me tocó tenerlo de alférez en la escuela, o sea él estaba por graduarse y yo era un nuevo, y créame que cuando nos tocaba guardia bajo su mando era una pesadilla. No había chance de nada porque estábamos más pendientes de cuidarnos de él y de sus castigos primitivos que de guardar la escuela y sus instalaciones, era demasiado duro con los nuevos. Ahora es otra persona, conmigo ha sido de lo más cordial y amigable.

—Conmigo no ha cambiado en nada, mantiene intacta la misma mala intención de cuando éramos niños e íbamos a la misma escuela.

—Ya me advirtieron de WPM que no había buena química entre ustedes y que las cuestiones del caso que tuvieran que ver con Sanabria debía hacerlas yo, para evitar roces. He hablado varias veces con él y no será una preocupación, cooperará con nosotros.

—¿Quién es el supuesto asesino, un delincuente habitual?

—Pues no, se trata de un pescador que estaba faenando en las cercanías del lugar donde la señora Herrera se suicidó. Seguramente fue el primero en ver el cadáver y robó algunas pertenencias.

—¿Cuándo piensan darle a la policía la información de que fue un suicidio?

—Cuando el doctor Pérez Castillo lo ordene, esperaremos a que el interés del público en el caso descienda, quién sabe, a lo mejor no lo revelamos nunca.

—La policía tiene a alguien y lo va a presentar como un asesino sin serlo. Eso, como sabe, es una injusticia gruesa y, aunque muchos colegas sean más pragmáticos en esta materia, como abogados tenemos la obligación ética de buscar y hacer lo justo. Me imagino que a usted también le resulta por lo menos incómodo ver cómo meten en la cárcel, acusado de homicidio, a un pobre diablo a sabiendas de que no es responsable por eso.

—Doctor Benítez, quizás por formación profesional, diferimos en este asunto, yo no hago esas consideraciones éticas ni filosóficas, para mí el asunto es más sencillo, sigo órdenes y las *ejecuto. Las consideraciones éticas le tocan a gente como usted*. Al retirarme de mi carrera militar, decidí trabajar para el señor Pérez Castillo y por tanto le debo obediencia, él es mi jefe. En este caso, tan importante para él, me instruyó para que siguiera las directrices del doctor Sosa de WPM, y este, a su vez, me pidió que cooperara con usted. Esas son mis órdenes, y yo no discrepo de las órdenes ni me hago preguntas en tomo a ellas, ni trato de cambiarlas, las cumplo, y de esa línea no me salgo ni con el pensamiento. Usted, que tiene otra formación, a usted le corresponde eso. El doctor Sosa me había advertido de que a usted algo como esto, que puedan poner a alguien preso por un homicidio sabiendo nosotros que lo ocurrido fue un suicidio, lo incomodaría mucho. Pero por lo pronto, doctor Benítez, no hay nada que hacer salvo el trabajo que nos encomendaron. Si cada uno lo ejecuta con eficacia, no habrá problema y, al final, las cosas buscan su acomodo. Si le sirve de consuelo, en este país, en muy poco tiempo ocurren tantas cosas que, usted verá, a la vuelta de la esquina aparecerá un caso más escandaloso y este pasará rápido al olvido. Cuando eso ocurra, o cuando el doctor Pérez Castillo lo ordene, cualquiera que sea la

situación que se haya presentado en esta investigación, se habla con quien haya que hablar, entregamos a la fiscalía la nota que demuestra que lo de la señora Herrera fue un suicidio, hacemos lo que haya que hacer para restablecer la verdad, y, si para entonces la policía aún tiene a alguien detenido, pues que lo suelte, pero eso debe esperar, esa no es nuestra prioridad ahora. Nuestra prioridad es darle respuesta, lo más pronto y satisfactoriamente posible, a lo que le encargó el señor Pérez Castillo.

El general Soto, esa había sido la primera impresión de Benítez, no parecía ser un hombre que se dejara dominar de manera fácil por sus emociones, y acababa de demostrárselo. Lucía impasible, seguro de sí mismo y su talante era el de un hombre serio y bien educado, que en situaciones menos formales podría incluso llegar hasta la bonhomía. Pero, mientras hablaba, el abogado creía haber visto en su mirada el mismo destello amarillo de los depredadores que desde la infancia veía en los ojos de Salvador Sanabria. Entendía, aunque no de la manera unívoca que lo hacía el general, que la preservación de la justicia no era la prioridad en el caso que le encargara Álvaro Sosa, sin embargo veía con horror el dilema que comenzaba a conformarse en su futuro. Era uno de esos que le auguraba horas de insomnio y que había temido desde que aceptó el caso.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted ahora, doctor Benítez?

—Sí, por supuesto. Hay una primera cosa que quisiera hacer, aprovechando que estoy cerca y que siendo sábado dispongo de más tiempo. Me gustaría ver el apartamento de la señora Herrera.

—Hemos fotografiado al detalle absolutamente todo en el apartamento. Le puedo suministrar las copias de todas las fotos en un *pen drive*.

—Bien, me encantará tenerlas, pero, a menos que ustedes hayan recogido y empacado el mobiliario, quizás haya algo en la atmósfera del lugar que me interese, usted sabe, estar allí, ver el hábitat de la señora Herrera.

—El apartamento está intacto, tal como lo dejó la señora Herrera. Nosotros, en presencia del doctor Pérez Castillo, hicimos esa vez anterior un registro muy ordenado y no alteramos nada, cada cosa quedó en su sitio exactamente como la señora la dejó. Lo que hicimos fue cambiar la cerradura y vigilar el lugar. La nota en la agenda la vimos porque era muy obvia, había sido hecha con ese propósito; gracias a eso, el doctor Pérez Castillo recordó que una vez le había dejado a su esposa un revólver y esa fue la otra cosa

que buscamos, y no encontramos, por supuesto. Fue muy rápido, de allí fuimos a la morgue, a las diligencias con la funeraria para el traslado a Caracas y esas cosas. Por eso el doctor Pérez Castillo no ha querido que se toque nada. Quizás él también quiere estar un rato a solas en el apartamento, tal cual la señora lo dejó. Cuando tenga ánimo y pueda estar allí sin prisas, eso me imagino. ¿Usted quiere ir a visitarlo ahora mismo?

Benítez asintió.

—Bien, permítame un segundo —dijo el general y se levantó de la mesa. Se apartó hasta estar más cerca de la entrada del *bbby* y llamó por su celular.

—Uno de nuestros hombres le va a alcanzar la llave —le dijo al regresar—, vamos a concederle unos veinte minutos para que pueda estar allí cuando usted llegue. ¿Sabe cuál es el lugar? Es el edificio que queda al terminar la calle El Cristo, en La Caranta, en una pequeña redoma, el funcionario lo va a estar esperando en el portón de la entrada y lo va a llevar al apartamento. Esté allí el tiempo que quiera, cuando haya terminado, por favor, deje la llave con el mismo funcionario, él lo va a estar esperando afuera. ¿Algo más?

—Sí, quiero hablar con ese pescador preso, ¿puede arreglar con Salvador Sanabria para que me permita visitarlo?

—Seguro, cuente con eso.

—Quiero ir también al sitio donde la señora Herrera se quitó la vida, pero no sabría cuál es el sitio preciso.

—Si va con cuidado mirando sobre la derecha, cuando vaya más o menos por la mitad de la ensenada, en la playa verá unas flores. Los organizadores del concurso y las misses fueron al lugar y pusieron los primeros ramos de flores, a partir de allí, usted sabe cómo es la gente, han estado dejando flores en ese sitio como una muestra de afecto.

XXI

La sola idea de entrar a una casa cuyo dueño no estaría más y mirar con absoluta impunidad aquellas cosas que conformaban su privacidad ponía a Benítez a lidiar con una contradicción. Por un lado, la curiosidad que sentía de hurgar como un arqueólogo del tiempo presente en los misterios y secretos de una persona — una manera, intuía, de adentrarse por vía ajena en la penumbra de su propia condición humana—, y por el otro, la convicción de que hacía lo prohibido, de que violaba con condenable alevosía la intimidad de otro ser a quien convertía en su víctima.

La situación no era del todo nueva para él. En una oportunidad le había tocado ejecutar el desahucio de un inmueble cuyos inquilinos por alguna razón estaban ausentes. Esa circunstancia que podía ser ideal para cualquier otro abogado, por no tener que lidiar con la tristeza o la ira de las personas que sufrían la medida judicial, fue para él tanto o más indeseable. En medio del ir y venir de los funcionarios de las depositarías se detenía a mirar las fotos de los habitantes de la casa, como para no olvidar sus rostros. Observaba con inagotable curiosidad los objetos de la vivienda para encontrar los hilos de las historias que los vinculaban a los personajes en los retratos: las camas de los dos niñitos que aparecían disfrazados de Batman y Zorro en los carnavales, la vieja peinadora donde la señora sonriente luchaba y perdía la guerra contra el tiempo, el televisor grande frente al que la familia se reunía a ver las programaciones, las medicinas para el asma de alguno de los pequeños o las de la hipertensión de algún adulto, el sillón del abuelo que saludaba al fotógrafo con la mano, la mesa donde comían y se contaban sus avatares de familia. Cuando la medida judicial terminó, Benítez, tan desolado como la casa que sirviera de hogar a la familia que no llegó a conocer, sentía los

remordimientos propios de un hombre bueno que se ha visto forzado a ser cómplice de un crimen.

Camino del apartamento de María Genoveva Herrera Becher, tal vez por ser la primera vez que iba a inspeccionar la casa y pasearse entre los objetos de alguien que había muerto en las circunstancias de ella, sus emociones eran tan hondas que rozaron un episodio infantil enterrado en su memoria. Había ocurrido hacía décadas en La Asunción y tenía que ver con una casona abandonada, en el centro de la vieja ciudad colonial, cuyo fondo lindaba con el de la suya. Había sido propiedad de un tal Eleuterio Anés, médico, que vivió a principios del siglo XX y quien, según le contó su abuela Luisa, y le confirmó su padre una tarde en el bufete, se había ahorcado en ella colgándose de una de las vigas del techo. La historia había llegado intacta a su niñez porque ese suicidio había sido un escándalo sin antecedentes ni repeticiones en la historia de la comunidad y porque sobre la casa del doctor Anés había caído una especie de maldición: jamás fue ocupada de nuevo por ningún otro miembro de la familia ni nunca más quiso otra gente adquirirla o arrendarla para vivir en ella. El caserón, condenado al olvido desde el día nefasto en que su dueño se quitó la vida, moría lentamente, devorado por la maleza, la lluvia y el sol. Era el lugar más solitario de La Asunción y ni siquiera el hecho de tener en su jardín interior un árbol de mango gigantesco, visible desde la calle, cuyos frutos brillaban como las manzanas del árbol prohibido del paraíso terrenal, tentaba a nadie a forzar su entrada.

Una mañana, en las interminables vacaciones de julio y agosto, mientras jugaba con su soledad de hijo único, subido a una mata de ciruelas en el fondo de su casa, se puso a observar la mansión en ruinas. Animado de pronto por el impulso de unas subyugantes ganas de saber, venció sus miedos, salvó la pared medianera, atravesó el fondo cubierto por un manto grueso y esponjoso de hojas secas y entró a la casa. En su interior, sintiéndose observado desde todas partes y rodeado por la devastación que el tiempo había sembrado en lo que debió ser una de las mejores casas de la ciudad, caminó por su amplio corredor. No se atrevió a entrar en las que debieron ser las habitaciones, cuyas puertas aún estaban cerradas a pesar de que las paredes habían perdido segmentos enteros y el sol se metía en ellas por boquetes abiertos en el techo. Se lo impidió el miedo. El silencio del lugar le resultó intolerable y el aire le parecía más espeso, como si hubiera estado allí desde los tiempos en que su dueño todavía lo respiraba. Buscó con la mirada la viga del techo de la cual pudo haberse colgado el infortunado médico y no logró

imaginarse cuál habría sido. Apurado, con el corazón saltándole en el pecho, desanduvo sus pasos y volvió a su casa. Ese día en el almuerzo le preguntó a su padre cuál había sido la razón por la que el doctor Eleuterio Anés se había suicidado. “Nadie nunca sabe las verdaderas razones por las que alguien decide suicidarse, José Alberto”, le contestó.

El funcionario del departamento de seguridad de Seguros Populares lo recibió en el portón y lo acompañó hasta el interior del apartamento. Encendió el aire acondicionado, descorrió las cortinas de un ventanal que abarcaba la anchura y altura del salón principal y se abría a un amplio balcón. El azul del mar, abrillantado por el poderoso sol de la isla, entró de manera avasallante. El hombre se adentró en las habitaciones a hacer lo propio y se despidió, no sin antes darle a Benítez una mirada escrutadora. El lugar estaba impecable, tal vez lo aseaban con regularidad a la espera de la visita del viudo, y era muy luminoso. El abogado se acercó al ventanal y durante un minuto alternó su mirada entre el océano Atlántico, que se perdía por el Este, y la bahía de Pampatar, con sus botes pesqueros fondeados en la tranquilidad de sus aguas. Deslizó uno de los paneles a un lado y pasó al balcón donde lo recibió una previsible brisa salobre y tibia. En el extremo izquierdo, cubierta por un toldo de lona a rayas blancas y verdes, había colgada una hamaca margariteña de color blanco. Al lado de esta, una mesita con conchas de caracoles, piedritas que alguien recogió en alguna playa y una revista abierta, boca abajo, que se quedó esperando a su lectora. Benítez se acercó y la tomó en sus manos —una *Vanity Fair*, edición inglesa, abierta en las páginas iniciales de un reportaje sobre la desaparición de Amelia Earhart—. Miró las fotos y, tras leer el epígrafe de la nota principal, la dejó tal cual estaba, conmovido por el pensamiento de haber coincidido con Beba en un tramo minúsculo, y todavía muy próximo de su existencia: la lectura palabra por palabra de las mismas líneas que tal vez ella leyó el día de su muerte.

De vuelta al salón, reparó más en su decorado. No había muchos muebles ocupando la estancia, Beba parecía haber sido minimalista en esa materia, y los que había eran de una modernidad que Benítez solo había visto en fotos por internet. Parte del espacio, uno de los ángulos formado por las paredes en el lado opuesto al ventanal, lo ocupaba un sofá y unas poltronas tapizados con una tela color beige claro, como velas de barcos viejos, que guardaban la proporción justa con el entorno. La mesa rectangular que completaba el conjunto, metálica y de formas livianas a la vista, llegaba a la altura

de sus rodillas y tenía el color verdoso del bronce cuando se oxida. Encima, había una pieza de porcelana, un platón asimétrico, mitad pulido, mitad mate, y una pequeña escultura contemporánea, un pedazo de metal retorcido y pintado de amarillo brillante, cuyo acabado era perfecto. Había en ambas paredes unas pinturas modernas de idéntica montura, muy sencillas, coloridas y hermosas, cuyos autores —Benítez se acercó para tratar de leer sus nombres— desconocía.

Al lado del sofá, adosado a la pared, había un grueso tablón de madera finamente laqueado en el que los retratos familiares se agrupaban como dioses de un lar romano. En la foto más grande, en blanco y negro mate, aparecía una pareja de novios sonrientes. El hombre, con levita, camisa y lazo blanco, y la mujer, bellísima, con un traje ceñido al torso, que supuso eran los padres de Beba el día feliz de la boda. El novio aparecía en otra, más maduro y con más kilos, sentado con una niña en sus piernas. Después Beba sola, una adolescente espectacular a quien el fotógrafo sorprendió recostada en una especie de tumbona en lo que parecía ser el borde de una piscina. La vivacidad de la hermosa muchacha le hizo recordar a Benítez la afirmación hecha en su primera entrevista como Miss Venezuela: "La vida, por encima de todas las cosas, yo amo la vida". Sí, eso nadie se lo habría podido negar a la venus nubil de la fotografía, que en ese instante, sin habérselo propuesto, era el icono perfecto de la vida en cualquiera de sus formas. Luego un *close-up* de Beba en su hermosa madurez, un retrato a color que debió hacerse a los treinta y algo, mirando a la cámara, o a su dueño, con ojos brujos. También había fotos de quien imaginó era su hijo. Desde que era un bebé hasta una donde aparecía sonriente con la Puerta de Brandeburgo detrás, que supuso era la más reciente.

El comedor, que parecía no haber sido usado nunca, estaba conformado por una mesa y seis sillas de un estilo similar al de los otros muebles. El espacio para cocinar, en el otro ángulo del salón, estaba integrado a este sin separación alguna, arreglo que, con la presencia inmediata del mar y los pocos muebles, daba la sensación de estar en un lugar muy amplio. Se acercó a la cocina, de acero inoxidable casi en su totalidad, miró las homilías, revisó el contenido de algunas gavetas del mueble en la que estaba empotrada, se fijó en las cucharas y paletas para cocinar y concluyó que la culinaria no había sido una preocupación de Beba. La nevera estaba vacía, solo había unas botellas pequeñas de agua mineral, "por si a Pérez Castillo le daba sed en su visita", pensó.

Abrió una de las puertas en el salón y, como había pensado,

daba a un baño, grande para ser solo de uso social. Unas piezas sanitarias blancas, italianas, según la marca, flotaban en un ambiente con aroma a limpio que le hizo evocar Alemania. El piso era de madera rojiza, algarrobo, tal vez, y las paredes eran de un azul transparente como el agua. Encima del lavamanos había un espejo pequeño, con marco de cobre pulido, una antigüedad, y en una de las paredes colgaba un afiche de publicidad de un jabón francés del siglo XIX. Las toallas pequeñas para secarse las manos, pañuelos casi, eran de un algodón muy fino, y una docena de ellas se apilaba en el mueble del lavamanos. A un lado, vacía, una cesta pequeña de delicada artesanía que Benítez supuso era para depositar las *Handtücher* usadas.

La otra puerta del salón daba a un pasillo donde estaban las habitaciones. Era metálica, con un sistema de cerraduras de seguridad mal disimulado, y Benítez tuvo la impresión de que había sido colocada allí a espaldas del arquitecto diseñador. La primera habitación, la de huéspedes, era perfecta, impersonal, parecía más una exhibición de una tienda cara que el cuarto de una persona. Benítez la observó sin entrar en ella, como un comprador carente de interés y de dinero.

Al fondo, detrás de una puerta de madera de teca hermosamente labrada, comenzaba el espacio de Beba. A la izquierda, la habitación, enorme, con una ventana grande cuya cortina descorrida revelaba el océano. A Beba la despertaba el primer sol de Margarita, pensó Benítez. La cama estaba adornada por un fino cobertor de algodón blanco y los muebles eran muy modernos, excepto un pequeño escritorio de madera, con su silla, que parecían antigüedades de corte oriental, de la India tal vez, que ocupaba uno de los rincones. En la pared, encima del espaldar de la cama, colgaba una pintura, en trazos gruesos y colores vivos, de una piedad caribeña. Benítez habría esperado una obra de otro corte, abstracta, que guardara mayor armonía con la modernidad circundante. Le intrigó el hecho de que Beba prefiriera para dormir la compañía de la Virgen con Jesús moribundo en sus brazos.

Se acercó al escritorio y lo contempló por unos segundos. Miró la silla y supuso que en ella se habría sentado a escribir su nota de suicida. Sobre el escritorio, donde la relación espacial entre los objetos había sido rigurosamente guardada por su dueña, era evidente la ausencia de esa agenda cuyo tamaño Benítez pudo imaginar casi con exactitud. Pensó que Beba debió tener un iPad, o una Apple portátil, era lo más lógico, pero supuso que estaría entre los objetos recogidos y guardados por Pérez Castillo. Miró con

curiosidad los pocos libros en un extremo del escritorio y revisó los títulos; Beba prefería la poética. Encima de todos, quizás el último que ella hojeó, estaba un viejo tomo de poetas del romanticismo inglés. Debajo un ejemplar de una edición artesanal que compilaba la poesía marinera del margariteño Lárez Granados, y tres libros de poetas de quienes Benítez nunca había siquiera escuchado hablar. En otra pila había una novela de Ian McEwan, *Sábado*, en idioma inglés, que le habría encantado llevarse consigo, y un libro de Eugenio Montejo, *Papiros amorosos*, con una dedicatoria simple y directa del poeta: "Para Beba, bella, buena y única".

Salió de la habitación y se asomó al baño justo enfrente, amplio, cálido, con una claraboya en el techo que permitía ver el cielo y una bañera que, daba la impresión, flotaba sobre el océano. Entró al clóset, unos tres metros de pasillo, y le llamó la atención el orden de la ropa de Beba, colgada a su mano izquierda, camisas arriba y pantalones abajo, en perfecta gradación del claro al oscuro. Los vestidos, igualmente alineados, ocupaban el módulo siguiente. En el lado opuesto estaban los zapatos, innumerables, ordenados según sus colores y su formalidad; los de vestir estaban en un espacio aparte. Había también un módulo de gavetas que Benítez, llevado por la inercia de su búsqueda, no pudo evitar abrir. En la primera de ellas se topó con la ropa interior de Beba; todas las prendas, excepto unas dos o tres negras, eran blancas. Miró las combinaciones sin morbo alguno, apreció su buena calidad y se contuvo para no tocarlas y sentir la suavidad visible de sus finos tejidos. Cerró la gaveta y buscó la salida. Se detuvo frente al mismo espejo en el que Beba había visto su cuerpo por última vez, pero Benítez no quiso siquiera dar una segunda mirada a la figura triste que ahora reflejaba.

Volvió al cuarto, rodó un pequeño banco que acompañaba a una poltrona ubicada frente a un televisor de pantalla plana y se sentó con el codo apoyado en una esquina del escritorio. Quería ser lo menos invasivo posible y no alterar en lo más mínimo el estado de un mueble donde Beba se había sentado a escribir su despedida en la soledad de su apartamento y de su vida. Sacó del bolsillo de su camisa una hoja donde estaba la copia de la nota que le había entregado el general y la desplegó para leerla una vez más.

Se quedó un minuto inmóvil pensando cuál habría sido el hecho o situación que la llevó a tomar de manera irreversible la decisión de quitarse la vida. ¿Habría sido la soledad? Una soledad que parecía haberse quedado encerrada en su apartamento y era tan sólida como la que décadas antes había sentido en la casa del doctor

Eleuterio Anés. ¿Sería su vida tan solitaria que la idea de transitar el tenebroso camino de la muerte sin compañía alguna ya no le daba miedo? ¿Acaso abría la puerta para entrar y sabía que nadie estaría esperándola, y entendió que eso era peor que morir de una vez? Sí, concluyó, tal vez Beba llegó a sentir más miedo viva en su cama hecha a la perfección, aunque desierta, que en la oscuridad y vacío del más allá.

O quizás no hubo tal soledad, ni siquiera un hecho inmediato que la indujera a matarse, bien pudo ser la inercia de un estado emocional que tomó toda su vida en construirse y cuya génesis no estaba en Margarita ni en el radio cronológico de su investigación. ¿O qué tal si Beba no toleraba envejecer? De repente se sentía morir un poco cada vez que se miraba en el espejo. Una mujer tan bella podría tener otra forma de valorar el descenso de la vejez. A lo mejor Beba no tenía fuerzas para vivir ese naufragio y se lanzó al océano antes de la inevitable zozobra. ¿Quién sabe? La nota suicida nada aclaraba, era demasiado escueta e impersonal.

También se preguntó por qué no se suicidó en su casa, en la terraza, si lo que quería era estar frente al mar. ¿Por qué iría hasta un lugar específico en La Restinga, a unos cincuenta kilómetros de allí, para pegarse un tiro? Le asombraba que alguien pudiera salir de su casa con ganas de pegarse un tiro, manejar una hora hasta un lugar determinado y todavía llegar con ganas de hacerlo. Debió ser muy profunda y asentada su decisión, no fue un arrebato, concluyó.

Sentado ante el mismo escritorio en el que Beba escribió su despedida, y por primera vez desde que Álvaro Sosa lo llamó para pedirle que fuese a Caracas, Benítez comenzó a considerar que el trabajo que le habían asignado era más propio de un mítico semidiós griego, como Hércules, que de un modesto abogado margariteño como él, por más que también fuese un hijo de Esparta.

Pensamientos suicidas tenemos todos, recordó que le había dicho varias veces su amigo psiquiatra Pedro Boadas, y se preguntó si también él, alguna vez, movido por sus bajas de ánimo o desesperado por cualquier otra causa, sería capaz de recorrer la misma senda sin retorno que había recorrido Beba. No pocas veces había tenido la convicción de que su vida, tal como se le presentaba, significaba muy poco. ¿Si en uno de esos pasajes depresivos se presentara un incidente que lo empujara un poco más allá de su grado de convencimiento, sería capaz de pegarse un tiro? ¿Sería capaz de dejar sola a Elvira en el mundo? Lo consolaba el hecho de que, según Pedro, quien sobaba mucho la idea del suicidio era poco probable que se dejara arrastrar por un arrebato súbito, no

era tan frágil ante ella como aquel que no lo piensa nunca.

Se levantó del banco y desanduvo su recorrido exploratorio por el apartamento, deteniéndose de nuevo en cada una de las paradas previas. Sentía la presencia de Beba en cada uno de los rincones, en cada uno de sus objetos, como si a ellos se aferrase el último hálito de su existencia trunca y sintió un profundo desconsuelo al suponer que eso no sería por mucho más tiempo. Pérez Castillo vendría alguna vez, daría un recorrido como el suyo y quizás se sentaría a cavilar sobre el naufragio de su matrimonio frente al mismo escritorio. Apoyaría, como él, el codo en una esquina para no tropezar nada, y hasta derramaría unas últimas lágrimas. Y entonces, tal vez con la sensación de que había expiado su culpa, se marcharía para siempre de lo que había sido el lugar de Beba para dejar que, en su lugar, una mente ordenada, desprovista de la menor emoción y sin nostalgia alguna, dirigiera la operación del desmontaje y embalaje de lo que allí estaba. Beba comenzaría entonces el recorrido hacia su muerte definitiva. Aquella que con rapidez inadvertida difumina hasta borrar las líneas que vinculan la vida con el espacio donde hubo transcurrido, con la casa que tanto se quiso, rodeada de los objetos que la habían completado. La muerte, pura y simple, el comienzo del olvido eterno.

XXII

Toribio Jiménez, el acusado de asesinar a María Genoveva Herrera Becher, Miss Venezuela Eterna —como habían comenzado a llamarla en la televisora de la Casa—, no llegaba a los treinta años, pero su piel y su rostro tostados por el sol de varias generaciones lo avejentaban. Era pescador, como lo habían sido su padre, su abuelo y el abuelo de su abuelo. Nació y creció en la ranchería de La Restinga y a los dieciocho se hizo miembro de la tripulación de una lancha parguera de Boca de Río, de las que hacen largas campañas y faenan frente a las costas de Surinam. Se retiró a los veinticinco, edad temprana para cualquier otro oficio, pero justa para abandonar las largas y duras expediciones de pesquería a cientos de millas náuticas de Margarita. Esa fue una buena época porque la mayor parte de la pesca se vendía en dólares y recibía buena paga, mas el trabajo es tan duro que pocos resisten más de cinco campañas; él aguantó siete. Además, tenía ya tres hijos para cuando se dio de baja y las quejas de su mujer le facilitaron la decisión. Pasó a depender de cualquier dueño de peñero de La Guardia que quisiera engancharlo como marino en las jomadas ordinarias; salía de madrugada a faenar y volvía a casa poco antes del mediodía. Por las tardes, después de descansar un rato, salía con su atarraya a pescar cualquier cosa que aumentara el contenido de los cinco platos que había que poner sobre su mesa.

Vivía en la mísera comunidad de pescadores que desde los tiempos fundacionales de Margarita se había asentado en el istmo. Era un recolector de inmutable vocación, descendiente de aquellos que, sin que nadie supiera por qué, habían escogido para hacer una ranchería y vivir uno de los peores lugares de la isla; el mar era de un oleaje permanente e inquieto y las capturas no alcanzaban mayor valor comercial. Solo la temporada de carites les daba algún

respiro, pero duraba muy poco y se había tomado muy competida. En los últimos años, por causa de una política económica fundada en los conceptos de un filósofo alemán del siglo XIX e impuesta desde Caracas, se habían empobrecido aún más. Como en una especie de túnel del tiempo, los habitantes de La Restinga habían vuelto a lo más profundo y duro del pasado insular de la sed y el hambre, a la época en la que los barcos todavía no tenían motor y se pescaba a vela.

Visitar a Toribio Jiménez le había resultado posible a Benítez gracias al general Johnny Soto, jefe de seguridad de Seguros Populares. Sin su pronta y eficaz intermediación, no habría podido siquiera acercársele. Salvador Sanabria no lo habría permitido. El jefe de la policía, en cambio, no puso objeción alguna a la solicitud del general, así se tratara del odiado Benítez. Eso no impidió que en la mañana del lunes, mientras el abogado se identificaba ante los funcionarios que guardaban la entrada al retén de detenidos, se acercara y le soltara un sarcasmo:

—Coño, Robín Hood, al fin te metieron en un caso vergatario, ¿no? Qué vaina esa tuya, chico, que no puedes ver gente rica porque te le tiras encima a ver qué consigues.

—Me limito a ejercer mi profesión, coronel, a trabajar por el bien de mis clientes —respondió el abogado en un tono que devolvía el sarcasmo.

Salvador Sanabria reaccionó de inmediato:

—Mira, Benítez, tú me conoces mejor que nadie. Sabes que te tengo atravesado en el güergüero desde que te pusiste a alborotar a aquellos viejos con la vaina de la independencia de Margarita. Y me la debes, tú sabes que me la debes. Te sentirás muy tranquilo porque crees que me olvidé de eso y eso ya pasó. Pero estás equivocado, te estoy cazando, Benítez.

Benítez lo miró y no quiso contestar la amenaza como debía porque adivinó que, aun con la ayuda del general Soto, iba a arriesgar la posibilidad de hablar con Toribio Jiménez. Se limitó a presentar sus credenciales a los guardias y entrar, sintiendo en su nuca la mirada amarilla de su enemigo.

La historia del pescador no tenía pliegues ni fue narrada desde la autocompasión. “Pasó lo que pasó, nada más”, le dijo, sin agregados. Toribio le contó que estaba pescando con su atarraya cuando la señora llegó al lugar y se sentó a unos cuarenta o cincuenta metros de distancia. Desde que la vio tuvo el presentimiento de que algo malo iba a ocurrir con ella. “Usted sabe, ese instinto que uno tiene y no se equivoca nunca. No sé decirle por

qué, pero había algo raro en su manera de comportarse. Estaba como muy tranquila. Tuve la impresión de que no esperaba a nadie y que tampoco había venido a ver el paisaje". No sabía quién era, se había enterado después por la televisión de que había sido una Miss Venezuela, "con razón era una señora tan bella".

La había visto bajarse del carro, deambular por la playa buscando un sitio para ubicarse. Le gustó uno un poco más elevado que el resto y se sentó en la toalla que llevaba. Él estaba concentrado en su pesca y dejó de verla por unos minutos. En un momento en que levantó la cabeza, vio que se había puesto a fumar. Por la forma como iba pescando, al contrario de la corriente, se había ido acercando al lugar donde estaba sentada y podía verla mejor. Había atrapado un pescado y lo llevaba al tobo en la orilla cuando, al mirarla, la vio sacar de su bolso un revólver y ponérselo en la sien. Descifró el presentimiento que había tenido cuando la vio llegar a la playa, pero no se detuvo a pensar en eso. Soltó la atarraya y comenzó a correr en su dirección. Se dio cuenta de que ella dudaba, de que había pasado un par de segundos con el arma apoyada en la sien y no se había disparado. Creyó que si su vacilación duraba un poco más, la alcanzaría antes de que se matara. La señora se quitó el revólver de la sien y pensó con alivio que había cambiado de opinión, que a lo mejor no se disparaba. Mas fue una ilusión, la vio bajar el revólver hasta el pecho, "como en cámara lenta, doctor", y dispararse sin dudar ni un instante, en un solo movimiento. La detonación sonó estruendosa y su cuerpo cayó de espaldas sobre la arena, desbaratada por el disparo.

Cuando llegó hasta ella, todavía estaba viva. No sabía qué hacer para ayudarla. Le levantó la cabeza y se la sostuvo en alto. La sangre le salía a borbotones por el hueco que tenía en la espalda y estaba muy pálida. En sus ojos había una mirada de miedo, más que eso, de terror, "Debe ser algo que la gente siente cuando sabe que de verdad se está muriendo, porque tenía la misma mirada de mi maíta cuando le dio el ataque de asma que se la llevó. La señora quería como respirar, pero no podía, le faltaba el aire, no tenía fuerza, no sé, se ahogaba. Cuando se dio cuenta de que se estaba muriendo, como no podía hablar, el terror se le salía por los ojos". Llegó a balbucear un par de palabras, lo supo por el movimiento de sus labios, pero no las entendió. "Creo que lo que me quería decir era que no la dejara sola porque con la mano donde había tenido el revólver me apretaba la mía con una fuerza increíble para alguien que estaba agonizando". Él, desesperado porque nunca había visto a nadie pegarse un tiro, alarmado por la cantidad de sangre que le

chorreaba por la espalda, lo único que pudo hacer fue acariciarle la cabeza y abrazarla, como abrazó a su vieja, en ese último segundo de su existencia, hasta que la sintió languidecer por completo y suspirar por última vez. “Ella murió rápido, no sufrió mucho, no tuvo tiempo. Dígale eso a su gente. Consuela saberlo”.

Benítez no necesitaba elucubrar mucho para saber qué había pasado luego, pero quiso escucharlo de Toribio, el único que estuvo con María Genoveva en ese momento. Al morir, la posó sobre el terraplén, la acomodó lo mejor que pudo, para que cuando la encontraran pareciera que estaba durmiendo. “Era una señora tan bonita que me pareció que había que arreglarla un poco, para que luciera bien, bella, como era”. Recogió su bolso y puso adentro el yesquero y el revólver. Cualquiera de los dos valía más de lo que podía ganar en un año trabajando en los botes de otro o pescando cherecheres con su atarraya en la playa. “¿Que no debí tomarlos? Eso es fácil de decir para quien tiene otra vida. Qué otra cosa podía hacer uno como yo. Usted podrá decir que no eran míos, eso es verdad. Pero lo cierto es que ya no podían tampoco ser de ella, eran de quien los encontrara, eran como los pescaos en el mar, pues”.

Toribio registró el carro, a ver si había algún otro objeto de valor, pero no encontró sino los papeles de propiedad y unos recibos. Tomó las llaves y, cuando iba de vuelta a su casa, lejos del lugar donde ella había quedado, las lanzó al mar. “Por ahí es mucho el malandro que pasa y de repente se llevaban la camioneta y se iban a robar para su casa”. Cuando se enteró por la televisión de quién se trataba, pensó que tal vez iba a La Guardia y le echaba el cuento a la policía, pero vio a un jefe con los periodistas diciéndoles que la habían asesinado. “Si me presentaba a decir lo que había visto, me iban a acusar a mí, al más pendejo, de haberla matado”. Vio también al señor que dirige el concurso de Miss Venezuela, “el tipo ese que tiene el pelo rojo”, diciendo que la habían matado. “Gente muy grande pa’ uno, diciendo ya eso, doctor”. Decidió que era mejor que las cosas se quedaran así, “a la final, también pensé que la gente piensa mejor de los asesinados que de los suicidas”.

A los pocos días, trató de venderle el revólver a alguien que le habían recomendado en Boca de Río, porque, según, y que tenía contactos con unas bandas que trabajan secuestrando gente. “El tipo y que la movía, y me garantizaba una bola de real.

Hablé con él, le dijo que tenía el revólver y me dijo que se lo llevara al día siguiente. Ese fue el que me vendió”. Esa misma noche, la policía judicial allanó su casa y encontraron el bolso y el yesquero. “Para ellos estaba claro como el agua. Yo les dije lo que

había ocurrido, pero qué va, no me creyeron".

—¿Y por qué no vendió el yesquero primero, no era más fácil?

—Ella lo tenía apretado en el puño izquierdo, como si no se hubiera querido morir sin llevárselo. Tenía su nombre, y era muy bonito, no sé, tal vez por eso me dio por quedármelo, un recuerdo de ella. Las cuatro lochas que me iban a dar por él no valían la pena. Por eso ahora estoy jodio, pero eso no es nuevo para mí, yo llevo siglos jodio.

Esa misma tarde, frente al promontorio de flores que la gente dejó en el lugar donde murió Beba, Benítez se sentó a contemplar la caída del sol. Como el ir y venir de las olas, se preguntaba por qué Beba Herrera había decidido que no valía la pena vivir más. ¿Sabría la propia Beba, a conciencia, por qué se suicidó o fue tan solo que, como la señora de la película, tuvo un mal día? Esa pregunta, entendía, jamás iba a tener una respuesta, solo habría sobre su caso hipótesis con mayor o menor grado de verosimilitud. Las lecturas que había realizado sobre el fenómeno le habían dejado como única certidumbre lo inmenso de su ignorancia sobre el tema. La muerte solo tenía explicación cuando la biología se encarga de darla. Nacemos, crecemos, nos desarrollamos y morimos, como decía su maestro en la primaria. Pero no había posibilidades para la verdad cuando alguien tomaba el lugar de la biología y decidía su propia muerte.

XXIII

Las tardecitas de La Asunción también tienen su qué sé yo, lástima que Astor Piazzolla nació en Buenos Aires y a nadie de acá se le había ocurrido decirlo antes, pensó José Alberto Benítez mientras esperaba a su amigo Pedro Boadas. Eran las cinco de la tarde y los cerros del oeste limitaban el paso del sol a la vieja ciudad enclavada en el valle de Santa Lucía, ni siquiera los altos robles centenarios que circundaban la plaza Bolívar recibían sus rayos en forma directa. No obstante, a través y por encima de sus frondas, el cielo brillaba con un azul claro de infinita transparencia. El día asuntino, como era tradición de siglos, moría con un silencio que solo interrumpían los trinos de los pájaros que buscaban dónde pasar la noche, el alegre y esporádico tropel de muchachos que regresaban del liceo y los acordes, asordinados por la distancia, de la banda municipal que ensayaba las piezas de la retreta de los jueves en un caserón aledaño. Para completar el cuadro, la catedral había abierto sus puertas y ya se congregaban en ella los primeros feligreses. No conocía Buenos Aires y no sabía cuán qué sé yo podían ser sus tardes, pero le costaba creer que alguna pudiera competir con la que contemplaba sentado en su banco de siempre.

Pedro Boadas, su amigo y contertulio, llegó acompañado de un libro, *Psicoanálisis de la muerte*, que puso en manos del abogado tan pronto se sentó a su lado. Era el título en el que había pensado cuando, en la víspera, le había dicho que quería hablar con él algo sobre el suicidio. Boadas era médico psiquiatra, pero carecía de un diploma académico que certificara su especialidad y ejercía la profesión gracias a un permiso extraordinario que le había conferido el Colegio Médico de Nueva Esparta, por no haber en La Asunción ningún otro colega que quisiera ejercer allí ese piadoso ministerio. Había cursado sus estudios en Moscú, en tiempos de la

desaparecida Unión Soviética, y aunque había conservado algunas credenciales de notas y trabajos publicados, no le habían otorgado el título que certificaba su experticia.

La negativa a entregárselo fue una represalia por haber apoyado al grupo de dirigentes comunistas venezolanos que había dividido al partido y cambiado la hoz y el martillo por una rosa roja en 1970. Algunos burócratas comunistas de la academia y el delegado del PCV habían convocado a los becarios venezolanos y pedido que firmaran un documento que condenaba por traición a los revisionistas criollos. Quienes se negaron, Pedro Boadas entre ellos, fueron expulsados ese mismo día de la Unión Soviética sin siquiera permitirles llevar su equipaje ni papeles. Aquel fue su último acto de rebeldía política. Hacía décadas que se había olvidado de cualquier revolución y vivía de manera modesta, dedicado a ser el psiquiatra de un pueblo donde la insania era un secreto de familia. Nadie que Benítez conociera o hubiera conocido tenía más lecturas que Pedro Boadas y era, de lejos, la persona más sabia de su entorno. A él recurría cada vez que un caso desesperado, de los que solían tocarle en su ejercicio de abogado modesto, le atormentaba la cabeza.

Dispusieron de unos minutos para ponerse al día con los eventos locales, esos que ni siquiera salen en los diarios de Margarita. Pedro Boadas insistía en que esa era la mejor manera de saber cómo andaba la humanidad entera porque estaba convencido de, y defendía con fundados argumentos, la universalidad de los silenciosos aconteceres de comunidades pequeñas como La Asunción. Benítez introdujo el tema que les ocuparía el tiempo hasta que el reloj de la iglesia marcó las siete de la noche, hora en la que por acuerdo tácito regresaban a sus casas. Boadas lo escuchó con atención y no pareció sorprenderse cuando le dijo que la Beba Herrera se había suicidado, aun cuando era una noticia nueva para él, pues, por las informaciones de prensa que todos conocían se trataba de un homicidio.

—Vi una entrevista que le hicieron al día siguiente de ganar el certamen, decía que amaba la vida por encima de todas las cosas. Y me parece una ironía terrible del destino que la mujer bella que dijera eso a los dieciocho, se haya suicidado con un tiro en el pecho a los cincuenta y cinco.

—El suicidio es el gran misterio de la vida y la muerte, José Alberto. Como los demás seres vivos, no fuimos diseñados para morir por nuestra propia mano, es el dictado de la naturaleza y de Dios, pero el hombre los desafía.

—Leí unas estadísticas sobre el suicidio en Venezuela y me resultó paradójico ver que, aun en estos tiempos de desesperanza, el suicidio no es una conducta frecuente entre nosotros.

—Según las últimas que vi, las tasas más altas de suicidios por cada cien mil habitantes corresponden a países de Europa Oriental que estuvieron bajo el régimen comunista; ocupan siete de los primeros diez puestos. En América Latina, las tasas son relativamente bajas, 10,3 por cien mil, es la media. Cuba, sin embargo, dobla esa media y registra 19. Venezuela, a su vez, tiene una tasa de 5 por cien mil, de las más bajas, la mitad del promedio latinoamericano. Qué decir de los margariteños; si el universo fuese Margarita, la tasa de suicidios sería despreciable estadísticamente.

—Entonces no nos suicidamos.

—Eso dicen las estadísticas, pero ellas tienen lecturas divergentes. Creo que sí nos suicidamos, solo que escogemos una manera distinta de hacerlo. Los venezolanos nos suicidamos en masa, aunque de forma alegre, expansiva y mediata en el tiempo. Qué nombre podríamos darles a nuestros desafueros: comer mal y demasiado, el azúcar, la grasa, la sal, el alcohol que consumimos a pesar de que sabemos que nos está matando. Eso para no considerar cuestiones intangibles como la ignorancia, por ejemplo, que nos lleva a tomar decisiones colectivas, como sociedad, que son francamente suicidas. Así que sí nos suicidamos, es cuestión del método. Entre esa forma de matarse y quien se pega un tiro en la cabeza, la diferencia radica en la inmediatez del resultado, una muerte toma segundos en producirse y la otra más tiempo, pero ambas son voluntarias. Si tuviera ánimo y recursos para investigar, me gustaría concretar un proyecto como ese, el suicidio de Venezuela como sociedad. Una explicación psiquiátrica, aislada de elementos económicos, políticos y sociales. En ese plano, pareciera que, como pueblo, manejamos mal la contradicción de vivir con la certidumbre de la muerte y de manera inconsciente buscamos adelantarla. Así que me vas a perdonar el oxímoron, pero los venezolanos vivimos suicidándonos.

—¿Y en el plano individual?

—En ese plano, hay que admitirlo, las estadísticas son acertadas. La muerte inmediata por acción propia es de poca ocurrencia en el país, y aquí en Margarita es aún menor. No recuerdo ningún suicidio en La Asunción.

—¿A tu consulta no va gente que haya querido suicidarse?

—Aquí, en Margarita, he tenido muy poca, un par de pacientes, quizás, que han dicho que ese pensamiento ha cruzado por su

cabeza. Es importante, sin embargo, separar los casos donde hay causas evidentes, un gran dolor por una pérdida, un despecho o una enfermedad, de aquellos que son los verdaderamente relevantes para nosotros. La muchacha bonita, tranquila, llena de vida, a la que a simple vista supones feliz, que llega a la consulta y te dice sin ambages y gran determinación que ella quiere quitarse la vida. Esos son, por así decirlo, los casos de psiquiatra. Hay entre nosotros diferencias entre cómo tratar esa situación, algunos plantean que hay que ser intervencionistas y otros que no tanto. Pero hay cierto consenso en que no se le puede decir a esa muchacha aquello que le diría una persona común, no lo hagas o eso está mal, porque esos consejos son absolutamente inútiles en tales situaciones. Ante algo así, a un psiquiatra lo que le vale en principio es tratar de ganar algo de tiempo, lograr que vuelva a la próxima consulta, ese será su único éxito posible. Si consigue su propósito y tiene suerte se puede avanzar algo en la investigación de las causas profundas de esa actitud. A ver si alcanza llegar a un punto donde ella se dé cuenta de que hay opciones distintas a la muerte. Debo advertirte, sin embargo, que el resultado no suele ser positivo; tarde o temprano, esa persona realiza con eficacia mortal el acto de atentar contra sí misma. Con esto quiero significar que el suicidio es insondable, ni siquiera cuando la persona te adelanta que lo va a cometer y habla contigo del asunto tienes la posibilidad de llegar al fondo de sus causas. El suicida muere por voluntad propia, por supuesto, pero no tiene idea de dónde proviene el impulso de suicidarse. Eso hay que trabajarlo y se requieren muchas sesiones de terapia para llegar hasta allí.

—¿Igual ocurre con aquel que deja una nota?

—Sí. Aun cuando deje una nota que trate de explicar sus circunstancias es difícil saber qué pasó. Las notas suelen no explicarlo bien y a veces añaden más misterio al caso. Suelen ser crípticas; el suicida las escribe en una situación límite, cuando sus ideas no son claras, o están dirigidas a alguien con quien comparte algún secreto. Y te repito: puede que por una nota llegues a saber qué incidente o situación previa provocó que la persona atentara contra sí misma, mas sus motivaciones íntimas y profundas se quedarán en el campo de las especulaciones. Un profesional de la psiquiatría, que haya tenido a esa persona como paciente, podría hacer algunas conjeturas y construir una hipótesis fundada sobre lo ocurrido, pero es inevitable que haya espacio para otras explicaciones alternativas, también con algo de fundamento. ¿Esta señora dejó alguna nota sobre su decisión de matarse?

—Sí, dejó una nota, pero como tú dices no aclara nada. Se limitó a escribir estas líneas —Benítez sacó el papel de la copia que tenía doblado en el bolsillo de su camisa y lo leyó en voz alta—: "Que nadie se culpe, ni tampoco culpen a nadie de esta decisión mía. Por favor. Beba".

—¿Esa es una copia de la nota que la señora escribió de su puño y letra? ¿Me la permites?

Pedro Boadas miró la nota por un par de minutos y se la devolvió al abogado.

—En la universidad en Moscú tomé un curso de un profesor ucraniano sobre grafología. Según sostenía, había patrones gráficos en los trazos de la escritura que podían asimilarse a la conducta de las personas y podían explicar en parte su comportamiento. Esa fue una escuela que floreció durante la Guerra Fría. Los soviéticos llegaron a creer que analizando la escritura a mano de los líderes occidentales se podía predecir qué tipo de personas eran, qué decisiones eran o no propensos a tomar. Me acuerdo muy poco del contenido del curso, solo que aseguraba que la letra de las personas normales, emocionalmente estables, tiene forma redonda, con trazos suaves, moderados, piensa en la curva de la normalidad de Gauss. La de las violentas, en cambio, es aguda en sus extremos, con formas agresivas como puñales. La letra de esta señora es redondeada, como las de las carajitas de los colegios de monjas, pero fíjate que están como echadas hacia atrás. Por lo que recuerdo de esas clases, eso puede significar que era una persona que arrastraba una pesada carga emocional, algo que tiraba su conducta hacia el pasado. Unos padres maltratadores, muy severos, o muy débiles. O tal vez ególatras, es impresionante la carga psicótica que los padres narcisos dejan en los hijos. Así que, dentro de este esquema, imagínate el problema; la razón del suicidio puede estar muy atrás en su pasado. Ahora, esto es especulación pura, no tendría manera de saberlo con mayor certeza porque, como es obvio, la señora Herrera no fue mi paciente. Por lo demás, si hubiese sido, nada podría comentarte.

—¿Y en cuanto al contenido de la nota?

—Luce como el razonamiento de alguien responsable, absolutamente normal, que no quiere dañar a nadie con su muerte. Pensaría que va dirigida al marido, a un hijo, un amante, o a una persona muy cercana, solo que por alguna razón no quiso ser directa. Hay suicidas a quienes les importa un carajo lo que va a pasar después de su muerte. Hay otros que no quieren causar daño ni material ni moral a nadie, esa posibilidad los angustia, y tratan

de asegurarse de que no lo harán. Una vez, en un congreso, un colega reportó un caso de una paciente, una señora caraqueña clase media, que por celos se tomó unos barbitúricos. Cuando le preguntó por qué no había pensado en otra forma, en lanzarse al vacío desde la torre donde vivía o por un barranco con su carro, le dijo que le aterraba la idea de causarle daño a alguien con su muerte. Pareciera que la señora Herrera quiso asumir ella sola la responsabilidad de su decisión y lo dice en términos expresos, pero, también está claro que al empeñarse en resaltar eso, abre la interrogante de si efectivamente fue así. Uno tiene que preguntarse: ¿por qué sintió que había necesidad de dejar ese mensaje específico? ¿Has oído decir que el que aclara, oscurece? Bueno, en psiquiatría eso también es verdad. Tal vez en ese momento consideró lógico que alguien pudiera pensar que otra persona era culpable, si no de su muerte, sí del estado mental que la indujo a atentar contra su vida, y no quería que eso ocurriera.

—Buscando en internet, vi una explicación de un colega tuyo, jungiano, sobre el problema de la mujer muy bella, que es objeto de la admiración de mucha gente, durante mucho tiempo. Es factible que termine prendada de sí misma y aborrezca su decadencia física hasta el punto de preferir la muerte antes que la decrepitud. Es Afrodita, pero mortal, y entra en conflicto con el envejecimiento, con su propia psique. Decide no dejar de ser la diosa que ha sido y opta por detener el proceso de la única forma posible.

—Esa puede ser una especulación válida en el caso de esta señora tan bella. Aunque tendrías que indagar un poco más sobre su vida cotidiana. Por lo que sé, porque salía en los medios, no fue una mujer que se limitara solo a ser bella. Es obvio que tenía otros intereses. ¿Recuerdas su proyecto cultural Quatrocentto? Aquí en Margarita nadie, ni en la esfera privada ni en la pública, ha realizado una propuesta como la suya, aunque haya sido efímera. Quizás no fue por su culpa que ese proyecto no continuó, en casos como ese pienso en nuestra desidia margariteña que puede demoler al emprendedor más entusiasta. Lo cierto es que no era un proyecto que una persona frívola se propusiera. Si la belleza física propia es la fuerza que impulsa a alguien, sin otro contenido que enriquezca su vida, lo lógico es que su energía y tiempo lo dedique a tratar de preservarse; son esas mujeres obsesionadas con los cosméticos y cirugías. Pero envejecer es inexorable y cuando dejan de ser bellas, o de creerse bellas, o perciben en los ojos de los demás que están dejando de serlo, sienten que su existencia se ha quedado vacía, sin sentido. Habría que indagar más sobre cómo manejaba la señora

Herrera el deterioro de la edad, pero ese no pareciera ser su caso.

—En eso tienes razón, Pedro, por lo que he indagado, nada indica que ella haya sufrido un impacto emocional fuerte en el pasado inmediato. Lo último, hasta donde sé, fue la enfermedad o muerte de su madre. No he averiguado mucho por el tipo de relación entre ambas. Según me contó el viudo, la madre de Beba era una mujer obsesionada con el teatro, apenas se murió el padre de la Beba, se fue a París a hacer teatro. Al parecer, su madre fue la responsable de que fuese Miss Venezuela, según he deducido se proyectaba a través de la hija.

—Eso puede ser interesante, te voy a traer un libro que tengo allá sobre el impacto de la personalidad del progenitor ególatra y egocéntrico sobre los hijos. Lo cierto es que detrás de una aparente normalidad puede haber múltiples causas que la hayan empujado a tomar su decisión. Hay un cuento que leí hace mucho. No recuerdo el nombre del autor, cuando vuelva a casa averiguo y te digo. Se trata de una señora treintañera muy hermosa que va a un hotel en los Alpes suizos. Su belleza, gracia e inteligencia cautivan a todos los huéspedes, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, por igual. Todos quieren compartir con ella, entrar en su mundo, que suponen feliz y encantador, se enamoran y la quieren sentar a sus mesas. Un adolescente enloquece de amor por ella, otro hombre, maduro, le ofrece matrimonio, unos ancianos millonarios la quieren de dama acompañante, en fin. Un día ella sale a pasear sola, se sube a un risco y se lanza al vacío. Así, sin ninguna explicación, de la manera más absurda. La exmiss hizo lo mismo, todos la querían, no había razón aparente alguna para que decidiera matarse y, sin embargo, lo hizo. Una persona adulta, José Alberto, tiene tras sí un universo oculto, esto es lo apasionante de esta ciencia.

—A Pérez Castillo lo que más lo intriga es precisamente eso: por qué, si ella parecía estar a gusto y ser feliz en Margarita, si se percibía y se sentía parte de la magia de esta isla, de pronto decidió quitarse la vida.

—La magia de Margarita no existe, José Alberto, es tan solo un estado de ánimo que proyectamos. Vienes aquí, te encuentras con la luz, el calor, la gente expansiva, la playita, un traguito, la atmósfera clara, la brisa limpia, el mar azul, estás de vacaciones, relajado, tienes sexo de mejor calidad, pues obviamente te vas a sentir bien, feliz. Un cambio en tu ánimo, por un impacto emocional negativo profundo, manda esa magia al carajo. Así que olvídate de magia, no creas en eso.

—Desde el primer día, me ha llamado la atención que ella salió

de su casa dispuesta a matarse y después de manejar una hora, llegó al sitio que había escogido y no había cambiado de opinión.

—Renunciar a la vida y liquidarla con tus propias manos no es necesariamente un acto de locura, o un instante psicótico, como le dicen algunos colegas. Puede ser, también, un acto extremadamente racional. La muerte es algo inexorable, va a ocurrir y no está determinado que las circunstancias de su ocurrencia sean exógenas por necesidad, que la muerte te sobrevenga. Si no encuentras razones para continuar existiendo, ¿por qué no puedes tú mismo disponer de tu vida, decidir tú el instante de tu muerte? Eso es fácil entenderlo en un enfermo crónico, pero no lo entiendes en aquel que simplemente es muy infeliz o no encuentra razones válidas para seguir viviendo. Ese pudo ser el caso de la Beba. Tomó fríamente su determinación, salió de su casa, manejó una hora y no cambió de parecer porque no era producto de un arrebato emocional. Por otra parte, el suicidio es otra forma de morir, una de las muchas que hay, solo que voluntaria. En Venezuela, ya te dije la estadística, tenemos una tendencia baja al suicidio. Estamos muy acostumbrados en nuestra cultura católico-hispana, por los estrechos lazos familiares, a no abrimos a esa posibilidad, pero allí está y muchas personas sanas e inteligentes la han escogido como opción sin que medie patología o acto impulsivo alguno.

A las siete, cuando ya la oscuridad cubría la plaza y los faroles se habían encendido, Benítez se despidió de Pedro Boadas y emprendió la vuelta a su casa. Su carro estaba en el taller — había aprovechado la bonanza para hacerle reparaciones que habían sido pospuestas por meses— y caminó con nostalgia infantil las calles siempre vacías de su pueblo. Las últimas palabras de su amigo iban y venían una y otra vez en su cabeza. “Vivir y estar en paz con uno mismo es más complicado de lo que pueda parecer. Quien consigue estar satisfecho consigo mismo no tiene idea de lo difícil que resulta para otros mantenerse en el camino, y lo fácil que resulta perderlo. Todos alguna vez hemos sido náufragos. Que hayamos podido salir de esa condición no significa que a otros les resulte posible. A la Beba Herrera pudo pasarle y no sobrevivió al naufragio. ¿Cuándo naufragó? ¿Por qué no salió de él? Nadie lo sabrá nunca”.

XXIV

Una entrevista con un margariteño como el que estaba sentado al otro lado de su escritorio era, pensaba Oscar Llabrés, lo último que necesitaba para terminar un día en el que nada le había salido bien. Faltaba una semana para la gala del certamen y todavía, como nunca antes, había muchos detalles pendientes. Cuando optó por Margarita como sede, no había sopesado bien algunos factores, y había uno en particular que lo traía de cabeza: el transporte. Nunca había cupos en los aviones ni en los ferrys de carga para traer al personal y los materiales, equipos de televisión, vestuario, tramoyas, lo que fuera, para la noche más linda. Pasó esa jomada lidiando con ese problema sin avanzar un centímetro y, como solía ocurrir cuando más ocupado estaba, aún tenía que atender a este señor en quien, de no habérselo pedido Alfonso Pérez Castillo, no habría gastado ni un segundo de su tiempo. Era un hombre raro, parecía salido de una fotografía en blanco y negro de los cincuenta. *Este señor necesita con urgencia quien le diga cómo vestirse y hasta cómo peinarse, Dios mío, de dónde coño sacaría Alfonso a este picapleitos.*

José Alberto Benítez, cómodo en su sillón, miraba a Oscar Llabrés entre curioso y risueño. Lo había visto en la televisión y en fotos de la prensa, pero estaba sorprendido con el candela encendido de su melena, su piel sin sol y el tono chillón de su guayabera amarilla. Tenía enfrente a un auténtico esperpento a quien le costaba tomar en serio. Pérez Castillo le había dicho que era una persona muy observadora y que conoció muy bien a la Beba Herrera, pues la tuvo a su lado casi a diario durante su concurso, cuando ella era una muchacha que amaba la vida, y fue su amigo. Ojalá, rogaba, pudiera darle algún dato útil porque, transcurrido casi un mes y después de haber dedicado días enteros a indagar

sobre la exmiss, cada vez se convencía más de que fue dueña de una de esas personalidades escurridizas, difíciles de aprehender, alguien a quien la gente trataba y no llegaba a conocer. No le encontraba a Beba arista alguna de la que asirse para construir una hipótesis sobre su suicidio que pudiera responder a satisfacción sus dudas.

Para colmo, la actitud displicente y el desgano con que lo recibió Oscar Llabrés, que se le notaban en cada gesto, no auguraban éxito alguno en su gestión. Apenas lo saludó, el Rey le dijo que estaba muy cansado, que tenía jaqueca, que no tenía tiempo que perder y que, por favor, fuese directo al grano. Benítez aprovechó para formularle su primera pregunta en términos categóricos:

—¿Podría definirme a María Genoveva Herrera en una sola palabra?

—Bella —respondió Llabrés sin siquiera pensarlo.

—Eso es lo obvio —dijo Benítez.

—Claro, pero no lo digo en ese sentido solamente. Digo bella en términos de perfecta, de buena, de linda por dentro y por fuera. Humana, cordial, incapaz de hacerles daño a otras personas, educadísima, simpática sin zalamerías y sin resentimiento alguno que pudiera opacar la luz que emanaba de ella, por eso le digo que era bella, si usted prefiere, perfecta —concluyó, con evidente fastidio.

Benítez quiso poner sobre la mesa alguna imperfección y le recordó a Oscar Llabrés que hubo sobre Beba una crítica recurrente entre los venezolanos. Decían que era una muñequita de porcelana inglesa, bonita y fría, y que algunos hombres, más asertivos, afirmaban que Beba Herrera no despertaba malos pensamientos. Llabrés, conocedor de ambas especies, se incomodó con el comentario y su cara se tomó tan roja como su melena. Durante unos segundos hizo un esfuerzo por ser educado, antes de responderle que esos juicios no tenían nada de raro en un país como Venezuela, donde la gente lleva el sexo, casi que de manera física, entre las cejas.

—¿Usted no se ha dado cuenta de que aquí todo lo llevan al plano de lo sexual? Ya a mí me tiene azul escuchar esos comentarios, expresados incluso de manera más ordinaria, que a los hombres no les gustaba Beba porque era bonita pero no provocaba cogérsela, y me perdona la grosería. Y déjeme decirle que quienes lo decían tenían razón, porque Miss Venezuela, como concepto, no tiene nada que ver con eso. Hay algo que nunca comento en las entrevistas públicas, pero a usted, por venir de parte de Alfonso Pérez Castillo, le voy a confiar qué es Miss Venezuela para mí. Es un

sueño, es una fantasía, es *Blancanieves*, es *La bella durmiente*, es un cuento de niñas, para niñas, representado por niñas grandes. Usted tiene edad para recordar esos libros ilustrados de primera comunión que venían de España, ¿se acuerda? Aquellas niñitas preciosas, angelicales. Esa es para mí la idea de las muchachas de un concurso de belleza. Si hubiese erotismo o sensualidad en el concurso, pues se acaba. Por eso, una Miss Venezuela no puede tener el tipo de una cabaretera, sino de una de muchacha venezolana inocente, una de esas pinturas de Trompiz, un rostro de ángel con pamela, y, si quiere, hasta ojos de manga japonesa, una novia virginal. *Y sin embargo, hay una pila de pendejos que se la pasan diciendo que yo no tengo ninguna Casa Miss Venezuela, que lo que tengo es un prostíbulo, mijo.*

"En Venezuela —continuó tras una corta pausa— hay gente que no entiende que si nos salimos de ese marco caeríamos directo y sin escala en la vulgaridad. En este país de tantos obsesos por el sexo hay que tener mucho cuidado, la sensualidad y el erotismo caminan por una comisa muy finita. Un paso en falso y nos precipitamos en el abismo de lo vulgar. Y ocurre que nosotros, por el clima del trópico, por nuestra herencia cultural, por la sangre de los españoles de baja ralea que vinieron para estas tierras, por los indígenas que fueron corrompidos, por la traída de esclavos africanos, por los adecos, por mala suerte, por el Comandante Eterno, por lo que sea, tenemos una tendencia terrible a dejamos arrastrar por la vulgaridad, por lo grotesco. Aquí, aunque no quiera creerlo, casi que por regla, lo que comienza siendo sensual o erótico, si no se cuida, termina en lo pornográfico. Por eso, tengo tolerancia cero con cualquier conducta o gesto que saque a Miss Venezuela de su contexto, porque nadie está exento de que se le vaya la mano en vulgaridad. Y sabe qué, si a algo le tengo terror es a eso. La vulgaridad en este país es una peste que todo lo contamina y cuando se le abre la puerta, aunque sea un poquito, nos desmadramos. Del Miss Venezuela podrán decir lo que quieran, menos que es vulgar. En mi concurso, una muchacha que sea vulgar no entra, y si no hemos podido filtrarla en el proceso de ingreso, se va tan pronto detectamos esa falla, y si no, no gana. Mala suerte que aunque no ganen se destaquen, porque aquí adoran la vulgaridad, y resultan ser esas misses que terminan mal, delinquiendo incluso, pero ese es un tema que no voy a tocar porque me niego a hablar de él. Para concluir, le resumo: ninguna muchacha llega a ser Miss Venezuela porque es sensual o porque tenga sabor, entre comillas, o porque a los hombres les provoque

llevársela a la cama. Una Miss Venezuela tiene que reflejar las cualidades que le dije antes, esas cualidades que a Beba le sobraban. Por cierto, ella tampoco toleraba la vulgaridad. Más que eso, la espantaba, era una mujer muy refinada".

El Rey había dejado de lado el fastidio y ahora estaba más bien irritado. Benítez, sin intimidarse, fue a la pregunta que llevaba un mes haciéndose:

—¿Qué explica entonces su suicidio?

Oscar Llabrés levantó las cejas mostrando algo de interés.

—¿Su suicidio? No tiene usted idea de las veces que me he hecho esa pregunta. La respuesta que he encontrado más satisfactoria tiene que ver con la definición que le di de María Genoveva. Si en algún lugar y tiempo la perfección no tiene lugar, es ahora y en este país. Usted se imagina lo que significa ser bella y vivir en esta Venezuela de hoy, *en esta mierda*, que pareciera haber hecho un pacto con el diablo para lo horrible. Aquí no hay lugar ni tiempo para lo exquisito, aquí cuesta incluso ser mediocre. Si usted busca la perfección aquí, está, como los héroes de las tragedias griegas, provocando su propia destrucción, por los demás o por su propia mano, como la Beba. Me la imagino con esta enorme realidad en contra y no me explico cómo no se fue a vivir a Europa o cualquier otra parte a disfrutar de su dinero.

—Ella tenía cincuenta y cinco y vivió bastante dentro de este ambiente, ¿por qué esperó tanto para suicidarse?

—No lo sé, lo que le puedo asegurar es que cuando la conocí, era una muchacha con sus expectativas intactas, estaba muy lejos de eso. Su hartazgo vendría en estos últimos tiempos, es lo que me atrevo a pensar. ¿Quién no está harto aquí? Su primer problema fue con los hombres. Como cualquier mujer, buscaba a *Mr Right*, como dicen los gringos, el príncipe azul perfecto. Pensó que Alfonso, que era para ella una figura paterna, era el candidato y se decepcionó cuando se dio cuenta de que no lo era. Luego del divorcio, se pasó tiempo buscando a ese hombre que, como sabemos, no existe. Ella idealizaba a su padre y, por esa misma razón, establecía unos parámetros imposibles para los otros hombres. Desde que era una simple candidata y hablábamos, notaba que la admiración por su padre iba un poquito más allá de lo normal. Yo le advertía que una cosa era ser hija de un hombre y otra ser su mujer, dormir con él. Se casó con Alfonso, para cualquier otra el marido perfecto, mas Beba llegó a estar convencida de que estaba lejos de serlo. Veía sus intentos de acercarse a ella como intervenciones inaceptables, intentos de imponerle un camino, de hacerle planes. Me atrevería a

decir que él simplemente quería que ella engranara con nuestra realidad. Pobre Alfonso, debió ser muy difícil para él vivir con Beba. Ella lo quería perfecto y nadie lo es. Con los amantes que tuvo después, Beba tampoco pudo conciliar sus ideales con lo real. Tuvo varios y, aunque alguno la enamoró por un tiempo, no encontraba en ellos el compañero que colmara sus expectativas.

"En su lidia diaria con el mundo tampoco le fue bien. Se metió en un proyecto, importante para ella, aquí en Margarita, y terminó desencantada, nunca me dijo la razón, pero me basta ver el desorden y la informalidad de la gente aquí para imaginármelo. Si a mí, en dos meses, esta isla y su gente me tienen loco, qué no le pasó a ella en diez años. Debió desquiciarla. Ella era perfecta y amaba la perfección y de repente tenía que vérselas con personas que no hacen el menor esfuerzo por buscarla y se conforman con vivir tranquilas, sin complicarse, aunque sus logros sean, de la manera más obvia, menos que los posibles. Eso es muy difícil y lo sé porque, en otro grado, claro, ese ha sido mi karma a lo largo de mi vida. No soy perfecto, estoy lejos de eso, míreme, soy un tipo viejo y feo, que ya tiene el final de su vida y su carrera a la vista, pero he buscado, y busco, la perfección en cada cosa que hago. Y es allí donde choco con ese montón de gente que no entiende lo que es mi búsqueda. Solo con eso es suficiente para haberme querido cortar las venas o tomarme un frasco de pastillas infinidad de veces, pero no soy tan firme en mis propósitos. Me llena de tristeza y rabia conmigo mismo no realizar mis planes tal como los sueño, pero no me queda más remedio que ceder ante la mediocridad abrumadora que nos envuelve. Sí, yo, que no soy perfecto, a pesar de ser el Rey de la Belleza, de vez en cuando tiro la toalla y dejo de luchar. Imagínese qué pasaría con Beba que amaba la perfección y quizás era más intransigente con sus sueños, esto debió haber sido para ella un tormento".

—¿Por qué la gente, incluso los pobres, querían a Beba Herrera? Era, en principio, alguien que no tenía nada que ver con ellos. Vivía separada de la humanidad, jamás aparecía en actos públicos, no daba entrevistas a los medios. Quería mantenerse alejada y, sin embargo, la gente la tenía en su corazón. ¿Por qué?

—Por dos razones. La primera, y esto puede ser un sesgo personal, era la belleza de Beba y la forma como ella se la tomaba. He visto las mujeres más bellas del mundo a lo largo de mi vida, pero la de ella no era una belleza normal, esa de una muchacha, o un muchacho, que miras y dices ay, qué bello. No, lo de Beba era algo que encantaba, que impactaba a la gente. Una belleza que se

asociaba inmediatamente con lo bueno, lo auténtico, lo puro. Una persona tan bella debe ser buena, era lo primero que sentías, ni siquiera que lo pensabas, lo sentías al mirarla. Beba además se la tomaba con gran naturalidad, no hacía de su belleza una barrera para otras personas. Por el contrario, por esa actitud suya, la gente podía llegar incluso a sentir que la compartía y que su sola presencia y cercanía los hacía bellos. Allí había algo espiritual, una emoción real, que sentía con fuerza quien llegaba a estar cerca de ella, me entiende. Quienes la conocieron y sintieron esa emoción, no la olvidaban nunca. Será eso que llaman carisma, pero lo cierto es que casi se podía ver cómo el alma de la gente se quedaba pegada a ella.

"La segunda razón es lo que Beba hizo cuando fue Miss Venezuela. Parecía un político en campaña, ninguna miss se ha tomado más en serio su papel que Beba. Ella le quitó a Miss Venezuela esa pátina de frivolidad que tiene, prefería ir a un evento en un barrio de Caracas y no a una fiesta en el Country. Prestó su imagen para campañas de Fe y Alegría, contra el embarazo precoz, la deserción escolar y otros males que afectan a los pobres, y se negó a hacer comerciales. Hizo también varios cortos institucionales, educativos. Durante su reinado, visitaba los barrios de Caracas y otras ciudades, sin prensa, con un equipo de producción pequeño que ella escogió, como las princesas buenas de los cuentos de hadas. No avisaba, se presentaba sin mucha fanfarria donde entendía que era necesaria su presencia. Hizo muchas obras de caridad. Convenció a muchos empresarios y amistades adineradas de su padre para dar becas y financiar planes para ayudar a mucha gente. En fin, en este país mamero, ella fue la madre de esos millones de huérfanos, una madre bellísima, dicho sea de paso. En este pueblo las leyendas no necesitan mucho para que nazcan y solo de saber que ella había ayudado a algunos abría las expectativas para muchos otros. Por eso se convirtió en una suerte de mito, en nuestra Lady Di, aunque le parezca ridículo que diga algo como eso.

"También es verdad que ese sesgo social a sus actividades como Miss Venezuela le sirvió para sacudirse a su mamá, a Odilia. Ella quería que Beba se orientara, como otras tantas misses, hacia la actuación, en la televisión o el cine. Le proponía cualquier tipo de planes, pero Beba los rechazaba y se afincaba más en su acción social, cosa que Odilia detestaba, ni muerta se iba a aparecer en un barrio a repartir canastillas, por ejemplo. Tal vez fue esa, salirse de la esfera dominante de su madre, la verdadera razón de ese interés

manifiesto en los pobres, quién sabe. Lo cierto es que cuando terminó su período como Miss Venezuela, Beba dejó de realizar esas campañas, pero ya estaba sembrada como un mito en la gente. Creo que en verdad no tenía una sensibilidad especial por el prójimo, tendría una normal, pero lo que se juzga es lo que se puede ver. Y lo que se vio durante un tiempo fue eso, su presencia redentora entre los más necesitados.

"Al vencer su término, pasó a un segundo plano porque la atención del país se centra en la nueva Miss Venezuela. Esa posibilidad de no ser el foco del interés de la gente, creo que más bien le gustó. Esa fue su mejor época, había puesto distancia entre su madre y ella y ocupaba el espacio justo que quería ocupar. Alguna vez me dijo que lo que más había detestado de su condición de Miss Venezuela era lidiar con la gente que pretendía manipularla para lograr objetivos que nada tenían que ver con las cosas que ella hacía con total desprendimiento. Algunos partidos políticos y gente vinculada al poder la tentaron y quisieron que optara a alcaldías o diputaciones, eso terminó por alejarla de cualquier actividad pública. Se casó con Alfonso, tuvo un hijo y se dedicaría a criarlo. Luego murió su padre y eso la afectó mucho, se encerró en su propia existencia, se retiró por completo a su vida privada. Nunca más dio una entrevista ni salió en televisión. Pero su leyenda de Miss Venezuela bella, buena y única ya había nacido. Se separó de Alfonso, también a su manera, sin mido ni alharaca. Cuando sucedió lo de su muerte, hacía tiempo que yo no la veía y hablaba con ella. Ni siquiera cuando llegué aquí a Margarita para el concurso. La llamé, me saludó con afecto y diría que hasta con alegría, pero no quiso salir ni mucho menos acercarse hasta aquí, a pesar de que la invité varias veces".

Benítez le dio las gracias y se levantó para despedirse. Oscar Llabrés le pidió que esperara un minuto más. Abrió una de las gavetas de su escritorio y sacó un sobre blanco y elegante, del que extrajo una tarjeta. Con un marcador dorado y una caligrafía decimonónica escribió el nombre de Benítez. Le preguntó si era casado y escribió entonces "y Señora".

—Tenga, lo invito a la gala, por favor, no deje de venir, tendrá dos asientos de los mejores, y además su esposa no se lo perdonaría.

—Gracias, vendré a verla, puede contar con eso.

—Le quito unos segundos más, doctor Benítez, tengo una pregunta importante. Me han contado que aquí en Margarita hay una señora que fue finalista del Miss Venezuela y que sobrevive pidiéndoles a los turistas, de mendiga, en las playas. ¿Eso es cierto?

—Hay una señora, alta, de ojos azules, debió haber sido rubia, ahora tiene el pelo quemado y no es posible saberlo. Es dueña aún de una voz bonita y camina con elegancia, como las misses. Aunque está en el hueso, se puede ver que fue muy bonita, se percibe que fue alguien especial. Hay una leyenda que afirma que participó en el Miss Venezuela.

—¿No sabe su nombre?

—No. La he visto vendiendo sombreros en El Agua y en Parguito, pero nunca pidiendo. No sé si lo suyo fue el alcohol o la piedra, sea lo que haya sido, es un ser que escapó de otra realidad, un fantasma de otro mundo.

—Qué lástima. Creo saber quién es, pero sabe algo, uno nunca puede ayudar a quien quiere convertirse en náufrago, a Beba tampoco nadie la pudo ayudar.

XXV

Quizás por aparecerse a media mañana, sin parafernalia y cuando todos estaban ocupados, la llegada de Tito Smith-Linares al hotel Isla Bella no causó revuelo alguno. Faltaban tres días para la gala y en medio del frenesí imperante pasó por uno de los muchos ejecutivos de la organización que van y vienen de Caracas en las etapas finales del concurso. Lo único que generó curiosidad e hizo voltear a quienes se lo cruzaron en el *lobby* fue la elegancia de su figura y su vestimenta, la increíble blancura de su tez, sus ojos grandes y azules como el mar de Margarita y la belleza casi femenina de su rostro.

El hombre que venía a poner término al largo reinado de Oscar Llabrés estaba acompañado por una asistente tan joven y rubia como él, vestida con un sobrio taller de lino azul marino. Finalizado el registro de huéspedes —limitado para él a poner su firma en una tarjeta—, le pidió a la empleada de relaciones públicas, encargada de recibirlo en el aeropuerto y resolver sus trámites, que le informara a Oscar Llabrés de su llegada, y que por favor le dijera que iba a llamarlo al mediodía. Luego, seguido por su *attachée* rubia, subió hasta la suite que iba a ser su habitación y oficina mientras permaneciera en la isla. Apenas entró, abrió una botella de agua mineral, bebió de ella directamente, y se asomó al balcón a mirar el mar cuyo color echaba tanto de menos, y cuyo olor había reconocido al poner pie en la isla.

Cuando volvió al interior de la suite, con la botella vacía y un ligero rosa en sus mejillas, su asistente había desplegado su portátil en el escritorio y abierto su maletín como un acordeón. Tito Smith-Linares parecía no conocer la prisa, había estado relajado desde su llegada, sin tomarse impaciente con los funcionarios del aeropuerto ni nervioso o inseguro por la cercanía invasiva de la gente en el

lobby. Al contrario, se había admirado ante la variedad del entorno humano, y divertido al pensar que su apariencia, que sabía muy distinta a las otras, abigarraba aún más el ambiente de ambos sitios. Tampoco se quejó por nada, era sin duda un tipo tranquilo, solo hizo una alusión, más sorprendido que irritado, al calor que había sentido en la larga caminata que debieron hacer hasta el terminal, desde el lugar en la pista donde pudieron aparcar el avión privado que lo había transportado a Margarita.

Al mediodía, durante la pausa del almuerzo, le hizo una llamada telefónica a Oscar Llabrés. El Rey de la Belleza había comido en su suite y cuando repicó el teléfono, veía televisión a su manera, sin concentrarse mucho en la pantalla. Smith-Linares se introdujo y lo saludó con educación, con una cordialidad justa y genuina, sin zalamerías. Le dijo que era obvio que necesitaban reunirse y hablar lo más pronto posible, pero que no había necesidad de forzar la agenda de ambos. Le explicó que tenía que aprovechar la tarde temprana para realizar varias llamadas a Europa, tenía pendientes varios *mails* y una larga conferencia telefónica prevista con Miami para el final de la jomada. Suponía que, por su parte, también él estaría ocupado con el ensayo general programado y que por tanto, de ser posible, lo ideal sería que cenaran esa noche, fuera del hotel para hablar con mayor tranquilidad y no sufrir interrupciones frecuentes. Le habían recomendado un restaurante en Pampatar cuya propuesta era una fusión interesante de platos internacionales y margariteños. Si eso le resultaba aceptable, su asistente se encargaría de la reservación, dijo para terminar.

Oscar, cortés, pero frío y distante, aceptó sin objeción alguna. Evitaba invitaciones a cenar porque rompían su rutina de tomar solo un consomé suave, casi cristalino, con unos pedacitos de zanahoria y unos tallitos de apio españa frescos, pero esta de Guioncito era inevitable. Sería el primer encuentro con su adversario y conocerlo era fundamental para su plan de conservar la jefatura del concurso que era la obra de su vida. Necesitaba medir al personaje, detectar sus debilidades y, de ser posible, darle algunas ideas de esas que inflan los presupuestos. Mientras más elevados fuesen los costos de los proyectos, mayores sus posibilidades de derrotarlo. Ramón Medialdea ya estaba trabajando en la búsqueda de formatos que fuesen novedosos y baratos a la vez, era cuestión de tenerlos listos, *ready*, para cuando los costos comenzaran a apretar, ese sería el momento indicado para presentarlos como alternativa.

A las ocho de la noche El Rey bajó al *lobby* y vio a Tito Smith-

Linares en un rincón apartado. El flamante director ejecutivo estaba distraído con el teléfono, parecía estar escribiendo un mensaje, y Oscar Llabrés pudo mirarlo con libertad mientras se acercaba. El joven vestía un conjunto casual de pantalón y camisa azul celeste, ligero como una gasa. Completaba su atuendo con unos mocasines azul marino, de gamuza, sin suela ni tacón. El pelo, rubio dorado, lo tenía corto y peinado con un gel que le daba frescura de recién bañado. El hombre rezumaba una elegancia discreta que flotaba justo por encima de la línea de la virilidad. *De que es bello no se le puede quitar, y, cono, qué alto. Si este hubiese sido mujer, yo lo hubiera hecho miss lo que le hubiera dado lagaña, tiene el rostro perfecto.*

A diferencia de Smith-Linares, él nunca fue discreto con el vestir. Se sentía elegante, pero en el límite de lo estrafalario. Esa había sido la estrategia que había escogido para combatir lo que consideraba su mayor defecto: su fealdad física. *Que se fijen en la ropa y que ni de vaina me miren la cara, mi amor*. Para la cena, a tono con la informalidad margariteña, había optado por una guayabera con cuatro bolsillos y los clásicos pliegues menudos a ambos lados de la pechera. Un diseño de lo más tradicional de no ser por su color rosado brillante y los ribetes, finísimos, de pequeñas lentejuelas color plata en los puños y en los bordes, una prenda para usar de noche. La combinaba con un largo y vaporoso pañuelo de lino, colgado del cuello, y unos pantalones que destellaban de blanco. *En el trópico, mi amor, pantalones muy claros, de lino o de algodón, lo importante es que se arruguen*. Sus mocasines eran del mismo tono guayaba del pañuelo y no parecían tan ligeros por los tacones, un par de centímetros más altos de lo normal, *es que si no, me veo enano*. La melena, roja, lucía abundante gracias a unos minutos adicionales de batido y secador. También había sido más cuidadoso que de costumbre en la administración de la crema facial que usaba para salir, *ay Dios, qué cagada que esta crema tan cara no pueda darme la lozanía de porcelana que me da el Photoshop.*

Smith-Linares lo saludó con calidez y visible emoción. Retuvo su mano en las dos suyas y fijó en él la mirada más transparente que hubiera podido imaginar en un adulto, al tiempo que, con genuino entusiasmo, le decía lo mucho que había deseado conocerlo, lo tanto que lo admiraba y lo halagado que estaba por su compañía y la posibilidad de conversar con él. *Adiós carajo, este muchacho es como yo soy, diría mamá, pero un poquito más machito*. Smith-Linares lo invitó con un gesto de su mano a dirigirse a la puerta y el Rey de la Belleza, complacido por su caballerosidad y educación, le agradeció con un gesto de la cabeza.

En el camino al restaurant, ubicado en la entrada a Pampatar, Smith-Linares no paró de hablar. Sorprendió a Llabrés por el conocimiento que tenía del Miss Venezuela y de los torneos de belleza más relevantes en el plano internacional. Citó con precisión los lugares, fechas y nombres de las misses venezolanas triunfadoras en el exterior desde comienzos de los ochenta. Aludió a situaciones de esos concursos con referencias precisas, de esas que solo los profesionales manejan, mostrándole a Oscar que conocía los intríngulis del negocio de los *beauty pageants* de la A hasta la Z. Tito sabía incluso, para mayor sorpresa suya, ciertos detalles íntimos de su biografía de cenicienta, desde su salida de Cuba hasta la llegada a Caracas, y su duro ascenso de *missero* a Rey de la Belleza.

Ya sentados, con una botella enorme de Perrier como único aperitivo —ninguno de los dos consumía alcohol—, Smith- Linares comenzó diciéndole que tenía, igual que muchos otros jóvenes directores ejecutivos de concursos de belleza en el mundo, un gran agradecimiento para con él, porque había sido gracias a su trabajo y sus éxitos que esa actividad existía como profesión. Que antes de él, los concursos eran manejados por generalistas y aficionados. A continuación, quiso que le contara cómo había descubierto que era poseedor de un talento divino —ese fue el adjetivo que usó— para percibir la belleza femenina, en especial la que no era obvia. Que le explicara cuál era su método para dar con la miss que necesitaba o si solo funcionaba a golpes de intuición y, especialmente, le dijera cómo hacía para encontrar mujeres bellas en un país que hacía tantos años no había hecho sino producir fealdad en todos los ámbitos.

Aunque no era la primera vez que le formulaban a Oscar esas interrogantes, había algo en Smith-Linares, en su forma de preguntar, que lo invitaba a responderle con el alma, y así lo hizo. Se extendió lo que quiso en su disertación y no hubo siquiera un segundo en el que no sintiera que contaba con la atención indivisible de su interlocutor. Al terminar, Oscar Llabrés no pudo impedir que en lo más profundo de su ser, así como el borde aluvional que deja la crecida de un río, creciera en él la suerte de encantamiento que desde el primer segundo sintió por el joven que había venido a sustituirlo. *Este es mi alma gemela, me lee el corazón con esos ojotes azules. Ay, tranquilo, Oscar, ¿qué te pasa? Dios mío, esto debe ser lo que los gringos llaman "infatuation"*.

Un mesonero marcó el entreacto acercándose a retirar platos y cubiertos, y el *maître* les recitó los postres. En otro momento, Oscar se habría horrorizado ante la idea de un dulce a esa hora, pero

ordenó el más exótico y cargado porque aquella atmósfera de sensualidad que lo envolvía había que honrarla. Antes de que trajeran los manjares, Tito le dijo:

—Cuéntame algo, Oscar, ¿tú consideras que lo que haces es arte?

—Esa ha sido una pregunta muy difícil para mí. Si crear belleza es arte, entonces soy un artista y lo que hago es arte. Siento que gracias a mi trabajo, las muchachas que se acercan al Miss Venezuela son más bellas cuando salen que cuando entran, allí hay una transformación estética que es trabajo. Pero Miss Venezuela no es solo eso, hay vestuario, hay maquillaje, diseño de trajes de baño. Las muchachas aprenden a ser bellas, hay también una transformación subjetiva.

"Ahora, a mí nunca me han considerado un representante de las bellas artes ni me han reconocido como artista. Quizás los demás no sienten que lo mío sea arte. Igual me conformo con que me llamen el Rey de la Belleza, eso dice mucho".

Después del postre, Tito Smith-Linares pidió un café expreso; tenía aún que revisar unos correos electrónicos al regresar a su suite y necesitaba mantenerse despierto, explicó, y Oscar, que quería dormir, una manzanilla. Frente a las tasas humeantes, el nuevo director ejecutivo del concurso decidió exponerle sus planes. Fue directo, pero le habló en el tono humanitario con el que los médicos comunican a sus pacientes que padecen una enfermedad en estado terminal:

—Hubo un largo debate para mantenerte en la Organización, Oscar, y la decisión que se tomó de que siguieras en ella tiene un límite, cinco años a partir de ahora, como si fueras un presidente y no un rey —dijo con una sonrisa para quitarle peso a lo que había dicho—. Por supuesto que no es una cuestión personal, al contrario, Diego te aprecia, te recuerda con mucho cariño y siente agradecimiento por lo que tú has significado en este conglomerado, de eso puedo dar fe. Cuando venga, hablará contigo sobre eso, lo tiene como prioridad en su agenda. La razón es que es un fanático de la idea de prescindir de quienes tengan más de sesenta, sin que obsten sus posiciones ni sus méritos. Está convencido de que la curva de creatividad y rendimiento de los mayores de sesenta es descendente y prefiere asumir el costo del aprendizaje de la gente joven, que estima es mucho menor. A los veteranos como tú les ofrece un *deal* honorable, un extraordinario paquete de retiro, y los trata con el mayor respeto, pero no los quiere adentro. Ese es el caso de gente muy querida, por ejemplo Bracamonte, a quien debo

comunicarle eso antes de irme. Más aún, la primera víctima de esa convicción de Diego fue su propio padre. El Jefe tenía tiempo pidiéndole que se encargara de la Organización y, después de mucho pensarlo, hace unos meses aceptó. Pero puso como condición para encargarse que su padre debía irse, sin cargo efectivo, porque quería jubilar a todos los gerentes que tuvieran más de sesenta y el Jefe pasa largo de setenta. Ahora es presidente emérito de la Organización, y principal accionista, pero sin injerencia alguna en el día a día del negocio.

"En tu caso, Diego se resistía mucho a hacer una excepción, con un argumento de peso y para nada personal: cuando las normas generales no se aplican eficazmente en una organización tan grande, y comienzan a hacerse excepciones, las cosas suelen complicarse. Al final me hizo caso, y no lo digo para jactarme ante ti y aspirar a tu agradecimiento, pero fui yo quien lo convenció. Le expliqué que tú constituías parte fundamental de la marca Miss Venezuela, que este relanzamiento no sería lo mismo contigo que sin ti, que tenías las mejores relaciones, que conocías ese tramado como nadie y que no había razón alguna para, por una formalidad cronológica, dejar un activo de tu importancia al margen del esfuerzo para los objetivos que pretendemos realizar: la globalización del concurso e implantar un nuevo concepto de belleza que nos sirva para las próximas décadas. Dos procesos que, tal como concebimos esto, marchan juntos".

—Ay, gracias, Tito —se limitó a decir Oscar Llabrés.

Smith-Linares le expuso el plan completo, sin obviar detalle alguno.

—La apuesta —le dijo— es que el Miss Venezuela se convierta en una empresa de mucho mayor *span* que el que tiene ahora. Que traduzca en posición de dominio mercantil y en *income* su prestigio internacional, que alcance, en términos geográficos, los rincones más extremos del planeta, y que la gala sea la noche más linda y la vean por televisión en los barrios de Ciudad de México y Moscú, por igual. Diego y la nueva gerencia no se explican cómo no se habían comercializado hasta ahora los bienes que se derivan del concurso: vestidos, trajes de baño, productos de belleza y fragancias con una sola marca, Miss Venezuela, y eso nos proponemos hacer, así entendemos la globalización.

"La idea es comenzar el nuevo proyecto a partir del próximo concurso y que tú, el gran Oscar Llabrés, nos ayudes de varias maneras. La primera, por obvia, es que seas el promotor mundial del concurso. Que abras las puertas en aquellos lugares donde solo

tú puedes hacerlo, que seas el primero en impulsar la marca. Gracias a tus contactos, permitir al concurso cooptar a estetas y creadores de belleza que nos interesen, desde los diseñadores de moda hasta los editores de revistas, pasando por quienes dirigen las agencias de modelaje. Te necesitamos para que nos ayudes con la red de egos que hay en el ramo de la belleza, te toca lidiar con esa fauna que tiene por hábitat los *beauty pageants* internacionales, para que los conviertas en aliados. Vas a contar con un presupuesto importante para eso, con mi respaldo, el de Diego y de la Organización. Escoge tu propio equipo, en eso tienes plena libertad. El objetivo es arrancar tan pronto termine el presente concurso. Eso ya está programado, te lo vamos a pasar por escrito, junto al nuevo contrato y los protocolos que van a gobernar las relaciones entre tú y la Organización. Oscar, de ahora en adelante, vas a ser nuestro canciller, nada más y nada menos".

Smith-Linares le explicó que como Rey de la Belleza iba a tener también un nuevo papel en el manejo y selección de las misses. Había, sin embargo, un cambio importante. El punto era simple: el Miss Venezuela no se iba a limitar a Venezuela. Iban a ampliar a escala global el radio de selección. Para comenzar, se iban a organizar *castings* en tres ciudades de Estados Unidos, Miami, Nueva York y Los Ángeles, y una de Europa, Madrid. El objetivo era aprovechar la diáspora. En todo el mundo hay miles de venezolanas de origen que desean participar. Las muchachas bellas son las primeras en emigrar, le aseguró. Había algunas que habían renunciado a la nacionalidad y ya no eran venezolanas, mas eso no sería problema, de ser necesario, se les podía nacionalizar de nuevo para que entraran al concurso. Igual se haría con miles de buenos prospectos para trabajar, rubias, morenas, pelirrojas, de todas las marcas, que no habían sido nunca venezolanas. Se podía hacer lo mismo que se hizo acá cuando se reclutaban muchachas de Caracas y se les llamaba Miss Amazonas, Miss Apure o lo que fuere aunque nunca hubiesen siquiera visitado esas regiones. Miss Venezuela era una marca comercial y no un país. La representante de Venezuela, mejor si era venezolana cien por ciento, pero no tenía por qué serlo. El concurso iba a ser como los grandes equipos profesionales de los deportes, los *tryouts* se harían en el planeta entero. El concurso se iba a ampliar en número, tendría, aparte de los estados tradicionales del país, una Miss Madrid, Miss Miami, Miss Los Ángeles, Miss Nueva York.

La misión de Oscar Llabrés en esa área iba a ser supervisar los reclutamientos donde quiera que se hicieran. Iba a tener, como en

el Miss Venezuela, la última palabra, mientras se probara y ajustara el nuevo modelo creado por la Organización. La gala, la noche más linda, por supuesto que no sería más en Caracas, Margarita ni otro lugar en Venezuela. La próxima gala sería en Miami, y luego, como el Super Bowl del fútbol americano, se iba a rotar la sede por varios países, para comenzar Estados Unidos y algunos caribeños. Cuando en Venezuela mejoren las cosas, si es que mejoran, de repente se incluye Caracas, o Margarita, en el *roster* de sedes.

La otra misión que le iban a encargar, intrínsecamente vinculada a la primera, era participar *full* en la puesta a punto del nuevo patrón de belleza internacional que ya estaba en etapa de prueba. El patrón que se corresponde con la realidad del siglo XXL Junto con un equipo de especialistas de diversas áreas de la estética, incluyendo pintores, escultores, cineastas, diseñadores de modas y hasta poetas, se habían revisado los videos de los concursos internacionales desde antes de que Oscar llegara al Miss Venezuela. La conclusión era muy interesante, un motivo de orgullo para los venezolanos: a partir de Beba Herrera, de manera medible, se cambió el patrón de belleza que imperaba en los concursos internacionales. Cuando se hacían las medidas antropométricas de las ganadoras de antes y después de la irrupción del Miss Venezuela de Oscar Llabrés, se podía perfectamente visualizar el cambio. Eso era lo que explicaba el éxito de las muchachas venezolanas en esos torneos a lo largo de su reinado: ellas eran el patrón de belleza.

Eso fue el producto de su trabajo y de su poderosa intuición para descubrir y construir belleza femenina, esa fue la capacidad que lo llevó a acertar. Tenía un modelo mental que le permitió tomar a unas muchachas con ciertas condiciones, aproximarlas a su modelo y, mientras más cerca habían logrado estar de ese ideal, mayor fue la posibilidad de triunfo. Ese modelo suyo, él lo había aislado y estudiado de manera exhaustiva. Tal como lo explicaba en su tesis para su maestría en la Stanford University, titulada *Oscar Llabrés and His Model for International Beauty Pageants*. Sostenía en ese papel académico que el modelo del director del Miss Venezuela era en principio una intuición que tenía como referencia, una forma estética femenina que estaba en su inconsciente, que fue construido, probablemente, a partir de las ilustraciones de niñas y adolescentes que vio en los libros de cuentos infantiles ilustrados, textos escolares y manuales de primera comunión españoles a comienzos de los cincuenta del siglo pasado, en su infancia y adolescencia temprana en Cuba. Materiales que, dicho sea de paso, eran producto de editoriales que funcionaban dentro de la corrección que

demandaba la dictadura de Franco. Imágenes infantiles hechas no a semejanza de Dios, la Virgen y los ángeles sino de acuerdo al patrón de belleza femenina occidental más ortodoxo. Patrón que Oscar adoptó para sus misses y materializó en muchachas blancas, de rostro ovoide, nariz perfilada, ojos claros y para nada rasgados, labios finos, cabeza más alargada que redonda y un cuerpo estilizado que se aproximaba al moderno 90-60-90. Un modelo de belleza que se nutría del clásico griego que ha venido rodando en Europa desde que el mundo es mundo. Lo bello, lo único y lo bueno en perfecta armonía.

—Oscar, te voy a hacer llegar un ejemplar de mi tesis donde demuestro de manera gráfica ese punto. Al lado de la foto de cada Miss Venezuela coloco una de esas ilustraciones de las editoriales religiosas españolas para niños y jóvenes, populares otrora en Cuba, y tú mismo te asombrarás de la similitud. En esas gráficas y con modelos matemáticos sustento mi teoría.

—¿Y si han logrado descifrar y elaborar técnicamente mi modelo, que ha sido tan exitoso, por qué no continuar aplicándolo *forever*?

—Allí es, Oscar, donde está nuestra única divergencia. En mi tesis también sustento que esa receta, perfecta de los ochenta hasta el presente, sería un fracaso a futuro, y no por fallas de tu modelo ni de tu capacidad, sino simple y llanamente porque el mundo, ese hacia el que el modelo está dirigido y pretende representar, ha cambiado, se ha transformado y continúa haciéndolo. Ahora creo que estamos en el límite temporal de su aplicación, en el punto en el que la curva comienza a ser descendente. En la medida en que los cambios globales vayan abarcando más espacios geográficos y demográficos, el patrón de belleza que tú creaste no se corresponderá con aquel que miles de millones de personas tienen en sus inconscientes. Esa es una realidad que poco a poco se irá imponiendo, y si insistimos con ese modelo clásico, para darle un nombre al tuyo, nos quedamos fuera de la carrera. Te pongo un ejemplo: China. ¿Tú te imaginas lo que significa para las chinas el Miss Universo? Un concurso que no ven como suyo, que no representa a sus mujeres, algo de muchachas occidentales. Súmale a los japoneses, indios y otros asiáticos, y a los africanos, más de dos tercios de la población mundial, excluidos, sin interés alguno por un concurso que no los representa. Nuestro propósito es incorporar a esa enorme masa humana a los juegos mundiales de la belleza, porque la cantidad de dinero que eso significa es simplemente imposible de imaginar, y queremos que una buena parte de esos

miles de millones de dólares que se van a mover allí sea nuestra.

—Yo siempre le dije al Jefe que en los concursos de belleza había un potencial enorme para hacer dinero. Pero él creía que era parte de mi vanidad y no le apostó con fuerza. Se contentó con que Miss Venezuela y sus éxitos fuesen una gran operación de relaciones públicas para la Organización.

—Eso es exactamente lo que nosotros creemos, pero eso es el pasado. Ahora tenemos que dar con un nuevo modelo, uno absolutamente inclusivo, algo posible gracias a la cibernética y al talento que podemos reunir en tomo a esta idea. Talentos como el tuyo. Ya tenemos muestras de miles de mujeres bellas del planeta entero, de todas las razas y familias antropológicas, con sus medidas antropométricas y la fisonomía de sus rostros, desde modelos, deportistas y artistas de cine hasta mujeres anónimas. Las estamos analizando siguiendo modelos matemáticos, hemos hecho proyecciones y muchas especulaciones fundadas en estadísticas nuevas y por esa vía nos hemos acercado al que será nuestro modelo femenino de belleza, uno más real, mucho más próximo a la gente que puebla el planeta ahora y la que estará aquí en las décadas venideras, esa es nuestra hipótesis. Diego y su equipo creen en ella y se ha decidido alcanzar el objetivo de hacerla realidad. Nosotros somos los pioneros en eso y es obvio que pretendamos sacar la mayor tajada de un negocio que no tiene caída porque se fundamenta en un elemento universal: la deliciosa vanidad femenina, que ha existido y existirá en todas partes y por los siglos de los siglos.

—Ay, no sé, eso suena como galáctico.

—Entiendo que puedas tener objeciones con este método porque has sido muy exitoso con el tuyo. No tengo nada que criticarte, al contrario, admiro profundamente la manera como has concretado tus intuiciones estéticas, en particular por haberlo hecho en un entorno nada amigable como el venezolano de estos últimos años. Pero, te reitero, estamos ante una realidad mundial que muta a diario y, ante ella, tu modelo intuitivo no alcanza, se queda corto. Son demasiados los elementos y factores que deberías incorporar, miles de datos, para mantener el ritmo con las variaciones del presente, y con las que se están gestando a futuro, y no hay mente ni intuición, por talentosa que sea, que pueda hacerlo, por eso necesitamos apoyamos en la cibernética y en un equipo. El modelo que concretemos sí se corresponderá con la realidad actual y, además, estará diseñado para ir ajustándose a medida que varíen las circunstancias. Esa es la otra tarea que hemos reservado para ti en

esta gran apuesta, un reto sin duda para alguien como tú. Creaste el modelo de la belleza todavía imperante en el Miss Universo y ahora queremos que nos ayudes a dar con el modelo que resulte de este nuevo método, el llamado a suplantarlo.

—Hace un rato me preguntaste si lo que yo hacía era arte. ¿Esto que tú vas a hacer es arte?

—No tengo la menor duda de que lo es, así algunos estetas e intelectuales no lo quieran considerar. Te voy a poner un ejemplo. Es una verdad universalmente aceptada que si en el Renacimiento italiano un pintor florentino hacía un retrato por encargo para un Medici, eso era y es arte. ¿Hasta qué punto ese pintor retrataba la realidad tal cual era? No lo sabemos, pero es argumentable que la belleza era compartida, la modelo era bonita y él la registraba, y según el nivel de su intervención, la hacía aún más bella. Él, que manejaba las proporciones, la armonía de las formas y las reglas de la composición, añadía belleza. Bueno, nosotros hacemos lo mismo, salvo algunas diferencias necesarias, la primera, la escala. A diferencia del pintor florentino que trabajaba para un Medici, nuestra escala es masiva, vamos a trabajar para millones, tal vez miles de millones de personas. También trabajamos de manera invertida. Hacemos el retrato primero, el modelo, y buscamos después a las mujeres que más se aproximan a él. Si aquello era arte, por qué no va serlo esto.

Oscar Llabrés miraba a Tito, emocionado en su exposición, y era como ver otra versión de sí mismo, más joven, más informada y mucho, mucho más bella. Y lo embargó una nostalgia que lo regresaba a los setenta, cuando se encargó del Miss Venezuela y era, como Tito ahora, el único que sabía lo que había que hacer. El único que podía mover el concurso en la dirección correcta. La situación era igual, solo que ahora era Smith-Linares, con su belleza, juventud, vehemencia y capacidades quien jugaba su papel, quien sabía cuál era el rumbo a tomar y qué hacer. Tito tenía el conocimiento y las ganas, como él las había tenido medio siglo atrás. La verdad era que en esta última edición no sabía qué hacer para mantener el control sobre algo que se le escapaba de las manos. No era el concurso, era la época lo que no podía aprehender en su totalidad, tenía que admitirlo. Smith-Linares sí podía. Atrincherarse en su dignidad de rey ofendido y combatirlo carecía de sentido, la historia y la biología lo derrotarían de manera inexorable. Hablaría con Ramón Medialdea para que dejara sin efecto su instrucción de buscar planes alternativos, no serían posibles, el de Tito era insuperable para él. Solo quedaba rendirse y

dejar que los nuevos tiempos parieran nuevas realidades.

Ese reconocimiento de la condición de líder de Smith-Linares vino acompañado de una emoción profunda e íntima: era obvio que la muralla de indiferencia ante su propio sexo, que había construido ladrillo a ladrillo a lo largo de décadas, comenzaba a desmoronarse de manera irremediable ante los golpes devastadores que Tito, hermoso ariete, le propinaba. Una ola de calor proveniente de sus entrañas le subió al rostro y, estupefacto, se percató de que su miembro, sí, su miembro, dormido desde hacía por lo menos dos décadas, se había despertado e inquietado en el interior de sus calzoncillos. *Ay, Oscar, compórtate, que este hombre se va a dar cuenta de que estás con el marico alborotado. Esto es una cena de trabajo y no un "date"*

El primer pensamiento que cruzó la mente de Oscar Llabrés, una hora después, apenas quedó a solas en su habitación, fue que no habría nada que Tito Smith-Linares quisiera que él no estuviera dispuesto a darle. Esa era una decisión que había tomado desde lo más hondo de su alma y la sentía tan firme que se negó siquiera a pensarla. *Ay, Dios, si esto es el amor, qué grande es esto. Hasta que te conocííí, vi la vida con dolooor…*

No sabía si Tito iba a tener éxito o no en un plan ambicioso, pero parecía posible para alguien joven y con las ganas y el talento que poseía. En ese proyecto, él solo podía ser un asesor, un artista de reparto, no tenía fuerzas para aspirar al papel de protagonista principal. El cambio que se avecinaba tanto en el interior como en el exterior de la Organización era muy grande y a los cambios ahora les tenía pavor. Tenía muy presente que se podía cambiar para peor, Venezuela era una muestra de eso. Tanto se habían deteriorado las cosas que la decisión de llevarse el concurso a otras tierras lucía obvia. Miss Venezuela había sido la última cara que podía mostrar un país al que casi no le quedaba nada hermoso que mostrar. El certamen icono de la venezolanidad llegaba a su fin, quién lo habría dicho. Se marchaba a Miami como un emigrante más y dejaría de ser lo que tanto había sido, *adiós Miss Venezuela, goodbye.*

En adelante, como tantos otros venezolanos, el concurso sería uno de esos que se va prometiendo volver, pero quien ha emigrado sabe que no hay mayor incertidumbre que aquella que persigue a quien da el terrible paso de cruzar su frontera, a quien un día lo deja todo atrás y busca una nueva ventura. Él, como Miss Venezuela, también se iría del país del que había pensado que jamás lo haría. Su futuro como Rey de la Belleza tenía aún algo por delante, según el contrato que Tito le había ofrecido. Pasados esos

cinco años, tal vez los programas de cotillón de la televisión mayamera lo querrían por un par de años más. Eso sería todo, ya tendría setenta y siete, luego vendría un abismo en cuyo fondo lo esperaría, si algo lo esperaba, la más terrible soledad. ¿Qué iba a hacer entonces con su vida? Quién sabe, tal vez, una tarde hermosa y soleada se iba a una playa solitaria a mirar el ocaso.

Se aseó, se puso sus pijamas, se metió en la cama y encendió el televisor sin que, en uno solo de los segundos transcurridos en su rutina de pasar de un canal a otro, sin mirar nada, la imagen de Smith-Linares hubiese salido de su cabeza. *Ay Tito, ay Tito de mis tormentos, si hubiera podido besarte aunque juese las manos*. Y así, sin darse cuenta, tal cual había ocurrido en el restaurant, su olvidado miembro comenzó a palpitar con cada latido de su corazón. En un reflejo masculino casi olvidado, llevó su mano hasta él y empezó a sobárselo, primero con algo de incredulidad y timidez, y luego con absoluta entrega. Se dejó llevar por las sensaciones cada vez más gratas que le deparaba su travesura y terminó masturbándose con un frenesí de adolescente. Su ser se concentró en su sexo; eje en tomo al cual comenzaron a girar su habitación, el planeta Tierra y el universo en su inmensidad, hasta que colapso en el *big bang* de un orgasmo reprimido desde no sabía cuándo. Pasados unos minutos, al recuperarse, con la mano aún aferrada a su ahora lánguido apéndice, sin esperarlo y sin poderse contener, rompió su vieja promesa y se puso a llorar. Las lágrimas, contenidas desde su llegada a Caracas hacía casi sesenta años, le brotaron a mares y tuvo que taparse la boca para que afuera no se escucharan sus gritos desesperados. Sí, jamás lo habría creído, pero tan solo en unas horas se había enamorado y se iba a entregar a aquel hombre que, lo sabía, no le iba a corresponder jamás. Si no estuviera al borde de la decrepitud, buscaría su amor y hasta pelearía por él, si tocaba hacerlo. Pero no era así, muy lejos de eso, tendría que conformarse con lo único que Tito le permitiría, adorarlo a distancia. Y él no se iba a negar, lo amaría en silencio, lo amaría siempre, así lo destruyera y los pedazos de su alma quedaran expuestos al aire y al sol por los siglos de los siglos.

XXVI

No parecía ser un mal tipo, pero Benítez nunca lo habría tenido como amigo. Roberto Aumaitre tenía la actitud de quien está vendiendo algo y, tal vez por eso, su simpatía y calidez de caballero le resultaba a Benítez una pretensión. Tenía el bronceado justo y era impecable en el vestir y en el cuidado de su físico; caracteres que al abogado le acentuaron la sensación de que tenía al frente a un promotor de bienes raíces del estado de Florida. Pertenecía a la primera oleada de navegaos llegados a la isla con la zona franca, de esos que se anclaron y encontraron un nicho donde medrar. Era un personaje conocido en el mundo del turismo y lo había visto algunas veces, desde el otro lado de la barra, en el inolvidable Cheers, de la Santiago Mariño, en compañía de grupos alegres de gente bonita. Nunca había siquiera cruzado palabras con él. No sabía entonces a qué se dedicaba, pero aparentaba que le iba bien. Cuando aprobaron los casinos para Margarita, instaló uno de los primeros y debió irle mejor. Tenía fama de galán y el rumor de su romance con la exmiss había rodado por los mentideros isleños.

La cita con él no fue fácil porque tenía horarios a contramano de los de Benítez; se iba a la cama en horas de la madrugada, cuando el abogado se estaba levantando. En la tarde temprana, a la hora en la que a Benítez, cansado, ya le asaltaban las ganas de irse a su casa, comer, reposar y esperar que bajara el sol para irse a su tertulia en la plaza Bolívar, Roberto Aumaitre estaba llegando a su oficina, listo para iniciar la jomada. Lo había llamado varias veces y hablado con su secretaria, pero el emprendedor no le había devuelto las llamadas. Entonces le pidió ayuda al general Soto y esa era la razón por la que ahora estaba sentado frente a Aumaitre en su oficina en la 4 de Mayo, en la planta alta del casino.

—Cuando me enteré de la muerte de Beba me dolió mucho

porque si alguien no merecía morir de esa manera era justamente ella. Era incapaz de hacerle daño a nadie. No es que friese ingenua o tonta, no, era simplemente una decisión. Se requiere ser muy valiente, y muy bueno, para tener esa actitud en un país como este, con tantos zafios. No me extrañó que fuese en ese lugar en La Restinga porque le encantaba ir allí. Más de una vez le dije que no fuese sola, pero ella era terca. Estaba convencida de que su actitud era un escudo contra la violencia. ¿Que cómo nos conocimos? Eso fue hace unos años, me invitó a un *cocktail* para promover entre los empresarios de la isla un proyecto suyo. Una suerte de plan cultural para Margarita. Beba pensaba que el arte y la artesanía fina de los margariteños eran un área que podía aportar mucho al turismo de la isla. Estaba convencida de que había que promover una oferta que fuese más allá de la playa, las tiendas y los casinos. No dejaba de tener razón, pero ella arrancó cuando la isla y el país comenzaban a entrar en barrena. Yo se lo advertí, pero yo era Sancho Panza y ella un Don Quijote que no escuchaba. Le decía que los empresarios establecidos estábamos volando a velocidad de flotación, que proyecto nuevo ni de vaina. Que ahora soportábamos las pérdidas solo para mantenemos en el negocio, porque si llegas a quedarte fuera, es como la rueda giratoria del parque, después no te puedes volver a montar. Que no era el momento para iniciar nada. Estaba apasionada con eso y no aceptaba mi consejo de que se encogiera, que esperara. Actuaba como si el tiempo se le fuese a acabar. Ella me decía, y a lo mejor tenía razón, que lo que le faltaba a su proyecto no era dinero sino gente. Era fundamental que en los distintos niveles de participación hubiese gente dispuesta a hacerlo, y no la había. Le dije que tampoco la habría, que todo el mundo estaba en lo suyo, tratando de mantener la cabeza fuera del agua. Se negaba a aceptar que, cuando una crisis como esta pasa, no solo el comercio se afecta, hay como un *down* general, nadie quiere hacer nada, realizar ningún esfuerzo que vaya más allá de lo mínimo. Pero, por más terco que uno sea, la realidad lo alcanza. Creo que una de las razones para dejarlo fue que llegó a un punto donde no sabía qué hacer para incorporar gente a sus planes. Un día se fue a París, a buscar a su madre que se había enfermado, y a su regreso, sin más, dejó su proyecto de lado y era como si eso no hubiese existido o no hubiera sido parte importante de su vida. ¿Cómo era? Bueno, a las mujeres, sean complicadas o no, lo que hago es escucharlas, jamás trato de entenderlas ni meterme en sus cabezas porque eso es imposible. Pero si con alguna era imposible, si había una indescifrable, esa era Beba. De las mujeres que he

conocido, la más rara en todos los sentidos, incluso en el de ser única. Estuvimos "saliendo", como le dicen las mujeres a una relación como la que teníamos, como dos años. Nunca me casé y nunca quise casarme, ni compartí casa con mujer alguna, pero si lo hubiese considerado alguna vez, ella, no obstante su belleza, que era espectacular, no habría sido la candidata. Era de otro planeta. No sé, me dio siempre la impresión de que yo no formaba parte de su vida. Que había construido una suerte de carril paralelo que se movía en el sentido del mío, pero siempre a cierta distancia. No hablaba de sus cosas íntimas, de las razones de su divorcio, por ejemplo. Otro tema era el de las amistades. La gente que conozco, incluyéndome, tiene un círculo de amigos, unos buenos, algunos regulares y otros malos. De cada uno tomas lo mejor y sigues adelante, no les pides lo que no tienen y no les das lo que no tienen capacidad para recibir. A estas alturas, sabes quién es quién, con unos haces unas cosas y con otros, otras. Beba como que no creía en eso. No tenía amigos así, ni femeninos ni masculinos; acaso, porque la escuché varias veces en el teléfono, Oscar Llabrés era el más cercano. Ni siquiera conmigo entabló amistad. Mis relaciones románticas con las mujeres no son profundas, tú sabes, ese tipo de relación complicada con sentimientos muy complejos y compromisos. Eso no es conmigo. Voy a lo que voy, y ellas saben qué pueden obtener de mí, unos buenos ratos, alegres, compañía por un tiempo. Ha habido una constante: al terminar, somos amigos o por lo menos amistosos. Con algunas incluso he tenido sexo después de haber terminado, recreativo, por razones estrictamente eróticas. Con Beba no, aunque a mí me habría encantado. Puedo decirle que no sé cuál fue la razón específica por la que canceló nuestra relación. Me botó así nomás. Recuerdo que la noche previa yo tenía unos tragos y discutimos por algo, ni me acuerdo lo que le dije, eso fue todo. No es que sufriera mucho por eso, pero no me habría importado seguir con ella por años. Era una relación muy cómoda para mí. Era independiente, seguía casada, tenía dinero y era bella de más. Vivía en su casa y no estaba con el fastidio de estar pidiéndome que me mudara a vivir con ella ni que nos casáramos ni nada por el estilo. ¿Cuál era el cemento que nos unía entonces? He llegado a creer que era su curiosidad erótica, ese era. Quería a un tipo para tener sexo y me escogió a mí, creo. Era muy discreta, jamás me dijo ni una palabra de su vida erótica anterior, pero uno sabe cuándo una mujer tiene kilometraje y ella qué va, era una monja. La impresión que me daba era de que no se había permitido muchas cosas y que su relación conmigo fue una

oportunidad para ensayarlas. Ella quería, no sé, como explorar su propio cuerpo, creo. Eso, por supuesto, era un estimulante tremendo para mí. Ya era una mujer hecha y derecha cuando la conocí y, sin embargo, sentía que la iniciaba en el sexo de adultos. En ese ámbito la subyugaba, era capaz de ejercer sobre ella el dominio que no podía tener en otras cosas. Pero, igual, un día me mandó al carajo y más nunca siquiera me atendió el teléfono.

XXVII

José Alberto Benítez vive convencido de que en Margarita hay veces en las que al sol le da por apurarse. Sin que medie la aurora, la madrugada cerrada abre paso a un amanecer tan brillante que cualquiera podría pensar que se trata del primero en un mundo nuevo. Cuando eso ocurre, el abogado somatiza de inmediato el raro acontecer cósmico y se levanta bastante antes de su hora, adelanta la rutina del café con leche y el desayuno, se alista con prontitud y llega a su oficina cuando todavía la vida del resto de Porlamar no ha comenzado. Pasa la jomada con el presentimiento de que algo importante va a suceder y quiere estar alerta para cuando se presente. Lo usual, no obstante su predisposición, es que nada más allá de lo ordinario acontezca y tales días tengan el mismo tono aburrido de los demás.

A eso de la una de la tarde, ya persuadido de que las fuerzas siderales que le habían insuflado la sensación de que ese sería un día extraordinario lo habían engañado de nuevo, y justo cuando salía de su ronda por los tribunales, sonó su teléfono. Era la secretaria de Alfonso Pérez Castillo para avisarle que el empresario había llegado a la isla el día anterior y quería saber si era posible verlo a las cinco en su apartamento de Punta Ballena. El evento no tenía la magnitud del que los astros le habían anunciado, mas no dejaba de ser especial. ¿Qué querría? Álvaro Sosa y él ya tenían fijada una reunión con el empresario en su oficina de Caracas a fin de presentarle el informe sobre la muerte de la Beba. La idea de verse antes en Margarita la encontraba innecesaria, a menos que tuviera algo importante que comunicarle.

Llamó de inmediato a Álvaro Sosa para preguntarle cuál podía ser el interés del empresario en hablar con él. El director de WPM le contestó que lo único que sabía era que Pérez Castillo iba a

Margarita para estar en la gala del Miss Venezuela, como invitado especial. Presumió que tal vez el empresario había considerado oportuno hablar con él, que en fin de cuentas era su abogado en el caso más importante que podía tener. O tal vez solo buscaba compañía grata: "Es un hombre que enviudó hace poco más de un mes, José Alberto. De pronto necesita a alguien que lo escuche y te escogió a ti, que sabes hacerlo. No te subestimes, Pérez Castillo quedó encantado contigo. Eso a mí me parece magnífico, era lo que queríamos, así que no te preocupes", le dijo para cerrar la conversación.

La puerta del apartamento en Punta Ballena se la abrió el propio Pérez Castillo, quien lo saludó con calidez y le pidió pasar a la terraza para no estorbar al personal que aún trabajaba en la mudanza. Los muebles, y las pinturas que antes colgaban de las paredes, estaban embalados en cajas especiales en un lado de la sala, que ahora lucía más amplia. El escritorio de la habitación principal, en el que Beba habría escrito su nota de despedida, estaba en el lado opuesto, en el espacio de la cocina. Sentada ante él, hablando por su celular mientras anotaba algo en una libreta grande, estaba Maite —de *blue jean*, camisa de tenis rosada y el pelo rubio recogido en una cola de caballo—. A su alrededor, los empleados de la empresa de mudanzas, uniformados con monos azules, esperaban sus instrucciones. Antes de que Benítez alcanzara el acceso a la terraza, ella levantó su hermosa cara y lo miró. Sin despegarse el teléfono del oído, lo saludó sonriente con la mano en la que sostenía el lápiz y volvió su atención a lo que anotaba.

A las cinco de la tarde, el vasto mar que Benítez había visto azul un mes antes se había tomado violeta y las montañas de costa firme se difuminaban en una calina tenue que borraba los pliegues de sus faldas. La hamaca no estaba ya y en su lugar había un par de sillas flanqueando la mesita donde estuvo la revista *Vanity Fair*. Encima reposaban ahora dos vasos, una hielera, una botella de agua mineral importada y otra de un whisky caro. Alfonso Pérez Castillo sirvió los tragos y lo invitó a sentarse para conversar frente al poniente. Benítez no supo si su impresión se fundaba en la forma muy casual como iba vestido el empresario —pantalones cortos, mocasines marineros y una camisa de lino blanco suelta y arremangada—, o si en efecto su talante verdadero era ese, el de un hombre que, sin importarle la edad, sonreía y buscaba ser feliz. Lo cierto era que estaba ante un Pérez Castillo distinto al que conoció en la terraza caraqueña frente al Ávila. Este de Margarita era un tipo risueño y relajado, como puede ser alguien que, aparte de ser

muy rico y vivir como vivía, contaba entre sus haberes de macho a la Miss Venezuela icono del concurso. Nada que ver con aquel otro hombre, apesadumbrado y aburrido, a quien se le había suicidado la esposa.

Le hizo unas preguntas sobre Pampatar y su bahía, los cerros de tierra firme y la historia local, que Benítez respondió con abundancia de detallas. Con el mismo tono de conversa ligera, le preguntó si el general Soto había cooperado con él. Si su reunión con el Rey de la Belleza, un hombre que tiene sus cosas —fue la expresión exacta que usó—, había sido de provecho. Y por último, como si fuese un tema más, quiso saber de su encuentro con María Mercedes MacGregor en el Country Club. No había hablado con ella desde que la llamó para pedirle que se reuniera con él y tenía mucha curiosidad sobre lo conversado entre ambos, le explicó.

—Ciertamente usted tenía razón, es una de las mujeres más encantadoras que haya conocido.

—¿Y le resultó útil, a los fines de su investigación, hablar con ella?

—Sí, por supuesto. Me contó de su familia, de su participación en el concurso, de su noviazgo y su terrible final, de un intento de suicidio del que, supongo, usted debe estar en conocimiento.

—¿De verdad le contó esa historia? Me sorprende mucho. Cuando le pedí que hablara con ella, era precisamente por eso, a ver si usted lograba que ella le contara ese episodio, es algo de lo que, por razones evidentes, no le gusta hablar. Le confieso que mis expectativas de que quisiera hacerlo con usted eran muy pocas.

—No la culpo si no quiere contar ese cuento, fue una experiencia devastadora y me pareció asimismo que fue emocionalmente muy duro para ella evocarlo. Saber su historia fue útil porque me sirvió para contextualizar algunas cosas, pero me temo que no añadió mucho a lo que nos interesa porque las circunstancias de su suicidio fallido fueron otras, muy distintas a las de su esposa. Lo suyo fue eso que la policía y los periodistas llaman un pacto amoroso. Por lo que he indagado sobre el tema, su intento siguió el patrón estadístico de ese tipo de suicidios. Suele ocurrir que la mujer es la primera en realizar su parte del pacto y, pasa también, con una frecuencia sorprendente y vergonzosa para nuestro género, que el hombre no la sigue, que arruga en el último instante. Incluso hay casos donde el hombre que se ha abstenido se causa heridas para simular su intento. Si la mujer sobrevive, lo normal es que la relación se termine y que el sentimiento cambie, se convierta en desprecio, y hasta en odio, hacia el hombre. La señora

MacGregor, sin embargo, a juzgar por lo que me dijo, no reaccionó así. Ella no interpretó lo dé su novio como un acto de cobardía, sino lo contrario, consideró una gran valentía suya haber detenido aquella locura, salvarla a ella y someterse al desprecio de los otros y, más importante, al de ella misma. Ella lo admira por eso, me aseguró, pero también me dijo, con cierto pesar, que la relación fue imposible después de eso.

—¿No le dijo quién era ese muchacho que le propuso suicidarse juntos?

—No, eso se lo guardó.

Pérez Castillo sonrió, apuró el resto de su trago, miró el de Benítez casi vacío sobre la mesita y procedió a servir de nuevo para ambos. Mientras lo hacía, Benítez aprovechó para mirar al mar. El sol acababa de ocultarse tras la montaña que ocupa el centro de Margarita y el tono violáceo de hacía un rato se había tornado gris acero, parecía ahora más profundo.

—Qué discreta e inteligente es María Mercedes. Le contó su parte de la historia y me dejó a mí la decisión de decirle que yo fui ese novio tonto y cobarde.

—¿Usted? Le confieso que cuando ella comenzó a contarme esa historia, por un momento pensé que podría tratarse de usted, pero deseché la idea porque uno no imagina que un empresario como usted pueda haber sido tan romántico.

—Sí, fui yo. Y tuvo razón en pensar que no podía ser yo. Hace ya mucho que no me parezco en nada a aquel muchacho lleno de romanticismo. Fue una tragedia para mí. Una de esas cosas que le pasan a uno de joven y lo marcan para siempre. Los demás te juzgan con mucha dureza, pero nadie me juzgó con más dureza que yo mismo. Aquello cambió mi vida.

Pérez Castillo había perdido el aire que tenía al llegar Benítez y vuelto a ser el hombre de rostro grave y aura triste de la conversación en Caracas. Se recostó en su silla, se volteó para mirar al salón, como para asegurarse de que nadie más iba a escucharlo, y continuó:

—Nadie puede siquiera imaginarse lo que ha significado para mí ese asunto tan horrible. Veo al joven lleno de ilusiones que era y pienso que ocurrió en otra vida, que tanto María Mercedes como yo, quienes éramos entonces, morimos de todas maneras en aquel episodio. Que ese día nació este otro Alfonso Pérez que ahora le habla.

—Ella es de esa misma opinión.

—¿Llegó a decirle que fui yo el de la idea del suicidio?

—Sí. Me dijo también que encontró lógica su propuesta porque ella alguna vez había pensado que esa era la única salida, pero tenía miedo de intentarlo sola, de morir sin que nadie la acompañara.

—No me ha alcanzado lo que he vivido y no me alcanzará lo que pueda vivir para arrepentirme de eso. Hubo algo más en ese pasaje que definió mi destino. No fue solo el romanticismo lo que estuvo detrás de mi actuación. Creo que, subyacente, hubo una motivación egoísta, una gran arrogancia que me llevó a pensar en esa salida. Creía tener mis razones. Lo nuestro había sido un milagro, un auténtico milagro de Dios. Yo era un muchacho clase media, hijo de profesores universitarios, y ella era una muchacha del Country, de una familia con prestigio y dinero. Había mucha distancia social y económica entre nosotros, y en aquella época eso pesaba más, solo la circunstancia de compartir la universidad permitió que nos conociéramos. La universidad era diversa en aquellos años.

—Sí, esa también fue mi experiencia.

—Cuando estaba con María Mercedes me sentía la persona más feliz de la tierra. Desde que nos conocimos nos gustamos, conversábamos largos ratos y pasábamos horas juntos, no tiene idea de la cantidad de horas de clases que perdí solo para estar con ella. Sin embargo, no había sido capaz de decirle cuán enamorado estaba de ella, no pensaba que pudiera siquiera interesarle. Un día fuimos juntos al centro de Caracas, a la Biblioteca Nacional. Me había pedido que le explicara cómo llegar y yo me ofrecí para llevarla. Tomamos un autobús, de una línea que se llamaba Circunvalación 1, en la plaza de Las Tres Gracias y nos fuimos al Centro. Ella nunca había hecho eso. Cuando nos bajamos y comenzamos a caminar hacia la biblioteca, entonces entre Bolsa y San Francisco, la tomé de la mano. Cuando recuerdo ese día, no le miento si le digo que aún puedo evocar la textura y calidez de su piel en aquel momento y sentir la misma emoción.

De vuelta a la universidad, sentados en el cafetín de Arquitectura, me dijo que estaba enamorada de mí y que le resultaba obvio que yo también lo estaba de ella. Recuerdo la expresión traviesa de su rostro y la intensidad de sus ojos azules cuando me dijo eso, nunca me sentí tan importante. Nuestro noviazgo, que comenzó así, declarado por ella, era tan increíble que no tenía dudas de que el destino más grandioso nos aguardaba. No podía imaginarme siquiera que ella y yo dejáramos de amamos y de ser uno para el otro. Era muy religioso, muy creyente, y confiaba a Dios nuestra futura felicidad. Estaba convencido de que Él, que había hecho el milagro de juntamos, velaría por nosotros.

Entonces vino aquel bendito concurso de Miss Venezuela. De allí partieron los problemas entre nosotros, mayormente por mi estupidez, o mis celos. María Mercedes resultó electa y comencé a sentir que me la arrancaban de las manos y que, con ella, se llevaban también mi vida. Llegué a creer que si además resultaba electa Miss Universo iba a perderla de manera irremediable. Cuando más desesperado estaba, descubrí cuán egoístas pueden ser los amantes. Pensé, con una frialdad que ahora juzgo cruel, que si nos suicidábamos, la ecuación se volteaba. Era yo quien se la llevaba, quien se la quitaba al mundo, al destino, a Miss Venezuela, a sus padres, a quien fuera, ella sería mía para la eternidad. ¿Me comprende?

—Trato de hacerlo. Le confieso que he tenido mis pasiones amorosas, pero quizás nunca han sido tan profundas o tan egoístas. Usted es de los que no se dejan arrebatar lo que sienten es suyo, pelea por ello, hasta la muerte, valga el término.

—¿Usted cree?

—Es lo que entiendo que pasó con la señora MacGregor y ocurrió también con María Genoveva. A María Mercedes MacGregor quiso llevársela a la eternidad y a la señora Herrera Becher quiso mantenerla dentro de su vida impidiéndole el divorcio. Ella no quería seguir casada y usted nunca se rindió. Ella tuvo que quedarse. Yo no soy tan aferrado a lo que poseo o creo poseer. No suelo dar esas peleas. Es mi forma de ser, cobarde, supongo.

—Pues no creo que lo otro sea valentía, es egoísmo puro. Dígame algo más, ¿ella le dio los detalles, le habló de cómo ocurrieron las cosas, de lo que yo hice?

—Sí, me contó cómo se desarrollaron los hechos.

—Las muy pocas veces en que ella y yo pudimos hablar a solas después de lo ocurrido, solo en una, la primera, hablamos de ese tema. En esa ocasión me dijo que estaba muy agradecida por haberla salvado, que aquello había sido un disparate, una estupidez. Me dijo también que yo había sido muy valiente, que haber rectificado en el punto en el que estábamos requería mucho valor, que me admiraba por eso. Nunca más quiso hablar de nuevo de ese nuestro intento fallido. Nunca más me preguntó nada ni me dijo nada más ni me permitió que siquiera le hablara del episodio, me cortaba de inmediato. Necesitaba conversar con ella de eso porque nunca estuve convencido de que en verdad me había perdonado. Que no me guardaba rencor por no haber cumplido el pacto sagrado que habíamos hecho, por no haberme disparado también. Entiendo que lo lógico es que haya pensado que fue un acto cobarde

de mi parte. Es lo que cualquiera habría pensado. Ella me dijo aquella única vez que no era así, pero con su conducta creo que me decía exactamente lo contrario. Necesitaba que me ratificara su perdón, pero nunca lo hizo, para mí eso era una condena.

"Le voy a decir algo más, que podrá parecerle por lo menos una canallada de mi parte, visto que hace poco más de un mes que Beba se suicidó. La única mujer que de veras he querido, como sé que se puede querer a una mujer, ha sido a María Mercedes. Aún ahora, viejos los dos, cuando la veo en algún lugar, aunque sea a la distancia, siento una alegría especial, esa sensación de que el corazón se me quiere salir del pecho. Nunca dejé de quererla con el mismo amor suicida de hace cincuenta años. Mi amor siguió igual, quizás con el añadido de que la admiré y he seguido admirándola más que antes. El de ella lo percibí distinto desde aquel primer encuentro posterior a nuestro intento fallido de morir. Creo que en el fondo lo que sintió por mí fue piedad. Se apiadó de un tipo cobarde que no fue capaz de cumplir con su palabra en el instante más definitivo de su vida y de la suya. Esa cobardía, aunque ella no la llame por su nombre, fue y será la barrera invisible e infranqueable que surgió entre nosotros. Puedo aparecer ante otros como un hombre arrojado, valiente y capaz de cualquier hazaña, pero no ante ella. Tampoco ante mí mismo. Cada día, cuando me miro en el espejo en la mañana, mi propio rostro me recuerda mi condición real. A mí mismo no me puedo engañar".

—A mí me pareció muy sincera cuando me dijo que lo admiraba por haber tenido la valentía de parar aquella locura y salvarla.

—No se evita a quien se admira. Necesitaba que ella me convenciera de su admiración, pero nunca quiso volver a hablar conmigo de ese asunto, con eso ponía entre nosotros una distancia mayor que la física, que ya era bastante.

—Por lo que me dijo, entiendo que la razón de su distancia fue otra. Su aprendizaje a partir de ese episodio terrible fue que no era posible quererse de la manera en que ustedes lo habían hecho. De haber insistido con la relación, algo peor podría haber ocurrido. Siempre se ama de una manera que uno no escoge y la de ustedes, por lo intensa y por sus circunstancias específicas, devino en destructiva. Le insisto, mi percepción es que en efecto ella tiene muy buena opinión de usted. Me confesó, como usted ahora, que sigue profesándole un afecto especial. Si no se atrevió a volver a intentarlo, fue por prudencia. Ese suicidio fallido iba a ser un recordatorio insoportable de cuán destructivo podía ser el amor entre ustedes. Fue una experiencia humana espantosa que iba a

estar ahí para impedir siquiera pensar en una vuelta. Esa fue su razón, solo quiso protegerse y protegerlo a usted, puede estar tranquilo respecto a cómo juzgó su conducta. Ella genuinamente cree que lo suyo fue un acto de valentía.

—Gracias por decirme eso, pienso que ella continúa apiadándose de mí y que quiso enviarme ese mensaje con usted. Pero, incluso si lo creyera, no estoy seguro de que a estas alturas pueda cambiar algo en mí. Uno no se libera así como así de una culpa que ha llevado a lo largo de medio siglo y en tomo a la cual ha construido su historia personal. Ese episodio nuestro definió mi relación con las mujeres y en general con todas las personas. Es imposible ahora cambiar mi actitud, mi forma de ser, pero, igual me reconforta haber escuchado lo que me dijo.

—Hable con su psiquiatra, seguro podrá ayudarlo.

—No tengo psiquiatra. Fui a unas sesiones con un amigo de mi padre, después del suceso, pero me convencí de que quizás solo el tiempo sería capaz de quitarme aquello que Sentía. No creí que alguien, ni siquiera un profesional de la psiquiatría, pudiera ayudarme. Fue un error, jamás superé esa culpa, la llevo en el alma. No dejo de preguntarme qué habría pasado si simplemente hubiera dejado que las cosas siguieran su curso natural. Quizás ella habría vivido su experiencia de Miss Venezuela y nada de lo que me temía habría ocurrido. Tal vez nuestro afecto era lo suficientemente sólido como para sobrevivir a su pase por esa fantasía. Pero mis celos eran terribles, esa distancia entre nuestras dos realidades aparecía entre nosotros por cualquier razón y no me sentía a la altura de ella en ese plano. Creo que mi complejo de inferioridad me convertía en un Otelo. No podía pensar, no fui lo inteligente que necesitaba ser para manejar aquello. No tanto como ella. A veces veo a ese muchacho que yo era y siento por él una pena tremenda.

Los ojos de Pérez Castillo se humedecieron y sacó del bolsillo trasero de su pantalón un pañuelo con el que secarlos antes de que las lágrimas le corrieran por las mejillas.

—Cualquiera —continuó hablando—, podría condenarme por estúpido y acomplejado, y hasta cobarde, que sin duda lo fui. Me lo digo a mí mismo y creo verlo en los ojos de la gente que me conoce. Aunque ese episodio se manejó con discreción, lo supo toda Caracas.

—Han pasado dos generaciones desde eso y buena parte de esa toda Caracas no existe ya.

—Usted está equivocado en esa percepción. La memoria de esa Caracas va más allá de eso, se trasmite a los suyos como una

herencia. Sé que eso está ahí, solo que se hacen los pendejos, es uno de esos secretos caraqueños que todos conocen. Callan con la boca y te lo dicen con los ojos. Y sabe qué, a veces me provoca gritarles que sí, que eso pasó, que fui un idiota, acomplejado y cobarde pero que yo tenía veinte años, coño, veinte años. Además, qué me van a cobrar, doctor Benítez, esa vaina me dolió mucho más a mí que a nadie.

Benítez miró a su interlocutor sorprendido por la fuerza y calado de sus emociones. Y entonces entendió que el informe que en realidad Pérez Castillo había querido que él elaborara era el que le había rendido minutos antes. Que quizás la investigación de la muerte de Beba había sido una excusa para encontrar una verdad anterior y mucho más pesada en su existencia. Una verdad inútil porque no importaba cuántas veces se lo dijeran, ni siquiera si lo hacía su amada María Mercedes MacGregor, nada atenuaría la culpa. Nada tampoco evitaría su nostalgia por la vida que pudo haber vivido a su lado y no vivió. Aquella otra senda que no tomó y lo dejó para siempre con una sensación de pérdida por lo que nunca tuvo.

Benítez recordó las locuras que, casi a sus sesenta, él había cometido al enamorarse de una mujer joven y atractiva. Evocó sus celos de perro, sus grandes temores y comprendió perfectamente al joven Pérez Castillo: la asimetría, cualquiera que sea, y el amor no tienen buen maridaje. No obstante esa comprensión, y hasta solidaridad por el Pérez Castillo de veinte años, se resistía a aceptar que un amor viejo y grande por una mujer hubiese sido, aún décadas después, tan egoísta y desconsiderado con la otra, con la Miss Venezuela que sí tuvo y no amó. Por eso se atrevió a preguntarle:

—Pensé que me había invitado a venir porque querría hablar del informe sobre María Genoveva Herrera.

—Entiendo que la semana que viene me lo va a presentar en Caracas, esperaremos hasta la fecha acordada para hablar de Beba, con Álvaro presente.

—Quienes conocieron a Beba, según he sabido, no podían dejar de quererla. ¿Usted la quiso?

—Por supuesto que sí. Solo que, como usted dijo, siempre se ama de una manera que uno no escoge, y a Beba yo la amé de otra manera. En su caso fue un amor tranquilo, admiraba su belleza, había algo extraordinario en ella, y resultaba muy fácil quererla. Habría podido estar a su lado por el resto de mis días, y ser lo feliz que se puede ser en un matrimonio tan dispar como el nuestro, pero

le mentiría si le dijera que sentía que el aire me faltaba, o que podía morirme, si ella no estaba, me comprende. Ese amor, así de profundo, aunque hubieran sido terribles sus consecuencias, lo conocía, y no era ese el sentimiento que tuve por Beba. Una comparación injusta, y si quiere inmoral, pero uno no gobierna eso.

—¿No siente culpa por su muerte?

—No. Estoy muy seguro de que hice lo que estaba a mi alcance para que fuese feliz conmigo, pero ella no entendió mi propósito. Quise retenerla cuando entró en ese túnel depresivo. Le ofrecí mi compañía y le tendí mi mano para que no cayera al abismo, pero se negó a tomarla. Por eso, aunque lamenté su muerte en lo más hondo, me dolió y me duele, estoy tranquilo. He sentido dolor, mas no culpa.

Pérez Castillo miró a su abogado por unos segundos, antes de añadir:

—Hay algo, para terminar, que quiero decirle, doctor Benítez. Estoy muy agradecido con sus servicios profesionales, usted ha colmado mis expectativas. Conocerlo ha sido grato, si se pudieran hacer amigos a esta edad, buscaría su amistad, usted es buena compañía.

—Gracias.

El empresario se levantó para dar por concluida la conversación. Benítez hizo lo propio. Cuando entraron al salón, para entonces vacío de personas y bienes, el abogado aspiró el aire con profundidad, tratando de encontrar en él la misma fragancia que Maite había dejado en el saloncito de Caracas, pero no pudo percibirla. Pensó, resignado, que se habría disuelto en el poderoso olor salobre del mar y se conformó con evocarla.

En la puerta, el magnate de los seguros le tendió la mano y a manera de despedida le dijo:

—Muchas gracias y hasta pronto. Sepa que si hay algo que alguna vez pueda hacer por usted, dígamelo y haré lo que esté a mi alcance para ayudarlo.

—Sí hay algo. Hay un pescador preso por la muerte de Beba y sabemos que no fue responsable de su muerte.

—No lo fue, pero robó sus pertenencias. Eso fue criminal.

—No se lo he contado, está en el informe, pero él trato de impedir que se matara. No le dio tiempo de hacerlo, pero la acompañó en esos últimos segundos que nadie quiere transitar solo. La confortó. Lo de llevarse algunas cosas suyas era un dilema que la gente como él confronta y que ni usted ni yo imaginamos. Liberarlo es lo que puede hacer por mí, haga lo que pueda, por favor. Y

también por Beba; ella se tomó el trabajo de perdirselo en su nota de despedida.

Pérez Castillo lo miró por unos segundos y asintió.

XXII

La perfección no sería posible en un país como Venezuela, pero Oscar Llabrés tuvo razones para creer que el nivel alcanzado esa noche por la gala del concurso la rozaba. Todos los aspectos de alguna importancia, por primera vez en más de dos décadas, se alinearon de manera armoniosa, sin errores ni fallas de última hora. La cohorte de niñitas, que desde el reclutamiento le había parecido mediocre, había lucido de ensueño. La producción de la gala, si bien no tuvo la espectacularidad del pasado —culpa de los gerentes y sus recortes—, fue precisa en los detalles y de alta factura profesional. La actuación de los artistas, aunque no eran figuras internacionales reconocidas, fue inspiradora y había en el aire una emoción que hacía evocar los viejos buenos tiempos. Los mensajes de texto felicitándolo, incluido uno del mismísimo Diego, comenzaron a llegar a su celular cuando no había transcurrido siquiera la mitad del tiempo del *show*. Tito Smith-Linares, sentado a su derecha, le había comentado que estaba encantado con la *finesse* y hermosura del evento, que ese era el nivel deseable para iniciar la búsqueda de una audiencia global y que el año próximo, desde Miami, en un ambiente más *friendly* para megaproducciones artísticas, con un equipo humano más numeroso y de mejor calidad, y equipos digitales de última generación, el mundo entero iba a conocer al nuevo Miss Venezuela.

No cabía duda alguna, después de una larga racha de mediocridad, estaban ante la mejor puesta en escena de la historia del

concurso y él, Oscar José Llabrés de la Hoz, era el juez más calificado para eso. En la mitad de la ceremonia, cuando presentaron el documental hecho en homenaje a Beba, *Miss Venezuela Eterna*, la gente lo celebró más allá de lo que él habría

siquiera imaginado. Los asistentes al evento se emocionaron hasta las lágrimas con algunas secuencias y estallaron en aplausos y vivas cuando se mostraron las imágenes más icónicas de la carrera de la exmiss, como aquella de la inolvidable noche de su victoria, cuando se levantó del trono para hacer su paseo triunfal de reina coronada.

Oscar Llabrés había visto ese video muchas veces, pero le resultó imposible no conmoverse otra vez, como uno más del público, al ver a aquella Beba eterna, plena de juventud y optimismo, en el instante irrepetible en que fue resumen de lo que en Venezuela podía ser bello y bueno. Allí estaba, viva, la adorable María Genoveva Herrera Becher, una muchacha caraqueña, hermosa más allá de cualquier concepto, que caminaba la pasarela con un garbo heredado de siglos atrás y una inagotable vitalidad. Una imagen tan potente que Oscar Llabrés sintió cómo el país del siglo XXI, el que estaba en la sala y el que miraba por la televisión, se abrazaba a ella en un esfuerzo por recibir como otrora, como aquella noche mítica de casi cuatro décadas atrás, un poco de su luz.

Con la ofrenda de las misses en La Restinga, que marcaba el final del video, la ovación fue tan larga que la ceremonia se detuvo por unos minutos. Al cesar, al fondo del escenario y desde lo más alto, bajó una pantalla gigante de alta definición en la que apareció el rostro de Beba coronada y sonriente. El público comenzó a corear su nombre como si ella estuviese presente y quisieran que apareciera en el escenario a saludar. Alfonso Pérez Castillo se levantó de su asiento y se acercó hasta Oscar Llabrés para darle las gracias con un largo y emocionado abrazo, gesto conmovedor que las cámaras de televisión y de los periodistas presentes en el evento dejaron registrado.

El certamen avanzaba —ya las misses habían concluido el desfile en traje de baño y formadas en el escenario esperaban el primer corte— y el encanto no se rompía, la producción marchaba de maravilla. Los animadores, a quienes Oscar Llabrés había visto cometer los errores más estúpidos en los certámenes más recientes, se comportaban a la altura, sobrios, capaces de hacer con fluidez las transiciones de lo dramático a lo festivo y trasmitir a la audiencia, sin cursilerías ni excesos, la emoción que reinaba en el gran salón del Hotel Isla Bella. El *rating* televisivo de la gala, según le comunicó Ramón Medialdea por un mensaje de texto, había sobrepasado niveles históricos y establecido un nuevo récord.

Hasta la isla de Margarita había aportado lo suyo para hacer mágica la noche más linda. El calor agobiante de los días previos a la ceremonia, que habría marchitado las flores y ajado a las niñas

antes de siquiera iniciarse el espectáculo, había cedido ante el avance de una brisa fresca y suave que soplaba desde el océano y había despejado el cielo. Oscar Llabrés no recordaba haberse sentido más satisfecho con su trabajo. Cuando se hablara de la historia de los certámenes de Miss Venezuela, este ocuparía el primer lugar, no tenía dudas. No solo por el emocionado homenaje a Beba, ni por ser el último celebrado en tierra venezolana —algo que la gente sabría en un par de meses tan pronto se cerrara el ciclo con el Miss Universo—, sino también por lo elevado de su calidad, el mejor augurio posible para el relanzamiento en Miami.

José Alberto Benítez no había visto jamás una gala final del Miss Venezuela ni de algún otro concurso ni habría querido asistir a la que se desarrollaba ante sus ojos. Mas, tan pronto le había comentado a Elvira de las invitaciones de Oscar Llabrés, el entusiasmo de su esposa se desató y el mundo de ambos comenzó a girar en tomo a la gala. A ese punto, no se habría atrevido a defraudarla. Las suyas eran entradas especiales, para "Personalidades de Margarita", intransferibles. Llegaron temprano al salón y una muchacha de protocolo los llevó hasta sus asientos, identificados con sus nombres. Benítez leyó las tarjetas de los invitados a su alrededor y supo que sus vecinos, a mano derecha, serían nada más y nada menos que Salvador Sanabria y su esposa. Suficiente preocupación para mantenerlo alerta y pedirle a Elvira que ocupara el asiento más cercano a la otra pareja. Deseó que Salvador hiciera lo propio porque solo ver al jefe de policía lo incomodaba. Mas, cuando el acto comenzó, solo cuatro asientos permanecían vacíos en el salón: los de su odiado adversario y su esposa, para su alivio, y los del gobernador del estado Nueva Esparta y la suya, para su sorpresa.

Se relajó y disfrutó tanto como Elvira del espectáculo. Cuando le rindieron el homenaje a la Beba Herrera, quizás por conocerla como pocos en el salón, sintió una genuina y densa emoción. Pasada casi una hora, su concepción del concurso, otrora denigrante, había dado un giro de ciento ochenta grados. "Aquí hay una elaboración plástica, trabajo, profesionalismo, cuidado estético, ganas de hacer algo óptimo, cualidades poco comunes en el ambiente sobrecargado y tóxico en el que en Venezuela hay que hacer las cosas", pensó.

Esas eran sus cavilaciones cuando, de pronto, surgido de la mayor oscuridad, apareció el tumulto que en segundos descarriló la gala del Miss Venezuela y cualquier esperanza que hubiera podido significar. Un grupo de mujeres vestidas con camisas y gorras rojas, seguido por una comparsa en la que se confundían aborígenes de

diversas etnias, supuestas llaneras, pasadas de peso y vestidas con liquiliqui, sombreros pelo'e guama y botas, unas guarichas margariteñas con faldas coloridas y cotas blancas con faralaos, suerte de uniforme de la autenticidad nacional inspirado en antiguas películas mexicanas, unas mujeres morenas disfrazadas de damas mantuanas coloniales y mujeres de diversas edades, de Margarita y otros estados del país transportadas a la isla para engrosar la demostración. Las flanqueaban unos hombres que, aun de paisanos, parecían guardias nacionales de civil o miembros de algún cuerpo de seguridad del Estado y cuya amenazante agresividad contrastaba con el ambiente festivo que hasta ese momento reinó en el salón.

Ante la sorpresa del público y de la audiencia televisiva, avanzaron por el pasillo central, mostrando carteles con fotos intervenidas de mujeres aborígenes con cetro, corona y banda cruzada sobre sus pechos desnudos, al tiempo que gritaban consignas sobre una auténtica feminidad y belleza venezolana. Los pocos agentes de la policía y los guardias nacionales presentes, severos custodios de la seguridad hasta hacía unos segundos, compartían entre sí miradas indiferentes y burlonas.

El público quedó encerrado, no podía abandonar la sala porque las manifestantes, en la ejecución obvia de un plan, coparon y bloquearon los pasillos y el acceso a las puertas de salida. Cualquiera habría pensado que contaron con los planos del establecimiento para preparar la incursión. Lo más seguro para todos era, como dijo de inmediato la lideresa de la turba por el sistema de sonido, que volvieran a sentarse, que nada tenían que temer, que ellas no eran enemigas de los allí presentes, que nada malo les iba a ocurrir. Al contrario, iban a tener el privilegio de presenciar un acto histórico que reivindicaba a la verdadera mujer venezolana y la rescataba de la humillación a la que había sido sometida durante décadas por los organizadores de un certamen indigno de la patria de Bolívar. Acto que, gracias a la comprensión que tenían las autoridades gubernamentales de las verdaderas aspiraciones y necesidades del sector femenino del país, a partir de ese momento sería televisado en cadena nacional de radio y televisión.

Mientras hablaba, una de sus acompañantes, subida a una escalera que sostenía un pequeño grupo y armada con un atomizador de pintura roja, escribió un letrero rojo que cruzaba el rostro sonriente de María Genoveva Herrera Becher, todavía proyectado en la pantalla al fondo del escenario: *Facista.*

Acto seguido aparecieron sobre el escenario un hombre y una mujer, vestidos con guayaberas rojas y pantalones negros, empleados de la televisora del Estado y en plan de animadores, que asumieron la conducción del acto. Comenzaron por anunciar a las nuevas misses, las venezolanas de verdad que sí representaban al bravo pueblo de Bolívar, que comenzaron a desfilar una a una por el escenario, al son de un pajarillo interpretado por un grupo de arpa, cuatro y maracas que integraban las damas vestidas de liquiliqui y pelo'e guama.

La primera en caminar por la pasarela fue una joven yanomami. La banda que cruzaba sus pechos desnudos la identificaba como Señorita Alto Orinoco Ecológico. Era una hermosa representante de su etnia y parecía más asustada que desafiante. Tenía el rostro redondo delineado por un cabello negro muy liso, los ojos rasgados y llevaba en sus manos un arco y unas flechas. Iba vestida solo con un guayuco, lucía como ornamentos líneas de pintura en las mejillas, plumas de colores en el pelo y las orejas, y tenía la nariz atravesada por una delgada varilla. Representaba a la Pachamama del Amazonas, enfatizó el maestro de ceremonia sin cuido alguno por detalles antropológicos ni geográficos. Además, había añadido la animadora, a diferencia de las misses de la burguesía, el segundo idioma de esta verdadera representante del pueblo venezolano era el español.

Con similares presentaciones desfilaron mujeres de diversas familias indígenas: yukpas, kariñas, goajiras. Caminaron también por la pasarela unas negras de Barlovento, Choroní, Bobures y Cariaco, y mulatas y zambas de Caracas, con el tumbao calé de las barriadas capitalinas. Los animadores exaltaban en cada caso las bondades de sus respectivas herencias antropológicas y sus extracciones urbanas o rurales, y las identificaban por nombres que, insistían, sí representaban la venezolanidad: Señorita

Resistencia Indígena, Señorita Antiimperialismo, Señorita Hijas de Guaicaipuro, Señorita Anticapitalismo, Señorita Dignidad Nacional, Señorita Colectivos Socialistas, Señorita Hijas de Negro Primero. Con una aclaratoria dicha en un tono dramático, el animador afirmó que podían haber sido muchas más las concursantes de las etnias indígenas de no haberlo impedido el genocidio de los españoles, a lo largo de tres siglos, y la explotación burguesa que lo sucedió por los otros dos.

Benítez, quien nunca perdía su condición de cronista cualesquiera que fuesen las circunstancias, juzgó que ciertamente las muchachas que habían desfilado eran bellas. Como había sido

bella su madre, o era Elvira, como sus amigas o como cualquiera de sus novias, pero no creía que alguna de ellas reclamara como derecho haber estado alguna vez en ese escenario donde la belleza guardaba otras pautas. También llamó su atención el hecho de que ninguna de las señoritas era de tez blanca y se preguntó qué país querían de veras proyectar las organizadoras de la manifestación, la Venezuela de Boves, en 1814, o la Venezuela diversa del siglo XXI.

La versión revolucionaria de Señorita Venezuela Socialista, como denominaban los animadores al concurso improvisado, continuó con una mofa del tongoneo al caminar de las misses, de sus poses de modelo y de las preguntas y respuestas que suelen hacerse en el torneo. Las únicas carcajadas y aplausos que se escucharon fueron de los propios manifestantes; la audiencia cautiva del salón guardó un temeroso y reprobatorio silencio. Después del desfile, y de una sumaria y corta deliberación de un jurado popular anónimo, todas las concursantes fueron declaradas ganadoras porque en la mujer del pueblo venezolano no había distingos ni exclusiones y todas eran igual de bellas, el pueblo venezolano era bello y bueno.

Para culminar la manifestación pacífica —los animadores se ocuparon de repetir hasta el cansancio que ese era el carácter

de la protesta— de esa noche, y dejar registro del pensamiento y la ideología que habían animado al Colectivo Mujeres Socialistas Bolivarianas Manuela Sáenz a rechazar e intervenir el Miss Venezuela, hizo su aparición la camarada Anacmer Nadezhda Mejías Gómez, lideresa del movimiento femenino de la Revolución:

—Revolucionarias y revolucionarios, venezolanas y venezolanos, apreciados y apreciadas compatriotas presentes, buenas noches. Voy a ser muy breve en explicar las razones de esta manifestación pacífica, por qué este acto burgués fue intervenido por nosotras, representantes de las mujeres luchadoras y revolucionarias de este país, que, dicho sea de paso, nos sentimos tan hermosas y tan mujeres como cualesquiera otras. Quiero primero dejar muy claro que no nos movió el odio, ni el deseo de sabotear un evento como el que aquí se celebraba. Nada más lejos de eso, a nosotros nos ha movido desde el primer día un gran amor por Venezuela y su pueblo. Y es por ese amor que sentimos por esta tierra, que hemos querido mostrar a las venezolanas y venezolanos, a todas y todos, la realidad, la verdadera belleza de nuestras mujeres y nuestro pueblo. Esto no ha sido un acto contra nada ni contra nadie. Ha sido un acto por la liberación del cuerpo humano y el fomento de nuestros patrones naturales de belleza, no los patrones estéticos extranjeros y extranjerizantes que por siglos se han cultivado en nuestra patria.

Patrones que en la modernidad han sido remachados hasta el infinito por los medios burgueses de comunicación. Ha sido a través del poder mediático de la burguesía y el imperio, a los que el pueblo no tiene acceso, como se ha exaltado una forma de belleza que no se corresponde con esta Venezuela mestiza nuestra. Las mujeres venezolanas que nosotras representamos no tienen que envidiar ni imitar a ninguna concursante del Miss Venezuela oligarca y burgués. Las muchachas que por décadas han participado en este ultraje a la dignidad de la mujer criolla fueron encandiladas por esa ideología dominante en el plano estético femenino. Son esclavas, algunas desde niñas, de un modelo de belleza que nada tiene que ver con la idiosincrasia ni la antropometría de nuestras mujeres. En la dictadura clasista en la que nos obligaron a vivir, esas muchachas no tienen libertad de elegir su propio modelo estético, aquel que dictó la naturaleza de nuestro país y que está presente en Luisa Cáceres, Concepción Palacios, Juana la Avanzadora, la Negra Hipólita, Livia Gouverneur y otras mujeres. Aquí ha existido una hegemonía política y un monopolio mediático que impuso un modelo de belleza único, el modelo imperialista. Nosotras no tenemos que seguir ese modelo, la hegemonía y el monopolio se acabaron en Venezuela con el socialismo. Estamos aquí para decirle a la mujer venezolana trabajadora, a la madre de familia, a la estudiante de la patria, que todas son venezolanamente bellas. Que son bellas cualquiera sea su condición, edad, estatura o medidas. No tenemos por qué mendigarles a otros países, mucho menos a los imperialistas norteamericanos, sus patrones de belleza, nosotras somos todas bellas, les guste o no. Hay un mensaje final que queremos hacer llegar al pueblo de Venezuela y, en especial, a los dueños de esta organización capitalista. Si quieren hacer aquí un concurso de belleza que lleve el nombre de Venezuela, de la Señorita Venezuela, háganlo, bienvenido sea, pero respetando los patrones de belleza autóctonos, los de nuestras mujeres, hijas de Guaicaipuro, de Bolívar y de la Revolución. Si no quieren cumplir con esta histórica demanda del pueblo, pues, simplemente, agarren su concurso y llévenselo de aquí. Estoy segura de que en el imperio, donde se ha refugiado la contrarrevolución venezolana y del continente, no tendrán problemas en hacer un torneo de belleza con criterios estéticos que provienen precisamente de allá. Si esa es su decisión, no hay problema alguno, váyanse, aquí ni los queremos ni los necesitamos.

XXIX

La plaza Bolívar tenía los colores de siempre, el silencio de su vieja ciudad era el mismo de siglos, los estudiantes regresaban del Liceo Rísquez con el entusiasmo juvenil de cada día y los feligreses venían a la iglesia con igual fe, mas Benitez no se detuvo a considerar si esa tarde tenía o no el qué se yo que Piazzolla les encontraba a las de Buenos Aires. Eran otras las cosas que daban vueltas en su cabeza y no le resultaba posible, como era su rutina, dedicar unos minutos a verle a La Asunción su mejor cara. Sus pensamientos estaban gobernados por lo ocurrido en la gala interrumpida del Miss Venezuela y el espectáculo que los manifestantes denominaron "alternativo". Sentado en su banco favorito, y consumido por una impaciencia que desentonaba con la tranquilidad de su entorno, esperaba ansioso a su amigo Pedro Boadas.

Apenas llegó el psiquiatra, sin introito alguno, le contó en detalle las peripecias de su noche en el Hotel Isla Bella. Su interés en el Miss Venezuela era reciente, en razón del caso de la Beba Herrera, pero había aprendido a mirarlo con ojos distintos, le aseguró a Boadas. Al estar en la sala, concentrado en el evento, pudo entender de qué iba el asunto. Toda sociedad tiene fantasías que de algún modo reflejan su alma y aquí se había construido una en tomo a la belleza de la mujer. Mucha gente, según había leído en algunos reportajes, estimaba que el Miss Venezuela no era lo que había sido, que vivía su decadencia. Él no era quién para juzgar la verdad o no de ese aserto, pero cualquiera era capaz de percibir que en este país nada es lo que antes era, que el declive era total y nada, ni siquiera un concurso de belleza exitoso, escapaba a esa realidad. No obstante, esa noche, hasta un punto determinado de la ceremonia, había sentido renacer la esperanza. Se había internado con la mayor candidez en la fantasía de un grupo de jóvenes que, en

un contexto estético muy particular, recrean una especie de nostalgia infantil y juegan a ser reinas en ese mundo de pompas de jabón en el que alguna vez nos gusta refugiamos. La gala del Miss Venezuela, tal como la había visto, fue una exposición plástica, tanto como cualquier otra. Había allí una propuesta artística que puede mirarse con la misma actitud con la que se puede apreciar la pintura, la escultura o el cine. Que alguna gente no lo considerara así, lo comprendía, pero tampoco la música clásica les gustaba a todos, ni ciertas expresiones de la pintura o la escultura modernas, ni el cine dogma, en fin. Y ese no era en absoluto un problema, era la expresión de la diversidad humana.

—Cuando el colectivo de mujeres irrumpió en el salón repitiendo las mismas consignas gastadas del siglo pasado, me sentí atrapado en un doblez absurdo del espacio y el tiempo, ese del que hablan los astrofísicos. Eran los años sesenta y allí estaba de nuevo nuestra izquierda, iletrada, bárbara e intolerante, más cerca de Lope de Aguirre que de Marx. Creo que aquí debería convocarse un gran juicio, abierto y popular, al desempeño histórico de la izquierda. Ha sido letal en la oposición, por desleal e irresponsable, y fatal en el gobierno, por corrupta y mediocre, pero no consigues siquiera a uno que dé muestras de contrición.

—Te comprendo, José Alberto, porque a mí me pasa lo mismo, y te confieso que hasta me conmueve la ignorancia fanática de quienes marchan detrás de esos eslóganes decimonónicos. Los miro y trato de pensar como psiquiatra y ni así encuentro una explicación a tal desvarío histórico.

—No solo fueron los eslóganes, Pedro, lo peor ocurrió tras bastidores. Una vez que se retiró la turba, los organizadores del concurso trataron de continuar de alguna manera y elegir a una nueva Miss Venezuela, pero no pudieron. Mientras unos saboteadores presentaban su parodia frente al público, otros, en los vestuarios, destruyeron lo que encontraron a su paso, trajes, equipos, tramoyas. Las camaradas más agresivas obligaron a las misses a despeinarse y quitarse el maquillaje de la cara para que fuesen mujeres venezolanas de verdad, una vaina más del Irán de los ayatolas que de una Venezuela democrática y occidental. Cuando me enteré de eso me irritó aún más lo dicho por la lideresa del tumulto, la señora esa que habló, a quien no conocía.

—He sido un fanático de las galas del Miss Venezuela desde la época en que militaba en el PCV. Debatí esa materia muchas veces con los camaradas que no se salen del guion de que eso es el capitalismo degradando la condición de la mujer. Así que esto

tampoco es nuevo, de hecho recuerdo que a comienzos de los setenta ya unas organizaciones de izquierda intentaron sabotear el concurso con las mismas consignas. Por supuesto que vi el asalto a la ceremonia y no me sorprendió que lo dirigiera Anacmer Mejías. Siempre que la miro en televisión, recuerdo que en el noventa y ocho la gente, en particular la clase media progre, y la no tan progre, clamaba por caras nuevas en la política venezolana. Bueno, ahí tienen una. Ella es una de esas caras invocadas, uno de los monstruos de esta comparsa ideologizada hasta la locura. Para mí es una figura política que he seguido de cerca porque alguien así nunca pasaría inadvertido para un psiquiatra, esa señora es un muestrario psicótico. Si hubiese nacido hace unos siglos, en medio del catolicismo medieval europeo, hubiera sido la inquisidora perfecta. Es una de esas personalidades que el hombre ha padecido a lo largo de la historia y que florece en los regímenes disparatados como este, en la oscuridad del poder irresponsable. Aquí y ahora ha encontrado el mejor ambiente posible para desarrollarse, eso la explica.

Los dos amigos callaron por un rato y se dejaron arropar por la tarde languideciente. Con las primeras sombras, los niños que correteaban y gritaban en sus espacios casi vacíos se marcharon y el silencio secular de La Asunción comenzó a tornarse más denso. Aparte de los trinos que los pájaros dejaban escapar antes de dormir, sus palabras eran casi el único sonido que se escuchaba en la plaza.

—Te diré algo que nunca había comentado con nadie —dijo de pronto Pedro Boadas—. La imagen del grupo de muchachas que al final se reúnen en torno a la que se ha considerado más bella, a mí me ha parecido siempre una recreación de *La primavera* de Botticelli, no sé si los organizadores lo hacen a conciencia o es solo mi impresión. En Venezuela, esa primavera es, además de hermosa, heroica. La historia democrática del país en el siglo XX está intrínsecamente vinculada a los concursos de belleza y por eso deberían, por lo menos, ser considerados con respeto. La primera vez en que los demócratas venezolanos, los estudiantes de la Universidad Central, en 1928, se alzaron contra una dictadura, usaron como excusa la elección de la reina del carnaval universitario. De allí surgió la primera resistencia civil y democrática al tirano Juan Vicente Gómez. Aquella muchacha estudiante de la universidad, Beatriz Peña, representaba otra Venezuela, fue la Marisela mostrenca de Rómulo Gallegos que había dejado los harapos y revelaba su belleza y educación. Beatriz tenía

la cara del país joven y hermoso de la primavera que aspiraba a poner fin a una dictadura horrible y putrefacta que se había iniciado en 1899, en el siglo anterior. La belleza, la libertad y la democracia aquí también han marchado juntas, José Alberto. Cuando atentas contra la belleza, en cualquiera de sus formas, como ocurrió anoche, estás atentando contra esas otras grandes aspiraciones.

—¿Te parece que así de elevada sea la propuesta estética de un concurso de belleza como el Miss Venezuela?

—Sí. La belleza femenina precede al arte. Buena parte de la historia de la pintura y escultura como artes ha consistido en representar algo, la mujer, precisamente porque en ella está la belleza. Primero la mujer fue bella y luego el arte la representó. Réstale a la pintura, por ejemplo, la figura de la mujer y piensa en cuánto se reduce, quedaría un vacío muy grande. La pregunta que hay que formularse en tomo al Miss Venezuela, y este ha sido siempre mi argumento, es: si la representación de la mujer es arte, ¿por qué no va a serlo construir sobre ella misma, como si fuese un lienzo o una pieza de mármol, más belleza, elevarla estéticamente? Para mí, la respuesta es obvia.

—No me imagino a un crítico de arte, o a un intelectual serio, compartiendo ese punto de vista tuyo.

—Lo sé. Un concurso de belleza femenina es belleza para el consumo. Está orientado al entretenimiento y quizás sea esa la razón por la que no cuenta con el reconocimiento de los estetas. Pero el entretenimiento es un gran motor de producción de cultura, buena parte de ella de gran valor estético. Igual ocurre con creaciones para el consumo masivo que provienen de la publicidad. Te voy a contar una historia. En la década de los cincuenta, en Inglaterra, a la empresa publicitaria J. Walter Thompson le encargaron una campaña para una marca de chocolates, Aero, cuyos dueños presumían de que era diferente. Los creativos, basados en ese deseo de sus clientes, se apartaron de lo que era norma en la época y en lugar de recurrir a fotografías o cómics, ordenaron unas pinturas de rostros femeninos a pintores ingleses de la época. Se hicieron alrededor de veinte obras que aparecieron en los envoltorios de millones de barras de chocolate, en afiches y, por supuesto, en televisión. Nadie consideró que esas pinturas constituían arte. Eran imágenes atractivas y gratas a la vista para consumo masivo, publicidad. A la gente le gustaban, y quizás miraba con admiración las representaciones de mujeres bellas y jóvenes, pero carecieron del reconocimiento de los estetas o críticos

de arte. Hace un par de años, JWT le encargó sus archivos a un experto para preservar fotos, documentales de cuñas que constituían parte de la historia moderna. Este experto, que venía se ser curador de una galería importante, encontró los originales de las veinte pinturas de la campaña de Aero y las miró con otros ojos. Eran obras de retratistas reconocidos de la época. Recuerdo el nombre de uno de ellos, Anthony Devas, quien retrató a una muchacha con el nombre de Wendy, y así se llama la obra. Por ella leí la nota, surfeando en la web porque vi la imagen de Wendy y me pareció extraordinaria, de una belleza mágica. Una muchacha de rasgos anglosajones perfecta. Al poco tiempo, el curador de JWT montó una exposición en Londres, la bautizó "The Aero Girls" y tuvo un impacto extraordinario. Comenzó entonces la avalancha de notas, ensayos, biografías de los autores, revisión de sus obras, en fin, recibieron el reconocimiento que no tuvieron en su momento. Eso era lo único que les faltaba para alcanzar el estatus de piezas artísticas de gran valor. Creo que a los concursos de belleza les falta exactamente eso, el reconocimiento del mundo del arte. Quién sabe, algún día de repente ocurre.

La tarde a la que Benítez no le buscó ese qué se yo había quedado atrás, la noche caía y la plaza Bolívar estaba solitaria. Tiempo para que los amigos se despidieran y los aconteceres de La Asunción, como había ocurrido a lo largo de casi cinco centurias, volvieran a cubrirse con un manto de silencio.

XXX

Vuelto a casa, después de cenar con un sándwich y mientras Elvira miraba televisión, Benítez se fue a su pequeño estudio y abrió en su computadora el archivo correspondiente al informe para Alfonso Pérez Castillo. Lo había hecho siguiendo la técnica de los expedientes judiciales, aunque solo en función de testimonios referenciales. Había podido formular un grupo de especulaciones que permitían elucubrar tesis sobre lo ocurrido, pero sin una prueba sólida que lo explicara. Era probable, mas no había manera alguna de demostrarlo, que la Beba Herrera sufriera una larga depresión que la había condenado a la soledad. Era posible considerar que en ese hipotético cuadro depresivo de Beba hubieran influido uno o varios factores referidos por los entrevistados y recogidos en el informe, aunque no había diagnóstico psiquiátrico alguno.

El primero de esos factores era la relación de caracteres edípicos que Beba pudo haber tenido con su padre, según se podía colegir de algunas alusiones en los testimonios. La muerte de su progenitor habría constituido para ella un trauma insuperable y pudo haberla conducido a una depresión grave. Sin embargo, no existía manera científica alguna —un dictamen de un profesional de la psiquiatría — para determinar si tal complejo en efecto existía y si estaba más allá de las cotas de la normalidad. Esa pérdida pudo haber sido aun de mayor peso si, tal como lo sugerían algunos de los entrevistados, Pérez Castillo y Oscar Llabrés, su madre era dueña de una personalidad narcisista que proyectaba a través de su hija. Había leído, y los citaba en su escrito, estudios clínicos que describían los graves daños emocionales que los progenitores afectados por esa distorsión de la personalidad podían causar a sus hijos. Pero, de nuevo, no existía comprobación médica de semejante patología en la madre, y menos de su posible efecto sobre la hija.

Benítez también había estudiado, y citado, alguna literatura sobre el efecto psíquico que en las personas físicamente bellas tiene el deterioro por el envejecimiento. Beba, sin embargo, no parecía obsesionada con el tema y no había indicios de que envejecer significara para ella una preocupación fuera de lo normal. Había asimismo evaluado, sin ningún resultado sobre el cual elaborar una hipótesis, literatura médica referida a contingencias emocionales súbitas, momentos psicóticos o insanias repentinas, "un mal día" que la hubiese llevado a la decisión de pegarse un tiro en el pecho.

No había manera, por otra parte, de respaldar sus conclusiones con la opinión de algún profesional de la psiquiatría. En el informe reposaba también una carta suya dirigida al doctor Pedro Boadas, en la que le solicitaba una opinión sobre el caso, y su negativa rotunda a hacer tal cosa. "El suscrito no tuvo a la señora María Genoveva Herrera Becher como paciente y, por tanto, no dispuso de oportunidad alguna para tratarla. Constituiría una grave violación a la ética del ejercicio de esta disciplina, y a la mía personal, atreverme a opinar en un informe sobre su estado o condición psíquica". Pedro lo había orientado con comentarios y opiniones orales sobre lecturas pertinentes, pero se negó rotundamente a formalizar ninguna de sus opiniones.

Si hubiese sido una causa penal, no se habría abierto expediente alguno, pero Benítez se sintió obligado por el peso del compromiso, y de los honorarios, a continuar adelante. Encuadró el caso en parte de la literatura consultada y concluyó: "En circunstancias ordinarias y, aplicando ciertos criterios estadísticos de miles de casos reportados por profesionales de la psiquiatría, es posible colegir que alguna de las hipótesis analizadas, por sí sola o en conjunción con otra u otras, podría explicar qué llevó a la señora Herrera Becher a tomar la decisión de atentar contra sí misma. Sin embargo, no se encontró en los papeles revisados ni en las referencias testimoniales de su conducta elemento alguno que permitiera establecer un vínculo causal objetivo entre alguna de estas hipótesis y su muerte auto-infligida. Por esa razón este informe debe concluir que las causas del suicidio quedarán indeterminadas y abiertas a cualquier especulación hasta tanto, si eso fuese posible, aparezca algún elemento lo suficientemente conclusivo que permita construir una causalidad más firme".

No obstante la falta de elementos objetivos para adelantar una hipótesis psiquiátrica que explicara el suicidio de la miss, Benítez abrió una página en blanco y comenzó a escribir una explicación alternativa para ser añadida al informe. La idea le había dado

vueltas en la cabeza desde la noche de la gala y se decantó por completo en su conversación de hacía un par de horas con Pedro Boadas. Nunca en un informe forense suyo había escrito algo tan alejado de la lógica del derecho, pero lo hizo fundado en la licencia de *rara avis* que Álvaro Sosa y Pérez Castillo le habían concedido. Al finalizar su escritura, lo leyó y, no obstante su estilo antijurídico, se convenció aún más de la necesidad de incluirlo como un epílogo a su reporte.

"El episodio que bien podría fundamentar esta especulación alternativa ocurrió la noche de la coronación de María Genoveva Herrera Becher como Miss Venezuela. Quienquiera que la recordara, o quien haya visto el video reproducido en la pasada gala, puede evocar aquella emoción que la Beba trasmitía mientras saludaba y sonreía a la humanidad. Reflejaba un profundo orgullo de ser quien era y de lo que representaba: un sentido de grandeza, la esperanza de una Venezuela que creía en sí misma, con amor por lo suyo y los suyos, que no concebía que sus hijos tuvieran que abandonarla, un país joven, bello y bueno. Una emoción así solo se puede trasmitir si en efecto se lleva en el alma, y solo una gran identidad con la tierra y su gente podía haberla causado.

"Beba fue aquella noche la encamación de la nación libre y hermosa que generaciones anteriores habían soñado. La Venezuela bella por la que los venezolanos lucharon contra la dictadura de Pérez Jiménez, o por la que se habían atrevido a resistir al tirano Juan Vicente Gómez. La Venezuela democrática que estaba en plena primavera. Era la nación joven y feliz que se había materializado en la más hermosa de sus muchachas.

"Pero los venezolanos, Beba incluida, no fuimos capaces de ir más allá. Nos quedamos estáticos en el tiempo, detenidos desde entonces en aquella noche apoteósica, como en una fotografía. Retrato que desde entonces no ha hecho sino difuminarse. Somos una generación que fracasó estrepitosamente en la tarea de continuar la materialización del sueño. Por eso esa Venezuela bella, joven y buena que Beba Herrera representó dejó de existir. Todavía joven desapareció en algún momento entre aquella noche tan linda al final de los setenta y una noche cualquiera, larga y oscura, imposible de determinar, en la historia posterior del país.

"Cada vez en mayor número, hemos venido asimilando la realidad de la catástrofe y reaccionamos ante ella de maneras distintas. Algunos se convierten en nómadas y, cual los indígenas del Alto Orinoco, abandonan el *shabono* y se van a otro lugar. Otros, emulando a Sísifo, deciden quedarse y tratan, hasta ahora sin éxito,

de reflotar los restos del naufragio. Otros, los más, han permanecido aquí sujetos al simple paso del tiempo en la espera del milagro. Tal vez no conciben la existencia en otro lugar, o quizás confunden con amor a la patria la inercia de permanecer en esta tierra, o tal vez no tienen a dónde irse o no pueden hacerlo, o su concepción del mundo no va más allá de las cuatro paredes que marcan los límites nacionales, o de la manera más simple, no se han enterado del deceso del país o no quieren hacerlo.

"Beba Herrera, de haber querido, pudo salvarse del naufragio. Pudo haber escogido Nueva York, París, Madrid, Barcelona o Berlín, la ciudad de su hijo, como el lugar donde vivir con placidez, pero no lo hizo. Decidió quedarse a bordo de la Venezuela que se hundía. Como los viejos capitanes entendió que estaba obligada a hacerlo. Había sido la encamación, el sueño del país que tantos soñaron y que, sin que ella tuviera culpa alguna, devino en pesadilla. Aun así, sintió que no lo podía abandonar, que le tocaba tratar de salvarlo o hundirse con él. Realizó además intentos genuinos de salvamento (Quattrocento), pero tal nivel de compromiso con Venezuela es difícil de mantener en estos tiempos en los que sobrevivir mata cualquier virtud.

"Para Beba debió haber sido más duro que para nadie ser testigo y, tal vez, sentirse actriz principal del desmoronamiento y la aniquilación, en ella debió ser mayor la impotencia de no poder hacer nada por la Venezuela que alguna vez fue su rostro. Pobre María Genoveva, pobre Venezuela, pobre muchacha nuestra que amaba la vida por encima de todas las cosas, qué grande fue el peso que pusimos sobre sus hombros. Pudo haberse ido y no se fue, prefirió inmolarse por esta patria moribunda. Lo suyo no fue un suicidio cualquiera, había en su holocausto un mensaje, solo que no dirigido a usted o a su hijo, sino a todo un país. Un mensaje que toca descifrar y que quizás explica en mucho el tormento que estamos viviendo".

Benítez hizo una última revisión y guardó su dictamen. Al día siguiente se lo enviaría a Álvaro Sosa y temía no equivocarse en tomo a lo que ocurriría a partir de su recepción. Después de leerlo, su colega lo llamaría para decirle que estaba complacido, en particular con la forma como había construido, a partir de las deposiciones de los testigos referenciales entrevistados, hipótesis psiquiátricas sobre la muerte de María Genoveva. Lástima que no había manera de comprobarlas con hechos y experticias, pero ya eso era algo previsible, incluso para Pérez Castillo. Sobre su explicación alternativa, Álvaro le diría que estaba bien como

ejercicio de narración especulativa, pero que tal vez abusaba de su licencia de abogado poeta, que no era para tanto. Uno o dos días después, volvería a llamarlo para anunciarle que iban a buscar otra fecha para realizar la reunión y discutir el informe con Pérez Castillo, porque este, cualquier excusa sería buena, la había pospuesto *sine die*. Pasadas unas semanas, lo llamaría por última vez para decirle que había ordenado su archivo para tenerlo como soporte contable de los costos y honorarios.

Alfonso Pérez Castillo jamás lo leería, no le hacía falta, no contenía verdad alguna que descubrir. El suicidio de Beba había sido, y eso solo él lo sabía, solo él lo sintió, una manera trágica de evocarle su intento fallido con la única mujer que de verdad había amado. Aquel pacto de amor con María Mercedes MacGregor que debió haberse sellado cincuenta años atrás con la muerte de ambos y no se selló por causa suya. Aquella promesa incumplida que salvó su vida y lo condenó a una culpa perpetua.

Este libro se terminó de imprimir en
los talleres de Gráficas Lauki C.A.,
noviembre de 2016